

Alvin Maker IV:
ALVIN EL OFICIAL

Orson Scott Card



Lectulandia

Estados Unidos, inicios del siglo XIX. En un mundo dominado por la magia y los conjuros del folclore, Alvin, séptimo hijo varón de un séptimo hijo varón, posee el don poco común de ser un Hacedor.

Alvin intenta enseñar dicho don a su hermano Calvin, pero éste, corroído por la envidia, huye a la Europa de Napoleón. Alvin crecerá entonces como Hacedor y se enfrentará al Deshacedor, que ha adoptado la forma de una salamandra.

Lectulandia

Orson Scott Card

Alvin el oficial

Alvin Maker - 4

ePub r1.0

Titivillus 18.08.15

Título original: *Alvin journeyman*
Orson Scott Card, 1995
Traducción: Rafael Marín Trechera

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Jason Lewis,
vagabundo de largas calzas,
caminante a través de bosques,
soñador de sueños verdaderos.*



Presentación

Alvin, el oficial es la cuarta entrega del ambicioso proyecto que intenta reconstruir en clave fantástica parte de la historia norteamericana. Su autor, gran revelación de los años ochenta y noventa en el ámbito internacional de la ciencia ficción y la fantasía, es uno de los valores fundamentales de la nueva literatura fantástica: Orson Scott Card.

Lo que caracteriza de forma destacada la obra de Card es su gran habilidad en el tratamiento de las emociones y los sentimientos. Todos los críticos y lectores reconocen la especial capacidad de este autor para meter al lector en la piel de sus protagonistas y hacerle percibir con ellos cómo las experiencias que viven esos personajes van modificando su visión del mundo, les maduran y les transforman.

Y ello es así desde los primeros relatos y su primer gran éxito, *El juego de Ender* (1985, *NOVA ciencia ficción*, núm. 0), que sorprendieron a todos por la gran intensidad emotiva y la importancia que Card otorga a los temas de raíz ética, moral e incluso religiosa. Con toda seguridad, no son ajenas a este hecho su calidad de mormón practicante o su primera actividad literaria como autor de obras dramáticas para uso de su comunidad religiosa.

El tema tradicional y más querido de Card ha sido siempre el de la formación de la personalidad de los protagonistas a partir de la niñez. Lo encontramos en *El juego de Ender*, envuelto en un ropaje tecnológico y militar, al tratar de la formación de un líder destinado a librar una de las más decisivas batallas de la humanidad: el enfrentamiento con la extraña especie de los insectores. Lo encontramos de nuevo en *Maestro Cantor* (1980, *NOVA ciencia ficción*, núm. 13) en un entorno dominado por el arte, en este caso la música, y su misterioso poder para influir en la vida de los hombres, incluso en la de los poderosos que dominan la galaxia. Lo encontramos también en *Esperanza del venado* (1983, *NOVA fantasía*, núm. 3) cubierto, en este caso, por un ropaje mágico y casi místico en lo que ha venido a considerarse como un hito fundamental en la moderna literatura de fantasía, en la difícil modalidad de la «fantasía mágica». Y lo encontramos de nuevo en *Las historias de Alvin, el hacedor* la nueva serie de fantasía en la que Card reconstruye una historia alternativa de Estados Unidos de América en la que la magia y el folklore son los elementos dominantes.

En todas estas obras vemos claramente que la formación sentimental y humana de unos niños se traduce en su evolución como personas, en su maduración y crecimiento moral y emocional. Y ésta es la síntesis de lo que un lector tiene derecho a esperar: percibir que los personajes de las novelas «viven» sus experiencias y son modificados por ellas, al igual que nos ocurre en la vida de cada día a cada uno de nosotros. Desgraciadamente, la ciencia ficción y la fantasía han carecido durante muchos años de esta visión, necesaria indudablemente a cualquier narrativa que quiera seguir siendo considerada adulta. Por fortuna, los nuevos autores como Card

aportan al género esa imprescindible madurez emotiva.

En la serie *The Tales of Alvin Maker (Las historias de Alvin, el hacedor)*, Card ha utilizado las tradiciones y la magia popular de los hombres y mujeres que poblaron un continente y también las creencias de las tribus que vivían allí antes que ellos. De este modo crea una América fronteriza y distinta, un mundo en el que la magia es real y que, por ello, está repleto de encantamientos, conjuros, hechizos y pociones que marcan la vida de las gentes en comunidades eminentemente rurales. Entre los personajes que desfilan por la serie abundan los dones: los *hidrománticos* encuentran y dominan el agua, los *chisperos* encienden y dominan el fuego, las *teas* pueden leer el «fuego interior» y el futuro de la vida. Y esos *dones* resultan incorporados de la forma más natural posible a la realidad cotidiana y a los más diversos quehaceres.

En el primer volumen de la serie, *El séptimo hijo* (1987, *NOVA fantasía*, núm. 6), se narra el nacimiento y la primera infancia de Alvin, destinado a ser un Hacedor por el prodigioso cúmulo de circunstancias que concurren en su nacimiento: ser séptimo hijo varón de un séptimo hijo varón. Su don, si llega a dominarlo, será el mayor de todos. En esta primera novela, se presentaba tanto el ambiente general de esa Norteamérica nacida de la fantasía, como a los personajes centrales de la serie. Gracias a su calidad (constante en toda la serie), esta obra obtuvo muchos de los principales premios destinados a la ciencia ficción y la fantasía mundiales: premio Mundial de fantasía, premio Locus de fantasía, premio Ditmar de Australia... sin olvidar el haber sido finalista de los premios Hugo y Nebula. Parecidos galardones disfrutarían las siguientes novelas de la serie confirmando así el gran éxito de Card en los últimos años.

En *El profeta rojo* (1988, *NOVA fantasía*, núm. 12), un Alvin aún niño conocía el mundo de los pieles rojas, su cultura y su exterminación a manos del hombre blanco. Con un trasfondo ecologista, Alvin descubría el canto de la propia tierra y la necesidad de ser uno con ella. Pero también, gracias a Tenskwa-Tawa, el profeta piel roja, Alvin alcanza la visión de la maravillosa Ciudad de Cristal que se convertirá, según parece, en el objetivo central de su futuro como Hacedor.

Alvin, el aprendiz (1989, *NOVA fantasía*, núm. 21) presenta al protagonista frente a otra forma de dominación del hombre por el hombre y otra forma de incompreensión y enfrentamiento entre las razas humanas: la esclavitud de la gente de color, existente también en esa Norteamérica de ficción que imagina Card. Pero *Alvin, el aprendiz* se centra también en hechos individuales: la maduración y el aprendizaje de un adolescente como Alvin, pero también el de Peggy, la niña *tea* que permitió el nacimiento del héroe, sabe de su futuro como Hacedor y del difícil aprendizaje que le espera.

También existe un punto de vista trascendente y numinoso rayano en la religiosidad. De nuevo, el eje central de la lucha de Alvin es el enfrentamiento de dos grandes poderes que Card sitúa por encima del bien y del mal. Se trata de la contraposición entre un Hacedor (*Maker*) y el Deshacedor (*Unmaker*) y, en realidad,

la novela es el aprendizaje de Alvin en su camino hasta lograr ser un Hacedor, aunque para los observadores pueda ser, simplemente, su aprendizaje del oficio de herrero.

En *Alvin, el oficial* se desarrolla con detalle lo que ya sugería el último capítulo de *Alvin, el aprendiz*. Narrado por uno de sus espectadores, asistimos al inicio del enfrentamiento entre Alvin y su hermano Calvin (¿Abel y Caín?), precisamente cuando Alvin se plantea enseñar a otros a ser Hacedores como él. En ese capítulo final de *Alvin, el aprendiz*, leíamos:

Sé lo que debo hacer —pensó Alvin—. Tengo que enseñarle a alguien a ser un Hacedor. Y si esa persona existe, se trata de Cally, que al parecer comparte mi don. Después de todo, él también es séptimo hijo varón de un séptimo hijo varón igual que yo, pues Vigor vivía cuando yo nací, pero ya había muerto cuando apareció Cally.

Pero las cosas no son nunca tan fáciles y Calvin (también llamado Cal o Cally) no parece estar por la labor. La envidia encuentra en él campo abonado. Nuevo problema moral que, en manos de Card, sirve siempre como maravillosa excusa para tratar de lo divino y de lo humano.

Pero no es éste el único tema de *Alvin, el oficial*. El viaje de Calvin a la Europa de Napoleón permite introducir en la trama a un interesante Balzac a quien Calvin acabará preguntando, nada más y nada menos, que: «¿Vas a superar a Dios?» La respuesta del Balzac imaginado por Card obliga a pensar: «[Dios] pasó demasiado tiempo con la geología y la botánica. Para él Adán fue algo añadido a última hora... oh, por cierto, ¿se encuentra ya el hombre sobre la Tierra? No cometeré ese error. Me concentraré en las personas y meteré la ciencia en las rendijas». Interesante.

Además, mientras Alvin va creciendo como Hacedor en Río Hatrack, deberá enfrentarse al Deshacedor, que aparece aquí con la forma de una salamandra (*salamander* en inglés). Debo de ser muy mal pensado, pero me divirtió que uno de los personajes se equivocara y dijera de ella que «Es tan fea como una... una salamanquesa». A un mal pensado como yo al ver esa «salamanquesa» (*newt* en inglés) se le ocurrió pensar en el nombre del portavoz de los republicanos en el Congreso estadounidense (Newt Gingrich) quien, junto con William R. Forstchen, publicó en agosto de 1995 una novela de ciencia ficción con el título *1945* sobre una historia alternativa de una heroica Norteamérica enfrentada a un Tercer Reich triunfante. En cualquier caso, el que Gingrich fuera o no un Deshacedor, es una hipótesis curiosa...

Como siempre en esta serie, se incluyen algunos personajes históricos reales. De Napoleón al Asesino Blanco Harrison, pasando por ese Daniel Webster (1782-1852) que aquí aparece, orador y político que fue un destacado y famoso abogado en su tiempo. O, evidentemente, Honoré de Balzac (1799-1850) el inolvidable autor de *La comedia humana*.

Aunque la saga de Alvin Miller el Hacedor se planteó inicialmente como una trilogía, el propio Card asegura que los tres primeros volúmenes apenas agotan el contenido que había previsto para la primera novela. Tras un paréntesis de seis años, la serie continúa con este *Alvin, el oficial* que hoy presentamos, y debería finalizar con *Master Alvin (Alvin, el maestro)* y *The Cristal City (La ciudad de cristal)*, todavía por escribir, aunque esperadas con avidez por muchos lectores.

Miquel Barceló
para la edición en la colección Nova.

Agradecimientos

Durante los últimos años, en todas las conferencias o firmas de libros que he hecho, una pregunta destacaba por encima de todas las demás: ¿Habrà otro libro de Alvin Maker? La respuesta era siempre: Sí, pero no sé cuándo. Mi esbozo original para *Los cuentos de Alvin Maker* hace tiempo que fue abandonado, y aunque conocía algunos incidentes que tendrían lugar en este libro, seguía sin saber lo suficiente de lo que les sucedería a Alvin, Peggy, Arturo Eduardo, Mesura, Calvin, Verily Cooper y los demás para poder empezar a escribir.

Por fin el atasco terminó y la historia salió bien, o casi tan bien como yo imaginaba. A medida que escribía, era constantemente consciente de aquellos cientos de lectores que esperaban *Alvin el oficial*. Era halagador saber lo ansiado que era este libro; también resultaba aterrador, porque sabía que para algunos, al menos, las expectativas serían tan altas que cualquier historia que escribiera supondría una decepción. A los decepcionados sólo puedo expresarles mi pesar de que la realidad nunca sea tan buena como la expectación (como pasa, por ejemplo, con la Navidad); y a todos aquellos que esperaron este libro, les doy las gracias por su apoyo.

Doy también las gracias a los muchos lectores de *America Online* (AOL) que conectaron con la Reunión de la Ciudad Río Hatrack y leyeron cada manuscrito según lo iba escribiendo, respondiendo con muchos valiosos comentarios. Esos avezados lectores captaron incongruencias y flecos sueltos, preguntas planteadas en libros anteriores que tenían que ser resueltas. Newel Wright, Jane Brady, y Len Olen, en particular, tienen mi eterna gratitud: Jane al preparar una cronología de los acontecimientos de los libros anteriores, Newel por salvarme de los gruesos errores de continuidad, y Len, por su concienzuda lectura de pruebas que captó varios errores que ni los editores ni yo habíamos advertido. Gracias también a David Fox por su reflexiva lectura de los nueve primeros capítulos en un momento clave de la composición del libro.

Casi sin planearlo, una peculiar y agradable comunidad ha surgido dentro de la Reunión de la Ciudad Río Hatrack en AOL; empezó a llegar gente no como ella misma, sino como personajes del mundo de Alvin, y se dedicaron al comercio o la agricultura en esa población ficticia. Así Río Hatrack ha cobrado vida propia. La tentación de incluir tantos personajes como pudiera dentro de esta historia fue irresistible; sólo lamento no haber podido incluirlos a todos en la trama. Si quieren saber más sobre los maravillosos personajes que esta buena gente ha creado, vengan a visitarnos *online* (clave: Hatrack).

El único personaje *online* activo del que hice uso extenso en este libro fue uno que diseñé como ficticio, a quien Kathryn Kidd (identidad en la ciudad: GoodyTradr) y yo (identidad: HoracGuest) citamos de vez en cuando como una chismosa notoria: Vilate Franker. Dos años después de que la inventáramos apareció una buena amiga, Melissa Wunderly, quien se ofreció voluntaria para encarnarla en la comunidad

online; así que fue Melissa quien le dio vida, dientes falsos, hechizos y demás. La «mejor amiga» de Vilate, sin embargo, fue creación mía, y no hay que echar la culpa a Melissa por la desagradable conducta de Vilate en este libro. Agradezco a Kathryn Kidd que me permitiera usar su personaje, Goody Trader, en un par de momentos clave.

Debo quitarme el sombrero ante Graham Robb, cuya excelente y bien escrita *Balzac: A Biography* (Norton, 1994) me dio no sólo un respiro al escribir sino también los cimientos de un personaje que me gusta especialmente.

Como con muchas novelas anteriores, cada capítulo fue leído mientras iba saliendo de la impresora o del fax por mi esposa, Kristine; mi hijo Geoffrey; y mi amiga y colaboradora ocasional, Kathryn H. Kidd. Sus respuestas han sido de un valor incalculable.

He de dar también las gracias a todos aquellos que mantienen nuestro despacho o nuestra casa en marcha cuando estoy (demasiado raramente) ejerciendo de escritor: Kathleen Bellamy, que atiende los negocios, y Scott Allen, que mantiene los ordenadores y la casa misma en buen orden. Mi reconocimiento también para Jason, Adam y (en una ocasión) Michael Lewis, por los agujeros cavados y los agujeros rellenos; y a Emily, Kathryn y Amanda Jensen por permitirnos esas noches fuera.

Si no fuera por Kristine, Geoffrey, Emily, Charlie Ben y Zina Meg, dudo que yo pudiera escribir nada: hacen que merezca la pena hacer el trabajo.

Capítulo 1.

CREÍ QUE HABÍA TERMINADO

Creí que había terminado de escribir sobre Alvin Smith. La gente no paraba de decirme que no, pero yo sabía por qué. Es porque todos han oído a Truecacuentos y la forma en que cuenta las historias. Cuando él acaba, todo está envuelto en un paquete y sabes bien lo que significaban las cosas y por qué sucedieron. No es que lo dé todo mascado, os lo advierto. Pero te quedas con la sensación de que todo tiene sentido.

Bueno, yo no soy Truecacuentos, cosa que algunos de vosotros ya habréis supuesto viendo lo poco que nos parecemos, y no pretendo convertirme en Truecacuentos pronto, ni en parecerme a él, y no porque no lo considere un buen tipo, merecedor de que la gente le imite, sino porque no veo las cosas tal como las ve él. No todo tiene sentido para mí. Las cosas pasan sin más, y unas veces puedes extraer un poco de sentido de alguna calamidad y otras el día más feliz es de una total insensatez. Es algo impredecible y sin duda no se puede asegurar que suceda. He visto meterse a la gente en los peores líos por intentar hacer que las cosas salieran de forma sensata.

Así que conté lo que sabía de los comienzos de la vida de Alvin, cuando hizo el arado de oro de su proyecto de oficial, y conté cómo volvió a Vigor y se puso a enseñar a la gente cómo ser Hacedores y cómo las cosas ya no iban bien con su hermano Calvin y pensé que había acabado, porque todo el mundo al que le importa estaba allí para verlo por sí mismo o todo el mundo conoce a alguien que estuvo. Os conté la verdad de cómo Alvin llegó a matar a un hombre, para poner fin a los malintencionados rumores que se contaban al respecto. Os conté cómo llegó a quebrantar las leyes de los esclavos fugitivos y os conté cómo murió la mamá de Peggy Larner y, os lo aseguro, ése fue el final de la historia tal como yo la veía.

Pero el final no tenía sentido, lo reconozco, y la gente me ha estado dando la tabarra cada vez más y más sobre los primeros días y yo no sabía qué más podía contar. Bueno, ahora ya lo sé. Y no tengo nada en contra de contarlo. Pero espero que no penséis que cuando acabe de contar todo lo que sé quedará finalmente claro para todo el mundo de qué iba todo lo que ha pasado, porque yo tampoco lo sé. La verdad es que la historia no ha terminado todavía, y espero que nunca termine, así que lo más que puedo esperar es contar las cosas tal como están en este momento exacto, y no puedo prometer que mañana no lo comprenderé mejor de lo que lo escribo ahora.

Mi don no es contar historias. La verdad que tampoco es el don de Truecacuentos, y él es el primero en decirlo. Él recopila historias, cierto, y las que reúne son importantes así que escuchas porque la historia en sí cuenta. Pero sabes que no hará nada con la voz, que no revolverá los ojos ni se servirá de grandes gestos como los verdaderos oradores. Su voz no es lo bastante potente para llenar una cabaña de buen tamaño, mucho menos una tienda. No, la narración no es su don. En todo caso es un

pintor, o tal vez un tallador o impresor o lo que sea que le sirva para contar o mostrar la historia, pero no es un genio en nada de todo eso.

El hecho es que si le preguntáis a Truecacuentos cuál es su don, os dirá que no tiene ninguno. No miente: nadie puede dejar esa carga en la puerta de Truecacuentos. No, él sólo puso su corazón en un don cuando era niño, y toda su vida le pareció que era el único don que merecía la pena tener, y como no lo consiguió nunca (eso cree), pues entonces no debe tener don alguno. Y no finjáis no saber qué es lo que quería, porque prácticamente os da con ello en la cara cada vez que habla mucho rato. Quería el don de la profecía. Por eso siempre ha sentido tanta envidia de Peggy Lerner, porque ella es una tea y desde la infancia vio todos los posibles futuros de las vidas de la gente, y aunque no es lo mismo que saber el futuro (la manera en que las cosas sucederán de verdad en vez de cómo podrían suceder), se parece bastante. Tanto que creo que Truecacuentos habría sido feliz siendo tea durante cinco minutos. Probablemente se habría muerto sonriendo una semana más tarde de suceder una cosa así.

Pero cuando Truecacuentos dice que no tiene ningún don, os digo que se equivoca. Como un montón de gente, tiene un don y ni siquiera lo sabe por la forma en que actúa el don... para la persona que lo tiene parece tan natural, tan sencillo como respirar, así que no piensas que eso pueda ser tu poder porque, demontre, es fácil. No sabes que es un don hasta que la gente que te rodea se asombra o se asusta o se excita o tiene los sentimientos que tu don provoque en la gente. Entonces dices: «¡Santo cielo, los demás no pueden hacer esto! ¡Tengo un don!»; y a partir de entonces no paras hasta que te acostumbras y vuelves a la vida normal y dejas de alardear de cómo puedes hacer esta tontería que nunca te excitaba ni nada cuando todavía tenías sentido común.

Alguna gente nunca llega a saber que tiene un don, porque nadie más lo nota tampoco, y ése es el caso de Truecacuentos. Yo no lo advertí hasta que empecé a tratar de recopilar todos mis recuerdos y todo lo que la gente me contó sobre la vida de Alvin Maker, y sus imágenes trabajando con ese martillo en la forja cada vez que tenía la oportunidad, por si alguna vez olvidábamos que tenía un negocio honesto labrado duramente con el sudor de su frente y que no se pasaba la vida bailando con Dama Fortuna por amorosa compañera... como si nosotros hubiésemos pensado alguna vez que Dama Fortuna haría otra cosa que flirtear con él; lo más probable era que en cuanto se acercara a ella descubriera que tenía viruela. La Fortuna tiene por costumbre estar de parte del Deshacedor, que es cuando la gente empieza a confiar en ella para que los salve. Pero me estoy desviando del tema, y he tenido que leer el principio del párrafo para ver de qué demonios estaba hablando (y puedo oír a los quisquillosos decir: ¿Qué está haciendo que escribe palabrotas? ¿No sabe lo que es un lenguaje decente?; a lo que yo digo: maldiciendo no le hago daño a nadie, y maldecir hace que mi lenguaje sea más colorido y sabe el cielo que sé usar el color; y puedo aseguráros que he estudiado las palabrotas de los mejores y sé cómo hacer mi

lenguaje mucho más pintoresco de lo que es ahora, pero me voy a controlar inmediatamente para que no sufran ustedes una apoplejía por leer mis palabras. No querría pasarme la mitad de la vida acudiendo a funerales de gente que sufra colapsos por leer mi libro. Así que, en vez de criticarme por las palabras desagradables que se cuelan en mi escritura, ¿por qué no me dan las gracias por el material feo de verdad que virtuosamente elijo dejar fuera? Creo que se trata de cómo quieren verlo ustedes; y si tienen tiempo para quejarse por mi lenguaje, entonces es que no tienen nada que hacer y me alegraré de ponerles en contacto con personas que necesitan más manos que ayuden con trabajo productivo); así que de todas formas he vuelto a mirar el principio de este párrafo otra vez para ver de qué demonios estaba hablando y lo que quería decir es que, cuando recopilé todas esas historias, me di cuenta de que Truecuentos parece tener la costumbre de aparecer en los lugares más extraños exactamente en el momento en que algo importante está a punto de suceder, así que acabó siendo testigo e incluso participe de un notable número de acontecimientos.

Ahora, amigos míos, déjenme preguntarles claramente: Si un hombre siente, en lo más profundo de su ser, cuándo está a punto de suceder algo importante, y dónde, y con la suficiente antelación para poder colarse allí y ser testigo del caso antes incluso de que empiece, ¿no es eso profecía? Quiero decir, ¿por qué dejó Inglaterra William Blake y vino a América si no fue porque sabía que el mundo estaba a punto de abrirse para dar a luz a un Hacedor, de nuevo, después de tantas generaciones? El hecho de que no lo supiera a las claras no significa que no fuera un profeta. Creía que tenía que ser profeta con la boca, pero yo digo que es un profeta en el fondo. Y por eso deambulaba de regreso a la ciudad de Iglesia de Vigor, camino del molino del padre de Alvin, por ningún otro motivo que por ser consciente de exactamente el día y la hora en que el hermano menor de Alvin, Calvin Miller, decidiría escaparse e ir a buscar problemas en lugares lejanos. Truecuentos no tenía ni idea de lo que iba a suceder; pero amigos, os digo que estaba allí, y todo el que os diga que no tiene un don, incluyendo al propio Truecuentos, es un maldito idiota. Por supuesto, lo digo en el mejor de los sentidos, como diría Horace Guester.

Así que cuando reempiendo mi relato ése es el día con el que elijo empezar, mayormente porque puedo decirlo por experiencia que nada interesante sucedió durante aquellos largos meses en que Alvin seguía intentando enseñar a un puñado de gente sencilla cómo ser Hacedores como él en vez de... bueno, todo a su tiempo. Digamos que mientras algunos estáis empeñados en criticarme por no contar todas las lecciones de Alvin sobre cómo ser Hacedor y cada aburrido instante de cada clase que dio intentando enseñar a saltar a los peces, puedo prometer que dejar a un lado esos días es un acto de caridad.

Hay también mucha gente y mucha confusión en la historia, y es algo que no puedo evitar, porque si lo hiciera todo clarito y sencillo sería mentira. Fue un lío y hubo un montón de gente diferente implicada y también, a decir verdad, hay un montón de cosas que sucedieron que no sabía entonces y sigo sin saber ahora. Me

gustaría decir que voy a contaros todas las partes importantes de la historia, a hablar de toda la gente importante, pero sé perfectamente bien que podría haber partes importantes de las que no sé nada y gente importante que no sabía que lo fuera. Hay cosas que nadie sabe, y cosas que no se conocen bien, y cosas que la gente no sabe que sabe. E incluso mientras trato de explicar las cosas tal como las entiendo me dejaré algunas sin pretenderlo, o contaré dos veces cosas que todo el mundo sabe, o contradiré algo que ustedes consideran un hecho; y lo único que puedo decir al respecto es que no soy Truec cuentos, y que si quieren saber la verdad más profunda, hagan que él abra los dos últimos tercios de su libro y les lea lo que tiene allí, y apuesto que por mucho que diga que no es profeta, apuesto que oirán cosas que les pondrán los pelos de punta, o se los aplastarán, depende.

Pero hay un misterio cuya respuesta no conozco, aunque todo depende de ello. Tal vez si cuento lo suficiente puedan figurárselo ustedes mismos. Pero lo que no comprendo es por qué Calvin hizo lo que hizo. Era un muchacho dulce, todos lo dicen. Alvin y él eran tan íntimos como pueden serlo dos muchachos, quiero decir que se peleaban pero sin malicia y Cally creció sabiendo que Al moriría por él. ¿Qué fue lo que hizo que los celos empezaran a roer el corazón de Calvin, que se apartara de su hermano y que quisiera deshacer todo su trabajo? He oído tantas veces la historia que he estado a punto de contarla por boca del propio Cally; pero pueden estar seguros de que él nunca se sentó y me explicó ni a mí ni a nadie por qué cambió. Oh, contó a un montón de gente por qué odiaba a Alvin, pero no hay nada de verdad en lo que dice, ya que siempre acusa a su hermano de hacer lo que su público más odia. A los puritanos les dice que llegó a odiar a Alvin porque lo vio hacer un pacto con el diablo. A los hombres del rey les dice que odiaba a su hermano porque vio cómo su hermano llegaba a matar a un hombre sólo por impedirle recuperar un esclavo fugitivo de su propiedad llamado Arturo Estuardo (¡y vaya si eso no hacía rechinar los dientes de los monárquicos, pensar que un niño medio negro se llamara igual que el rey!). Calvin siempre tiene un relato que lo justifica ante los ojos de los extraños, pero nunca tiene una palabra de explicación para aquellos de nosotros que conocemos la verdad sobre Alvin Maker.

Sé esto. La primera vez que puse los ojos sobre Calvin en Iglesia de Vigor, durante el año en que Alvin trató de enseñar a Hacer, el año antes de que se marchara, os digo amigos que Calvin ya se había ido. En su corazón, cada palabra que Alvin decía era como veneno. Si Alvin no le prestaba atención, Calvin se sentía despreciado y así lo decía. Y si Alvin se la prestaba, Calvin se volvía hosco y amargado y decía que Alvin no lo dejaba en paz. No había forma de contentarlo.

Pero decir que le llevaba «la contraria» no explica nada. Es sólo un modo de decir la forma en que actuaba, no una respuesta a la pregunta de por qué actuaba así. Tengo mis propias ideas, pero sólo son suposiciones y nada más, ni siquiera lo que llaman «suposiciones educadas» porque no existe una educación lo bastante buena para hacer que la suposición de un hombre sea mejor que la de otro. O lo sabes o no lo

sabes, y yo no lo sé.

No sé por qué la gente que tiene lo que necesita para ser feliz no tira adelante y es feliz. No sé por qué la gente solitaria no para de apartar a un lado a todo el mundo que intenta ser su amigo. No sé por qué la gente echa la culpa a los débiles y a los indefensos de sus problemas mientras deja tranquilo al verdadero enemigo para que se escape con todo su daño. Y estoy seguro de no saber por qué me molesto en tomarme la molestia de escribir todo esto cuando sé que no se sentirán ustedes satisfechos.

Déjenme decirles una cosita sobre Calvin. Lo vi un día en clase de Alvin, y por una vez prestaba atención, atención de veras; engullía cada palabra que salía de los labios de su hermano. Y pensé: por fin está entrando en razón. Finalmente se da cuenta de que si realmente quiere ser el séptimo hijo de un séptimo hijo, si realmente quiere ser un Hacedor, tiene que aprender de Alvin cómo se hace.

Y cuando la clase terminó, me quedé sentado allí mirando a Calvin mientras todo el mundo se marchaba para regresar a sus quehaceres, hasta que sólo Calvin y yo quedamos en la habitación, y entonces va Calvin y me habla (casi siempre me ignoraba como si no estuviera allí), me habla y en seguida me doy cuenta de lo que está haciendo. Está imitando a Alvin. No la voz normal de Alvin, sino su voz de maestro. Todos le recordáis cuando se ponía así; aprendió a hablar de aquel modo tan florido cuando estudiaba con la señorita Larner, antes de que ella se quitara el disfraz y se diera cuenta de que era la misma Peggy Larner que guardaba su placenta y lo protegió a lo largo de sus años de desarrollo. Las grandes palabras de cinco dólares que ella aprendió en Dekane o en los libros que leía. Alvin quería parecer refinado como ella, o lo quería a veces, y así aprendía esas palabras y las usaba y hablaba tan bien que parecía que había aprendido inglés de un experto en vez de haber crecido con él como el resto de nosotros. Pero no podía mantenerlo. Se escuchaba hablando tan remilgado que se echaba a reír de pronto o hacía un chiste y luego volvía a hablar como la gente corriente. Y allí estaba Calvin hablando con el mismo tono agudo, sólo que no se reía. Hizo toda esa imitación y cuando acabó, me miró y dijo:

—¿No es así?

¡Como si yo lo supiera!

Y yo voy y le digo:

—Calvin, parecer un hombre educado no te hace educado.

Y él me dice:

—Prefiero ser un ignorante y parecer educado que ser educado y parecer ignorante.

—¿Por qué?

—Porque si pareces educado nadie te pone nunca a prueba, pero si pareces ignorante, no paran nunca.

A eso iba yo. Bueno, tal vez no es eso lo que quería dejar claro, pero hace tiempo que he perdido el hilo de lo que era. Pero esto es lo que quiero dejar claro ahora: Sé

más de lo que pasó durante el año de vagabundeo de Alvin que ningún otro en la verde tierra de Dios. Pero también soy consciente de cuántas preguntas sigo sin poder responder. Así que reconozco que soy el que sabe pero parece ignorante. ¿De qué clase sois vosotros?

Si ya pensáis que conocéis esta historia, por el amor de Dios: dejad de leer y ahorraos la molestia. Y si vais a criticarme por no acabarla entera y atarla con un lacito para vosotros, vaya, entonces hacednos un favor a todos y escribid vuestro maldito libro, sólo que tened la decencia de llamarlo novela en vez de historia, porque la historia no tiene lacitos, sólo puntas ajadas de lazos y nudos que no pueden desatarse. No es un paquete bonito, pero que yo sepa tampoco es vuestro cumpleaños, así que no tengo la obligación de haceros un regalo.

Capítulo 2.

HIPÓCRITAS

Calvin ya se estaba hartando. A punto de acercarse a Alvin y... hacer algo. Darle un puñetazo en la nariz, tal vez; pero ya lo había intentado antes y Alvin lo cogió por la muñeca y lo agarró con aquellos malditos músculos de herrero y va y le dice:

—Calvin, sabes que siempre puedo contigo, ¿tenemos que hacer esto ahora?

Alvin siempre podía hacerlo todo mejor, y si no podía es que no merecía la pena hacerlo. La gente se congregaba a su alrededor y escuchaba su cháchara como si todo tuviera sentido. La gente observaba cada movimiento que hacía como si fuera un oso bailarín. Sólo se daban cuenta de que Calvin existía para pedirle que se hiciera a un lado para poder ver a Alvin un poquito mejor.

¿Hacerme a un lado? Sí, reconozco que puedo hacerme a un lado. Puedo salir por la puerta y ponerme al sol y salir al sendero que sube la colina hasta los árboles. ¿Y qué me impide seguir adelante? ¿Qué me impide caminar hasta el borde del mundo y después saltar?

Pero Calvin no siguió caminando. Se apoyó contra un viejo arce y luego se tumbó en la hierba y contempló la tierra de Padre. La casa. El granero. Los corrales. Las pocilgas. El molino.

¿Seguía girando la rueda en el molino de Padre? El agua pasaba inútil a través de los engranajes, la rueda inclinada hacia delante pero sin moverse, y las piedras de dentro estaban también inmóviles. Bien podrían haber dejado la enorme muela en la montaña en vez de traerla aquí para que se quedara sin usar mientras el hermano mayor Alvin llenaba las mentes de aquella pobre gente de esperanzas inútiles. Alvin los machacaba igual que si pusiera sus cabezas entre las piedras. Los trituraba, los convertía en harina que él mismo transformaba en pan y se comería para la cena. Puede que hubiera aprendido a ser herrero todos aquellos años en Río Hatrack, pero aquí, en Iglesia de Vigor, era un panadero de cerebros.

Pensar en Alvin comiéndose la cabeza de todo el mundo hacía que Calvin se sintiera desagradable, de una forma deliciosa. Le hacía reír. Estiró sus largas piernas en la hierba y se recostó contra el tocón del arce. Un insecto avanzaba por la piel de su pierna, por debajo de sus pantalones, pero no se molestó en extender la mano y sacarlo, ni en sacudir siquiera la pierna para espantarlo. En cambio, dejó avanzar el poder en su mente, como si fuera un par de ojos de repuesto, como un conjunto extra de dedos, buscando el rápido aleteo de la estúpida vida del insecto. Y cuando la encontró le dio un pellizquito. Fue poco más que entornar los ojos, una pequeña contracción de los músculos orbitales, pero eso fue todo cuanto le hizo falta, sólo aquel pellizquito y el insecto dejó de moverse. Algunos días, bichito, no merece la pena despertarse por la mañana.

—Debe sé una historia grasiosa —dijo una voz.

A Calvin el corazón casi le sale por la boca. ¿Cómo podía sorprenderle nadie? Con todo, no había demostrado que estuviera sorprendido. El corazón podía estar latiéndole a toda velocidad dentro del pecho, pero esperó un minuto antes de volverse a mirar, y cuando lo hizo se aseguró de parecer tan poco interesado como pueda estarlo nadie sin estar muerto.

Un tipo calvo, viejo y vestido con pieles. Calvin lo conocía, desde luego. Un viajero y a veces visitante llamado Truecacuentos. Otro que pensaba que el mundo empezaba con Dios y terminaba con Alvin. Calvin lo miró de arriba abajo. Las pieles eran casi tan viejas como el hombre.

—¿Sacaste las pieles de un ciervo de noventa años, o las llevaron tu pa y tu agüelo toda la vida pa que estén tan gastás?

—He llevado estas pieles tanto tiempo —dijo el anciano—, que a veces las envío a hacer recaos cuando estoy muy ocupado pa hacerlos, y nadie nota la diferencia.

—Creo que te conozco —dijo Calvin—. Eres ese tipo, el viejo Truecacuentos.

—Así es —respondió el viejo—. Y tú eres Calvin, el hijo menor del viejo Miller.

Calvin esperó.

Y entonces lo dijo:

—El hermano menor de Alvin.

Calvin se encogió sentado y luego se incorporó. Le gustaba lo alto que era. Le gustaba mirar la cabeza calva del viejo.

—¿Sabes, viejo?, si tuviéramos otro como tú, podríamos juntar vuestras cabezas y pareceríais el culo de un bebé.

—No te gusta que te conozcan por ser el hermano menor de Alvin, ¿eh? —preguntó Truecacuentos.

—Sabes dónde buscar tu comida gratis —dijo Calvin. Se encaminó al prado. Sin un destino en mente, por supuesto, su andar pronto se alteró, y se detuvo un momento, mirando a su alrededor, deseando que hubiera algo que quisiera hacer.

El anciano estaba justo tras él. ¡Maldito fuera, sí que era silencioso! Calvin tenía que acordarse de mantenerse alerta respecto a la gente. Alvin lo hacía sin pensar, maldición, y Calvin podría hacerlo también si tan sólo se acordara de acordarse.

—Te oí reír —dijo Truecacuentos—. Cuando me acerqué a ti por primera vé.

—Bueno, pues supongo que entodavía no estás sordo.

—Te vi mirando el molino y te oí reírte y mepensé, ¿qué ve este chaval tan grasioso en un molino con una rueda que no da vueltas?

Calvin se volvió a mirarlo.

—Naciste en Inglaterra, ¿verdad?

—Ajá.

—Y viviste en Filadelfia una temporada, ¿no? Allí conociste al viejo Ben Franklin, ¿verdá?

—Qué buena memoria tienes.

—Entonces, ¿cómo es que hablas como un hombre de la frontera? Tú y yo

sabemos cómo se supone que hay que decir «pensé». Pero aquí estás, hablando mal como si nunca hubieras ido al colegio, cuando sé que fuiste. ¿Cómo es que no hablas como otros ingleses?

—Ojo agudo, oído agudo —dijo Truecacuentos—. Soy bueno para los detalles. Obtuso en conjunto, pero agudo para los detalles. Ya me he dado cuenta de que hablas peor de lo que sabes.

Calvin ignoró el insulto. No iba a dejar que aquel viejo chocho le distrajera con trucos.

—He dicho que cómo es que hablas como uno de la frontera.

—He pasado mucho tiempo en la frontera.

—Yo paso mucho tiempo en el corral de las gallinas y no por eso cacareo.

Truecacuentos sonrió.

—¿Tú qué crees, chaval?

—Creo que tratas de hablar como la gente a la que cuentas tus mentiras, pa que se fíen de ti. Pero no eres uno de nosotros, no eres nada de nadie. Eres un espía que roba las esperanzas y los sueños y los deseos y los recuerdos y las imaginaciones de tó el mundo y no les dejas más que mentiras a cambio.

Truecacuentos parecía divertido.

—Si soy tan criminal, ¿cómo es que no soy rico?

—Criminal no —dijo Calvin.

—Me alegro de ser absuelto.

—Sólo hipócrita.

Truecacuentos entornó los ojos.

—Hipócrita —repitió Calvin—. Fingiendo ser lo que no eres. Así la gente confía en ti, pero confían en un puñado de mentiras.

—Es una idea interesante, Calvin —dijo Truecacuentos—. ¿Dónde trazas la línea entre un hombre humilde que conoce sus propias debilidades pero intenta ejercer virtudes que no domina todavía y un hombre orgulloso que pretende tener todas esas virtudes sin la más mínima intención de adquirirlas?

—Escucha ahora al hombre de la frontera —se burló Calvin—. Sabía que te despojarías de ese hablar campechano en cuanto quisieras.

—Sí, puedo hacerlo —dijo Truecacuentos—. Igual que puedo hablar francés con un francés y español con un español y cuatro tipos de lenguas indias dependiendo de la tribu con la que esté. Pero tú, Calvin, ¿le hablas con Desprecio y Burla a todo el mundo? ¿O sólo a tus superiores?

Calvin tardó un momento en advertir que había recibido un golpe duro y bajo.

—Podría matarte sin usar las manos —dijo.

—Más duro de lo que crees —dijo Truecacuentos—. Matar a un hombre, quiero decir. ¿Por qué no se lo preguntas a tu hermano Alvin? Lo hizo una vez, por una causa justa, mientras que tú piensas en matar a un hombre sólo porque te da en la nariz. Y encima te preguntas por qué me considero superior a ti.

—Sólo quieres humillarme porque te he llamado hipócrita, que es lo que eres. Un hipócrita, como todos los demás.

—¿Todos los demás?

Calvin asintió, sombrío.

—¿Todo el mundo es un hipócrita excepto Calvin Miller?

—Calvin Maker —dijo Calvin. Incluso mientras lo decía supo que cometía un error; nunca le había dicho a nadie el nombre con el que pensaba en sí mismo, y ahora lo había soltado, en un alarde, como una exigencia, al menos adecuado de los oyentes. A este hombre que probablemente, más que ningún otro, repetiría a otros el sueño secreto de Calvin.

—Bueno, ahora parece unánime —dijo Truecacuentos—. Todos estamos fingiendo ser algo que no somos.

—¡Yo soy un Hacedor! —insistió Calvin, levantando la voz, aunque sabía que con eso parecía más débil y más vulnerable. No podía dejar de hablar con aquel viejo viscoso—. ¡Tengo el don que tiene Alvin, si alguien se molestara en advertirlo!

—¿Has tallado alguna piedra últimamente, sin herramientas? —preguntó Truecacuentos.

—¡Puedo hacer que las piedras de un muro encajen unas con otras como si hubieran crecido así a partir del suelo!

—¿Has sanado alguna herida?

—Maté a un bicho que me subía por la pierna hace un momento, sin ponerle siquiera una mano encima.

—Interesante. Yo pregunto por curar y tú respondes con matar. No me parece cosa de un Hacedor.

—¡Tú mismo has dicho que Alvin mató a un hombre!

—Con sus manos, no con su don. Un hombre que acababa de asesinar a una mujer inocente que murió por proteger a su hijo del cautiverio. El insecto... ¿iba a hacerte daño a ti, o a alguien?

—¡Sí, eso es, Alvin siempre es justo y maravilloso, mientras que Calvin no sabe hacer nada bien! Pero el propio Alvin me contó la historia de cómo hizo que un puñado de cucarachas se mataran cuando era niño y...

—Y tú no aprendiste nada de esa historia, excepto que tienes el poder para atormentar a los insectos.

—¡Él consigue hacer lo que quiere y luego habla de cómo ha aprendido a ser mejor, pero si yo hago las mismas cosas entonces no soy digno! No se me puede enseñar ningún secreto porque no estoy preparado para ellos, pero sí lo estoy, y no estoy dispuesto a dejar que Alvin decida cómo usaré el don con el que nací. ¿Quién le dice a él lo que tiene que hacer?

—La luz interior de la virtud —dijo Truecacuentos—, a falta de otro nombre mejor.

—¿Y qué hay de mi luz interior?

—Imagino que tus padres se hacen esa misma pregunta, y a menudo.

—¿Por qué no se me permite que haga las cosas a mi antojo como hizo Alvin?

—Pero si se te está permitiendo hacer exactamente eso.

—¡No! Él se sienta allí a intentar explicar a esos cabezotas sin don de sus seguidores cómo entrar en otras cosas y aprender qué son y cómo están formadas por dentro y luego pedirles que tomen nuevas formas, y si eso es una cosa que la gente pueda aprender...

—Pero aprenden, ¿no?

—Si avanzar un centímetro al año es moverse, entonces supongo que puedes llamar a eso aprendizaje —dijo Calvin—. Pero a mí, al que comprende de verdad todo lo que dice, el que podría dar uso a todo eso, ni siquiera me deja entrar en la habitación. Si me quedo allí solo cuenta historias y chistes y no enseña ná hasta que me marchó, ¿y por qué? Soy su mejor alumno, ¿no? ¡Lo aprendo todo, me empapo rápido y puedo usarlo al instante, pero no quiere enseñarme! Llama a los otros «aprendices de Hacedor», pero a mí no me toma siquiera para una sola lección, todo porque no me inclino y le adoro cada vez que empieza a hablar de cómo un Hacedor no puede nunca utilizar su don para destruir, sino sólo pa construir, o lo pierde, que es una tontería, porque el don de un hombre es su don y...

—Me parece —dijo Truecacuentos, la voz lo bastante brusca para cortar los farfulleos de Calvin—, que eres un joven singularmente intratable. Le pides a Alvin que te enseñe, y él intenta hacerlo. Pero luego te niegas a escucharlo porque tú sabes lo que es una tontería y lo que cuenta; tú sabes lo que un hombre no tiene que hacer para ser Hacedor; tú ya sabes tanto que me sorprende que todavía estés aquí, deseando que Alvin te enseñe cosas que sin duda no tienes ningún deseo de saber.

—¡Quiero que me enseñe a entrar en el meollo de las cosas! —chilló Calvin—. ¡Quiero que me enseñe a cambiar a la gente como cambió a Arturo Estuardo para que los Rastreadores ya no pudieran encontrarlo! ¡Quiero que me enseñe a entrar en los huesos y las venas, a convertir el hierro en oro! ¡Quiero un arado de oro como el suyo y él no quiere enseñarme a hacerlo!

—¿Y nunca se te ha ocurrido que cuando él habla de usar el poder del Hacedor sólo para construir cosas, nunca para destruirlas, puede que esté enseñándote exactamente lo que estás pidiendo? Oh, Calvin, lamento tanto ver que tu madre tuvo un hijo estúpido después de todo.

Calvin sintió la rabia explotar en su interior, y antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo derribó de un golpe al viejo y saltó a horcajadas sobre él, dando puñetazos sobre sus frágiles costillas y su vientre. Hicieron falta muchos golpes para que se diera cuenta de que el anciano no se defendía. ¿Lo he matado?, se preguntó. ¿Qué voy a hacer si está muerto? Me acusarán de asesinato entonces. No comprenderán que me provocó, que me pidió a gritos una paliza. No planeaba matarlo.

Calvin acercó los dedos a la garganta de Truecacuentos, buscando el pulso.

Estaba allí, débil, pero probablemente siempre era así, con lo viejo que era el tipo.

—No me has matado del todo, ¿eh? —susurró Truecacuentos.

—No me apetecía —dijo Calvin.

—¿A cuántos hombres tendrás que golpear antes de que todo el mundo reconozca que eres un Hacedor?

Calvin quiso golpearle otra vez. ¿No aprendía nada aquel viejo?

—¿Sabes? Si golpeas a la gente lo suficiente, todos te llamarán como quieras. Hacedor. Rey. Capitán. Jefe. Amo. Santo. Escoge un título, puedes obligar a la gente a llamarte así. Pero no te cambiarás a ti mismo ni un ápice. Todo lo que haces es cambiar los significados de esas palabras para que todas signifiquen lo mismo: matón.

Calvin, acalorado por la vergüenza, se levantó y se alzó sobre él. Se contuvo para no patear al viejo hasta convertir su cabeza en pulpa.

—Tienes un don para las palabras —dijo.

—Para las verdades, en concreto —dijo Truecacuentos.

—Para las mentiras, por lo que puedo ver.

—Un mentiroso ve mentiras —dijo Truecacuentos—. Aunque no estén presentes. Igual que un hipócrita ve hipócritas cada vez que se topa con buena gente. No soportas la idea de pensar que alguien sea realmente lo que tú sólo pretendes ser.

—Has dicho una verdad —dijo Calvin—. No tiene sentido que me quede aquí esperando a que Alvin me enseñe cuando está claro que pretende mantener en secreto lo que sabe. Tendría que haberme dado cuenta de que Alvin nunca iba a enseñarme ná, porque tiene miedo de que la gente me vea haciendo todas las cosas que él puede hacer, y entonces ya no será el rey de la montaña. Tengo que aprender por mi cuenta, como hizo él.

—Tienes que hacerlo aprendiendo las mismas cosas que él —dijo Truecacuentos—. Solo o como alumno suyo, aunque no creo que seas capaz de aprender esas cosas.

—Te equivocas. Y te lo demostraré.

—¿Aprendiendo a dominar tu propia voluntad y a usar tu poder solamente para construir cosas, sólo para ayudar a los demás?

—Saldré al mundo y lo aprenderé todo y volveré y le demostraré a Alvin quién tiene el verdadero don de Hacedor y quién está sólo fingiendo.

Truecacuentos se apoyó en un codo.

—Pero Calvin, tus acciones de hoy han dejado clara como el agua la respuesta a esa pregunta.

Calvin quiso patearle la cara. Silenciar esa boca. Romper la brillante coronilla y ver los sesos esparcirse en la hierba del prado.

En cambio, se dio la vuelta y avanzó unos cuantos pasos hacia el bosque. Esta vez tenía un destino. El este. La civilización. Las ciudades, las tierras donde la gente vivía unida mejilla contra carrillo. Entre ellos habría quien podría enseñarle. O, de no ser ése el caso, gente con la que podría experimentar hasta aprender todo lo que Alvin

sabía, y más. Calvin se equivocaba al haberse quedado aquí tanto tiempo. Era un tonto al esperar conseguir amor o ayuda de Alvin. Lo adoraba, fue un error, pensó Calvin. Me ha hecho falta este viejo chocho para mostrarme la clase de desdén que la gente siente hacia mí. Siempre comparándome con Alvin, el perfecto Alvin, Alvin el Hacedor, Alvin el hijo virtuoso.

Alvin el hipócrita. Hace con su poder únicamente lo que yo quiero hacer... sólo que es tan sutil que la gente no se da cuenta de que los está controlando. ¡Dinos qué tenemos que hacer, Alvin! ¡Enséñanos a Hacer, Alvin! ¿Dice Alvin alguna vez no es tu don, pobre idiota, no puedo enseñarte a hacer esto más de lo que puedo enseñarle a un pez a andar? No. Finge enseñárselo, los ayuda a conseguir unos cuantos éxitos patéticos e ilusorios para que se queden con él, sus obedientes siervos, sus discípulos.

Bueno, no soy uno de ellos. Soy mi propio dueño, más listo que él, y más poderoso también, si puedo aprender lo que necesito aprender. Después de todo, Alvin sólo fue séptimo hijo durante un par de instantes después de nacer, hasta que nuestro hermano mayor Vigor murió. Pero yo he sido séptimo hijo toda mi vida, y sigo siéndolo hoy. No pasará mucho tiempo antes de que supere a Alvin. Soy el verdadero Hacedor. El verdadero. No un hipócrita. No un mentiroso.

—Cuando veas a Alvin, dile que no me siga. No me verá de nuevo hasta que esté preparado para enfrentarse a mí, Hacedor contra Hacedor.

—Nunca podrá haber una batalla de Hacedor contra Hacedor —dijo Truecacuentos.

—¿No?

—Porque si hay una batalla, es porque uno de ellos, al menos, no es un Hacedor, sino su opuesto.

Calvin se echó a reír.

—¿Ese cuento de comadres? ¿Sobre un supuesto Deshacedor? Alvin cuenta las historias, pero son un puñado de tonterías para hacer que parezca más un héroe.

—No me sorprende que no creas en el Deshacedor —dijo Truecacuentos—. La primera mentira que siempre cuenta el Deshacedor es que no existe. Y sus verdaderos siervos siempre le creen, aunque ejecutan su trabajo en el mundo.

—¿Así que soy siervo del Deshacedor? —preguntó Calvin.

—Por supuesto —dijo Truecacuentos—. Ahora tengo en mi cuerpo los moratones para demostrarlo.

—Esos moratones demuestran que eres un débil y un bocazas.

—Alvin me habría sanado y reforzado —dijo Truecacuentos—. Eso es lo que hacen los Hacedores.

Calvin no podía soportarlo más. Le dio una patada al hombre en la cara. Pudo sentir la nariz de Truecacuentos romperse bajo su pie; luego el anciano se desplomó contra la hierba y se quedó allí tendido. Calvin ni siquiera se molestó en encontrarle el pulso. Si estaba muerto, tanto mejor. El mundo sería un lugar mejor sin sus mentiras y rudezas.

Hasta que no se hubo adentrado en el bosque, unos cinco minutos después, no captó la enormidad de lo que había hecho. ¡Matar a un hombre! ¡Puede que haya matado a un hombre, y lo he dejado morir!

Tendría que haberlo curado antes de marcharme. Como Alvin curaba a la gente. Entonces habría sabido que soy un verdadero Hacedor, porque lo sané. ¿Cómo he podido perder una oportunidad así para demostrar lo que puedo hacer?

De inmediato se dio la vuelta y corrió por el bosque, esquivando las raíces, resbalando por una pendiente que acababa de escalar momentos antes. Pero cuando, jadeante, salió al prado, el anciano no estaba allí, aunque manchas de sangre todavía salpicaban la hierba y formaban un charquito donde se había hallado su cabeza. No estaba muerto, entonces. Se levantó y echó a andar, así que no puede estar muerto.

Qué idiota he sido, pensó Calvin. Claro que no lo he matado. Soy un Hacedor. Los Hacedores no destruyen cosas, las construyen. ¿No es eso lo que siempre me dice Alvin? Así que si soy un Hacedor, nada que haga podrá ser destructivo.

Durante un momento casi bajó la colina en dirección al molino. Que Truecacuentos le acusara delante de todo el mundo. Calvin simplemente lo negaría, y que ellos se las apañaran para solucionar el problema. Naturalmente, todos creerían a Truecacuentos. Pero Calvin sólo necesitaba decir: «Es su don, hacer que la gente crea sus mentiras. ¿Por qué si no ibais a confiar en este desconocido en vez de en el hermano pequeño de Alvin Miller, cuando todos sabéis que no voy por ahí golpeando a la gente?». Era delicioso imaginar aquella escena, con Padre y Madre y Alvin, todos petrificados por la inacción.

Pero una escena mejor era ésta: Calvin libre en la ciudad. Calvin lejos de la sombra de su hermano.

Lo mejor de todo era que ni siquiera podrían congregarse a un grupo de hombres para que lo siguieran. Pues aquí, en el pueblo de Iglesia de Vigor, todos los adultos estaban sometidos a la maldición de Tenskwa-Tawa, y así tenían que contar a todos los desconocidos que encontraran la historia de cómo masacraron a los inocentes pieles rojas en Tippy-Canoe. Si no contaban la historia, las manos y los brazos se les cubrirían de sangre goteante, mudo testimonio de su crimen. Por esa causa no se aventuraban a salir al mundo donde pudieran toparse con desconocidos. El propio Alvin podría ir a buscarle, pero nadie más podría acompañarle, excepto aquellos que eran demasiado jóvenes para participar en la masacre. Oh, sí, la maldición no había recaído sobre su cuñado Soldado de Dios. Y tal vez sobre Mesura tampoco, aunque la tomó sobre sí, a pesar de que no tomó parte en la batalla. Así que tal vez pudiera salir. Pero no sería una partida de búsqueda importante.

¿Y por qué se molestarían en buscarlo de todos modos? Alvin consideraba que Calvin no era nada. No merecía la pena enseñarle. ¿Cómo iba a merecer la pena perseguirlo?

Mi libertad siempre estuvo a unos pocos pasos de distancia, pensó Calvin. Todo lo que hizo falta fue que comprendiera que Alvin nunca iba a aceptarme como su

verdadero amigo y hermano. Truecacuentos me lo ha demostrado. Tendría que estarle agradecido.

Eh, ya le he dado todo el agradecimiento que se merece.

Calvin se echó a reír. Luego se dio la vuelta y regresó al bosque. Trató de moverse tan silenciosamente como siempre lo hacía Alvin al moverse a través del bosque... un truco que Al había aprendido de los salvajes pieles rojas antes de que éstos renunciaran y se volvieran civilizados o cruzaran el Mizzipy hacia el vacío territorio del oeste. Pero a pesar de todos sus esfuerzos, Calvin siempre acababa haciendo ruido y rompiendo ramas.

Por todo lo que sé, se dijo Calvin, Alvin hace el mismo ruido, y simplemente utiliza su don para hacernos creer que es silencioso. Porque si todo el mundo cree que eres silencioso, eres silencioso, ¿no? No hay ninguna diferencia.

¿No podría ser que ese hipócrita de Alvin nos hiciera creer a todos que está en tal armonía con el mundo verde cuando realmente es tan torpe como cualquiera? Al menos yo no me avergüenzo de hacer un ruido honesto.

Con ese pensamiento reconfortante, Calvin se internó entre los matorrales, rompiendo ramas y levantando hojas caídas a cada paso.

Capítulo 3.

VIGILANTES

Mientras Calvin partía en su viaje hacia ninguna parte, intentando no pensar en Alvin a cada paso, había alguien más de viaje, también deseando poder dejar de pensar en él. Pero ahí termina el parecido. Porque era Peggy Lerner, que conocía mejor a Alvin y lo amaba más que ningún alma viviente. Viajaba en diligencia por una carretera comarcal en Appalachee, y era al menos tan infeliz como Calvin. La diferencia era que ella no echaba la culpa de sus preocupaciones a nadie más que a sí misma.

En los días que siguieron al asesinato de su madre, Peggy Lerner supuso que debería quedarse en Río Hatrack durante el resto de su vida, ayudando a su padre a atender la posada. Había acabado con los grandes asuntos del mundo. Había participado en ellos, y el resultado era que no había atendido su propio huerto y por eso no había visto tejerse la muerte de su madre. Fácil de prevenir, si dependía tanto de la mera casualidad; una simple palabra de advertencia y sus padres habrían sabido que los Rastreadores de esclavos iban a volver esa noche, y cuántos eran, y cuántas armas traían, y por qué puerta iban a entrar. Pero Peggy había estado observando los grandes asuntos del mundo, había estado ocupándose de su alocado amor por el joven aprendiz de herrero llamado Alvin, que había aprendido a hacer un arado de oro vivo y luego le había pedido que se casara con él y le acompañara alrededor del mundo para combatir al Deshacedor, y mientras tanto el Deshacedor destruía su propia vida por la puerta de atrás, con un tiro de escopeta que desgarró la carne de su madre y dio a Peggy la más terrible de las cargas para toda su vida. ¿Qué clase de hija no vigila para salvar la vida de su propia madre?

No podía casarse con Alvin. Eso sería como recompensarse a sí misma por su propio egoísmo. Se quedaría y ayudaría a su padre en su trabajo.

Y sin embargo no pudo ni siquiera hacer eso, no por mucho tiempo. Cuando su padre la miraba (o, más bien, cuando no la miraba), sentía que su pena le apuñalaba el corazón. Él sabía que ella podía haberlo impedido. Y aunque hacía grandes esfuerzos por no reprochárselo, ella no necesitaba oír sus palabras para saber lo que había en su corazón. No, ni tampoco necesitaba usar su don para ver el deseo de su corazón, sus amargos recuerdos. Lo sabía sin mirar, porque lo conocía en lo más hondo, como los hijos conocen a los padres.

Llegó un día en que no pudo soportarlo más. Ya se había marchado de casa una vez, de niña, dejando una nota. Esta vez se marchó con más valor, tras enfrentarse a su padre y decirle que no podía quedarse.

—¿He perdido a mi hija, entonces, igual que he perdido a mi esposa?

—Tienes a tu hija, como siempre —dijo Peggy—. Pero la mujer que pudo haber impedido la muerte de tu esposa, y no lo hizo... esa mujer ya no puede seguir viviendo aquí.

—¿He dicho algo? ¿Por palabra u obra he...?

—Tu don es hacer que la gente se sienta como en casa bajo tu techo, padre, y lo has hecho conmigo lo mejor que has podido. Pero no hay don que pueda apartar esa terrible carga de mi alma. No hay amor o amabilidad que puedas mostrar hacia mí que oculte, de mí, lo que sufres al verme.

Padre sabía que no podía seguir engañando a su hija por más tiempo, porque era una tea y todo eso.

—Te echaré de menos de todo corazón —dijo.

—Y yo a ti, padre —respondió ella.

Con un beso, con un breve abrazo, se marchó. Una vez más viajó hasta Dekane en el carruaje de Whitley Phsysicker. Allí se alojó con una familia que se había portado muy bien con ella, tiempo atrás.

Pero no se quedó mucho; pronto cogió la diligencia de regreso a Franklin, la capital de Appalachee. No conocía a nadie allí, pero pronto lo haría: ningún corazón podía permanecer cerrado para Peggy, y rápidamente encontró a gente que odiaba la institución de la esclavitud tanto como ella. Su madre había muerto por aceptar en su hogar a un niño medio negro como si fuera su propio hijo, aunque legalmente pertenecía a algún hombre blanco de Appalachee.

El niño, Arturo Estuardo, seguía libre todavía, viviendo con Alvin en el pueblo de Iglesia de Vigor. Pero la esclavitud, que había matado tanto a la madre natural del niño como a la adoptiva, seguía viva. No había esperanza de cambiar eso en las tierras del rey, al sur y al este, pero Appalachee era la nación que se había ganado la libertad con el sacrificio de George Washington y bajo el liderazgo de Thomas Jefferson. Era una tierra de ideales elevados. Sin duda tendría alguna influencia allí para desarraigar el mal de la esclavitud. Arturo Estuardo había sido concebido en Appalachee porque un amo había violado cruelmente a su esclava indefensa. Era en Appalachee, pues, donde Peggy actuaría silenciosa pero diestramente para ayudar a aquellos que odiaban la esclavitud y para poner obstáculos a aquellos que querían perpetuarla.

Viajaba disfrazada, naturalmente. No había nadie aquí que la conociera, pero no le gustaba que la llamaran por el nombre de Peggy Guester, pues también era el nombre de su madre. Así que se hacía pasar por la señorita Larner, dotada maestra de francés, latín y música, y de esa guisa daba clases, aquí unas cuantas semanas, allá otras cuantas. Enseñaba a los maestros de varios pueblos y aldeas.

Aunque impartía sus lecciones públicas a conciencia, lo que más le preocupaba era localizar los hogares de aquellos que odiaban la esclavitud, o de aquellos que, sin atreverse a admitir su repulsa, se sentían al menos incómodos y culpables por los esclavos que poseían. De los que tenían cuidado en ser amables, de los que permitían en secreto a sus esclavos que aprendieran a leer, a escribir y a manejar los números. Se atrevía a animar a los hombres de buen corazón. Los convocaba y les decía palabras que quizá los condujeran por los senderos de la vida, por escasos y poco

definidos que fueran, donde se armaran de valor y hablaran contra el mal de la esclavitud.

De esta forma, seguía ayudando a su padre en su trabajo. ¿Pues no había arriesgado su vida durante muchos años el viejo Horace Guester para ayudar a los esclavos fugitivos a cruzar el Hio y dirigirse hacia el norte, a territorio francés, donde ya no serían esclavos, donde los Rastreadores no podían llegar? Ella no podía vivir con su padre, no podía aliviar su carga de pena, pero sí podía continuar con su trabajo hasta conseguir que fuera innecesario, pues habría conseguido no un esclavo cada vez, sino todos los esclavos de Appalachee al mismo tiempo.

¿Sería entonces digna de volver y mirarle a la cara? ¿Me redimiría? ¿Significaría algo entonces la muerte de Madre, en vez de ser el indigno resultado de mi descuido?

Era la parte más dura de su disciplina: se negaba a dejar que ningún pensamiento de Alvin Smith la distrajera. Una vez él había sido el centro de su vida, pues ella estuvo presente en su nacimiento, le quitó la placenta del rostro, y durante años utilizó el poder de la placenta reseca para protegerle de los ataques del Deshacedor. Luego, cuando él se convirtió en un hombre y desarrolló lo suficiente sus propios poderes para poder protegerse solo, siguió siendo el centro de su corazón, pues ella empezó a amar al hombre en el que se había convertido. Se dirigió entonces a Río Hatrack, disfrazada por primera vez de señorita Lerner, y allí le dio a él y a Arturo Estuardo el tipo de enseñanza que ambos ansiaban. Y durante todo el tiempo que le daba lecciones, se ocultaba tras los hechizos que escondían su verdadero rostro y nombre; se escondía y le observaba como una espía, como una cazadora, como una amante que no se atrevía a dejarse ver.

Fue bajo ese disfraz que él se enamoró también de ella. Todo fue una mentira, una mentira que le conté, una mentira que me conté a mí misma.

Así que ahora ella no podía buscar su brillante fuego interior, aunque sabía que lo encontraría en seguida, no importaba lo lejos que estuviera. Tenía otro trabajo. Tenía otras cosas que hacer o deshacer.

Aquí estaba lo mejor de su nueva vida: todo aquel que sabía algo acerca de la esclavitud la consideraba mala. Los ignorantes (niños que crecían en territorio con esclavos, o gente que nunca había tenido esclavos ni los había visto ni conocido a un negro o una negra) podrían decir que no tenía nada de malo. Pero los que la conocían, comprendían que era maligna.

Muchos de ellos, por supuesto, simplemente se mentían a sí mismos o ponían excusas o abrazaban el mal de todo corazón... cualquier cosa para mantener su forma de vida, para conservar su riqueza y su ocio, su prestigio, su honor. Pero muchos sufrían miserablemente por el dinero que procedía del trabajo y sufrimiento de los negros que habían sido robados de su tierra nativa y traídos contra su voluntad a este oscuro continente de América. Eran estos corazones los que Peggy buscaba, sobre todo los fuertes, los que podrían tener el coraje de marcar la diferencia.

Y sus esfuerzos no eran en vano. Cuando dejaba un lugar, la gente hablaba (no,

para ser sinceros peleaba) por cosas que antes nunca se había planteado abiertamente. Ciertamente, había conflictos. Algunos de aquéllos cuyo valor había ayudado a despertar eran cubiertos de brea y emplumados, o golpeados, o quemaban sus casas y graneros. Pero los excesos de los amos de esclavos servían sólo para revelar a los demás la necesidad de pasar a la acción, de liberarse de un sistema que los estaba destruyendo a todos.

Hoy se dirigía a cumplir su misión. Un carruaje alquilado había venido para llevarla a una ciudad llamada Baker's Fork, e iba de camino, acalorada ya y cansada y sucia, como siempre iban los viajeros en verano, cuando de repente sintió curiosidad por ver qué había en cierto camino.

Ahora bien, Peggy no era curiosa a la manera corriente. Tras haber tenido, desde la infancia, el don de conocer los secretos más íntimos de la gente, había aprendido de joven a apartarse de la simple curiosidad. Sabía bien que había cosas que era mejor que no supiera la gente. De niña habría deseado con todas sus fuerzas no saber lo que pensaban de ella los niños de su edad, el miedo que le tenían, la repulsa que les causaba por su extrañeza, por la forma en que sus padres hablaban de ella entre susurros. Oh, se habría alegrado de no saber los secretos de los hombres y mujeres que la rodeaban. La curiosidad implicaba en sí un castigo cuando estabas segura de encontrar la respuesta a tu pregunta.

Así que el mismo hecho de sentir curiosidad nada menos que por un camino perdido en las colinas del norte de Appalachee... eso era lo más curioso de todo. Y por eso, en vez de intentar seguir el camino, miró dentro de su propio fuego para ver qué había carretera abajo. Pero todos los caminos que vio donde llamaba al conductor del carruaje y le hacía dar la vuelta y seguir el sendero, todos esos caminos llevaban a un punto en blanco, un lugar donde no podía saberse lo que podría pasar.

Para ella era extraño no saber cuál podría ser el resultado. Estaba acostumbrada a la incertidumbre, pues había muchos caminos que podía seguir el flujo del tiempo. Pero no tener ni idea, eso era completamente nuevo. Nuevo y (tuvo que admitirlo) atractivo.

Intentó ser precavida, decirse que si no podía ver, el Deshacedor debía estar bloqueándola; que podía haber algún destino terrible en aquel camino.

Pero no parecía cosa del Deshacedor. Seguir el sendero parecía lo adecuado. Parecía necesario, aunque la ponía un poco nerviosa el peligro de todo aquello. ¿Es así como se siente siempre la gente?, se preguntó. ¿Sin saber nada, el futuro un punto en blanco, capaces sólo de confiar en su instinto? ¿Es este resquemor lo que sintió George Washington justo antes de rendir su ejército a los rebeldes de Appalachee y luego entregarse al rey al que había traicionado? Sin duda no, pues el viejo George estaba bastante seguro del resultado. Tal vez Patrick Henry se sintió así cuando exclamó «Dadme libertad o dadme muerte», sin tener ni idea de cuál de las dos cosas conseguiría, dado el caso. Actuar sin saber...

—¡Dé la vuelta! —exclamó.

Con el ruido de los cascos de los caballos y el estrépito del carruaje, el conductor no la oyó.

Ella golpeó el techo del carruaje con el paraguas.

—¡Dé la vuelta!

El conductor hizo parar a los caballos. Abrió la puertecita que le permitía hablar con los pasajeros.

—¿Qué, señora?

—Dé la vuelta.

—No me he equivocado, señora.

—Lo sé. Quiero seguir ese sendero que acabamos de dejar atrás.

—Ése lleva al valle Chapman.

—Excelente. Entonces lléveme al valle Chapman.

—Pero es el consejo escolar de Baker's Fork el que me contrató pa llevarla.

—Tenemos que parar para pasar la noche de todas formas. ¿Por qué no el valle Chapman?

—No tienen posada.

—No importa, dé la vuelta o espere aquí mientras yo subo por ese sendero.

La puerta se cerró (quizá con más brusquedad de la necesaria), y el carruaje trazó un amplio círculo en el prado. No había llovido en los últimos días, así que el giro fue fácil, y pronto estuvieron siguiendo el sendero que tanta curiosidad había despertado en ella.

El valle, cuando lo vio, era bonito, aunque no había nada notable en su belleza. A excepción de los bosques en las cimas de las colinas, todo el valle estaba domesticado; los árboles en el sitio donde los habían plantado, todas las casas levantadas para alojar a las familias numerosas que allí vivían. Tal vez las paredes estuvieran pintadas con más color, y quizá fuesen de un blanco más blanco que en otros lugares... o quizá fuese que así lo veía Peggy porque observaba con gran atención para localizar qué había picado su curiosidad. Tal vez los árboles de los huertos fuesen más viejos que de costumbre, más retorcidos, como si aquel lugar hubiera sido colonizado mucho tiempo atrás: el primero de los asentamientos de Appalachee. ¿Pero qué tenía eso que ver? Todo en América era nuevo; tenía que haber alguien en aquella ciudad que aún recordara su fundación. Nada al oeste de la primera cordillera de montañas era más viejo que la vida del más veterano de los ciudadanos.

Como siempre, fue consciente de los fuegos interiores de la gente que habitaba allí, como chispas de luz que podía ver incluso en lo más brillante del mediodía, a través de las paredes, tras todas las colinas, en todos los desvanes o sótanos que pudiera haber. Eran la gente corriente de cualquier pueblo, quizás estuvieran un poco más contentos que otros, pero no eran inmunes a los sufrimientos de la vida, los pequeños resentimientos, los pesares y envidias. ¿Por qué había venido aquí?

Llegaron a una casa donde no había nadie. Peggy golpeó de nuevo la trampilla del

carruaje. Los caballos se detuvieron, y la puertecita se abrió.

—Espere aquí —dijo.

No tenía ni idea de por qué esta casa, la vacía, atraía su curiosidad. Quizás era por la forma en que había crecido, obviamente alrededor de una cabaña de troncos diminuta, haciéndose primero próspera, luego grandiosa, y finalmente nada más que grande, mientras la estética cedía a la necesidad de más y más espacio. ¿Cómo podía no haber nadie en un lugar tan grande y bien atendido?

Entonces advirtió que oía cantar dentro la casa. Y risas en el patio. Cantos y risas, y ni un solo fuego que ver. Nunca había visto una cosa tan extraña en la vida. ¿Era una casa embrujada? ¿Habitaban aquí los muertos inquietos, incapaces de renunciar a la vida? ¿Pero quién había oído de un fantasma que riera o que cantara una canción tan alegre?

Y allí, corriendo alrededor de la casa, había un niño de no más de seis años, perseguido por tres niñas más mayores. Ninguno con fuego en el corazón. Pero por la suciedad en la cara del niño y la furia en los ojos de las arboladas niñas, no podían ser espíritus de los muertos.

—¡Hola! —llamó Peggy, saludando.

El niño, sorprendido, la miró. Esa pausa fue su perdición, pues las niñas lo alcanzaron y cayeron sobre él con gran entusiasmo; su respuesta fue gritar con más vigor, maldiciéndolas con fervor. Peggy no lo sabía entonces, pero tenía pocas dudas: el niño, como suelen hacer todos los niños, había hecho alguna diablura que había enfurecido a las niñas... ¿sus hermanas? Tampoco tenía dudas de que las niñas, a pesar de las inevitables protestas de inocencia, lo habían provocado antes, pero de formas sutiles y verbales para que él nunca pudiera señalar una magulladura y poner a su madre de su parte. Así era la guerra interminable entre los niños y las niñas. Sin embargo, desconocidos o no, Peggy no podía permitir que la violencia de las niñas se desatara, y parecía que no estaban dispuestas a olvidarse de darle una paliza al niño. Le pegaban no por diversión, sino como si fuera un trabajo diario que un supervisor pudiera examinar luego y decir: «Yo diría que el niño ha recibido una buena paliza. ¡Tendréis vuestra paga de hoy, muy bien!».

—Soltadlo —dijo Peggy, cruzando el patio lleno de heces de cabra.

Ellas la ignoraron hasta que las alcanzó y cogió a dos de las niñas por el cuello de la ropa. Incluso entonces, siguieron dando manotazos, algunos de los cuales alcanzaron a la propia Peggy, mientras que la tercera niña continuaba sin pausa. Peggy no tuvo más remedio que dar un fuerte empujón a las dos niñas que había agarrado, que cayeron al suelo, y apartar a la tercera niña del pequeño.

Como temía, el niño no había salido bien parado de los golpes de las niñas. La nariz le sangraba, y se levantó muy despacio; cuando la niña que Peggy sujetaba saltó hacia él, escapó a cuatro patas para evitarla.

—Qué vergüenza —dijo Peggy—. ¡A pesar de lo que haya hecho, no merecía esto!

—¡Ha matado a mi ardilla! —gritó la niña.

—¿Pero cómo puedes tener una ardilla? —preguntó Peggy—. Sería una crueldad por tu parte meterla en una jaula.

—No tenía jaula —dijo la niña—. Era mi amiga. Le daba de comer y ésas la veían... vino a mí y la mantuve viva durante el duro invierno. ¡Él lo sabía! Estaba celoso porque la ardilla vino a mí, y por eso la mató.

—¡Era una ardilla! —gritó el niño, ronca y débilmente, pero estaba claro que pretendía ser un grito—. ¿Cómo iba yo a saber que era tuya?

—Entonces no tendrías que haber matado a ninguna —dijo otra de las niñas—. No hasta estar seguro.

—A pesar de lo que le hizo a la ardilla —dijo Peggy—, aunque fuera malicioso, fue un error por vuestra parte y poco cristiano golpearle así.

El niño la miró.

—¿Es usted la juez? —preguntó.

—¿Juez? ¡Creo que no! —contestó Peggy, riendo.

—Pero no puede ser el Hacedor, ése es un chico. Creo que es una juez —el niño parecía más seguro—. Tía Beca dijo que la juez vendría, y luego el Hacedor, así que no puede ser el Hacedor porque la juez no ha venido todavía, pero podría ser la juez porque la juez viene primero.

Peggy sabía que la gente solía considerar tonterías las palabras de los niños si no las comprendían inmediatamente. Pero ella sabía que estaban siempre relacionadas con su visión del mundo, y tenían sentido si sabías cómo escucharlas. Alguien les había dicho (Tía Beca, al parecer) que una juez y un Hacedor iban a venir. Sólo había un Hacedor que Peggy conociera. ¿Iba a venir aquí Alvin? ¿Qué lugar era éste, donde los niños sabían de Hacedores y no tenían fuegos internos?

—Creía que vuestra casa estaba vacía, pero veo que no.

Ahora había una mujer en la puerta, apoyada contra el quicio, observándolos plácidamente mientras removía el contenido de un cuenco con una cuchara de madera.

—¡Mamá! —gritó la niña que Peggy seguía sujetando—. ¡Me tiene agarrada y no me suelta!

—Es verdad —dijo Peggy de inmediato—. ¡Y seguiré sin soltarla hasta estar segura de que no vaya a matar a este niño!

—¡Ha matado a mi ardilla, mamá! —gritó la niña.

La mujer no dijo nada, se limitó a seguir moviendo la cuchara.

—Tal vez, niños —propuso Peggy—, deberíamos hablar con esta señora en la puerta, en vez de gritar como ratas de río.

—No le gustas a madre —dijo una de las niñas—. Lo noto.

—Es una lástima. Porque a mí me gusta ella.

—No. No la conoces, y si lo hicieras, seguiría sin gustarte porque no le gusta a nadie.

—Qué cosa tan terrible decir eso de una madre —dijo Peggy.

—A mí no tiene que gustarme —dijo la niña—. Yo la amo.

—Entonces llévame con esa mujer a la que amas pero que no te gusta —dijo Peggy—, y déjame sacar mis propias conclusiones sobre ella.

Mientras se acercaban a la puerta, Peggy empezó a pensar que las niñas podrían tener razón. Desde luego, la mujer no parecía agradable. Pero tampoco hostil. Su cara estaba vacía de emoción. Sólo removía el contenido del cuenco.

—Me llamo Peggy Lerner —la mujer ignoró su mano tendida—. Si no tenía que haber intervenido, lo siento, pero como puede ver estaban lastimando de veras al niño.

—Sólo me sangra la nariz, nada más —dijo el niño. Pero su cojera sugería otro dolor menos visible.

—Vamos adentro —dijo la mujer.

Peggy no tenía ni idea de si la mujer les hablaba sólo a los niños o de si la incluía en la invitación. Si se podía llamar así, con tan poca fuerza hablaba, sin alzar la cabeza del cuenco. Se dio la vuelta y desapareció dentro de la casa. Los niños la siguieron. Así que Peggy, por fin, la siguió.

Nadie la detuvo ni pareció encontrar extraña su acción. Por primera vez se preguntó si no se habría quedado dormida en el carruaje y si no sería aquello un extraño sueño en el que sucedían cosas absurdas y poco naturales que, sin embargo, no provocaban ningún comentario en la tierra de los sueños, donde no hay ninguna costumbre que violar.

Donde estoy ahora no es real. Fuera espera el carruaje y un tiro de cuatro caballos, por no mencionar al conductor, el tipo más real y mundano que jamás ha eructado en el asiento de un cochero. Pero aquí dentro, estoy en un lugar más allá de la naturaleza. No hay fuegos internos aquí.

Los niños desaparecieron, perdiéndose por los suelos de madera de la casa, y al menos uno de ellos subió o bajó las escaleras; tenía que ser un niño, había mucho vigor en los pasos. Pero no había sonidos que indicaran a Peggy adónde ir, o qué propósito servía al venir aquí. ¿No había orden? ¿Nada que su presencia perturbara? ¿Nadie más que los niños repararía en ella?

Quiso salir, regresar al carruaje; pero al darse la vuelta no pudo recordar por qué puerta había entrado, ni dónde estaba el norte. Las ventanas estaban cubiertas por cortinas, y fuera cual fuese la puerta por la que había entrado, ahora no podía verla.

Era un lugar extraño, pues había tela por todas partes, cuidadosamente doblada y cubriendo todos los muebles, el suelo, las escaleras. Parecía como si alguien acabara de comprar tela suficiente para coser un millar de vestidos y los sastres y modistas estuvieran aún por llegar. Notó luego que se trataba de una tela continua, que pasaba de lo alto de un fardo al pie del siguiente. ¿Cómo podía ser tan larga una tela? ¿Por qué la querría nadie así, en vez de cortarla y enviarla a que hicieran algo con ella?

Qué raro. Qué estúpido por su parte no advertirlo de inmediato. Ella conocía este

lugar. No lo había visitado en persona, pero lo había visto a través de Alvin, años antes.

En aquellos días él estaba aún en poder de Ta-Kumsaw. El guerrero rojo se llevó a Alvin consigo y lo unió a su leyenda, de modo que ahora se hablaba de Alvin Smith el matador de cazadores, o de Alvin Smith y el arado dorado, como antes se hablaba del mismo niño, sin saberlo, cuando hablaban del malvado «Niño Renegado», el niño blanco que acompañó a Ta-Kumsaw en todos sus viajes durante el año que precedió su derrota en Fuerte Detroit. Fue entonces cuando Alvin vino aquí, y recorrió este pasillo, sí, giró a la derecha aquí, sí, siguió la tela doblada hacia la parte más antigua de la casa, la cabaña original, hacia la tenue luz que parece no tener fuente, como si simplemente fluyera a través de las rendijas entre los troncos. Y aquí, si abro la puerta, encontraré a la mujer con el telar. Éste es el lugar donde se teje.

Tía Beca. Claro que sabía el nombre. Beca, la tejedora que sujetaba los hilos de todas las vidas en las tierras del hombre blanco en Norteamérica.

La mujer del telar alzó la cabeza.

—No te quiero aquí —dijo en voz baja.

—Ni yo planeaba venir —respondió Peggy—. La verdad es que te había olvidado. Te has metido en mi mente.

—Se supone que he de meterme en tu mente. Me meto en todas las mentes.

—¿Excepto en una o dos?

—Mi marido me recuerda.

—¿Ta-Kumsaw? ¿No ha muerto, entonces?

Beca hizo una mueca.

—Mi marido se llama Isaac.

Era el nombre blanco de Ta-Kumsaw.

—No juegues conmigo —dijo Peggy—. Algo me llamó. Si no fuiste tú, ¿quién fue?

—Mi hermana sin talento. La que rompe los hilos cada vez que toca el telar.

Tía Beca, habían llamado los niños a la tejedora.

—¿Es tu hermana la madre de los niños que he visto?

—¿El pequeño asesino que mata ardillas por deporte? ¿Sus brutales hermanas? Los considero los cuatro jinetes del apocalipsis. El niño es la guerra. Las hermanas todavía están repartiéndose las otras fuerzas de destrucción.

—Espero que hables en sentido metafórico —dijo Peggy.

—Espero que no. Las metáforas son capaces de contener la mayor verdad en el espacio más pequeño.

—¿Por qué querría tu hermana traerme aquí? No pareció reconocerme en la puerta.

—Tú eres la juez —dijo Beca—. Encontré en el telar un hilo púrpura de justicia, y eras tú. Yo no te quería aquí, pero sabía que vendrías, porque sabía que mi hermana haría que vinieras.

—¿Por qué? No soy ningún juez. Yo misma soy culpable.

—¿Ves? Tu juicio incluye a todo el mundo. Incluso a aquellos que son invisibles para ti.

—¿Invisibles? —Pero supo antes de preguntar a qué se refería Beca.

—Tu visión, tu don de tea, como lo llamas... ves dónde está la gente en los muchos senderos de sus vidas. Pero yo no estoy en el sendero del tiempo. Ni mi hermana. No pertenecemos a ningún lugar de tus profecías o a los recuerdos de aquellos que nos conocen. Sólo estamos aquí en el momento presente.

—Sin embargo, recuerdo tu primera palabra lo suficiente para encontrar sentido a toda la frase.

—Ah —dijo Beca—. La juez insiste en hablar bien. Los límites no están tan claros, Margaret Lerner. Ahora lo recuerdas perfectamente, ¿pero qué recordarás dentro de una semana? Lo que olvides de mí lo olvidarás tan completamente que no recordarás que una vez lo supiste. Entonces mi declaración será verdad, pero tú olvidarás que lo dije.

—Creo que no.

Beca sonrió.

—Muéstrame el hilo —dijo Peggy.

—No hacemos eso.

—¿Qué daño puede hacer? Ya he visto todos los posibles senderos de mi vida.

—Pero no has visto cuál seguirás.

—¿Y tú?

—En este momento no —dijo Beca—. Pero en el momento que contiene a todos los momentos, sí. He visto el curso de tu vida. Pero no has venido por eso. No para averiguar algo tan estúpido como si te casarás con el muchacho que has educado todos estos años. Lo harás o no lo harás. ¿Qué significa eso para mí?

—No lo sé —dijo Peggy—. Me pregunto por qué existes. No cambias nada. Simplemente ves. Tejes, pero todos los hilos están fuera de tu control. Careces de significado.

—Eso dices tú.

—Y sin embargo tienes una vida, o la tuviste. Amaste a Ta-Kumsaw... o a Isaac, no importa el nombre que uses. Así que amar a algún muchacho, casarse con él, no siempre te ha parecido tan estúpido.

—Eso dices tú.

—¿O te incluyes a ti misma en eso? ¿Te consideras estúpida por haber amado y haberte casado? No puedes pretender ser inhumana cuando has amado y perdido a un hombre.

—¿Perdido? Lo veo todos los días.

—¿Viene aquí? ¿A Appalachee?

Beca se echó a reír.

—¡Creo que no!

—¿Cuántos hilos se rompen bajo tu mano con ese pase de la lanzadera? — preguntó Peggy.

—Demasiados —dijo Beca—. Y no suficientes.

—¿Los rompes tú? ¿O simplemente se rompen por casualidad?

—El hilo se vuelve más fino. La vida se agota. O se corta. No es el hilo lo que corta la vida, es la muerte la que corta el hilo.

—Así que llevas un registro, ¿no? El acto de tejer no causa nada, sólo lo registra. Beca sonrió débilmente.

—Somos criaturas pasivas, inútiles, pero debemos tejer.

Peggy no la creía, pero no tenía sentido discutir.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Ya te he dicho que no lo he hecho.

—¿Por qué me ha traído ella aquí?

—Para juzgar.

—¿Qué se supone que tengo que juzgar?

Beca se pasó la lanzadera de la mano derecha a la izquierda. El telar se abalanzó hacia delante, luego hacia atrás. Se pasó la lanzadera de la izquierda a la derecha. De nuevo el armazón se abalanzó hacia delante, tensando los hilos.

Esto es un sueño, pensó Peggy. Y no muy agradable. ¿Por qué no puedo despertarme para escapar de un sueño tonto e inútil?

—Personalmente —dijo Beca—. Creo que ya has juzgado. Mi hermana es la única que piensa que mereces una segunda oportunidad. Es muy romántica. Cree que mereces algo de felicidad. Mi idea es que la felicidad humana es una cosa muy aleatoria, muy caprichosa, y no hay mucho que hacer al respecto.

—¿Entonces es a mí misma a quien se supone que tengo que juzgar?

Beca se echó a reír.

Una de las niñas asomó la cabeza en la habitación.

—Madre dice que es desagradable y poco compasivo que te rías mientras tejes — dijo.

—Paparruchas —dijo Beca.

La niña se rió un poquito, y Beca la imitó.

—Madre ha mezclado algo realmente asqueroso para tu cena. Con relleno.

—Vileza con relleno —dijo Beca—. Encaja conmigo.

—Deja que la juez haga eso —dijo la niña—. Es muy mandona. Nos dice lo que está bien y lo que está mal.

Con eso, la niña desapareció.

Beca se rió un instante.

—Los niños están muy pagados de sí mismos. Todavía les impresiona la idea de que no forman parte del mundo normal. Debes perdonarlos por ser arrogantes y crueles. No podrían haber herido mucho a su hermano, porque no tienen fuerza para descargar un golpe que lo lastime de verdad.

—Sangraba —dijo Peggy—. Cojeaba.

—Pero la ardilla murió —dijo Beca.

—No tejes hilos para las ardillas.

—Yo no. Pero eso no significa que sus hilos no se tejan.

—Oh, háblame claro. No me hagas perder el tiempo con misterios.

—No lo he hecho —dijo Beca—. No hay misterios. Te he dicho todo lo que es útil. Si te dijera algo más, podría influir en tu juicio, así que no lo haré. Dejo que mi hermana se salga con la suya al traerte aquí, pero no voy a forzar más tu vida. Puedes marcharte cuando quieras... eso es una elección, y un juicio, y me contentaré con ello.

—¿Y yo?

—Vuelve dentro de treinta años y cuéntamelo.

—¿Seré...?

—Si todavía estás viva entonces —sonrió Beca—. ¿Crees que soy tan torpe como para que se me escape cuánto vivirás? Ni siquiera lo sé. No me he molestado en mirarlo.

Entraron dos niñas con un plato y un cuenco y una taza sobre una bandeja. Lo colocaron todo sobre una mesita situada cerca del telar.

Peggy no reconoció nada. Tampoco había nada que pudiera haber llamado relleno.

—No me gusta que la gente me vea comer —dijo Beca.

Pero Peggy estaba furiosa con tantas evasivas por parte de Beca, y por eso no se marchó como exigía la cortesía.

—Quédate, pues —dijo Beca.

Las niñas empezaron a darle de comer. Beca no hizo nada por rechazar la comida. Continuaba con el ritmo perfecto de su tejer, igual que había hecho durante la conversación. Las niñas manejaban con destreza la cuchara o el tenedor o la taza para llenar la boca de su tía Beca, y con un rápido sorbo o mordisco ella tomaba la comida. Ni una gota o una migaja cayó sobre la tela.

No siempre habrá sido así, pensó Peggy. Ella se casó con Ta-Kumsaw. Le dio una hija, la hija que se marchó al oeste para tejer con un telar entre las pieles rojas más allá del Mizzipy. Sin duda esas cosas no se hacían con la lanzadera moviéndose adelante y atrás y el telar chocando para enlazar los hilos. Era un engaño. O bien implicaba cosas que Peggy no podría comprender por mucho que lo intentara.

Se dio la vuelta y abandonó la habitación. El pasillo terminaba en una escalera estrecha. Sentado en el último peldaño supuso que estaba el niño... sólo podía ver los pies descalzos y las perneras de los pantalones.

—¿Cómo va la nariz? —preguntó.

—Todavía me duele —respondió el niño. Se inclinó hacia delante y bajó un par de escalones apoyándose en el culo.

—Pero no demasiado mal —dijo ella—. Te curas rápido.

—Sólo eran niñas —soltó él con desprecio.

—No las despreciabas tanto cuando te estaban pegando.

—Pero no me oíste llamar al tío, ¿verdad? No me oíste decir tío.

—No —dijo Peggy—. No te oí decir tío.

—Pero tengo un tío. Un gran piel roja. Ike.

—Lo conozco.

—Viene casi cada día.

Peggy quiso exigirle información. ¿Cómo viene Ta-Kumsaw? ¿No vive al oeste del Mizzipy? ¿O está muerto, y viene sólo en espíritu?

—Viene por la puerta oeste —dijo el niño—. Nosotros no la usamos. Sólo él. Es la puerta a la cabaña de mi prima Wieza.

—Creo que su padre la llama Mana-Tawa.

El niño hizo una mueca.

—Darle un nombre rojo no significa que pueda retenerla. No le pertenece.

—¿A quién pertenece?

—Al telar.

—¿Y tú? —preguntó Peggy—. ¿Perteneces al telar?

Él sacudió la cabeza. Pero parecía triste.

Peggy lo dijo al darse cuenta:

—Quieres, ¿verdad?

—Ella no va a tener más hijas. No para de tejer para él. Así que no puede ir. Estará allí para siempre.

—¿Y los sobrinos no pueden ocupar su lugar?

—Las sobrinas pueden, pero mis hermanas no valen una caca de cerdo, en mi opinión, que además es correcta.

—Correcta —dijo Peggy—. Hay una c intercalada.

—Corresta —dijo el niño—. Pero pienso que deberían escribir las palabras como la gente las dice, en vez de hacernos decirlas como las escriben.

Peggy no pudo menos que echarse a reír.

—Tienes razón. Pero no puedes empezar a hablar como se te antoje. Porque no dices lo mismo que alguien de, pongamos por caso, Boston, y así muy pronto tú y él estaríais diciendo cosas tan distintas que no podríais leer los libros o las cartas del otro.

—No quiero leer sus malditos libros —dijo el niño—. Ni siquiera conozco a ningún niño en Boston.

—¿Tienes nombre?

—Para ti no. ¿Crees que soy tonto? ¿Estás tan cargada de hechizos que piensas que voy a darte poder sobre mi nombre?

—Los hechizos son para esconderme de los demás.

—¿De qué tienes que esconderte? No hay nadie buscándote.

Las palabras la golpearon con fuerza. Nadie la buscaba. Bueno, eso era. Una vez

se había escondido para poder regresar a su propia casa sin que su familia la reconociera. ¿De quién se escondía ahora?

—Quizá me escondo de mí misma. Quizá no quiero ser lo que se supone que tengo que ser. O quizá no quiero seguir viviendo la vida que ya he empezado a vivir.

—Quizá no sabes nada de nada.

—Quizás.

—Oh, no seas tan misteriosa, vieja tonta.

Lo de tonta podía aceptarlo, ¿pero vieja?

—No soy mucho mayor que tú.

—Cuando la gente dice quizás es porque está mintiendo. O bien no cree lo que está diciendo, o lo cree pero no quiere admitirlo.

—Eres un jovencito sabio.

—Y los auténticos mentirosos cambian de tema en el momento en que sale a relucir la verdad.

Peggy lo observó con atención.

—Me estabas esperando, ¿verdad?

—Sabía lo que iba a hacer tía Beca. Nunca le dice nada a nadie.

—¿Y tú vas a decírmelo?

—¡Yo no! Son demasiados problemas para mí —sonrió—. Pero has impedido que las tres brujas me hicieran picadillo. Así que te he empujado a pensar en la dirección adecuada, si tienes cerebro suficiente para darte cuenta.

Con eso se levantó de un salto y ella lo escuchó perderse escaleras arriba.

Era elección de Peggy ser feliz. Beca lo había dicho, o había dicho que lo había dicho su hermana... aunque costaba creer que a aquella mujer de rostro neutro le importase un ardite si alguien era o no feliz. Y ahora el niño la había hecho hablar de por qué se ocultaba bajo hechizos, y decía que la había guiado. La opción que se le ofrecía era bastante obvia. Se había enterrado a sí misma en el trabajo de su padre para acabar con la esclavitud, y había dejado de buscar a Alvin. Ellos querían que volviera a mirar atrás. Querían que lo buscara.

Regresó a la cabaña.

—No lo haré —dijo—. Mi preocupación por ese niño mató a mi madre.

—Discúlpame, pero creo que la mató una escopeta —dijo Beca.

—Una escopeta que yo podría haber detenido.

—Eso dices tú.

—Sí, eso digo.

—El hilo de tu madre se rompió cuando decidió coger una escopeta y matar por su cuenta antes de confiar en Alvin. Su hijo Arturo estaba a salvo. No necesitaba matar; pero cuando decidió hacerlo, decidió morir. ¿Crees que podrías haberla hecho cambiar de opinión?

—No esperes que acepte respuestas sencillas.

—No, espero que compliques toda respuesta al máximo. Pero a veces son las

respuestas sencillas las verdaderas.

—¿Entonces he de volver a los viejos tiempos? ¿Vigilar a Alvin? ¿Se supone que tengo que enamorarme de él? ¿Casarme con él? ¿Verle morir?

—No me importa lo que hagas. Mi hermana piensa que serás más feliz con él que sin él, y ya está muerto de todas formas, a la larga, ¿no lo estamos todos? La mayoría de las mujeres que no mueren al dar a luz viven para ser viudas. ¿Qué más da?

¿Qué más da? Simplemente porque ella pudiera prever tantas formas de muerte para Alvin no significaba que debiera evitar amarle. Lo sabía, racionalmente. Pero el miedo no era racional.

—Te pasas la vida afligida por aquellos que no han muerto todavía —dijo Beca—. ¡Qué manera de malgastar un don tan interesante!

—¿Interesante?

—Podrías haber tenido el don de hacer suelas de cuero. Mira lo feliz que eso te habría hecho.

Peggy trató de imaginarse a sí misma como zapatera y tuvo que echarse a reír.

—Supongo que prefiero saber a no saber.

—Exactamente. Saber duele a veces, sobre todo cuando no puedes hacer nada para cambiar las cosas.

Pero había algo furtivo en ella, en la forma en que lo decía.

—¡Que no puede hacerse nada por cambiarlo, mi ojo izquierdo! —dijo Peggy.

—No uses maldiciones que no comprendes.

—Tú haces cambios. No crees que el telar sea inmutable, ni pizca.

—Los cambios son peligrosos. Las consecuencias son impredecibles.

—Viste a Ta-Kumsaw muerto en Detroit. Así que cogiste el hilo de Alvin y...

—¿Qué sabes tú del telar? —exclamó Beca—. ¿Qué sabes tú de ver el telar fluyendo bajo tus manos y ver toda la pena y el dolor y el sufrimiento y pensar: ¡No importa, son el rebaño de Dios y él puede atenderlos como quiera!? Sólo que entonces encuentras al que amas más que a la vida y Dios lo ha masacrado con la traición de los franceses y el odio de los ingleses y para nada; toda su vida sin sentido y perdida y nada ha cambiado excepto unas cuantas leyendas y canciones. Y aquí estoy yo, todavía amándolo, ¡una viuda eterna porque él no está! Pues sí, encontré a quien pudiera salvarlo. Sabía que si se conocían, se amarían y se salvarían el uno al otro.

—Pero lo que hiciste causó la masacre de Tippy-Canoe —dijo Peggy—. La gente de Iglesia de Vigor creyó que Alvin había sido secuestrado y torturado hasta la muerte, y por eso masacraron al pueblo de Tenskwa-Tawa como venganza. Ahora tienen sobre sí una maldición, y todo porque tú...

—Porque Harrison se aprovechó de su ira. ¿Crees que no habría habido una masacre de todas formas?

—Pero la sangre no habría manchado las mismas manos, ¿no?

Beca lloró, y sus lágrimas cayeron sobre la tela.

—¿No deberías secar esas lágrimas? —preguntó Peggy.

—Si las lágrimas pudieran estropear esta tela, no quedaría tela ninguna.

—Así que tú sabes mejor que nadie el coste de inmiscuirse en el curso de las vidas de otros.

—Y tú sabes mejor que nadie el coste de no intervenir cuando es apropiado hacerlo —Beca alzó la cabeza y continuó su trabajo—. Lo salvé, y ése era mi objetivo. Los que murieron habrían muerto de todas formas.

—Sin embargo yo estoy aquí porque tu hermana quiere que cuide a Alvin.

—Estás aquí porque sólo vemos los hilos y luego medio suponemos lo que significan y quiénes son. Conocemos el hilo del joven Hacedor... no se puede perder en esta tela. Además, lo moví una vez, lo entrelacé con el hilo de mi Isaac. ¿Crees que podría perderle la pista después de eso? Te lo enseñaré, si prometes no mirar más allá de la pulgada de tela que te muestre.

—Prometo no mirar. Pero no puedo evitar ver lo que pueda ver.

—Intenta ver esto, entonces.

Peggy miró la tela, sabiendo que se le ofrecía algo que rara vez estaba al alcance de aquellos que no pertenecían al telar. El hilo de Alvin era una clara luz titilante de todos los colores; pero no era más grueso que los demás, y parecía frágil, fácil de romper por manos descuidadas.

—¿Te atreviste a moverlo?

—Regresó solo a su propio sitio —dijo Beca—. Sólo lo cogí prestado un ratito. Y él salvó a su hermano Mesura. El montículo de las ocho laderas se abrió para él. Te digo que en su vida hay fuerzas en acción mucho más fuertes que mi poder para mover los hilos.

—Más poderosas que yo, también.

—Tú eres una de las fuerzas. No todas ellas, no la más grande, pero una. Mira. Mira cómo los hilos lo cruzan. Sus hermanos y hermanas, creo. Está muy entrelazado con su familia. Y mira cómo esos hilos se iluminan, adquiriendo más colores. Les está enseñando a ser Hacedores.

Peggy no sabía eso.

—¿No es peligroso?

—No puede hacer su trabajo solo —dijo Beca—. Así que enseña a otros para que le ayuden. Tiene más éxito en eso de lo que cree.

—Éste —dijo Peggy, señalando al más brillante de los otros hilos. Se apartaba ampliamente, alejándose en la tela del resto de la familia.

—Su hermano. También el séptimo hijo de un séptimo hijo —dijo Beca—. Aunque es el octavo, si contamos al que murió.

—Pero el séptimo de los que estaban vivos cuando nació —dijo Peggy—. Sí, hay poder en él.

—Mira —dijo Beca—. Mira cómo era al principio. Tan brillante como el de Alvin. Había casi tanto en él entonces como en Alvin. Y las fuerzas que trabajaban

contra él no eran más que las que Alvin venció. Menos, en realidad, porque para cuando cobró conciencia de sí mismo, Alvin y tú teníais a raya al Deshacedor. Al menos, los trucos para matar. Pero el Deshacedor encontró otro medio para deshacer al muchacho. Odio y envidia. Si amas a Alvin, Peggy, encuentra el fuego interno de su hermano menor. Debe regresar de algún modo antes de que sea demasiado tarde.

—¿Por qué? No sé nada de Calvin, excepto su nombre y las esperanzas que Alvin ha depositado en él.

—Por la forma en que van los hilos ahora, cuando el suyo vuelva a reunirse con el de Alvin, el de Alvin toca a su fin.

—¿Lo mata?

—¿Cómo voy a saberlo? Aprendemos lo que aprendemos, pero los hilos dicen poco, excepto por su movimiento a través de la tela. Lo sabrás. Por eso te llamó ella. No sólo por tu propia felicidad, sino porque... como ella dijo, porque se lo debo al Hacedor. Lo utilicé una vez para salvar a mi amor. ¿No te debía a ti la misma oportunidad? Eso es lo que dijo ella. Pero sabíamos que si te mostraba esto al principio, antes de que decidieras, le ayudarías por sentido del deber. Por la gran causa, no por amor hacia él.

—Pero no había decidido vigilarle otra vez.

—Eso dices tú —dijo Beca.

—Eres muy sibilina para ser una mujer que ha hecho tantas chapuzas.

—Es algo heredado —dijo Beca—. Un día mi madre, que cruzó el océano y nos trajo aquí, un día apartó las manos del telar y se marchó. Mi hermana y yo entramos aquí con la cena y descubrimos que se había ido. Las dos estábamos casadas, pero yo había parido una hija para mi marido, y en aquellos días mi hermana no tenía ninguno. Así que yo cogí el telar, y ella volvió con su marido. Y estaba constantemente furiosa de que mi madre se hubiera marchado de esa forma, abandonando su deber —Beca acarició los hilos, amable, incluso torpemente—. Ahora creo que lo comprendo. El precio de sujetar todas esas vidas en nuestras manos es que apenas tenemos vida propia. Mi madre no era buena en esto, porque su corazón no estaba en la labor. El mío sí, y si cometí un error para salvar la vida de mi marido, tal vez puedas juzgarme más amablemente sabiendo que había renunciado a mi vida con mi marido para ocupar el lugar de mi madre.

—No pretendía condenarte —dijo Peggy, avergonzada.

—Ni yo pretendía justificarme ante ti. Y sin embargo me has condenado, y yo me he justificado. Aquí tengo el hilo de mi madre. Sé dónde está. Pero nunca sabré en realidad por qué hizo lo que hizo. O qué habría pasado si se hubiera quedado —Beca miró a Peggy—. No sé mucho, pero lo que sé, lo sé. Alvin debe salir al mundo. Debe dejar a su familia... dejarlos que aprendan a Hacer por su cuenta ahora, como él hizo. Debe reunirse con Calvin antes de que el muchacho haya sido cambiado completamente por el Deshacedor. En caso contrario, Calvin podría ser no sólo su muerte, sino también el destructor de todas las obras del Hacedor.

—Tengo una respuesta fácil —le dijo Peggy—. Encontraré a Calvin y me aseguraré de que nunca vuelva a casa.

—¿Crees que tienes el poder para controlar la vida de un Hacedor?

—Calvin no es ningún Hacedor. ¿Cómo podría serlo? Piensa en lo que Alvin tuvo que hacer para llegar a serlo.

—Sin embargo, tú nunca tuviste poder para enfrentarte a Alvin, ni siquiera cuando era niño. Y él era bueno de corazón. Creo que Calvin no está gobernado por el mismo tipo de decencia.

—Así que nada puedo contra él —dijo Peggy—. Ni puedo enviar a Alvin en misión. No puedo darle órdenes.

—¿No? —preguntó Beca.

Peggy enterró el rostro entre las manos.

—No quiero que me ame. No quiero amarlo. Quiero continuar mi lucha contra la esclavitud, aquí, en Appalachee.

—Oh, sí. Usar tu don para influir en la tela, ¿no? ¿Sabes adónde conduce eso?

—A la libertad de los esclavos, espero.

—Quizá —dijo Beca—. Pero una cosa es segura: conduce a la guerra.

Peggy alzó la cabeza, sombría.

—Veo signos de guerra por todos los senderos. Antes de empezar a hacer esto, vi esos signos.

Madres preocupadas. El terror de la batalla en las vidas de los hombres jóvenes.

—Comienza como una guerra civil en Appalachee, pero termina como guerra entre el rey por un lado y Estados Unidos por otro. Brutal, sanguinaria, cruel...

—¿Estás diciendo que debería dejarlo? ¿Que debería dejar que esos monstruos sigan dominando a los negros que secuestraron y a sus hijos para siempre?

—En absoluto —dijo Beca—. Se desemboca en la guerra a causa de un millón de posibilidades diferentes. Tus acciones empujan las cosas hacia ahí, pero no eres la única causa. ¿Comprendes? Si la guerra es la única forma de liberar a los esclavos, ¿entonces no merece la pena todo el sufrimiento de la guerra? ¿Se malgastan las vidas que acaban por una causa así?

—No puedo juzgar ese tipo de cosa —dijo Peggy.

—Eso no es cierto —la contradijo Beca—. Sólo tú eres capaz de juzgarlos, porque sólo tú ves los resultados que podrían producirse. Cuando yo consigo ver las cosas, son ya inevitables.

—Si son inevitables, ¿por qué te molestas en decirme que intente cambiarlas?

—Casi inevitables. Una vez más, me falta exactitud al hablar. No puedo manejar los hilos globalmente. No puedo prever las consecuencias del cambio. Pero un solo hilo... a veces puedo moverlo sin deshacer todo el tejido. No conozco ninguna forma de mover a Calvin que pudiera suponer diferencia alguna. Pero podía moverte a ti. Podía traer aquí a la juez, la que ve con la venda sobre los ojos. Y eso he hecho.

—Me ha parecido entender que eso era cosa de tu hermana.

—Bueno, ella es la que decidió que debía hacerse. Pero sólo yo podía tocar el hilo.

—Creo que pasas demasiado tiempo mintiendo y ocultando cosas.

—Posiblemente.

—Como el hecho de que la puerta oeste conduce a la tierra de Ta-Kumsaw, al oeste del Mizzipy.

—Nunca he mentido sobre eso, ni lo he ocultado tampoco.

—Y la puerta este, ¿adónde conduce?

—Da a la casa de mi tía, en Winchester, allá en Inglaterra. ¿Ves? No oculto nada.

—No tienes más que una hija, y ella ya tiene un telar propio. ¿Quién ocupará tu lugar aquí?

—No es asunto tuyo.

—Nada es asunto mío ya —dijo Peggy—. No después de que cogieras mi hilo y lo trajeras aquí.

—No sé quién ocupará mi lugar. Tal vez esté aquí para siempre. No soy mi madre. No renunciaré y cargaré esto sobre un alma no dispuesta.

—Cuando llegue el momento de elegir, mira al niño —dijo Peggy—. Es más listo de lo que crees.

—¿Las manos de un niño en el telar? —la cara de Beca adoptó la misma expresión que si acabara de probar algo horrible.

—Antes que talento para tejer, ¿no debe el tejedor preocuparse por los hilos que componen la tela? Puede que haya matado a una ardilla, pero no creo que ame la muerte.

Beca la observó, suspicaz.

—Cargas demasiadas cosas sobre tus hombros.

—Como dijiste, soy una juez.

—¿Lo harás, entonces?

—¿Qué, vigilar a Alvin? Sí. Aunque me habré roto el corazón seis veces antes de enterrarlo, sí, volveré mis ojos hacia ese niño.

—Ese hombre.

—Ese Hacedor —puntualizó Peggy.

—¿Y el otro?

—Intervendré si encuentro un modo.

Beca asintió.

—Bien —volvió a asentir—. Hemos acabado, entonces. Las puertas te conducirán fuera de la casa.

Fue toda la despedida que Peggy recibió. Pero lo que Beca dijo era verdad. Donde antes Peggy no podía ver una salida ahora todos los pasillos conducían a una puerta abierta, y la luz del día brillaba fuera. Sin embargo, ella no quería atravesar las puertas que la devolverían a su propio mundo. Quería atravesar las puertas de la vieja cabaña. La puerta este, que daba a Inglaterra. La puerta oeste, al país de los pieles

rojas. O la puerta sur... ¿adónde conduciría?

Sin embargo, pertenecía a este tiempo y este lugar. Había un carruaje esperándola, y trabajo que hacer provocando la guerra al animar la compasión hacia los esclavos. Ella podría vivir con eso, sí, como había dicho Beca. ¿No dijo el propio Jesús que había venido a traer no la paz, sino la guerra? ¿A volver a un hermano contra otro? Si eso es lo que hace falta para eliminar la mancha de la esclavitud de esta tierra, que así sea. Yo sólo hablo de un cambio pacífico... si otros deciden matar o morir en vez de dejar libres a los esclavos, es su elección, y yo no soy responsable.

Igual que no soy la responsable de que mi madre cogiera la escopeta y matara al Rastreador que, después de todo, sólo obedecía la ley, por injusta que esta ley pudiera ser. No habría encontrado a Arturo Estuardo, oculto como estaba en mi casa, con su propio olor oculto por el don Hacedor de Alvin y su presencia oculta tras todos los hechizos que Alvin había puesto allí. Yo no la maté. Y aunque hubiera podido impedir lo que hizo, no habría cambiado quién era. Ella era la mujer que podía tomar esa decisión. Ésa era la mujer que amaba, su fiero valor junto con todo lo demás. No soy culpable de su muerte. Lo fue el hombre que le disparó. Y fue ella, no yo, quien se colocó en el camino del dolor.

Peggy salió a la luz sintiéndose reforzada, liviana. El aire le supo dulce. El lugar sin fuego del corazón había reavivado el suyo propio.

Volvió a subir al carruaje, que la llevó sin más contratiempos a una posada en el norte del valle Chapman. Pasó la noche allí, y al día siguiente continuó hasta Baker's Fork. En el pueblo dio clase, enseñó a maestros y estudiantes dotados; y mientras hablaba sobre la esclavitud con este hombre o aquella mujer, haciendo comentarios, avergonzando a aquellos que maltrataban a los esclavos, declarando que mientras alguien tuviera tal poder sobre otros hombres y mujeres habría malos tratos y que la única cura para ello era que todos los hombres y mujeres fueran libres, ellos asentían. Estaban de acuerdo. Ella hablaba del valor que haría falta, de cómo los esclavos soportaban el látigo y lo habían perdido todo; ¿cuánto sufrirían los hombres y mujeres blancos para liberarlos? ¿Lo que sufrió Cristo, por el bien de los otros? Un discurso enérgico y mesurado, el suyo. No se arredraba ni un ápice, aunque ahora sabía que su actitud conduciría a la guerra. Las guerras se han librado por causas estúpidas. Que hubiera una, al menos, por una buena causa, si los enemigos de la decencia se negaban a suavizar sus corazones.

Entre todas las enseñanzas y la persuasión, encontró tiempo para sí misma, sentada ante la mesa de la plantación de una vieja viuda. En esa misma mesa, momentos antes, la mujer había manumitido a todos sus esclavos y los había contratado como personas libres. Peggy vio en su fuego interno, cuando hizo la elección, que acabaría con sus graneros incendiados y sus campos arrasados pero que conduciría a esos negros recién liberados hacia el norte, a pesar de todos los acosos y el peligro. Su valor se volvería legendario, sería una chispa de inspiración para otros corazones valientes. Peggy sabía que al final, la mujer no perdería ni su casa ni sus

hermosas tierras. Y algún día veinte mil hijas negras recibirían el nombre de la mujer. «¿Por qué me llamo Jane?», preguntarían a sus madres. Y la respuesta sería: «Porque una vez hubo una mujer con ese nombre que liberó a sus esclavos y los protegió camino del norte, y luego los contrató y los cuidó hasta que aprendieron las costumbres de los blancos y pudieron defenderse por sí mismos. Es un honor llevar ese nombre». Nadie conocería nunca a la maestra que vino un día y formuló con palabras claras las ansias secretas del corazón de Jane.

En aquel escritorio, Peggy se tomó tiempo para escribir una carta y enviarla. Iglesia de Vigor, estado de Wobbish. Él la recibiría, por supuesto. Mientras la sellaba, mientras la entregaba al jinete correo, estudió atentamente el fuego interno que mejor conocía, mejor incluso que el suyo propio. Vio allí las posibilidades ya conocidas, las consecuencias terribles. Pero ahora eran diferentes, a causa de la carta. Diferentes... ¿pero mejores? No podía saberlo. No podía juzgarlo. Acierto y fracaso no eran fáciles para ella. Pero el bien y el mal eran demasiado arriesgados. No dejaban de entrecruzarse y cambiar ante sus ojos. Quizá no había ningún juez que pudiera saber eso; o si lo había, no hablaba mucho al respecto.

El mensajero cogió la carta y la llevó al norte, donde en otra ciudad la entregó a un jinete que le pagó lo que consideraba que podría valer la carta a su entrega, menos la mitad. El segundo jinete la llevó al norte, en su ruta irregular, y llegó finalmente a un almacén de la ciudad de Iglesia de Vigor, donde preguntó por un hombre llamado Alvin Smith.

—Soy su cuñado —dijo el dependiente—. Soldado de Dios Weaver. Le pagaré por la carta. No querrá seguir hasta la ciudad, ni subir allá arriba tampoco. No querrá escuchar la historia que esa gente tiene que contar.

El tono de su voz convenció al jinete.

—Cinco dólares, entonces —dijo.

—Apuesto a que sólo pagó al jinete que se la dio un dólar, pensando que lo más que podría conseguir de mí serían dos. Pero le pagaré los cinco, si sigue pidiéndomelos, porque estoy dispuesto a que me estafe un hombre que puede vivir consigo mismo después de hacer eso. Al final, es usted quien pagará más.

—Dos dólares, entonces —dijo el jinete—. No se lo tome como algo personal.

Soldado de Dios sacó tres dólares de plata y los depositó en la mano del hombre.

—Gracias por su honesta cabalgada, amigo —dijo—. Siempre será bienvenido aquí. Quédese a cenar con nosotros.

—No —dijo el hombre—. Me pondré en camino.

En cuanto se marchó, Soldado de Dios se echó a reír y le dijo a su esposa:

—Apuesto a que sólo pagó cincuenta centavos por esa carta. Así que todavía piensa que me ha estafado.

—Tienes que ser más cuidadoso con nuestro dinero, Soldado —respondió ella.

—¿Dos dólares por causar a un hombre un poco de tormento espiritual que quizá cambie su vida para mejor? Un buen negocio. ¿Qué vale un alma para Dios? ¿Dos

dólares, crees?

—Me estremezco al pensar lo que valdrán algunas almas cuando Dios decida cerrar la tienda —dijo su esposa—. Llevaré la carta a casa de Madre. Iba a ir hoy de todas formas.

—Simon, el hijo de Mesura, vendrá a buscar el correo —dijo Soldado de Dios. Ella se le quedó mirando.

—No iba a leerla.

—No he dicho que fueras a hacerlo —pero no le entregó la carta. La colocó sobre el mostrador, a la espera de que el hijo mayor de Mesura viniera y la llevara a la casa de la colina donde Alvin enseñaba a la gente a ser Hacedores. A Soldado de Dios seguía sin hacerle demasiada gracia. Le parecía irreverente, impropio, contrario a la Biblia. Y sin embargo sabía que Alvin era un buen muchacho, que había crecido para convertirse en un buen hombre, y que fueran cuales fuesen los poderes de brujería que tuviera, no los usaba para causar daño. ¿Podría ir de verdad contra Dios y la religión que tuviera tales poderes, si los usaba de forma cristiana? Después de todo, Dios creó el mundo y todas las cosas que en él había. Si Dios no quisiera que hubiera Hacedores, no habría creado ninguno. Así que lo que Calvin estaba haciendo debía de estar en línea con la voluntad de Dios.

A veces Soldado de Dios se sentía perfectamente en paz con los actos de Alvin. Y a veces pensaba que sólo un loco cegado por el diablo pensaría por un momento que Dios se sentía feliz con cualquier tipo de brujería. Pero eran sólo pensamientos. Cuando llegó el momento de la acción, Soldado de Dios había tomado su decisión. Estaba con Alvin, y contra quien se le opusiera. Si le condenaban por ello, que así fuera. A veces sólo tenías que escuchar tu corazón. Y a veces sólo tenías que tomar una decisión y aguantar, contra viento y marea.

Y nadie iba a meter mano a la carta que Peggy Larner le había enviado a Alvin. Sobre todo la esposa de Soldado de Dios, que era demasiado lista con la hechicería.

Muy lejos, en otro lugar, Peggy vio los cambios en los fuegos internos y supo que la carta ya estaba en manos de la familia de Alvin. Haría su trabajo. El mundo cambiaría. Los hilos del telar de Beca se moverían. Es insoportable observar sin intervenir, pensó Peggy. Y luego es insoportable ver lo que mi intervención causa.

Capítulo 4.

MISIÓN

Alvin estaba ansioso incluso antes de que llegara la carta de la señorita Lerner. Las cosas no le salían según lo planeado. Después de pasarse meses intentando convertir a su familia y vecinos en Hacedores, le parecía un trabajo para el que necesitaría seis vidas, y por mucho que se esforzaba, Alvin no conseguía imaginar cómo tener más de una vida para trabajar.

No es que sus enseñanzas fueran un fracaso; no podía considerarlas un fiasco total, todavía no, considerando que algunos de ellos estaban realmente aprendiendo a Hacer algunas cosas. No era que Hacer no fuera su don. Alvin había descubierto que no había ningún don que otra persona no pudiera adquirir, con tiempo, entrenamiento y habilidad suficientes y sobre todo con perseverancia. Pero lo que no había tenido en cuenta era que para Hacer hacían falta un puñado de dones, y aunque algunos pillaban esto o un poquito de lo otro, apenas ninguno daba signos de pillarlo todo. Mesura a veces demostraba un atisbo de capacidad. Más que un atisbo, en realidad. Probablemente habría sido un Hacedor de no distraerse tanto. Pero los otros... no había manera de que llegaran a hacer nada como Alvin. Así que, sin esperanza de éxito, ¿qué sentido tenía intentarlo?

Sin embargo, cada vez que se desanimaba de aquel modo se obligaba a cerrar la boca y se ceñía al trabajo. No consigues ser Hacedor cambiando de plan cada cinco minutos. ¿Quién puede seguirte entonces? Te ciñes a él. Ni siquiera cuando Calvin, el único Hacedor natural entre ellos, ni siquiera cuando él rehusó aprender y finalmente se marchó a hacer quién sabe qué tropelías por el ancho mundo, ni siquiera entonces renuncias y te dedicas a buscarlo porque, como recalcó Mesura a los hombres que quisieron formar una partida de búsqueda:

—No puedes obligar a un hombre a ser Hacedor, porque forzar a la gente a hacer cosas es Deshacerlas.

Ni siquiera cuando el propio padre de Alvin dijo:

—Al, me maravillo de lo que puedes hacer, pero para mí es suficiente que tú puedas hacerlo. Mi parte acabó cuando tú naciste, me parece. Ningún hombre vivo se siente más orgulloso que yo de que su hijo le haya superado, cosa que has hecho sobradamente, y no quiero volver a la competición.

Incluso entonces, Alvin decidió sombríamente seguir enseñando, mientras su padre regresaba al molino y empezaba a limpiarlo y lo preparaba para volver a moler.

—No puedo saber si mi molino Hace o Deshace —dijo Padre—. Las piedras muelen el grano y lo convierten en polvo, así que eso es Deshacer. Pero el polvo es harina, y puedes usarla para hacer pan y cocer el maíz y el trigo como de otro modo no se puede, así que moler debe de ser un paso en el camino del Hacer. ¿Puedes responderme a eso, Alvin? ¿Moler harina es Hacer o Deshacer?

Bueno, Alvin podía responder con facilidad que era Hacer, desde luego, pero la pregunta seguía escociéndole. Me dispuse a convertir a esta gente, mi familia, mis vecinos, en Hacedores. ¿Pero estoy realmente moliéndolos y Deshaciéndolos? Antes de que empezara a enseñarles, todos estaban contentos con sus propios dones o incluso con su falta de ellos, dado el caso. Ahora están frustrados y se sienten fracasados, ¿y por qué? ¿Es Hacer convertir a la gente en algo para lo que no nacieron? Ser Hacedor es bueno... lo sé, porque yo lo soy. ¿Pero significa eso que es lo único bueno que se puede ser?

Se lo preguntó a Truecacuentos, por supuesto. Después de todo, Truecacuentos no aparecía en vano, aunque el viejo no tuviera ni idea de cuál era el motivo de su presencia. Tal vez estaba allí para dar a Alvin algunas respuestas. Así que un día, cuando los dos hombres estaban cortando leña, se lo preguntó, y Truecacuentos respondió como hacía siempre, con una historia.

—Una vez oí el relato de un hombre que levantaba lo más rápido que podía un muro, que alguien derribaba todavía más rápido. Y se preguntaba cómo podía impedir que el muro fuera destruido por completo, y además terminarlo. Y la respuesta era sencilla: no podía construirlo solo.

—Recuerdo esa historia —dijo Alvin—. Por eso estoy aquí, para intentar enseñar a Hacer a la gente.

—Me pregunto si podrías hacer un esfuerzo de imaginación con esa historia —dijo Truecacuentos—, o tal vez retorcerla un poco y sacar de ella una verdad un poco más útil.

—Retorcerla —dijo Alvin—. Averiguaremos si la historia es un trapo mojado o el pescuezo de un pollo cuando acabemos de retorcerla.

—Bueno, a lo mejor no necesitas un puñado de albañiles que corten la piedra y mezclen el cemento y levanten la pared y todo eso. Tal vez te baste con tener un puñado de cortadores, y un puñado de mezcladores, y un puñado de agrimensores, y así sucesivamente. No todo el mundo tiene que ser Hacedor. De hecho, tal vez necesites un solo Hacedor.

Lo que decía Truecacuentos era una verdad obvia; ya se le había ocurrido a Alvin muchas veces, formulada de otro modo. Lo que le sorprendió fue que, de pronto, los ojos se le llenaron de lágrimas, y dijo en voz baja:

—¿Por qué eso me desespera tanto, amigo mío?

—Porque eres un buen hombre —dijo Truecacuentos—. Un hombre malvado se complacería al descubrir que era el único en poder dominar a mucha gente que trabaja por una causa común.

—No quiero volver a estar sólo de ningún modo —dijo Alvin—. He estado muy solo. Casi todo el tiempo que pasé como aprendiz en Río Hatrack lo pasé sintiendo que no tenía a nadie para hacerme compañía.

—Pero nunca estuviste totalmente solo —dijo Truecacuentos.

—Si te refieres a la señorita Larner vigilándome...

—Me refiero a Peggy. No comprendo por qué sigues llamándola por ese nombre falso.

—Ése es el nombre de la mujer de la que me enamoré —dijo Alvin—. Pero ella conoce mi corazón. Sabe que maté a ese hombre sin motivo.

—¿El hombre que asesinó a su madre? No creo que te reproche eso.

—Ella sabe qué tipo de hombre soy y no me ama. Así que estoy solo, lo estaré desde el momento en que deje este lugar. Y además, marcharme de aquí es como poner a toda esa gente en fila y abofetearlos a todos en la cara y decirles: «Habéis fracasado, así que me voy».

Truecacuentos se rió.

—Eso es una tontería y lo sabes. La verdad es que ya se lo has enseñado todo; ahora es sólo cuestión de práctica. Aquí ya no te necesitan.

—Pero nadie me necesita en ningún otro lugar —dijo Alvin.

Truecacuentos volvió a echarse a reír.

—Deja de reírte y dime qué encuentras tan gracioso.

—Un chiste que hay que explicar no tiene gracia —dijo Truecacuentos—, así que no tiene sentido explicarlo.

—No me sirves de ninguna ayuda —dijo Alvin, enterrando la cabeza de su hacha en el tronco que cortaba.

—Te soy de gran ayuda. Pero tú aún no quieres que te ayuden.

—¡Sí que quiero! Pero no me gustan los acertijos, ¡necesito respuestas!

—¿Necesitas a alguien que te diga lo que tienes que hacer? Eso me sorprende. ¿Sigues siendo un aprendiz, después de todo? ¿Quieres poner tu vida en manos de otro? ¿Durante cuánto tiempo, otros siete años?

—Puede que ya no sea un aprendiz, pero eso no significa que sea un maestro. Sólo soy un oficial.

—Entonces contrata a alguien —dijo Truecacuentos—. Todavía tienes cosas que aprender.

—Lo sé. Pero no sé adónde ir para aprenderlas. Está la ciudad de cristal que vi en el tornado con Tenskwa-Tawa. No sé cómo construirla. No sé dónde construirla. Ni siquiera sé por qué tengo que construirla. Sólo sé que debería existir y que yo debo hacer que exista.

—Ahí lo tienes —dijo Truecacuentos—. Como te decía, ya has enseñado a todos los de aquí todo lo que sabes, dos veces. Todo lo que haces ahora los ayuda a practicar... y los engañas de vez en cuando al ayudarlos, no creas que no me he dado cuenta.

—Cuando uso mi don para ayudarlos, les digo que les he ayudado —dijo Alvin, ruborizándose.

—Y entonces se sienten igualmente fracasados, pues creen que tu ayuda fue lo único que hizo que sucediera, sin que hubieran puesto nada por su parte. Alvin, creo que te estoy dando una respuesta. Has hecho aquí lo que podías. Deja que Mesura los

ayude, y los otros que han aprendido un poco de acá y de allá. Deja que las cosas sigan su curso, como tú hiciste. Luego sal al mundo y aprende más de las cosas que necesitas saber.

Alvin asintió, pero en el fondo de su corazón seguía negándose a aceptarlo.

—No entiendo qué sentido tiene salir a tratar de aprender cuando sabes tan bien como yo que ahora mismo no hay en el mundo otro Hacedor, a menos que tengas en cuenta a Calvin, cosa que yo no hago. ¿De quién voy a aprender? ¿Dónde voy a ir?

—¿Así que estás diciendo que no tiene sentido vagabundear, ver lo que pasa y aprender lo que puedas?

Truecacuentos compuso una mueca tan acusada que Alvin captó de inmediato que tenía un doble significado.

—Que tú aprendas así no significa que yo pueda. Tú sólo recopilas historias, y hay historias en todas partes.

—También se Hace en casi todas partes —dijo Truecacuentos—. Y donde no, sigue habiendo cosas viejas rompiéndose, y también puedes aprender de ellas.

—No puedo ir —dijo Alvin—. No puedo ir.

—Que es lo mismo que decir que tienes miedo.

Alvin asintió.

—Tienes miedo de volver a matar.

—No lo creo. Sé que no lo haré. Probablemente.

—Tienes miedo de volver a enamorarte.

Alvin se encogió de hombros.

—Tienes miedo de estar solo ahí fuera.

—¿Cómo podría estar solo? Me llevaría mi arado de oro.

—Eso es otra cosa —dijo Truecacuentos—. Ese arado viviente: ¿para qué lo hiciste, si lo guardas siempre en la oscuridad y nunca lo usas?

—Es de oro —respondió Alvin—. La gente quiere robarlo. Muchos hombres matarían por tanto oro.

—Muchos hombres matarían por ese montón de hojalata, desde luego —dijo Truecacuentos—. Pero recuerda lo que le sucedió al hombre que recibió un talento de oro y lo enterró.

—Truecacuentos, estás hoy muy filosófico.

—Reboso filosofía —dijo Truecacuentos—. Es mi peor defecto, salpicar de sabiduría a todo el mundo. Pero suele secarse muy rápido y no dejar mancha.

Alvin sonrió.

—Truecacuentos, todavía no estoy preparado para marcharme de casa.

—Tal vez la gente tenga que dejar su casa antes de estar preparada, o nunca lo estará.

—¿Es eso una paradoja, Truecacuentos? La señorita Lerner me habló de las paradojas.

—Es una buena maestra y lo sabe todo.

—Todo lo que yo sé sobre las paradojas es que si no sacas la mierda del establo, el granero empieza a apestar y se llena de moscas.

Truecacuentos se echó a reír, y Alvin le imitó, y ése fue el final de la parte seria de la conversación. Pero Alvin no consiguió olvidarse del asunto, sabiendo que Truecacuentos pensaba que debía marcharse de casa, y sin tener él ninguna idea de adónde ir si se marchaba, ni estar tampoco dispuesto a admitir su fracaso. Había todo tipo de razones para quedarse. La más importante de todas era, simplemente, estar en casa. Había pasado media infancia lejos de su familia, y era agradable sentarse cada día a la mesa de su madre. Era agradable ver a su padre en el molino y oír la voz de su padre, las voces de sus hermanos, las voces de sus hermanas riendo y peleando y hablando y preguntando, y la voz de su madre, la voz dulce y aguda de su madre, todas cubriendo sus días y noches como una sábana, manteniéndolo en calor, todos ellos diciéndole estás a salvo aquí, se te conoce, somos tu gente, no te daremos la espalda. Alvin no había oído una sinfonía en su vida, ni más de dos violines y un banjo al mismo tiempo, pero sabía que ninguna orquesta podría crear jamás una música más hermosa que las voces de su familia entrando y saliendo de casas y graneros y del molino y las tiendas del pueblo; hilos de música que lo unían a aquel lugar. Aunque sabía que Truecacuentos tenía razón y que debía marcharse, no lograba convencerse de ello.

¿Cómo lo había conseguido Calvin? ¿Cómo dejó esta música tras él?

Entonces llegó la carta de la señorita Larner.

Simon, el hijo de Mesura, la trajo, pues ya tenía cinco años y era lo bastante mayor para bajar a la tienda de Soldado de Dios a recoger el correo. También sabía leer ya, así que no se limitó a entregar la carta a su abuelo o a su abuela, sino que se la llevó directamente a Alvin y anunció con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Es de una mujer! ¡Se llama señorita Larner y hace una letra la mar de ponita!

—Letra bonita —le corrigió Alvin.

Simon no estaba dispuesto a dejarse engañar.

—¡Oh, tío Al, eres la única persona por aquí que habla de esa forma! ¡Quedaría como un tonto si hablara así!

Alvin rompió el sello de cera y abrió la carta. Conocía la letra de ella por las muchas horas que se había pasado tratando de imitarla, cuando estudiaba con ella en Río Hatrack. Su propia letra nunca era tan clara, nunca podría fluir como la de ella. Él no era tampoco tan elocuente. Las palabras no eran su don, o al menos no las palabras formales y elegantes que la señorita Larner usaba al escribir.

Querido Alvin:

Has pasado demasiado tiempo en Iglesia de Vigor. Calvin representa un gran peligro para ti, y debes ir en su busca y reconciliarte con él; si esperas a que vuelva a ti, traerá consigo el fin de tu vida.

Casi puedo oírte contestarme: «No tengo miedo a ver terminá mi vida»

(sé que sigues diciendo terminá, a mi pesar). Ve o quédate, es decisión tuya. Pero puedo decirte una cosa: o te vas ahora, por tu propia voluntad, o tendrás que irte pronto de todas formas, pero no libremente. Eres un oficial herrero: comienza tu viaje.

Tal vez en tus viajes nos encontremos. Me agradecería mucho volver a verte.

Sinceramente,

Peggy

Alvin no sabía cómo interpretar la carta. Primero lo trataba como si fuera un escolar. Luego le corregía por decir todavía terminá. Luego casi le pedía que fuera con ella, pero de una forma tan fría que helaba la sangre: «Me agradecería mucho volver a verte». ¿Quién se creía que era, la reina? Y firmaba la carta «sinceramente», como si fuera una desconocida y no la mujer que él amaba y que una vez dijo que le amaba a él. ¿A qué jugaba esta mujer que podía ver tantos futuros? ¿Qué intentaba que hiciera? Estaba claro que había más de lo que decía en la carta. Ella se creía muy lista porque sabía más sobre el futuro que otra gente, pero lo cierto era que podía cometer errores como cualquiera y él no quería que le dijera lo que tenía que hacer, quería que le dijera lo que sabía y le dejara decidir por su cuenta.

Una cosa era segura. No iba a dejarlo todo y partir en busca de Calvin. Sin duda ella sabía exactamente dónde estaba y no se había molestado en decírselo. ¿Qué se suponía que iba a conseguir con eso? ¿Por qué debería ir a buscar a Calvin cuando ella podría enviarle una carta y decirle, no dónde estaba Calvin ahora mismo, sino dónde estaría para cuando Alvin lo alcanzara? Sólo un tonto da un paso tratando de seguir el vuelo de un ganso salvaje.

Sé que tendré que marcharme de aquí alguna vez. Pero no voy a hacerlo para perseguir a Calvin. Y no voy a marcharme porque la mujer con la que estuve a punto de casarme me envía una carta en la que ni siquiera me dice que me quiere, si es que realmente ha llegado a hacerlo alguna vez. Si Peggy estaba tan segura de que tendría que marcharse pronto de todas formas, porque tenía que hacerlo, bueno, entonces bien podía esperar un poco y ver qué era lo que le obligaría a marcharse.

Capítulo 5.

QUIEBRO

América era un país demasiado pequeño para Calvin. Ahora lo sabía. Todo era demasiado nuevo. Los poderes de una tierra tardan tiempo en madurar. Los pieles rojas conocían la tierra, pero se habían marchado. Y los blancos y negros que vivían ahora aquí sólo tenían poderes huecos, dones y hechizos, conjuros y sueños. Nada parecido a la antigua música de la que hablaba Alvin. El canto verde del bosque viviente. Además, los pieles rojas se habían ido, así que fuera lo que fuese que sabían, debía de ser débil. Su fracaso bastaba para probarlo.

Incluso antes de que Calvin supiera mentalmente adónde se dirigía, sus pies lo sabían. Al este. A veces un poco al norte, a veces un poco al sur, pero siempre hacia el este. Al principio pensó que iba a Dekane, pero cuando llegó allí trabajó durante un día o dos para conseguir unas monedas y un poco de pan, y luego se marchó a las montañas, siguiendo el nuevo ferrocarril hacia Irrakwa, donde podría espiar un poco a los hombres y mujeres que eran rojos de cuerpo pero blancos de ropa y habla y alma. Más trabajo, más dinero, más práctica usando su capacidad de Hacer aquí y allá. Tonterías, principalmente, porque no se atrevía a usar su don abiertamente y que la gente se diera cuenta y luego hablara de él. Sólo haría pequeños favores para las casas donde le trataban bien, como expulsar a todos los ratones y cucarachas de la propiedad. Y se vengaba un poco de quienes le rechazaban. Enviaba a una rata a morir en un pozo. Causaba una gotera en el techo, encima de un barril de harina. Hacer que la madera se hinchara y luego encogiera era difícil. Pero podía trabajar con el agua. El agua se entregaba a su uso mejor que ningún otro elemento.

Resultó que sus pies tampoco lo llevaban a Irrakwa. Continuó hasta Nueva Holanda, donde todos los granjeros hablaban holandés, y luego Hudson abajo hasta Nueva Amsterdam.

Cuando llegó a la gran ciudad en la punta de la isla de Manhattan creyó que aquél podría ser el lugar que estaba buscando. La ciudad más grande de Estados Unidos. Y ya no era holandesa. Todo el mundo hablaba inglés para hacer negocios, y Calvin contó una docena más de idiomas antes de que dejara de preocuparse por cuántos había. Por no mencionar los extraños acentos de inglés de lugares como Glasgow y Monmouth. Sin duda todo el saber del mundo estaba congregado aquí. Sin duda podría encontrar maestros.

Así que se quedó durante días, durante una semana. Probó con la facultad situada isla arriba; pero allí querían que estudiara cosas intelectuales en vez de la sabiduría del poder, y muy pronto Calvin comprendió que, de todos modos, ninguno de los estirados catedráticos sabía nada útil. Le trataban como si estuviera loco. Un vejstorio con barba blanca de chivo se pasó media hora intentando convencerle de que le dejara estudiarlo a él, como si fuera algún extraño espécimen de insecto.

Calvin sólo se quedó la media hora justa, el tiempo suficiente para aflojar las encuadernaciones de todos los libros de las estanterías del hombre. Que se preguntara sobre la clase de locura de Calvin cuando las páginas de cada libro que cogiera se le desparramaran por el suelo.

Si los catedráticos no merecían la pena, la calle no era mucho mejor. Oh, oyó hablar de maestros del saber y magos y similares. Los gitanos alardeaban de su capacidad de maldecir. Los irlandeses conocían a un sacerdote que tenía habilidades especiales. Los franceses y españoles hablaban de brujos, niños santos y cosas así. Un portugués le habló de una mujer negra libre que podía volver la entepierna de tu enemigo tan blanda e inútil como un sobaco; así era, según la historia, como había conseguido su libertad, después de hacérselo al primogénito de su amo y amenazar con hacérselo luego a él. Pero todos ellos resultaban inalcanzables. Calvin se enteraba de alguien que conocía al maestro del saber y cuando acudía a esa persona descubría que sólo conocía a otro que conocía al poderoso, y así una y otra vez, como alguaciles que buscaran en la noche a un fugitivo que no dejaba de ocultarse en los callejones.

Mientras tanto, Calvin aprendió a vivir en una ciudad y le gustaba. Le gustaba cómo podías desaparecer sin más. Nadie te conocía. Nadie esperaba nada de ti. Eras lo que vestías. Cuando llegó iba vestido como un paleta del campo, y por eso la gente esperaba que fuera estúpido y torpe y, qué demonios, eso era. Pero tardó pocos días en darse cuenta de cómo lo traicionaba su ropa y compró unas cuantas prendas de ciudad en una tienda de segunda mano. Fue entonces cuando la gente empezó a estar dispuesta a hablar con él. Y aprendió también a cambiar un poco su forma de hablar. A hablar más rápido, a perder parte del acento. Se desprendió de la cantinela del campo. Sabía que se descubría con cada palabra que decía, pero iba mejorando. La gente ya no le pedía tanto que repitiera las cosas. Y al cabo de una semana no estaba más fuera de lugar que cualquier otro inmigrante. Las cosas eran así: en realidad no había nadie que fuera de verdad de Nueva Amsterdam. Excepto tal vez algún viejo terrateniente holandés oculto en su mansión, isla arriba.

Había rumores de sabiduría, pero ninguna sabiduría que conseguir en aquella ciudad. Bueno, ¿qué esperaba? Cualquiera que realmente conociera los poderes del viejo mundo no era probable que subiera a un miserable barco y navegara hacia el oeste a riesgo de su vida para desembarcar y venir a vivir en el estercolero de un suburbio en Nueva Amsterdam. No, la gente de Europa que entendía de poder seguía en Europa... porque allí mandaban, y no tenían motivos para marcharse.

¿Y quién era el más poderoso de todos? Bueno, el hombre cuyas victorias habían empujado a la gente de toda una docena de idiomas a huir a las costas americanas. El hombre que expulsó a los aristócratas de Francia, y luego conquistó España y el Sacro Imperio Romano e Italia y Austria y luego por algún motivo se detuvo en la frontera rusa y el Canal de la Mancha, declaró la paz y gobernó, con mano de hierro pero, según decían, corazón compasivo, de forma que muy pronto nadie en Italia o

Austria o los Países Bajos o ninguna parte deseaba que sus antiguos gobernantes regresaran. Ése era el hombre que entendía el poder. Ése era el hombre adecuado para enseñarle a Calvin lo que necesitaba saber.

El único problema era que, ¿por qué accedería un hombre tan poderoso a hablar siquiera con un pobre chico granjero de Wobbish? ¿Y cómo iba ese pobre granjero a encontrar pasaje para cruzar el océano? Si al menos Alvin se hubiera molestado en enseñarle a convertir el hierro en oro... Eso sí que le sería útil. Imagina una locomotora de vapor entera de oro macizo. Enciende el motor y todo el maldito trasto se derretiría... pero se derretiría en charcos de oro. Sólo meter una cucharita y sacarla y allí estaría el pasaje para Francia, y no precisamente en un catre. Pasaje de primera clase, y un bonito hotel en París. Ropa elegante también, para que cuando entrara en la embajada americana los chupatintas le hicieran reverencias y lo llevaran directamente ante el embajador y el embajador le llevara directamente al palacio imperial donde le presentarían a Napoleón en persona y Napoleón diría, ¿por qué debo recibir a un ciudadano corriente de un país de segunda fila en las salvajes tierras del oeste? Y Calvin se sacaría tres cucharadas de oro de los bolsillos y las colocaría pesadamente en las manos de Napoleón y diría, ¿cuánto de esto quieres? Sé cómo hacer más. Y Napoleón diría, toda Europa me paga sus impuestos en oro ¿para qué necesito tus patéticos puñados? Y Calvin diría, ahora tienes un poco más de oro que antes. Mira tus botones, señor. Y Napoleón se miraría los botones de latón de la guerrera y serían también de oro, y diría, ¿qué quieres de mí, señor? Eso es, llamaría a Calvin «señor», y Calvin diría, todo lo que quiero es que me enseñes los caminos del poder.

Pero si Calvin supiera convertir el hierro o el latón en oro, sin duda que no necesitaría ayuda de Napoleón Bonaparte, emperador de la Tierra y todos los otros títulos absurdos que el hombre se había dado a sí mismo en su último ascenso. Era uno de esos problemas que se muerden la cola que siempre tenía. De poseer suficiente poder para atraer la atención de Napoleón, no necesitaría a Napoleón. Y, como lo necesitaba, no había ninguna posibilidad de que alguno de sus lacayos dejara que Calvin se acercara a él siquiera.

Calvin no era estúpido. No era ningún paleta, a pesar de lo que pensara la gente de la ciudad. Sabía que los hombres poderosos no dejan que cualquiera se acerque a charlar.

Pero yo tengo algunos poderes, pensó Calvin. Tengo algunos poderes, y puedo abrirme camino, una vez cruce el charco. Así era como la gente sofisticada llamaba al océano Atlántico: el charco. Una vez cruce el charco. Puede que tenga que aprender francés, pero dicen que Napoleón habla inglés, de sus días como general en Canadá. De un modo u otro lo veré y me colocaré como aprendiz suyo. No un aprendiz para hacerme con su imperio, sino para construir uno en América. Para unir las colonias de la Corona y Nueva Inglaterra y Estados Unidos bajo una sola bandera. Y Canadá también. Y Florida. Y luego tal vez volvería la mirada al otro lado del Mizzipy y ya

veríamos cómo se las apañaría el viejo Tenskwa-Tawa para detener a un Hacedor que quería cruzar y conquistar el país rojo.

Todo sueños. Todo estúpidos sueños de un niño que dormía en una pensión barata y hacía chapuzas aquí y allá para ganarse unos centavos al día. Calvin lo sabía, pero también sabía que si no podía convertir un don como el suyo en dinero y poder no se merecía nada mejor que las camas piojosas y las comidas llenas de gusanos y los trabajos que le rompían la espalda.

Pero había una cosa. La gente de la calle se estaba acostumbrando a la idea de que Calvin estaba buscando algo, y finalmente la vieja a la que le compraba las manzanas, la que le había dado una manzana el primer día cuando estaba sin dinero, ya que era también del campo, la misma que desde ese día no encontró más gusanos o moscas en su fruta, le dijo:

—Bueno, espero que hayas hablado con el Hombre Ensangrentado. Sabe cosas.

—¿El Hombre Ensangrentado?

—Ya sabes, el que cuando cuenta historias terribles o no puede encontrar a alguien nuevo para contarlas le sangran las manos. Todo el mundo conoce al Hombre Ensangrentado. Vino aquí porque pesa sobre él una maldición; tiene que encontrar gente nueva cada día para contar su historia, ¿y dónde vas a encontrar un buen suministro de gente nueva constantemente?

Naturalmente, Calvin sabía de quién hablaba.

—¿Harrison está aquí?

—¿Lo conoces?

—He oído hablar de él. Se proclamó... se proclamó gobernador de Wobbish durante un tiempo. Masacró a la gente de Tenskwa-Tawa en Tippy-Canoe.

—Ése es. Una historia terrible. Gracias al cielo sólo tuve que escucharla una vez. Pero hay una especie de poder en el hecho de que sus manos se queden ensangrentadas. Quiero decir que es raro, ¿no? A toda esa otra gente de la que oyes hablar, nunca los ves hacer ná, ya sabes a lo que me refiero. Pero puedes ver la sangre. Pa mí que eso es poder.

—Pa mí también —otra vez se corrigió a sí mismo—. Eso creo.

—Pues podrías decir también «Supongo que sí», si intentas parecer tan remilgado.

—No quiero parecer un palurdo, eso es todo.

—Entonces es mejor que aprendas francés. Todos los tipos refinados lo hacen. Estamos en un país holandés donde todo el mundo habla inglés, ¡y luego van a sus restaurantes finolis y piden su comida en francés! ¿Qué tuvieron los franceses que ver con Nueva Amsterdam? ¡Si quieres comer en francés, ve al Canadá, eso es lo que yo digo!

Calvin escuchó su diatriba hasta que pudo librarse por fin (es decir, cuando ella encontró un cliente), y luego se marchó para encontrar a Asesino Blanco Harrison. Calvin conocía la maldición que pesaba sobre él, por las historias que contaban su

propio padre y sus vecinos. A veces se imaginaba a Harrison recorriendo los caminos, de pueblo en pueblo, y a la gente echándolo antes de que pudiera entrar y contarles su terrible historia. Nunca se le había ocurrido que Harrison pudiera ir a la ciudad; pero tenía sentido, bien pensado. El Hombre Ensangrentado.

Lo encontró en un callejón, tras un restaurante donde cada noche le daba de comer un encargado que no quería que acosara a sus clientes.

—Es un castigo muy duro —decía el encargado—. Tuve un patrón en Kilkenny que creía en ese tipo de justicia. Castigos que duran eternamente. Vergüenza permanente. Creo que es un error. No me importa mucho lo que hizo ese hombre. Aquel que esté libre de pecado y todo eso. Así que come detrás de mi restaurante. Mientras no me estropee el negocio.

—Sí que es usted generoso —dijo Calvin.

—Cuidado con esa boca, muchacho. Soy generoso, y de mente abierta también, y porque lo sepa y me enorgullezca de ello no deja de ser menos verdad. Así que puedes coger tus pullas y dejar mi establecimiento si vas a comer mi comida y a juzgarme luego.

—No he comido su comida.

—Pero lo harás —dijo el hombre—, porque, como te decía, soy generoso, y tú pareces hambriento. Ahora entra en la cocina y dile al cocinero que te dé algo para ti y para el Hombre Ensangrentado del callejón. Si vas con comida, hablará contigo, seguro. Probablemente también te contará su historia.

—La conozco.

—Todo el mundo puede que conozca una historia, pero nunca es la misma. Ahora apártate de mi puerta, pareces una rata callejera.

Calvin se miró la ropa y se dio cuenta de que sí, de que había comprado ropas para confundirse, pero con la gente de la calle, no con los ciudadanos respetables. Tendría que hacer algo al respecto antes de ir a París. Tendría que convertirse, si no en un caballero, al menos en un comerciante. No podía parecer una rata callejera.

No le gustaba la gente que alardeaba de generosa, pero la realidad era que la comida de la cocina estaba buena. El cocinero no le dio sobras. La comida era decente y abundante. ¿Cómo conservaba el encargado su negocio, siendo tan generoso con los pobres? Sin duda engañaba a su jefe. Podía permitirse ser generoso ya que él no tenía que pagarlo. La mayoría de las virtudes eran así. La gente podía enorgullecerse de lo generosa que era, pero de hecho, en cuanto la virtud se volvía cara o inconveniente era sorprendente lo rápido que se imponían los intereses prácticos.

Gracias a su generosidad el hombre consiguió no tener más cucarachas ni ratones en su cocina.

En el callejón, el Hombre Ensangrentado bebía una botella de vino. Vio a Calvin y su mirada se volvió ansiosa. Calvin se echó a reír.

—Me parece que tienes una historia que contar.

—¿Siguen enviándome muchachos como tú, por broma?

—Nada de bromas. Conozco tu historia, en su mayor parte. Supongo que ná más que quería conocerte en persona.

Harrison le ofreció la botella de vino.

—Lo mejor de este lugar —dijo—. Además, no me echan a la primera. Cuando alguien abre una botella de vino y no la acaba en la mesa, el encargado se niega a servir de esa botella a nadie más. Así que viene a parar al callejón.

—Lo sorprendente es que no haya diez docenas más de borrachos ansiosos por aquí —dijo Calvin.

Harrison se echó a reír.

—Los había. Pero se hartaron de escucharme contar mi historia y ahora tengo el callejón para mí. Por eso me gusta.

Pero Calvin notó en su voz que era mentira. No le gustaba. Anhelaba tener compañía.

—Podrías empezar a contarme tu historia. Entre bocaos, si quieres —dijo Calvin.

Harrison empezó a comer. Calvin pudo ver un resto de modales. En otra época había sido un hombre civilizado.

Entre bocados, Harrison contó la historia. Toda. Cómo había hecho que unos pieles rojas del sur del Hio fueran a secuestrar a dos niños blancos para echarle la culpa a Tenskwa-Tawa, el llamado Profeta Rojo. Sólo que los niños fueron rescatados de algún modo y fueron a parar con el hermano del Profeta, Ta-Kumsaw. Pero eso no importó, porque Harrison siguió utilizando el secuestro para sacudir a los blancos del norte de Wobbish, los que vivían más cerca del poblado del Profeta en Tippy-Canoe. Así que Harrison pudo reunir un ejército para arrasarse la ciudad del Profeta. Y en el último minuto aparece uno de los niños secuestrados. Bueno, a Harrison no se le ocurre otra cosa que hacer matar al chaval, y todo parece funcionar. Los pieles rojas se quedan allí, dejando que el fuego de los mosquetes y la metralla los barra hasta que nueve de cada diez mueren y todo el prado es una mancha de sangre que fluye hasta el Tippy-Canoe. Sólo que fue demasiado para aquellos hombres blancos (se llamaban a sí mismos hombres), porque todos dejaron de disparar antes de terminar el trabajo. Y entonces aparece ese niño que se suponía muerto y ni siquiera estaba herido, y cuenta la verdad a todo el mundo y luego el Profeta Rojo echa una maldición sobre todos ellos y la peor maldición sobre Harrison, que además tiene que contarle a una persona nueva cada día...

—Lo estás contando todo mal —dijo Calvin.

Harrison lo miró, enfadado.

—¿Piensas que después de todos estos años no sé cómo contar el relato? Si lo cuento de otra forma, me sale sangre en las manos y créeme, es asqueroso. La gente vomita cuando me ve. Parece como si hubiera metido las manos en un cadáver hasta los codos.

—Contarlo a tu modo hace que vivas en un callejón, comiendo de la caridad y

bebiendo vino de sobras.

Harrison le miró, los ojos bizcos.

—¿Quién eres?

—El niño que intentaste matar es mi hermano Mesura. El otro niño que hiciste secuestrar es mi hermano Alvin.

—¿Y has venido a presumir?

—¿Te parece que estoy presumiendo? No. Me marché de casa porque me harté de su mojigatería, porque lo saben todo y no respetan a nadie.

Harrison parpadeó.

—Nunca me ha gustado la gente así.

—¿Quieres oír cómo deberías contar tu relato?

—Te escucho.

—Los pieles rojas estaban en guerra contra los blancos. No usaban la tierra, pero tampoco querían que los granjeros la utilizaran. No podían compartirla aunque había espacio de sobra. Tenskwa-Tawa decía que era pacífico, pero tú sabías que estaba congregando a todos esos miles de pieles rojas para que fueran su ejército. Tú tenías que hacer algo para proteger a los blancos de allí y poner fin a esa amenaza. Así que, bueno, hiciste secuestrar a dos niños, pero nunca ordenaste que mataran a nadie...

—Si digo eso la sangre manará de mis manos al momento...

—Estoy seguro de que has pensado en todas las mentiras posibles, pero escúchame —dijo Calvin.

—Adelante.

—No ordenaste que mataran a nadie. Eso fueron sólo mentiras que tus enemigos cuentan sobre ti. Mentiras que parten de Alvin Miller Junior, el niño blanco que acompañó a todas partes a Ta-Kumsaw durante un año. Era amigo suyo (usaremos la palabra *amigo* porque estamos entre personas decentes), así que por supuesto mintió sobre ti. Fue tu batalla en Tippy-Canoe la que desbarató los planes de Ta-Kumsaw. Si no hubieras golpeado allí y entonces, Ta-Kumsaw habría vencido luego en Fort Detroit; habría expulsado a todos los hombres civilizados de la tierra al oeste de los Apalaches y ejércitos de pieles rojas habrían descendido sobre las ciudades del este, bajando de las montañas y... bueno, gracias a tu valor en Tippy-Canoe, los pieles rojas han sido expulsados al oeste del Mizzipy. Abriste todas las tierras del oeste a una colonización segura.

—Mis manos chorrearían sangre antes de que dijera todo eso.

—¿Y qué? Muéstralas y di: «Mirad lo que el brujo rojo Tenskwa-Tawa hizo para castigarme. Cubrió mis manos de sangre. Pero me alegro de pagar ese precio. La sangre de mis manos es el motivo por el que los hombres blancos están construyendo la civilización justo a orillas del Mizzipy. La sangre de mis manos es el motivo por el que la gente del este puede dormir tranquila por la noche, sin tener que preocuparse de que los pieles rojas vengan y violen y maten como siempre hacen esos salvajes».

Harrison se echó a reír.

—Cada palabra que dices es una mentira redomada, muchacho, espero que lo sepas.

—Sólo tienes que decidir si vas a dejar que Tenskwa-Tawa acabe vencién-dote.

—¿Por qué me dices esto? ¿A ti qué más te da?

—No lo sé. He venido a buscarte pensando que podrías saber algo del poder, pero cuando te he oído contar ese relato melindroso he visto que no sabías nada útil para un hombre. De hecho, yo sé más que tú. Así que, como iba a pedirte que compartieras, me pareció justo compartir a mi vez.

—Qué amable por tu parte —su sarcasmo era evidente.

—No lo creo. Sólo imagino la cara de mi hermano cuando le digas a todo el mundo que él era el Niño Renegado. Di eso, y nadie le creerá si testifica contra ti. De hecho, tendrá que esconderse, con todas las cosas terribles que la gente cree del Niño Renegado. Como que fue el piel roja más cruel de todos, que mató y torturó de un modo tal que hasta los shaw-nee vomitaron.

—Recuerdo esas historias.

—Muestra esas manos ensangrentadas, amigo mío, y luego dales a entender lo que tú quieras que entiendan.

Harrison sacudió la cabeza.

—No puedo vivir con la sangre.

—Así que tienes conciencia, ¿eh?

Harrison se echó a reír.

—La sangre se mete en mi comida. Me mancha la ropa. Marea a la gente.

—Si yo fuera tú, comería con guantes y llevaría ropa oscura.

Harrison había acabado de comer. Calvin también.

—Así que quieres que haga esto para perjudicar a tu hermano.

—Perjudicarlo no, sólo mantenerlo callado y fuera de la circulación. Has pasado, ¿cuánto? Ocho años de tu vida como un perro. Ahora es su turno.

—No se puede volver atrás —dijo Harrison—. Cuando cuente mentiras, tendré las manos ensangrentadas hasta el día en que muera.

Calvin se encogió de hombros.

—Harrison, eres un mentiroso y un asesino, pero te gusta el poder más que la vida. Por desgracia, no vales un pimiento a la hora de conseguirlo y conservarlo. Ta-Kumsaw y Alvin y Tenskwa-Tawa te tomaron por tonto. Te estoy diciendo cómo deshacer lo que te hicieron. Cómo liberarte. No me importa una mierda si haces lo que digo o no —se levantó para irse.

Harrison medio se incorporó y agarró a Calvin por las perneras.

—Alguien me dijo que Alvin es un Hacedor. Tiene poder de verdad.

—No, no lo tiene —dijo Calvin—. No tienes que preocuparte por eso. Porque, verás, amigo mío, él sólo puede usar su poder para el bien, nunca para hacer daño a nadie.

—¿Ni siquiera a mí?

—Tal vez haga una excepción contigo —Calvin sonrió maliciosamente—. Desde luego, yo la haría.

Harrison retiró las manos de la ropa de Calvin.

—No me mires así, pequeña comadreja.

—¿Cómo?

—Como si fuera escoria. No me juzgues.

—¿Puedes darme una sola razón para no hacerlo?

—Porque por muchas cosas que hiciera, muchacho, nunca he traicionado a mi propio hermano.

Ahora le tocó a Calvin el turno de mirar con desprecio. Escupió en el suelo cerca de las rodillas de Harrison.

—Come pus y muere —dijo.

—¿Es eso una maldición? —preguntó Harrison, burlón, mientras Calvin se retiraba—. ¿O simplemente una advertencia amistosa?

Calvin no le respondió. Ya estaba pensando en otras cosas. En cómo conseguir dinero para comprar un pasaje al este, para empezar. Primera clase. Iba a ir en primera clase. Tal vez lo que necesitaba hacer era ver si su don le permitía hacer que el dinero cayera de la bolsa de algún tendero mientras llevaba sus ganancias al banco. Si lo hacía bien, no lo vería nadie. No lo cogerían. Y aunque alguien viera caer el dinero y a él recogerlo, sólo podrían acusarlo de coger dinero del suelo, ya que nunca pondría una mano en la bolsa. Eso funcionaría. Sería bastante fácil. Tan fácil que era estúpido que Alvin nunca lo hubiera hecho antes. La familia podría haber utilizado ese dinero. Habían pasado años duros. Pero Alvin era demasiado egoísta para pensar en nadie más que en sí mismo, o en algo que no fuera su estúpido plan para intentar enseñar Hacer a la gente que no tenía don para ello.

Pasaje de primera clase para Inglaterra, y desde allí cruzar el canal hasta Francia. Ropa nueva. No sería difícil conseguir ese dinero. Mucho dinero cambiaba de manos en Nueva Amsterdam, y no había nada que impidiera que cayera al suelo delante de los pies de Calvin. Dios le había dado el poder, y eso significaba que debía ser voluntad de Dios que lo hiciera.

¿No sería maravilloso que Harrison siguiera el consejo de Calvin?

Capítulo 6.

AMOR VERDADERO

A Amy Sump no le importaba lo que dijeran sus amigas ni nadie. Lo que sentía por Alvin Maker era amor. Amor de verdad. Real, profundo, un amor que podía soportar la prueba del tiempo.

Si al menos él le prestara atención abiertamente, para que los demás pudieran verlo... En cambio, lo único que hacía era dirigirle aquellas miradas que hacían que su corazón aleteara en su interior. Le preocupaba que tal vez sólo se debiera a su don de Hacedor o lo que fuera. Le preocupaba que él estuviera rebuscando de algún modo dentro de su pecho y haciendo que el corazón le diera un vuelco y que todo su cuerpo se estremeciera.

Pero no, los Hacedores no hacían esas cosas. De hecho, tal vez no supiera de su amor por él. Tal vez sus miradas fueran realmente miradas que buscaban con la esperanza de ver en su rostro algún signo de amor. Por eso ya no intentaba esconder sus sonrojos cuando el corazón se le desbocaba y notaba la cara acalorada. Que vea cómo su mirada me transforma en una masa temblorosa de devota adoración.

Cómo ansiaba Amy ir a las clases donde Alvin trabajaba con una docena o más de adultos a la vez, diciéndoles cómo debía ver el mundo un Hacedor. Cómo le habría encantado oír su voz durante horas y horas. Entonces descubriría el verdadero don en su interior, y tanto ella como su amado Alvin se alegrarían al descubrir que ella era en secreto una Hacedora, de modo que los dos juntos podrían rehacer el mundo y combatir juntos al desagradable y maligno Deshacedor. Luego tendrían una docena de bebés, todos ellos doblemente Hacedores, y el amor de Alvin y Amy Maker se cantaría durante un millar de generaciones por todo el mundo, o al menos en América, que venía a ser más o menos lo mismo por lo que a Amy respectaba.

Pero los padres de Amy no la dejaban ir.

—¿Cómo podría Alvin concentrarse en enseñarle nada a nadie contigo poniéndole ojitos tiernos todo el rato? —decía su madre, la vieja bruja sin corazón.

Pero al menos no era tan cruel como su padre, que le decía:

—¡Contrólate un poco, niña! O voy a tener que ponerte unos pañales para impedir que me avergüences en público. Pañales, ¿me entiendes?

Oh, ella lo entendía, viejo desagradable. Experto en poleas y tornos, tubos y cables, en bombas y motores y maquinaria, que no comprendía el corazón humano.

—El corazón no es más que una bomba, niña —decía.

Lo que demostraba que él mismo era una máquina total, imposible, eterna, profundamente ignorante, pero no decía nada sobre las verdades del universo. Su amado Alvin sí que comprendía que todas las cosas estaban vivas y tenían sentimientos... todas las cosas excepto las horribles máquinas muertas de su padre, que se movían como cadáveres ambulantes. ¡Una sierra a vapor! ¡Usar fuego y agua

para cortar madera! ¡Qué abominación ante el Señor! Cuando Alvin y ella estuvieran casados, haría que Alvin impidiera a su padre hacer más máquinas que rugieran y sisearan y traquetearan y desprendieran el calor del infierno. Alvin la alojaría en una maravillosa tierra de bosques donde los pájaros eran amigos y los insectos no picaban y podrían nadar desnudos en estanques de agua cristalina y él podría nadar hasta ella en la vida real en vez de solo en sus sueños y extendería las manos y la abrazaría y sus cuerpos desnudos se tocarían bajo el agua y su carne se encontraría y se uniría y...

—Nada de eso —dijo su amiga Ramona.

Amy se sintió arder de furia. ¿Quién era Ramona para decidir qué era real y qué no? ¿No podía Amy contarle sus sueños a alguien sin tener que decir que era sólo un sueño en vez de pretender que era real, que sus brazos la habían rodeado? ¿No lo recordaba tan claramente... no, mucho más claramente que nada que le hubiera pasado en la vida real?

—Sucedió. A la luz de la luna.

—¿Cuándo? —dijo Ramona, rezumando desdén.

—Hace tres noches. Cuando Alvin dijo que se iba al bosque a estar solo, en realidad iba a estar conmigo.

—¿Y dónde hay un estanque de agua cristalina por aquí? No hay nada parecido por esta zona, sólo ríos y arroyos, y tú sabes que Alvin nunca va al Hatrack a nadar ni nada.

—¿Es que no sabes nada? —dijo Amy, tratando de igualar el desdén de su amiga—. ¿No has oído hablar del canto verde? ¿No sabes que Alvin aprendió de los indios a correr por el bosque como el viento, silencioso y sin quebrar siquiera una rama? Puede correr a más de cien kilómetros por hora, más rápido que ningún tren. ¡No fue ningún estanque de por aquí, estaba tan lejos que cualquiera de Iglesia de Vigor necesitaría tres días a caballo para llegar!

—Ahora sé que estás mintiendo —dijo Ramona.

—Él puede hacerlo sin problemas —insistió Amy, acalorada.

—Él sí, pero tú no. Gritas cuando rozas una telaraña, tonta.

—No soy tonta. Soy la mejor estudiante de la escuela, tú eres la tonta —dijo Amy de un tirón; era una frase que solía utilizar con frecuencia—. Yo cogí la mano de Alvin y él me llevó, y luego cuando me cansé me cogió con esos brazos de herrero suyos y me llevó.

—Y luego estoy segura de que se quitó toda la ropa y tú te quitaste toda la tuya, como si fuerais un par de comadreja o algo así.

—Ratas almizcleras. Nutrias. Criaturas del agua. No era desnudez, era algo natural: la libertad de dos almas gemelas que no tienen secretos.

—Bueno, qué monos —dijo Ramona—. Pero sigo pensando que si realmente sucedió tuvo que ser repugnántico y asqueroso, él abrazándote en cueros vivos.

Amy sabía que Ramona se estaba burlando de ella, pero no estaba segura de por

qué inventar palabras como repugnántico había hecho que la idiota se echara a reír y casi se cayera de la rama del árbol donde las dos estaban sentadas.

—No sabes apreciar la belleza.

—No sabes apreciar la verdad —dijo Ramona.

—¿Me estás llamando mentirosa? —preguntó Amy, dándole un empujoncito.

—¡Eh! —exclamó Ramona—. ¡No es justo! ¡Estoy más lejos en la rama y no tengo nada a lo que agarrarme!

Amy volvió a empujarla, con más fuerza, y Ramona se tambaleó espantada mientras se aferraba a la rama.

—¡Quieta, pequeña mentirosa! —chilló Ramona—. Contaré las mentiras que has estado contando.

—No son mentiras —dijo Amy—. Las recuerdo tan claramente como... tan claramente como recuerdo la luz del sol sobre los prados de trigo verde.

—Tan claramente como los gruñidos de los cerdos de la pocilga de mi padre —dijo Ramona, imitando el tono soñador de Amy.

—Naturalmente, el verdadero amor está más allá del alcance de tu imaginación.

—Sí, mi imaginatividad es el epitafio de la debilidad.

—Epítome, no epitafio —dijo Amy.

—Oh, si al menos tuviera tu sublimidad de corrección, tu sabiduría.

—Deja de decir tonterías.

—Deja tú.

—Yo no lo hago.

—Sí lo haces.

—No lo hago.

—Come gusanos —dijo Ramona.

—En ensalada de sesos —dijo Amy. Y ahora que habían vuelto a la discusión de siempre, las dos se echaron a reír y hablaron un rato de otras cosas.

Y si las cosas hubieran continuado así, tal vez no habría pasado nada. Pero camino de casa, en la penumbra, Ramona preguntó una vez más:

—Amy, di la verdad, con la mano en el corazón, de amiga a amiga, júralo por el cielo, por siempre, dime que no fuiste de verdad en carne y hueso a nadar desnuda con Alvin Smith...

—Alvin Maker.

—Dime que fue un sueño.

Amy estuvo a punto de echarse a reír y decir por supuesto que fue un sueño, so tonta.

Pero vio algo en los ojos de Ramona: asombro de que algo así fuera posible, y de que alguien a quien Ramona conocía pudiera haber hecho algo tan perverso y maravilloso. Amy no quería ver esa mirada de asombro volverse una mirada de triunfo. Y por eso dijo lo que sabía que no debía decir.

—Ojalá fuera un sueño, de verdad, Ramona. Porque cuando pienso en ello lo

ansío más y me pregunto cuándo me atreveré a hablar con mi madre y decirle que él me quiere por esposa. Un hombre que hace una cosa así con una chica... tiene que casarse con ella, ¿verdad?

Ya está. Lo había dicho. El sueño secreto más maravilloso de su corazón. Lo había contado.

—Tienes que decírselo a tu papá —dijo Ramona—. Él se encargará de que Alvin se case contigo.

—No quiero obligarlo —dijo Amy—. Es una tontería. Un hombre como Alvin sólo puede ser conducido al matrimonio, no empujado.

—Todo el mundo piensa que estás colada por Alvin y que él ni siquiera te mira —dijo Ramona—. Pero si se va contigo a nadar a algún estanque lejano al que sólo él puede llegar, bueno, no creo que eso esté bien. De verdad que no.

—Bueno, no me importa lo que tú creas. Está bien y si lo cuentas te arrancaré el pelo y lo envolveré en un paño y lo quemaré.

Ramona soltó una carcajada.

—¿Envolverlo en un paño? ¿Qué clase de poder tiene eso?

—Un paño de seis lados —dijo Amy misteriosamente.

—Oh, estoy temblando. Y hecho con mi propio pelo, además. Tonta, tú no sabes hacer cosas así; es lo que hacen las brujas negras, cosas con pelo que luego queman o lo que sea.

Como si eso fuera un argumento. Alvin hacía magia roja, ¿por qué no podía aprender Amy a hacer magia negra cuando su don de Hacedora fuera liberado por fin? Pero no tenía sentido discutir de ese tipo de cosas con Ramona, que creía conocerla mejor que nadie. Era asombroso que Amy se molestara siquiera en tenerla como mejor amiga.

—Voy a contarlo —dijo Ramona—. A menos que me digas ahora mismo que todo es mentira.

—Si lo cuentas, te mataré.

—Dime que es mentira, entonces.

Las lágrimas fluyeron a los ojos de Amy. No era mentira. Era un sueño. Un sueño verdadero, de auténtico amor, un sueño que surgía de los caminos secretos de su corazón y el de Alvin. Él soñaba el mismo sueño al mismo tiempo, lo sabía, y sentía su carne contra la suya igual que ella sentía la de él. Eso lo convertía en cierto, ¿no? Si un hombre y una mujer recordaban la realidad de sus cuerpos presionando el uno contra el otro, ¿entonces cómo no iba a ser una experiencia verdadera?

—Amo demasiado a Alvin para mentir por una cosa así. ¡Que me corten la lengua si una sola palabra es falsa!

Ramona se quedó boquiabierta.

—No me lo había creído hasta ahora.

—Pero no se lo digas a nadie —dijo Amy. Su corazón se hinchó de satisfacción por la victoria. Ramona finalmente la creía—. Júralo.

—Lo juro.

—¡Muéstrame los dedos! —gritó Amy.

Ramona apartó las manos de su espalda. No tenía los dedos cruzados, pero eso no demostraba que no lo hubieran estado unos momentos antes.

—Ahora júralo otra vez —exigió Amy—. Que yo pueda verte las manos.

—Lo juro —dijo Ramona, poniendo los ojos en blanco.

—Es nuestro secreto —dijo Amy. Se dio la vuelta y se marchó.

—Nuestro y de Alvin —dijo Ramona. Descruzó los dedos de los pies y la siguió.

Capítulo 7.

RESERVANDO PASAJE

Calvin no tardó mucho en darse cuenta de que iba a hacerle falta mucho tiempo para ganar dinero suficiente con el que comprar pasaje a Europa como caballero. Mucho tiempo y mucho trabajo. Ninguna de las dos perspectivas le resultaba atractiva.

No podía convertir el hierro en oro, pero había muchas cosas que sí podía hacer, y pensó en ello mucho tiempo. No estaba seguro, pero no creía que los bancos pudieran mantenerlo apartado de las bóvedas si les dedicaba suficiente esfuerzo. Con todo, cabía la posibilidad de que lo capturaran, y eso sería el fin de sus sueños. Pensó en vender su habilidad como Hacedor, pero con ello atraería una fama y una atención que posteriormente le perjudicarían, por no mencionar todas las acusaciones de charlatanería que se producirían. Ya oía esos rumores sobre Alvin... o más bien sobre algún aprendiz del oeste que convirtió un arado de hierro en oro. La mitad de los que contaban la historia lo hacían con los ojos en blanco, como diciendo, ¡seguro, un granjero del oeste que tiene un don de Hacedor, claro que sí!

A veces Calvin deseaba tener un don diferente. Por ejemplo, ahora mismo le vendría bien tener la habilidad de una tea. Ver el futuro... vaya, podría ver qué propiedad comprar, o en qué banco invertir. Pero incluso él necesitaría un socio capitalista, ya que no tenía nada. Y deambular por Nueva Amsterdam haciéndose rico no era lo que quería. Quería aprender a Hacer, o lo que fuera que Napoleón pudiera enseñarle. Al haberse marcado un objetivo tan alto, los pequeños comerciantes de Manhattan no eran los socios que le convenían de ninguna manera.

Hay más de un modo de llegar a Roma, como dice el refrán. Si no podía conseguir fácilmente el dinero para su viaje en primera clase, ¿por qué no ir directamente a la fuente de todos los viajes? Así fue como se encontró caminando por los muelles de Manhattan, a lo largo de los ríos Hudson y East. Era entretenido ver los barcos de vela largos y esbeltos y los vapores pequeños y humeantes, los estibadores que gritaban y gruñían y sudaban, las grúas que giraban, las cuerdas y poleas y las redes, oler el pescado y oír el grito de las gaviotas. Quién le habría dicho de niño, cuando se criaba en un molino de Iglesia de Vigor, que un día estaría allí, en el borde de la tierra, captando los aromas penetrantes, los sonidos y las imágenes de la vida en el mar.

Pero Calvin no era de los que se pierden en el asombro y la contemplación. Iba en busca del barco adecuado, y de vez en cuando se paraba a preguntar al estibador de un buque de carga cuál era su destino. Los que se dirigían hacia África, Haití u Oriente no le servían, pero examinó a conciencia los que tenían por destino Europa.

Por fin encontró el adecuado: un espléndido barco inglés de mástiles altos cuyo capitán al parecer no levantaba nunca la voz, aunque todos los hombres le obedecían y trabajaban duro y rápido bajo su supervisión. Estaba limpio, y su cargamento

consistía en cofres y paquetes que los hombres empujaban cuidadosamente rampa arriba en vez de arrojarlos sin miramientos.

Naturalmente, al capitán ni se le ocurriría hablar con un muchacho de la edad de Calvin, vestido con aquella ropa. Pero a Calvin no le resultó difícil idear un plan para llamar su atención.

Se acercó a uno de los estibadores y le dijo:

—Discúlpeme, señor, pero hay una grieta enorme en la parte de atrás del barco, en el fondo.

El estibador le miró, extrañado.

—No soy marinero.

—Ni yo tampoco, pero creo que el capitán agradecerá que le avisen del problema.

—¿Cómo puedes verla, si está bajo el agua?

—Tengo un don para las grietas —dijo Calvin—. Si yo fuera usted, me daría prisa y se lo diría.

Decir que era un don fue más que suficiente para el estibador, que era americano, aunque tuviera acento holandés. Al capitán, naturalmente, le importarían un rábano los dones, siendo inglés y habiendo una ley contra los dones bajo el Protectorado. No contra tenerlos exactamente, sino contra creer que existían o intentar usarlos. Pero el capitán no era ningún tonto, y enviaría a alguien a echar un vistazo, con don o sin don.

Y eso es lo que sucedió. El estibador habló con el contramaestre y el contramaestre con algún oficial del barco; las dos veces señalaron a Calvin y le miraron mientras él silbaba indiferente y contemplaba la línea de flotación del barco. Para decepción de Calvin, el oficial no acudió al capitán, sino que envió a un marinero escaleras abajo, a mirar justo donde él decía que estaba la grieta. Calvin tuvo que proporcionarle algo para que lo viera, así que envió su visión y entró en la madera, justo donde había dicho que estaba la grieta. Fue sencillo conseguir que los tablones se soltaran un poco y se desencajaran por debajo de la línea de flotación, con lo que un buen chorro de agua entró en la bodega del barco. Por pura diversión, lo hizo cuando supuso que el marinero estaría abajo mirándola. Calvin abrió y cerró la abertura, de modo que la vía de agua a veces era un chorro fino y a veces espectacular, como sangre manando de una herida con un torniquete intermitente. Seguro que nunca había visto una grieta como ésa, pensó Calvin.

Naturalmente, al cabo de unos minutos el marinero volvió, todo agitado, y ahora el oficial ladró órdenes a varios marinos, y luego fue derecho al capitán. Esta vez, sin embargo, no le señalaron con el dedo. El oficial no iba a concederle a Calvin el mérito de haber encontrado la vía de agua. Eso molestó mucho a Calvin, que a punto estuvo de hundir el barco allí mismo. Pero eso no le habría servido de nada. Ya habría tiempo de sobra para dar su merecido a aquel oficial tan ambicioso.

Cuando el capitán bajó, Calvin le ofreció un bonito espectáculo. En vez de hacer que la grieta borboteara, la cambió de un sitio a otro: ahora aquí, ahora allá. A estas

alturas ya debían tener claro que no había nada de natural en la grieta. Hubo un buen jaleo en cubierta, y un montón de marineros empezaron a correr hacia la bodega. Luego, para deleite de Calvin, un buen número empezó a correr por la cubierta y por la plancha hacia tierra firme, donde no hubiera extraños poderes que abrieran grietas en el barco.

Finalmente el capitán subió a cubierta, y esta vez el oficial no se apuntó todo el mérito. Señaló al contramaestre, que señaló al estibador, y muy pronto todos estuvieron señalando a Calvin.

Entonces, claro, Calvin pudo dejar de jugar con la grieta. La detuvo. Pero no había acabado. Mientras el capitán se acercaba a la plancha, Calvin envió su poder a buscar todas las ratas cercanas que pudo sentir merodeando bajo el muelle y entre las cajas y barriles y en los otros barcos. Para cuando el capitán llegó a la mitad de la plancha, un par de docenas de ratas subían corriendo por el mismo puente hacia el barco. El capitán intentó en vano espantarlas, pero Calvin había inspirado en ellas el valor y la férrea determinación de alcanzar la cubierta (comida, comida, les prometía Calvin), y las ratas simplemente le esquivaron y continuaron. Varias docenas más cruzaban las tablas del muelle, y el capitán casi bailó para evitar pisar las ratas y caer de bruces. En la cubierta, los marineros armados con fregonas y sables golpeaban a las ratas, tratando de matarlas o arrojarlas al mar.

Luego, tan súbitamente como las había azuzado, Calvin envió a las ratas un nuevo mensaje: Salid de este barco. Fuego, fuego. Vías de agua. Os ahogaréis. Miedo.

Chillando y rebulléndose, todas las ratas que había enviado a bordo bajaron corriendo por la plancha y todos los cabos y maromas que conectaban el barco con la costa. Y todas las ratas que ya había a bordo, acechando en la bodega de carga y en la oscura y húmeda sentina y en los recovecos ocultos y las cuadernas del barco, también salieron corriendo por las escotillas y portillas como burbujas de agua brotando de un nuevo manantial. El capitán se detuvo en seco para verlas marchar. Finalmente, cuando todas las ratas habían desaparecido en sus escondites del muelle y en los otros barcos, el capitán se volvió hacia Calvin y avanzó hacia él. El hombre no había perdido la dignidad durante todo el incidente, ni siquiera mientras bailaba para evitar las ratas. Mi tipo de hombre, pensó Calvin. Debo observarlo para aprender cómo se comportan los caballeros.

—¿Cómo sabías que había una vía de agua en mi barco? —preguntó el capitán.

—Es usted inglés —dijo Calvin—. No cree en lo que yo puedo ver y hacer.

—Sin embargo, creo en lo que yo puedo ver, y no había nada de natural en esa grieta.

—Yo diría que quizá la provocaron las ratas. Menos mal que todas han abandonado su barco.

—Ratas y vías de agua —dijo el capitán—. ¿Qué quieres, chico?

—Quiero que me llamen hombre, señor. No niño.

—¿Por qué quieres causar daños a mi barco y perjudicarme a mí? ¿Te ha

ofendido alguien de mi tripulación?

—No sé de qué está usted hablando —dijo Calvin—. Supongo que no será tan tonto como para echarle la culpa al que le avisó de que tenía una vía de agua.

—No soy tan tonto como para pensar que no sabías nada de algo que puedes causar o reparar a voluntad. ¿También las ratas han sido cosa tuya?

—Su conducta me ha sorprendido tanto como a usted —dijo Calvin—. No parecía natural, todas esas ratas corriendo hacia un barco que se hunde. Pero luego parecieron recobrar el sentido y se marcharon. Hasta la última rata, diría yo. Eso sí que sería un viaje interesante, ¿no? Cruzá el océano sin perder comida por culpa de las ratas.

—¿Qué quieres de mí?

—Me paré a hacerle un favor, sin pensá en sacá ningún beneficio —dijo Calvin, tratando de hablar como un inglés educado y viendo por la expresión del capitán que estaba fracasando patéticamente—. Pero resulta que necesito pasaje de primera clase pa Europa.

El capitán sonrió débilmente.

—¿Por qué demonios querías reservar pasaje en un barco que tiene vías de agua?

—Pero señor —dijo Calvin—, tengo una especie de don pa detectar grietas. Y puedo prometerle que si estuviera a bordo de su barco, durante tó el viaje no habría ni una sola vía de agua, ni siquiera en la peó de las tormentas —Calvin no tenía ni idea de si podría mantener un barco a flote durante todas las fatigas de una tormenta en el mar, pero era probable que tampoco se toparan con ninguna.

—Corrígeme si me equivoco —dijo el capitán—, ¿pero debo suponer que si te acepto en mi barco, en primera clase, sin que pagues ni cinco, no tendré problemas con las vías de agua ni con las ratas; mientras que si te rechazo me encontraré con el barco en el fondo de la bahía?

—Eso sería un desastre inesperado —dijo Calvin—. ¿Cómo podría un barco tan bien hecho hundirse tan rápido que sus hombres no pudieran achicar el agua?

—Vi cómo la grieta se movía de un sitio a otro. Vi lo extrañamente que se comportaban las ratas. Puede que no crea en vuestros dones americanos, pero sé cuándo estoy en presencia de un poder inexplicable.

Calvin sintió el calor del orgullo fluir por su cuerpo como si fuera cerveza.

De repente notó el cañón de una pistola bajo su pecho. Bajó la mirada y vio que el capitán, de algún modo, había sacado un arma.

—¿Qué me impide abrirte un agujero en la barriga? —le preguntó.

—La probabilidad de verse bailando al final de una cuerda americana —respondió Calvin—. No hay leyes contra los dones aquí, señor, y decir que alguien estaba haciendo brujería no es causa suficiente pa matarlo como en Inglaterra.

—Pero es a Inglaterra adónde vas —dijo el capitán—. ¿Qué va a impedirme subirme a mi barco y luego hacer que te arresten en cuanto desembarques?

—Ná. Podría hacer eso. Podría incluso matarme mientras duermo durante el viaje

y lanzá mi cuerpo por la borda, y decirle a los demás que tuvo que deshacerse lo más pronto posible del cadáver de una víctima de la peste. ¿Cree que soy tonto, pa no pensar todo eso?

—Entonces márchate y déjanos a mí y a mi barco en paz.

—Si me matara, ¿qué impediría que las tablas se soltaran de las cuadernas de su barco? ¿Qué impediría que su barco se convirtiera en pedazos de madera flotando sobre el agua?

El capitán lo miró con curiosidad.

—Es ridículo que pretendas sacar un pasaje de primera clase. Los otros pasajeros de primera te calarían de inmediato, y sin duda darían por supuesto que te subí a bordo como efebo mío. Arruinaría mi carrera de todas formas si permitiera que un rufián inculto como tú viajara entre mis educados pasajeros. Para expresarlo claramente, jovencito, puede que tengas poder sobre tablas y ratas, pero no tienes ninguno sobre los ricos.

—Enséñeme —dijo Calvin.

—El día no tiene suficientes horas ni días la semana.

—Enséñeme —repitió Calvin.

—¿Vienes amenazando con destruir mi barco por los malignos poderes de Satanás, y luego te atreves a pedirme que te enseñe a ser un caballero?

—Si cree que mis poderes proceden del diablo, ¿por qué entonces no reza una oración pa espantarme?

El capitán lo miró un instante, luego sonrió torvamente, aunque divertido.

—*Touché* —dijo.

—Sea lo que fuere lo que signifique eso —dijo Calvin.

—Es un término de esgrima.

—Debo de haber coloco diez kilómetros de vallas en mi vida —dijo Calvin—^[1]. Postes de piedra, de alambre, y de estacas, y nunca oí hablá de eso.

La sonrisa del capitán se ensanchó.

—Me atrae tu desafío. Puede que tengas algo interesante... ¿cómo lo llamas... don? Pero sigues siendo un pobre granjero. He cogido a muchos campesinos y los he convertido en marinos de primera. Pero nunca he cogido a un muchacho que no fuera un caballero de cuna para convertirlo en algo que pueda pasar por civilizado.

—Considéreme el desafío de su vida.

—Oh, créeme, ya lo hago. Todavía no he decidido matarte, claro. Pero me parece que ya que pretendes causarme problemas de todas formas, ¿por qué no aceptar el desafío y ver si puedo obrar un milagro tan inexplicable e imposible como cualquiera de las desagradables bromas que me has gastado esta mañana?

—Primera clase, no carga —insistió Calvin.

El capitán sacudió la cabeza.

—Ni una cosa ni la otra. Viajarás como mi grumete personal. O más bien, como grumete de mi grumete. Rafe es unos tres años más joven que tú, supongo, pero sabe

desde que nació todas las cosas que tan desesperado estás por aprender. Contigo para ayudarlo, tal vez tenga tiempo suficiente para enseñarte. Y yo os supervisaré a ambos. Hay algunas condiciones, desde luego.

Calvin no veía cómo podía el capitán estar en posición de imponer determinadas condiciones, pero las escuchó civilizadamente de todas formas.

—No importa los poderes que tengas, la supervivencia en el mar depende de que todos los que viajan a bordo me obedezcan a mí, inmediatamente y sin rechistar. No sabes nada del mar y supongo que tampoco te interesa aprender a ser marino. Así que no harás nada que contradiga mi autoridad. Y me obedecerás. Eso significa que cuando yo diga a mear, ni siquiera busques un sitio, sólo sácala y mea.

—Delante de los demás, le obedeceré, a menos que me ordene matarme o alguna cosa así.

—No soy tonto —dijo el capitán.

—Muy bien, haré lo que usted diga.

—Y mantendrás la boca cerrada hasta que aprendas, en privado, a hablar más o menos como un caballero. Ahora mismo, si abres la boca confieras tu bajo origen y te pondrás en evidencia delante de mí y de mi tripulación y de los otros oficiales y pasajeros.

—Sé mantener la boca cerrá cuando hace falta.

—Y cuando llegues a Inglaterra, nuestro trato se acabará y te marcharás sin dejar ninguna maldición en mi barco.

—Ahora pide demasiado —dijo Calvin—. Lo que necesito es que me presente a otra gente de clase alta. Y pasaje pa Francia.

—¡Francia! ¿Es que no sabes que Inglaterra está en guerra con Francia?

—Lo está desde que Napoleón conquistó Austria y España. ¿Y a mí qué?

—En otras palabras, que lleguemos a Inglaterra no significa que vaya a librarme de ti.

—Eso es.

—¿Entonces por qué no me matas y me ahorras toda esta aventura antes de enviarme a la tumba antes de tiempo?

—Porque mis amigos prosperarán en este mundo y nada malo les podría pasar.

—Y todo lo que tendré que hacer es seguir siendo amigo tuyo, ¿es eso?

Calvin asintió.

—¿Pero no llegarás algún día a la conclusión de que el único motivo por el que soy amable contigo es por terror a que destruyas mi barco, y que no soy tu amigo de verdad?

Calvin sonrió.

—Eso sólo significa que tendrá que esforzarse más para convencerme de que lo es de verdad.

El oficial que había sido el primero en oír el mensaje de Calvin se acercó al capitán, solícito.

—Capitán Fitzroy —dijo—. La vía de agua parece haberse cerrado, señor.

—Lo sé —dijo el capitán.

—Gracias, señor —dijo el oficial.

—Que todo el mundo vuelva al trabajo, Benson.

—Algunos de los estibadores y marinos americanos no volverán al barco, no importa lo que digamos, señor.

—Despídalos y contrate a otros —dijo el capitán—. Eso es todo, Benson.

—Sí, señor —Benson se dio la vuelta y se dirigió hacia la plancha.

Calvin, mientras tanto, había oído la fría autoridad en la voz del capitán Fitzroy y se preguntó cómo podía un hombre aprender a usar su voz igual que un afilado cuchillo al rojo que atravesaba la voluntad de otros hombres como si fuera mantequilla caliente.

—Me parece que ya me has causado más problemas de lo que vales —dijo el capitán Fitzroy—. Y personalmente no creo que seas capaz de aprender a ser un caballero, aunque el cielo sabe que muchos que tienen el título son tan ignorantes y aburridos como tú. Pero aceptaré tu argumento coercitivo, en parte porque te encuentro fascinante además de despreciable.

—No sé qué significan todas esas palabras, capitán Fitzroy, pero sí sé esto: Truecacuentos nos contó una vez que cuando los reyes tienen bastardos, les dan el apellido Fitzroy. Así que no importa lo que yo sea, por su apellido usted es un hijo de puta.

—En mi caso, tataranieta de una puta. Carlos II abrió el camino. Mi tatarabuela, una notable actriz de orígenes seminobles, entró en litigio con él y consiguió que su hijo fuera reconocido como real antes de que el Parlamento le cortara la cabeza. Mi familia ha tenido sus más y sus menos desde el final de la monarquía, y ha habido Lores Protectores que pensaban que nuestra asociación con la familia real nos hacía peligrosos. Pero conseguimos sobrevivir e incluso, en los últimos años, hemos conseguido prosperar. Por desgracia, soy el hijo menor de un hijo menor, así que tuve que elegir entre la Iglesia o el Ejército o el mar. Hasta que te conocí, no lamenté mi elección. ¿Tienes nombre, mi joven chantajista?

—Calvin.

—¿Y eres de una familia tan pobre que sólo tienes un nombre que usar como patrimonio?

—Maker —dijo Calvin—. Calvin Maker.

—Qué deliciosamente vago. Maker, Hacedor. Un término general que puede ser usado de muchas formas y que no promete ninguna habilidad concreta. Un Calvin de muchos oficios. ¿Y maestro de ninguno?

—Maestro de ratas —dijo Calvin, sonriendo—. Y de vías de agua.

—Como hemos visto. Haré que inscriban tu nombre en la lista de tripulantes del barco. Sube tus cosas a bordo al anochecer.

—Si hace que alguien me siga, su barco...

—Se convertirá en serrín, sí, ya has hecho la amenaza —dijo Fitzroy—. Ahora sólo tienes que preocuparte por cuánto me importa mi barco.

Con eso, Fitzroy se dio la vuelta y subió por la plancha. Calvin estuvo a punto de hacerle resbalar y caer de bruces, sólo por hacer mella en su dignidad. Pero sabía que podía castigar a aquel hombre hasta un límite. Sobre todo teniendo en cuenta que Calvin no tenía ni idea de hasta dónde podía llevar a cabo su amenaza de hacer pedazos el barco si le mataban. Podía hacer que tuviera vías de agua o detenerlas, pero tenía que estar vivo para ello. Si Fitzroy se daba cuenta de que sus peores amenazas eran un puro farol, ¿cuánto tiempo dejaría vivir a Calvin?

Acostúmbrate, Calvin, se dijo. Mucha gente ha querido matar a Alvin, pero los eludió a todos. Los Hacedores debemos tener alguna especie de protección, así de simple. Toda la naturaleza vela por nosotros, nos mantiene a salvo. Fitzroy no me matará porque nadie puede matarme.

Eso espero.

Capítulo 8.

PARTIDA

Por algún motivo, la clase de mujeres adultas que Alvin tenía aquel día no iba bien. Parecían distraídas, y Goody Sump era abiertamente hostil.

Finalmente se produjo un encontronazo cuando Alvin empezó a trabajar con sus cajas de hierbas. Él intentaba ayudarlas a encontrar su camino al canto verde, la primera leve melodía, haciendo que salvia, acedera o tomillo, cualquier hierba que escogieran, desarrollara una rama especialmente larga. Era algo que Alvin consideraba bastante fácil; pero cuando dominabas eso, podías entrar en armonía con cualquier planta. Sin embargo, sólo un par de mujeres habían tenido éxito, y Goody Sump no era una de ellas. Tal vez por eso estaba tan inquieta: su laurel no se movía siquiera, mucho menos desarrollaba una rama.

—Las plantas no hacen la misma música que cuando los pieles rojas se ocupaban de los bosques —dijo Alvin. Iba a continuar y explicar cómo hacer, a pequeña escala, lo que los indios hacían a lo grande, pero no tuvo oportunidad, porque ése fue el momento que Goody Sump eligió para estallar.

Saltó de la silla, se acercó a la mesa de las hierbas, y descargó el puño derecho sobre el laurel; derribó la maceta y esparció tierra y hojas de laurel por toda la mesa y por encima de su propio vestido.

—Si piensas que los indios eran mejores, ¿por qué no sigues viviendo con ellos y te llevas a sus hijas a ver paisajes secretos?

Alvin se quedó tan aturdido por su arrebatado de furia, tan perplejo por sus palabras incomprensibles, que se la quedó mirando boquiabierto mientras ella cogía lo que quedaba de laurel de los restos de la maceta, arrancaba un puñado de hojas, y se las arrojaba a la cara; luego se dio la vuelta y salió de la habitación.

En cuanto se marchó, Alvin trató de hacer un chiste.

—Parece que hay gente que no tiene don para la agricultura.

Pero casi nadie se rió.

—No tengas en cuenta su conducta, Al —dijo Sylvy Godshadow—. Una madre tiene que creer a su propia hija, aunque todos los demás sepan que está tejiendo rayos de luna.

Como Goody Sump tenía cinco hijas, y últimamente Alvin no había oído nada significativo sobre ninguna de ellas, esa información no le fue de gran ayuda.

—¿Tiene Goody Sump problemas en casa? —preguntó.

Las mujeres se miraron unas a otras, pero ninguna quiso mirarle a los ojos.

—Bueno, me parece que aquí todo el mundo sabe algo que aún no ha llegado a mis oídos —dijo Alvin—. ¿Le importaría a alguien explicarse?

—No somos chismosas —dijo Sylvy Godshadow—. Me sorprende que se te ocurra acusarnos —dicho eso, se levantó y se acercó a la puerta.

—Pero si no he llamado chismosa a nadie.

—Alvin, creo que antes de criticar a los demás, tendrías que quitar los piojos de tu propio peine —dijo Nana Pease. Y se levantó y se marchó también.

—Bueno, ¿a qué esperáis las demás? —dijo Alvin—. Si todas queráis un día sin clase, sólo había que pedirlo. Seguro que ya he acabado por hoy.

Antes de que pudiera empezar a barrer siquiera la tierra desparramada, las demás mujeres se marcharon.

Alvin trató de consolarse murmurando cosas que había oído murmurar a su propio padre a lo largo de los años, como «mujeres» o «no hay modo de complacerlas» y «bien podría uno pegarse un tiro a primera hora de la mañana». Pero nada de eso le ayudó, porque no era una actitud normal. Todas ellas eran mujeres sensatas, y ahora estaban soliviantadas sin motivo, lo que no era natural.

Alvin no se dio cuenta hasta por la tarde de que ocurría algo serio. Un par de meses antes, Alvin había pedido a Clevy Sump, el marido de Goody, que le enseñara cómo hacer una sencilla bomba de succión de una sola válvula. Era parte de la idea de Alvin de enseñar a la gente que hacer es hacer, y de que todo el mundo debía saber todo lo que pudiera aprender. Alvin les estaba enseñando los poderes ocultos de Hacer, pero también tenían que aprender a hacer cosas con sus propias manos. En secreto, Alvin esperaba que, cuando vieran lo complicado y entretenido que era hacer maquinaria como la que fabricaba Clevy Sump, se darían cuenta de que lo que Alvin les enseñaba no era mucho más difícil, si es que lo era. Y funcionaba bastante bien.

Aquel día, sin embargo, después de almorzar a base de pan y queso, se acercó al molino y encontró a los hombres reunidos alrededor de los restos de bombas que habían estado haciendo. Todas estaban hechas pedazos. Y como los remaches eran de metal, debían haberse empleado a fondo en romperlas.

—¿Quién ha hecho una cosa así? —preguntó Alvin—. Hace falta un montón de odio para hacer algo como esto.

Y pensar en el odio hizo que Alvin se preguntara si Calvin no habría regresado en secreto.

—No es ningún misterio quién lo ha hecho —dijo Winter Godshadow—. Está claro que ya no tenemos maestro que nos enseñe a hacer bombas.

—Sí —dijo Truecacuentos—. Parece una forma especialmente concienzuda de decirnos «la clase ha terminado».

Algunos de los hombres se rieron, pero Alvin pudo ver que no era el único furioso por la destrucción. Después de todo, las bombas estaban casi terminadas, y todos aquellos hombres habían hecho grandes esfuerzos para fabricarlas. Iban a instalarlas en sus propias casas. Para muchos de ellos, significaba el final de acarrear agua, y Winter Godshadow en particular había planeado llevar el agua hasta la cocina por medio de tuberías, para que su esposa no tuviera siquiera que salir de la casa para traerla. Ahora su trabajo estaba destruido, y a algunos de ellos no les hacía ninguna gracia.

—Dejadme hablar con Clevy Sump —dijo Alvin—. No puedo creer que fuera él; pero si lo fue, fuera cual fuese el problema apuesto a que se puede enmendar. No quiero que ninguno de vosotros se enfade antes de que él diga lo que tenga que decir.

—No estamos enfadados con Clevy —dijo Nils Torson, un fornido sueco. Su mirada de pesados párpados dejó claro con quién estaba realmente furioso.

—¿Yo? —dijo Alvin—. ¿Pensáis que yo he hecho esto?

Los murmullos de varios hombres contestaron afirmativamente a la pregunta.

—¿Estáis locos? ¿Por qué iba a tomarme tantas molestias? No soy un Deshacedor, muchachos, lo sabéis, pero si lo fuera, ¿no creéis que podría romper todas estas bombas mucho más concienzudamente sin tomarme tanto trabajo?

Truecacuentos se aclaró la garganta.

—Tal vez tú y yo deberíamos hablar de esto a solas, Alvin.

—¡Me están acusando de haber destrozado su trabajo y no es así! —exclamó Alvin.

—Nadie está acusando a nadie de nada —dijo Winter Godshadow—. Dios lo sigue todo. Dios lo ve todo.

Normalmente, cuando Winter empezaba a hablar de Dios, los demás se retiraban y fingían estar ocupados limpiándose las uñas o algo. Pero no esta vez. Esta vez asintieron y murmuraron su conformidad.

—Como decía, Alvin, vamos a tener unas palabras tú y yo. De hecho, creo que deberíamos subir a casa y hablar con tus padres.

—Habla aquí mismo —dijo Alvin—. No soy un niño pequeño al que llevar detrás del cobertizo para dar una tunda en privado. Si me acusan de algo que todo el mundo sabe menos yo...

—No estamos acusando —dijo Nils—. Estamos sopesando.

—Sopesando —repitieron un par de los otros.

—Decidme aquí y ahora qué estáis sopesando —dijo Alvin—. Porque sea lo que fuere de lo que se me acusa, si es cierto quiero enmendarlo, y si es falso quiero dejarlo claro.

Los demás se miraron unos a otros, hasta que finalmente Alvin se volvió hacia Truecacuentos.

—Dímelo tú.

—Sólo repito las historias que creo verdaderas —dijo Truecacuentos—. Y creo que ésta es una mentira absoluta inventada por una muchachita soñadora.

—¿Muchachita? ¿Qué muchachita?

Y entonces, sumando la conducta de Goody Sump y lo que Clevy Sump le había hecho a las bombas, y recordando la expresión soñadora de los ojos de una muchacha cuando la vio allí sentada en clase, sin prestar ninguna atención inteligente a nada de lo que Alvin decía, llegó a una conclusión y susurró su nombre.

—Amy.

Para consternación de Alvin, algunos de los hombres interpretaron el hecho de

que mencionara su nombre como prueba de que Alvin estaba diciendo que lo que fuera que ella había dicho era verdad.

—¿Ves? —murmuraron—. ¿Ves?

—He acabado con esto —dijo Nils—. He acabado. Soy granjero. Maíz y cerdos, ése es mi don si es que tengo alguno.

Cuando se marchó, algunos hombres le siguieron.

Alvin se volvió hacia los demás.

—No sé de qué se me acusa, pero puedo prometeros esto: no he hecho nada malo. Mientras tanto, está claro que no tiene sentido dar clase hoy, así que vámonos todos a casa. Creo que hay un modo de salvar todas estas bombas, para que vuestro trabajo no se pierda. Volveremos mañana.

Mientras se marchaban, algunos de los hombres tocaron a Alvin en el hombro o le pellizcaron el brazo para demostrarle su apoyo. Pero parte de ese apoyo era de un tipo que no le gustaba mucho.

—No se te puede echar la culpa, con esos ojitos de cordero...

—Las mujeres siempre ven más en las cosas de lo que los hombres pretenden.

Finalmente, Alvin se quedó solo con Truecacuentos.

—A mí no me mires —dijo Truecacuentos—. Vamos a casa a ver si tu padre ha oído ya la historia.

Cuando llegaron allí, era como si se hubiera reunido la familia en consejo. Mesura, Soldado de Dios, Padre y Madre se habían congregado alrededor de la mesa de la cocina. Arturo Estuardo estaba amasando; aunque era pequeño, era bueno con el pan y le gustaba hacerlo, así que madre había cedido por fin y admitía que una mujer podía seguir siendo dueña de su propia casa aunque otra persona hiciera el pan.

—Me alegra que estés aquí, Al —dijo Mesura—. Una tontería como ésta tendría que provocar carcajadas por todo el pueblo. Quiero decir que esa gente debería conocerte.

—¿Por qué? —preguntó Madre—. Ha estado fuera durante la mayor parte de los últimos siete años. Cuando se marchó era un mocoso que acababa de pasar un año corriendo por el campo con un guerrero piel roja. Cuando regresó estaba lleno de poder y majestad y asustó a todos los miedicas de por aquí. ¿Qué saben ellos de su carácter?

—¿Quiere alguien decirme por favor de qué va todo esto? —dijo Alvin.

—¿Quieres decir que no te lo han dicho? —preguntó Padre—. Fueron bien rápidos para decírselo a Mesura y a Soldado de Dios.

Truecacuentos se echó a reír.

—Claro que no se lo han dicho a Alvin. Los que se creen el cuento dan por supuesto que él ya lo sabe. Y los que no se lo creen están tan avergonzados que ninguno contaría una tontería semejante.

Mesura suspiró.

—Amy Sump se lo contó a su amiga Ramona, y Ramona a su madre, y su madre

fue derechita a Goody Sump, y ella fue derecha a su marido, y él se puso como un loco porque no puede concebir que todas las criaturas masculinas más grandes que un ratón no estén calientes por su hija nubia.

—Núbil —le corrigió Alvin.

—Sí, sí —dijo Mesura—. Ya sé que tú eres el que lee libros, y éste es el momento más adecuado pa corregir mi gramática.

—Los nubios son africanos negros —dijo Alvin—. Y que yo sepa Amy no es negra.

—Éste podría ser un buen momento para cerrar la boca y escuchar —dijo Mesura.

—Sí, señor.

—Si te hubieras marchado cuando esa tea te envió aquella advertencia... —dijo Madre—. Es una tontería quedarse dentro de una casa ardiendo para ver el color de las llamas.

—¿Qué está diciendo Amy de mí? —preguntó Alvin.

—Tonterías —contestó Padre—. Que si corres al estilo piel roja, cien kilómetros por noche a través del bosque, y la llevas a un lago secreto donde nadáis desnudos y otras indecencias.

—¿Con Amy? —preguntó Alvin, incrédulo.

—¿Quieres decir que lo haces con otra? —preguntó Mesura.

—No hago cosas así con nadie —dijo Alvin—. No es decente, y además, ya no quedan bosques vivos suficientemente intactos como para recorrer cien kilómetros en una noche. No puedo ir ni a la mitad de esa velocidad a través de campos y granjas. El canto verde se vuelve ruidoso y confuso y yo me canso demasiado tratando de oírlo. ¿Por qué se cree la gente esta tontería?

—Porque creen que puedes hacer cualquier cosa —respondió Mesura.

—Y porque muchos de esos hombres se han dado cuenta de que Amy ha cambiado últimamente —dijo Soldado de Dios—, y saben que si ellos tuvieran ese poder, y si Amy estuviera loca por ellos como lo está claramente por ti, la tendrían desnuda en un lago en dos segundos.

—Eres demasiado cínico juzgando la naturaleza humana —dijo Truecacuentos—. La mayoría es de los que desean. Pero saben que Alvin es un Hacedor, no sólo un deseador.

—Por lo único que me he fijado en ella es porque es lenta en aprender, considerando lo mucho que parecía estar prestando atención —dijo Alvin.

—Te prestaba atención a ti, no a lo que decías o enseñabas —dijo Mesura.

—Bueno, pues no es así. No le he hecho nada a ella ni con ella, y...

—Y aunque lo hicieras sería un desastre si te casaras con ella —intervino madre.

—¡Casarme con ella! —exclamó Alvin.

—Bueno, por supuesto, si fuera cierto, tendrías que hacerlo —dijo Padre.

—Pero no es cierto.

—¿Tienes testigos de eso? —preguntó Mesura.

—¿Testigos de qué? ¿Cómo puedo tener testigos de algo que no ha sucedido? Todo el mundo es mi testigo... nadie ha visto una cosa así.

—Pero ella dice que ha sucedido —dijo Mesura—. Y tú eres la única persona que sabe si está mintiendo o no. Así que o es una mentirosa redomada y te acusa falsamente, o es una chica seducida y enferma de amor y tú eres el sátiro que la ha utilizado y no quiere hacer lo decente, y nadie puede demostrar lo contrario.

—¿Así que ni siquiera vosotros me creéis?

—Claro que te creemos —dijo Padre—. ¿Crees que estamos locos? Pero que te creamos no es ninguna prueba. Mesura ha estado leyendo la ley, y nos la ha explicado.

—¿Ley?

—Bueno, antes de que regresaras a casa de Río Hatrack. Y de vez en cuando desde entonces. Pienso que alguien de la familia tendría que saber algo sobre la ley.

—¿Pero quieres decir que esto podría llegar a los tribunales?

—Podría —dijo Mesura—. Eso es lo que estaban diciendo los Sump. Que iban a traer un abogado de Cartago en vez de uno de los abogados fronterizos para que abriera un despacho aquí en Iglesia de Vigor. Montones de publicidad.

—¡Pero no pueden acusarme de nada!

—De romper una promesa. De tomarte libertades con una chica. Todo depende de cuántos miembros del jurado piensen que donde hay humo hay fuego.

—Tomarme libertades con...

—Podrían ahorcarte por eso, sí —dijo Mesura—. Pero he oído decir que ése es el cargo que Clevy quiere presentar.

—No importa si te condenan o no —dijo Truecacuentos.

—A mí sí que me importa —dijo Madre.

—Pase lo que pase, la historia se difundirá. Alvin el llamado Hacedor, aprovechándose de muchachitas. No puedes dejar que esto vaya a juicio —dijo Truecacuentos.

Alvin vio de inmediato cómo esos rumores, esa publicidad tan trivial, podrían destruir su obra, hacer imposible que atrajera a otros a aprender a Hacer en Iglesia de Vigor.

Aunque no es que estuviera consiguiendo mucho de todas formas.

—La señorita Larner —murmuró.

—Sí —dijo Truecacuentos—. Te lo advirtió. Márchate ahora libremente, o márchate más tarde por obligación.

—¿Por qué debe marcharse de su propia casa sólo porque una mentirosa caliente...? —la voz de Madre se apagó.

Alvin permaneció en silencio, reconociendo su estupidez.

—Supongo que soy un idiota por no haber hecho caso a la señorita Larner —y luego, irguiendo la espalda, cerró los ojos y dijo—: Hay otro modo. Para no tener que marcharme.

—¿Cuál? —preguntó Mesura.

—Podría casarme con ella.

—¡No! —exclamaron sus padres al unísono.

—¿Por qué no firmar una confesión? —preguntó Soldado de Dios.

—No puedes casarte con ella —dijo Mesura.

—Es lo que ella quiere —dijo Alvin—. Podéis apostar a que dirá que sí, y sus padres tendrían que estar de acuerdo.

—Estar de acuerdo... y luego despreciarte para siempre —dijo padre.

—No importa su reputación o lo que la gente piense de él, comparado con esto —dijo Mesura—. Despertar cada mañana y ver a Amy Sump a tu lado en la cama, y sabiendo que el único motivo es que ella te calumnió... dime qué clase de hogar crearíais los dos para vuestros hijos.

Alvin reflexionó un momento y asintió.

—Supongo que el matrimonio no es una buena solución. Más bien crearé un nuevo tipo de problemas.

—Ah, menos mal —dijo Padre—. Temía que hubiéramos criado a un loco.

—Pero si me marchó como un ladrón, todo el mundo pensará que Amy decía la verdad y que escapé.

—No es probable —dijo Mesura—. Nosotros nos encargáramos de hacer saber que te marchaste porque tu obra es demasiado importante para dejarte distraer por todas estas tonterías. Volverás cuando Amy empiece a decir la verdad; mientras tanto, estarás estudiando... o lo que sea. Aprendiendo algo.

—Aprendiendo a construir la Ciudad de Cristal —murmuró Truecacuentos.

Todos le miraron.

—No sabes cómo, ¿verdad, Alvin? —preguntó Truecacuentos—. Mientras estás ocupado tratando de convertir a esta gente en Hacedores, ni siquiera sabes lo que es realmente la Ciudad de Cristal, ni cómo edificarla.

Alvin asintió.

—Así es.

—Así que... ni siquiera dirás una mentira —dijo Truecacuentos—. Tienes mucho que aprender, y estás obligado a aprenderlo. Incluso le estás agradecido a Amy por haberte demostrado que te has quedado aquí demasiado tiempo. Mesura ha estado aprendiendo. Está tan por delante de los demás que puede seguir enseñando en tu ausencia. Y al ser un hombre casado, ninguna jovencita va a tener ideas tontas sobre él.

—No sé, no sé —dijo Mesura—. Soy bastante guapo.

—¿Ya has preparado mis maletas, Truecacuentos? —preguntó Alvin.

—Como si necesitaras mucho equipaje. Vas a viajar ligero y rápido. Me parece que sólo hay una carga que podría retrasarte. Cierta utensilio de granja.

—¿No podría dejarlo aquí? —preguntó Alvin.

—No es seguro —dijo Truecacuentos—. No es seguro para tu familia que se

rumoree que el Hacedor se ha ido pero ha dejado detrás el arado de oro.

—Tampoco es seguro para él que el rumor diga que se lo llevó consigo —dijo madre.

—Nadie en este planeta está más a salvo que Alvin, si quiere estarlo —intervino Mesura.

—¿Y si cojo el arado, lo meto en un saco, y me marcho? —preguntó Alvin.

—Ése es el mejor plan —dijo Soldado de Dios—. Aunque estoy convencido de que tu madre insistirá en que te lleves algo de cerdo salado, y una muda de ropa.

—Y a mí.

Todos se volvieron hacia la vocecita.

—Va a llevarme con él —dijo Arturo Estuardo.

—Sólo lo retrasarías, niño —dijo Padre—. Tienes un buen corazón, pero piernas cortas.

—No tiene ninguna prisa —respondió Arturo—, sobre todo porque no sabe adónde va.

—La cuestión es que tú estarías estorbando —dijo Soldado de Dios—. Él siempre tendría que pensar en ti, tratar de impedir que sufieras daño. Hay muchos sitios en esta tierra donde un niño mulato libre va a irritar a la gente, y eso tampoco será de mucha ayuda para Alvin.

—Habláis como si pensarais que tiene elección —dijo Arturo—. Pero si Alvin se va, yo me voy, y eso es todo. Podéis encerrarme en un armario, pero algún día saldré y luego lo seguiré y lo encontraré o moriré intentándolo.

Todos lo miraron consternados. Arturo Estuardo había guardado siempre silencio desde su llegada a Vigor después de que su madre adoptiva fuera asesinada en Río Hatrack. Era silencioso pero trabajador, cooperativo, obediente. Esta actitud por su parte era una completa sorpresa.

—Y además —dijo Arturo Estuardo—, mientras Alvin está ocupado cuidando de todo el mundo, yo estaré allí para cuidar de él.

—Creo que el niño debería ir —dijo Mesura—. Está claro que el Deshacedor no ha renunciado a Alvin todavía. Necesita a alguien que le proteja. Creo que Arturo es el más adecuado.

Y eso fue todo. Nadie podía evaluar a un tipo como lo hacía Mesura.

Alvin se acercó a la chimenea y sacó cuatro piedras. Nadie habría dicho que había nada oculto debajo, porque hasta que levantó las piedras no había ni una grieta en la masa. No cavó la tierra bajo las piedras; el arado estaba enterrado a veinte centímetros de profundidad y sacarlo habría requerido todo el día y además desmontar la chimenea entera. No. Él sólo extendió las manos y llamó al arado, y deseó que la tierra lo subiera. Al cabo de un momento, el arado asomó a la superficie de la tierra como un corcho en un estanque tranquilo. Alvin oyó un par de jadeos a su espalda: la gente todavía se sorprendía, incluso sus familiares, cuando mostraba su don tan abiertamente. Además, el oro tenía un brillo maravilloso. Como si, incluso en

la negra oscuridad de la peor noche de tormenta ese arado fuera visible, el oro se abría paso ardiendo a través de los párpados cerrados para marcar su brillante vida directamente en los ojos, camino del cerebro. El arado tembló bajo la mano de Alvin.

—Nos espera un largo viaje —le murmuró Alvin al cálido oro—. Y tal vez por el camino se nos ocurra para qué te hice.

Una hora después, Alvin se encontraba en la puerta trasera de la casa. No es que tardara una hora entera en recoger sus cosas... se había pasado la mayor parte del tiempo en el molino, arreglando las bombas. Tampoco había perdido tiempo en despedidas. Ni siquiera había comunicado al resto de la familia que se marchaba, porque lo último que necesitaba era que la noticia se difundiera y la gente le estuviera esperando cuando se encaminara hacia el bosque. Madre y Padre y Mesura y Soldado comunicarían sus palabras de amor y sus bendiciones a sus hermanos y hermanas y sobrinos y sobrinas.

Alvin se echó al hombro la bolsa con el arado y una muda de ropa. Arturo Estuardo le cogió la otra mano. Alvin repasó los hechizos que había colocado alrededor de la casa y comprobó si seguían siendo perfectos o si los había estropeado el viento o alguna otra cosa. Todo estaba en orden. Lo único que podía hacer por su familia en su ausencia era emplazar protecciones para repeler el peligro.

—No te preocupes tampoco por Amy —dijo Mesura—. En cuanto te marches, se fijará en otro chico y muy pronto los sueños e historias tratarán de él y la gente se dará cuenta de que nunca hiciste nada malo.

—Espero que tengas razón. Porque no pretendo estar fuera mucho tiempo.

Las palabras gravitaron un momento en el silencio, porque todos sabían que esta vez era muy posible que Alvin se marchara definitivamente. Tal vez nunca regresara a casa. Era un mundo peligroso, y el Deshacedor había preparado claramente algún plan para sacar a Alvin de aquí y lanzarlo a los caminos.

Repartió besos y abrazos, cuidando de no dejar que el pesado arado golpeará a nadie. Y luego se marchó hacia los bosques situados detrás de la casa, caminando despacio para que cualquiera que le estuviera viendo tuviera la impresión de que hacía un recado casual, y no de que iniciaba una huida que iba a cambiar su vida. Arturo Estuardo había vuelto a cogerle la mano izquierda. Y para sorpresa de Alvin, Truecacuentos le siguió.

—¿Vas a venir conmigo, entonces?

—No hasta muy lejos —dijo Truecacuentos—. Sólo para charlar un rato.

—Me alegro de tenerte —dijo Alvin.

—Me preguntaba si habías pensado en buscar a Peggy Larnier.

—Ni por un segundo.

—¿Qué, estás enfadado con ella? Demonios, muchacho, si la hubieras escuchado...

—¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no he estado pensando en esto todo el tiempo?

—Sólo estoy diciendo que los dos estuvisteis a punto de casaros, allá en Río

Hatrack, y que te vendría bien tener una buena esposa, y que jamás encontrarás a otra mejor que ella.

—¿Desde cuándo te dedicas a hacer de casamentero? —preguntó Alvin—. Creía que sólo recopilabas historias. No sabía que las compusieras o las alentaras.

—Temía que estuvieras enfadado con ella.

—No, no estoy enfadado con ella. Estoy enfadado conmigo mismo.

—Alvin, ¿crees que no reconozco una mentira cuando la oigo?

—Muy bien, estoy enfadado. Ella lo sabía, ¿no? Bien, ¿entonces por qué no me lo dijo? Amy Sump va a contar mentiras y te va a obligar a marcharte, así que sal de ahí antes de que sus infantiles imaginaciones lo estropeen todo.

—Porque si hubiera dicho eso, no te habrías marchado, ¿verdad, Alvin? Te habrías quedado, pensando que podrías hacer que todo saliera bien con Amy. ¿Qué, la habrías llevado aparte y le habrías dicho que no te amara? Y entonces cuando ella empezara a hablar de ti, habría testigos que recordarían cómo se quedó después de las clases un día y estuvo a solas contigo, y luego te habrías metido en problemas porque aún más gente creería su historia y...

—¡Truecacuentos, desearía que alguna vez aprendieras el don de callarte la boca!

—Lo siento —dijo Truecacuentos—. No tengo ningún don para eso. Sólo sigo parloteando, molestando a la gente. El hecho es que Peggy te dijo todo lo que pudo para no empeorar las cosas.

—Eso es. Según su juicio, decidió cuánto podía saber yo, y eso es todo lo que me dijo. ¿Y tú tienes las agallas para decirme que tendría que casarme con ella?

—No sigo tu lógica en eso, Al —dijo Truecacuentos.

—¿Qué clase de matrimonio es ése, cuando mi esposa lo sabe todo pero nunca me dice lo suficiente para que decida? En cambio, ella decide por mí. O me dice exactamente lo que necesita decirme para obligarme hacer lo que ella piensa que debería hacer.

—Pero no hiciste lo que ella dijo que deberías hacer. Te quedaste.

—¿Así que ésa es la vida que quieres para mí? ¡Obedecer a mi esposa en todo, o desear haberlo hecho!

Truecacuentos se encogió de hombros.

—Sigo sin comprender tus objeciones.

—Es así de sencillo: un hombre adulto no quiere casarse con su madre. Quiere tomar sus propias decisiones.

—Seguro que tienes razón —dijo Truecacuentos—. ¿Y quién es ese hombre adulto del que estás hablando?

Alvin se negó a morder el anzuelo.

—Espero ser yo algún día. Pero nunca lo seré si me ato a una tea. Debo mucho a la señorita Larner. Y le debo aún más a la niña que fue antes de convertirse en maestra, a la niña que me vigilaba y me salvó la vida una y otra vez. No me extraña que la amara. Pero casarme con ella habría sido el peor error de mi vida. Me habría

vuelto débil. Dependiente. Mi don habría permanecido en mis manos, pero estaría completamente al servicio de ella, y ésa no es forma de vivir para un hombre.

—Un hombre adulto, quieres decir.

—Ríete de mí todo lo que quieras, Truecacuentos. Pero ya he visto que no tienes esposa.

—Debo ser un adulto, entonces —dijo Truecacuentos. Pero ahora su voz contenía cierta tensión, y después de mirar a Alvin otro instante más, se dio la vuelta y se volvió por donde habían venido juntos.

—Nunca había visto a Truecacuentos así de enfadao antes —dijo Arturo Estuardo.

—No le gusta cuando la gente le da con sus consejos en la cara —dijo Alvin.

Arturo Estuardo no dijo nada. Sólo esperó.

—Muy bien, vamos.

De repente Arturo se dio la vuelta y empezó a andar.

—Bueno, espérame —dijo Alvin.

—¿Por qué? —respondió Arturo Estuardo—. Tú tampoco sabes adónde vamos.

—Reconozco que no, pero soy más grande, así que yo decido adónde vamos.

Arturo se echó a reír.

—Apuesto a que no hay una sola dirección que puedas decidir donde no haya alguien en tu camino. Aunque esté a medio mundo de distancia.

—Eso no puedo decirlo. Pero sé con seguridad que no importa adónde vayamos, acabaremos topándonos con el océano. ¿Sabes nadar?

—No hay un océano que me obligue a ello.

—¿Entonces para qué sirves? —dijo Alvin—. Contaba con que me remolcaras.

Cogidos de la mano se internaron en los bosques. Y aunque Alvin no sabía adónde iba, sí sabía que el canto verde podía ser débil y confuso estos días, pero seguía allí, y él no podía dejar de sucumbir a su encanto y empezar a moverse en perfecta armonía con el mundo verde. Las ramas de apartaban a su paso, las hojas eran suaves bajo sus pies; pronto caminó sin hacer ningún ruido, sin dejar ninguna huella tras él ni disturbio alguno.

Esa noche acamparon en la orilla del lago Mizogan. Si se le podía llamar a eso acampar, ya que no encendieron ninguna hoguera ni construyeron ningún refugio. Salieron del bosque a última hora de la tarde y se quedaron en la orilla. Alvin recordaba haber estado en aquel lago (no exactamente en ese punto, pero tampoco demasiado lejos), cuando Tenskwa-Tawa convocó un tornado y cortó sus pies y caminó sobre las aguas ensangrentadas, llevándole consigo, atrayéndole al remolino y mostrándole visiones. Fue entonces cuando Alvin vio por primera vez la Ciudad de Cristal y supo que la construiría algún día, o que la reconstruiría más bien, ya que había existido una vez antes, o tal vez más de una vez. Pero la tormenta ya no existía, era un recuerdo lejano; Tenskwa-Tawa y su pueblo tampoco, la mayoría había muerto y el resto estaba en el oeste. Ahora era sólo un lago.

Antes Alvin habría tenido miedo del agua, pues era el agua lo que el Deshacedor había empleado para matarlo, una y otra vez, cuando era un niño. Pero eso fue antes de que Alvin desarrollara su don y se convirtiera en un autentico Hacedor aquella noche en la fragua, y convirtiera el hierro en oro. El Deshacedor ya no podía tocarlo a través del agua. No, ahora la herramienta del Deshacedor sería más sutil. Sería la gente. Gente como Amy Sump, débil de voluntad o avariciosa o ensoñadora o perezosa, pero todos fáciles de utilizar. Era la gente la que suponía ahora un peligro para él. El agua era bastante segura, porque sabía nadar.

—¿Qué tal un chapuzón? —preguntó Alvin.

Arturo se encogió de hombros. Cuando se sumergieron juntos en el agua del Hio se borraron las últimas huellas de la antigua esencia de Arturo. Pero no se trataba de eso, ahora. Se desnudaron y nadaron en el lago mientras el sol se ponía, y luego se tumbaron en la hierba para secarse; la luz de la luna hacía brillar el agua, la brisa enfriaba el aire húmedo lo suficiente para que se durmieran. En todo el viaje no habían dicho una palabra, hasta que llegaron a la orilla del lago; sólo se movieron en perfecta armonía por el bosque. Ni siquiera mientras nadaban dijeron nada, y apenas salpicaron agua, tan plena era su armonía con todo, el uno con el otro. Así que Alvin se sobresaltó cuando Arturo le habló, tendido allí, en la oscuridad.

—Esto es lo que Amy soñó, ¿verdad?

Alvin pensó en eso un instante. Luego se levantó y se puso la ropa.

—Supongo que ya estamos secos —dijo.

—¿Crees que tal vez tuvo un sueño verdadero, pero que no era ella sino yo?

—No te he dado ningún abrazo ni he hecho nada antinatural cuando estábamos desnudos en el agua —dijo Alvin.

Arturo se echó a reír.

—No hay nada antinatural en lo que ella soñó.

—No fue un sueño verdadero.

Arturo se levantó y se puso la ropa.

—Esta vez he oído el canto verde, Alvin. Tres veces te he soltado la mano y he seguido oyéndolo un buen rato antes de que empezara a apagarse y de tener que cogerte la mano para no quedarme atrás.

Alvin asintió como si eso fuera lo que esperaba. Pero no lo era. Mientras impartía sus enseñanzas a la gente de Iglesia de Vigor, ni siquiera había intentado enseñarle algo a Arturo Estuardo; lo había enviado a la escuela para que aprendiera las letras y los números. Y resultaba que Arturo era capaz de ser su mejor estudiante, después de todo.

—¿Vas a convertirte en Hacedor? —preguntó Alvin.

Arturo sacudió la cabeza.

—Yo no. Sólo voy a ser tu amigo.

Alvin no dijo en voz alta lo que sentía su corazón; que para ser su amigo tal vez tendría que ser Hacedor. No tenía que decirlo. Arturo ya lo comprendía.

Se levantó un poco de viento durante la noche, y muy lejos, al otro lado del lago, los truenos resonaron bajo las nubes distantes. Arturo roncaba suavemente en sueños; Alvin podía oírlo en la quietud, más fuerte que el retumbar apagado del trueno lejano. Eso tendría que haberlo hecho sentirse solitario, pero no fue así. La respiración en la oscuridad a su lado podría haber sido la de Ta-Kumsaw en su largo viaje de hacía tantos años, cuando llamaban a Alvin el Niño Renegado y el destino del mundo parecía gravitar en equilibrio. O podría haber sido la de su hermano Calvin, cuando ambos compartían habitación; Alvin lo recordaba como un bebé en su capacho, luego en una cuna, los ojos del niño mirándolo como si fuera Dios, como si él supiera algo que no sabía ningún otro ser humano. Bueno, sí lo sabía, pero perdí a Calvin de todas formas. Y salvé la vida de Ta-Kumsaw, pero no pude hacer nada por salvar su causa, y también está perdido para mí, al otro lado del río en la niebla del oeste rojo.

Y la respiración podría haber pertenecido a una esposa, en vez de sólo al sueño de una esposa. Alvin trató de imaginarse a Amy Sump, allí, en la oscuridad, y aunque Mesura tenía razón y habría sido un mal matrimonio, la verdad era que tenía un rostro bonito, y en aquellos momentos, en vela, a solas, Alvin se imaginaba su cuerpo joven, dulce y cálido al tacto, su abrazo ansioso y lleno de vida y esperanza.

Apartó rápidamente de sí esa imagen. Amy no era para él, e incluso el hecho de imaginársela de aquel modo le parecía una especie de crimen. Nunca podría casarse con alguien que le adorara. Porque su esposa no se casaría con el Hacedor llamado Alvin; su esposa estaría casada con el hombre.

Pensó entonces en Peggy Larner. Se imaginó apoyándose en un codo y mirándola cuando un relámpago lejano iluminara su cara. Imaginó su pelo suelto y desparramado sobre la hierba, sus manos de dama ya sin gestos estudiados, sin control, tendidas mientras dormía.

Para su sorpresa, los ojos se le llenaron de lágrimas. En seguida comprendió por qué. Ella era tan inalcanzable para él como Amy, no porque lo adorara, sino porque estaba más comprometida con su causa que él. Ella no amaba al Hacedor, y desde luego no al hombre, sino más bien al acto de Hacer y a la cosa hecha. Casarse con ella sería una especie de rendición al destino, pues era ella la que veía futuros que podrían surgir de todas las posibles decisiones presentes. Si se casaban no sería un hombre en absoluto, no porque ella pretendiera privarle de su hombría, sino porque él mismo no sería tan estúpido como para no seguir sus consejos. La seguiría libremente, y así libremente perdería su libertad.

No, era Arturo quien estaba allí tumbado junto a él, este niño extraño que amaba a Alvin más allá de toda razón y que sin embargo no exigía nada de él, este niño que había perdido parte de sí mismo para ser libre y la había sustituido con una parte de Alvin.

El paralelismo le resultó evidente de pronto, y por un momento se avergonzó. Le hice a Arturo lo que temía que Peggy Larner pudiera hacerme a mí. Le quité una parte de sí mismo y la sustituí con una parte de mí. Claro que él era muy joven y

corría tanto peligro que no le pregunté nada ni le di explicaciones, ni él me habría entendido si lo hubiera intentado. Él no tenía elección. Yo todavía la tengo.

¿Estaría tan contento como Arturo, si me entregara a Peggy?

Quizás algún día, pensó Alvin. Pero no ahora. No estoy preparado todavía para entregarme a nadie, para rendir mi voluntad. Como hace Arturo conmigo. Como hacen los padres con sus hijos: renuncian a su vida por las necesidades de los pequeños egoístas e indefensos. El camino está libre ante mí, todos los caminos, tengo a mi alcance todas las posibilidades. Desde este lecho de hierba junto al lago Mizogan puedo ir a cualquier parte, encontrar todo lo encontrable, hacer todo lo que pueda hacerse. ¿Por qué construir una cerca a mi alrededor, atarme a un árbol? Ni siquiera un caballo, ni siquiera un perro era tan leal como para cometer una locura semejante consigo mismo.

Su don le había capturado desde la infancia. Ya fuera de niño en su familia, como compañero de viaje de Ta-Kumsaw, como aprendiz de herrero o como maestro de posibles Hacedores le impulsaba su don. Pero ahora no.

El relámpago destelló de nuevo, más lejos esta vez. No llovería esta noche. Y mañana se levantaría e iría al sur, o al norte, o al oeste, o al este; hacia donde se le antojara, hacia donde viera un objetivo que parecía deseable. Había salido de casa para marcharse, no para ir hacia algo en concreto. No había mayor libertad que ésa.

Capítulo 9.

COOPER

Peggy Larner vigilaba aquellos dos brillantes fuegos internos: a Alvin mientras vagabundeaba por América, a Calvin mientras, camino de Inglaterra, se preparaba para su audiencia con Napoleón. Había pocos cambios en todos los posibles futuros que veía, pues ninguno de los dos hombres había alterado ni un ápice sus planes.

El plan de Alvin, desde luego, no era ningún plan. Arturo Estuardo y él, viajando a pie, se dirigieron hacia el oeste desde el Mizogan, dejaron atrás la floreciente ciudad de Chicago y continuaron hasta que las densas brumas del Mizzipy los hicieron volver. Alvin había albergado una leve esperanza de que al menos a él le permitieran pasar el Mizzipy e ir más allá; pero si eso iba a ser posible alguna vez, desde luego no lo era ahora. Así que se encaminó al norte, al lago High Water. Allí subió a bordo de uno de aquellos nuevos barcos de vapor que transportaban hierro hasta Irrakwa, donde podía ser cargado en trenes y transportado el resto del camino hasta el país minero de Suskwahenny y Pensilvania, para alimentar las nuevas fundiciones de acero.

—¿Es eso Hacer? —preguntó Arturo Estuardo, cuando Alvin le explicó el proceso—. ¿Convertir el hierro en acero?

—Es una forma de Hacer —dijo Alvin—; la tierra es forzada por el fuego. Pero el coste es alto, y al hierro le duele que lo transformen de esa forma. He visto el acero que fabrican. Está en los raíles. En las locomotoras. El metal grita todo el tiempo; es el suyo un sonido suave, muy agudo, pero yo puedo oírlo.

—¿Significa eso que es malo usar acero? —preguntó Arturo Estuardo.

—No. Pero sólo deberíamos usarlo cuando el coste de tanto sufrimiento merece la pena. Tal vez algún día encontremos un modo mejor de dar fuerza al hierro. Soy herrero. No negaré el fuego de la fragua ni renunciaré al martillo y el yunque. Ni diré que las fundiciones de Dekane son peores que mi pequeña forja. He estado dentro de la llama. Sé que el hierro puede vivir dentro también, y salir ileso.

—Tal vez para eso vagabundeamos —dijo Arturo Estuardo—. Para que tú vayas a las fundiciones y les ayudes a hacer acero más amablemente.

—Tal vez —dijo Alvin, y subieron al tren de Dekane y Alvin pidió trabajo en una fundición y aprendió observando y haciendo todas las cosas que había que saber sobre la fabricación del acero, y al final dijo—: He encontrado un medio, pero hace falta un Hacedor para hacerlo, o alguien que sea casi un Hacedor.

Volvíamos a lo mismo. Si Alvin iba a cambiar el mundo, tendría que hacer aquello en lo que casi había fracasado allá en Iglesia de Vigor: crear más Hacedores. Dejaron las ciudades del acero y continuaron hacia el este, y cuando Peggy miró el fuego interno de Alvin no vio ningún cambio, ningún cambio, ningún cambio...

Y un día, de repente, sin ningún motivo aparente, un millar de nuevos caminos se

abrieron en la vida de Alvin, y en cada uno de ellos había un hombre que nunca había visto antes. Un hombre que se llamaba a sí mismo Verily Cooper y que hablaba como un inglés culto y que caminaba junto a Alvin cada paso de su vida durante años. Por ese camino el arado de oro quedaba fijado con un asa perfecta y saltaba a la vida bajo manos humanas. Por ese camino la Ciudad de Cristal se alzaba hacia el cielo y la bruma de la ribera del Mizzipy se despejaba a lo largo de unos kilómetros y los pieles rojas saludaban alegremente desde la orilla oeste a los hombres blancos que acudían en barquitas de cuero y balsas para comerciar con ellos y hablar con ellos y aprender de ellos.

¿Pero de dónde venía este Verily Cooper y por qué había aparecido tan de repente en la vida de Alvin?

Sólo más tarde, ese mismo día, se le ocurrió a Peggy que no era cosa de Alvin haber atraído a ese hombre hacia él, sino de otra persona. Miró en el fuego interno de Calvin (tan lejano que tuvo que mirar a través del suelo para verlo en Inglaterra, detrás de la curva de la Tierra), y allí vio que a él se debía el cambio, y por el más simple de los motivos. Calvin se entretuvo en hechizar a un miembro del Parlamento que lo invitó a tomar el té, y aunque sabía que aquel hombre no tenía nada para él, por capricho, por pura casualidad, decidió aceptar la invitación. Eso no cambió mucho, excepto que en cada uno de los caminos Calvin se pasaba una hora tomando el té junto a un joven abogado llamado Verily Cooper, que escuchaba ávidamente todo lo que Calvin tenía que decir.

¿Era posible, entonces, que Calvin fuera parte del Hacer de Alvin después de todo? Se marchó a Inglaterra con la idea en el corazón de deshacer todas las obras de Alvin; y sin embargo, por un capricho del azar (si existía algo como el azar), tendría un encuentro que casi con toda seguridad empujaría a Verily Cooper hacia América. Hacia Alvin Smith, el arado de oro, la Ciudad de Cristal, el fin de la bruma del Mizzipy.

Arise Cooper era un cristiano honrado y trabajador. Vivía su vida con tanta pureza como podía, dados los límites finitos de la mente humana. Obedecía todos los mandamientos que había aprendido; purgaba de su alma toda imperfección que era capaz de concebir. Llevaba un detallado diario donde cada día anotaba las acciones del Señor en su vida.

Por ejemplo, el día en que nació su segundo hijo, escribió: «Hoy Satán ha hecho que me enfadara con un hombre que ha insistido en medir los tres barriles que le hice, seguro de que le había dado una medida corta. Pero el Espíritu de Dios ha insuflado el perdón en mi corazón, pues he comprendido que un hombre se vuelve celoso si ha sido engañado a menudo por hombres diabólicos. Así que el Señor ha confiado en mí para que le enseñara a ese hombre que no todos los hombres lo engañarán, y he soportado sus insultos con paciencia. Naturalmente, como nos enseñó Jesús, cuando

he respondido a vileza con paciencia, el forastero se ha marchado de mi tonelería como amigo en vez de como enemigo, y sabiendo más de las obras del Señor entre los hombres. ¡Oh, cuán grande eres, mi amado Dios, que conviertes mi corazón pecador en una herramienta para servir a tus propósitos en este mundo! Al anochecer ha llegado al mundo mi segundo hijo, a quien llamaré Verily^[2]: En Verdad, En Verdad Os Digo, Que Sólo Aquellos Que Se Comporten Como Niños Entrarán En El Reino De Los Cielos».

Si alguien consideró el nombre un poco excesivo, nadie se lo dijo a Arise Cooper, cuyo nombre también procedía de las Escrituras «*Arise and come forth*» (levántate y anda). Tampoco dijo nada la madre del niño, cuyo propio nombre estaba sacado del versículo más corto «*He wept*» (Él lloró). Todos sabían que no usarían casi nunca el nombre completo del niño. Fue conocido como Verily y, cuando creció, a menudo le llamaban Very, para abreviar.

La esposa de Arise, Wept, acudió a él un día, cuando Verily tenía sólo dos años. Estaba muy agitada.

—Arise, hoy he visto al niño jugando con trozos de madera, construyendo una torre.

Arise repasó mentalmente todo lo malo que podía hacerse con trozos de madera del comercio de tonelero y sólo se le ocurrió una cosa.

—¿Era una representación de la Torre de Babel?

Wept pareció sorprendida.

—Podría serlo, o no. ¿Cómo puedo saberlo, si el niño no habla todavía?

—¿Qué entonces? —preguntó Arise, impaciente ahora porque ella no había ido directo al grano. No, no, estaba impaciente porque había supuesto mal y ahora estaba un poco avergonzado de sí mismo. Era pecado tratar de echarle a ella la culpa por malos sentimientos creados por él mismo. En su corazón, rezó pidiendo perdón mientras ella continuaba.

—Arise, el niño ha hecho una construcción muy alta con los trozos, pero se le caían, una y otra vez. Lo he visto y he pensado que el Señor de los cielos enseñaba a nuestro pequeño que las obras del hombre son todas fútiles, y que sólo las obras de Dios perduran. Pero entonces ha puesto cara de sombría determinación y ha estudiado cada trozo de madera mientras seguía construyendo, colocándolas en su sitio con cuidado. Ha construido y construido, hasta que el último trozo le ha sobrepasado la cabeza, y allí sigue todavía.

Arise no acababa de entender a qué se refería o por qué se preocupaba.

—Ven, marido, y mira la obra de nuestro bebé.

Arise la siguió a la cocina. No había nadie más allí, aunque era el momento más bullicioso del día. Arise comprendió por qué habían huido todos. La pila de madera se alzaba desafiando la razón y el equilibrio. Los bloques se amontonaban de cualquier manera pero en perfecto equilibrio a pesar de lo precariamente que encajaban con los de arriba y abajo.

—Derríbalo de inmediato —dijo Arise.

—¿Crees que no se me ha ocurrido? —preguntó Wept. De un manotazo derribó la torre. Cayó, pero en bloque, e incluso en el suelo las piezas permanecieron unidas entre sí como si estuvieran pegadas.

—Debe de haber estado jugando con la cola —dijo Arise, aunque incluso mientras lo decía sabía que no era así.

Se arrodilló junto a la torre caída y trató de separar un bloque. No pudo. Cogió toda la torre y la golpeó contra su rodilla. Se lastimó, pero la torre no se quebró. Finalmente, después de ponerse encima y tirar de un extremo con todas sus fuerzas, rompió la torre; pero le hizo falta tanta fuerza como para romper una plancha gruesa. Y cuando examinó los extremos rotos, vio que la torre se había partido por la mitad de un bloque, no en la unión entre ellos.

Miró a su esposa, y supo qué debería decirle. Debería decirle que estaba claro que su hijo había sido poseído por Satán hasta tal punto que el niño tenía ahora los poderes de una extraordinaria brujería. Una vez dichas esas palabras, no habría más remedio que llevar al niño ante el magistrado, quien administraría las pruebas de brujería. El niño, al ser demasiado joven y no saber hablar para confesar o negar, sería quemado como sentencia de la corte, si no se le ahogaba durante el juicio.

Arise nunca había puesto en duda la justicia de las leyes que mantenían Inglaterra limpia de brujería y de otras oscuras acciones de Satán. Ya no exiliaban a los brujos a América: el único resultado de aquella antigua política había sido una nación poseída por el diablo. Las Escrituras eran claras, y no había piedad. No permitirás que un brujo viva.

Y sin embargo Arise no dijo las palabras que obligarían a su esposa a entregar a su bebé al magistrado. Por primera vez en su vida, Arise Cooper, sabiendo la verdad, no se atuvo a ella.

—Quemaré esta tabla de extraña forma —dijo Arise—. Y prohibiré al niño jugar con bloques. Vigílalo de cerca, y enséñale a vivir obedeciendo fielmente en todo momento las leyes de Dios. Hasta que haya aprendido a hacerlo, no dejes que otra mujer se ocupe de él si no estás presente.

Miró a su esposa a los ojos, y Wept lo miró a su vez. Al principio los ojos de ella demostraban sorpresa por sus palabras; luego la sorpresa dio paso al alivio, y luego a la determinación.

—Lo vigilaré tan de cerca que Satán no tendrá la oportunidad de susurrarle nada al oído —dijo.

—Podemos permitirnos tener una cocinera que supervise el trabajo de las sirvientas a partir de ahora —dijo Arise—. La educación de este difícilísimo hijo está en nuestras manos. Le salvaremos del diablo. Ninguna otra obra es más importante que ésta.

Así fue como la educación de Verily Cooper se volvió difícil e interesante. Recibió más golpes que ningún otro niño de la familia, por su propio bien, pues Arise

sabía bien que Satán había hecho una incursión en el corazón del niño a edad muy temprana. Así que todos los signos de rebelión, falta de respeto, y pecado debían ser reprimidos enérgicamente.

Si el pequeño Verily estaba resentido por la disciplina especial a la que estaba sometido comparado con su hermano mayor y sus hermanas menores, no dijo nada: quizá porque las quejas siempre provocaban el rápido golpe de una vara de abedul. Aprendió a vivir con esos castigos e incluso, con el paso del tiempo, a enorgullecerse de ello, pues los otros niños lo miraban con asombro, viendo cuántas palizas soportaba sin llorar siquiera... y por ofensas que, en ellos, no habrían provocado más que una mirada de reproche de sus padres.

Verily aprendía rápidamente. La vara de abedul le enseñaba cuáles de sus acciones eran consideradas simplemente las travesuras normales de un niño que crecía y cuáles como signos de que Satán trabajaba poderosamente por la posesión de su alma. Cuando los niños vecinos construían un castillo de nieve, por ejemplo, si él construía el suyo de forma torpe y descuidada como ellos no había castigo ninguno. Pero cuando cuidaba especialmente que los bloques encajaran unos con otros, suavemente y sin fisuras, recibía tal tunda que el trasero le sangraba. Del mismo modo, cuando ayudaba a su padre en la tienda, si unía mal las duelas de un barril, como hacían los otros hombres, sin sujetarlas apenas dentro de los aros de metal, confiando en que el líquido del barril acabaría por hinchar la madera y hacer que las juntas fueran verdaderamente herméticas, entonces no pasaba nada. Pero si elegía la madera cuidadosamente y se concentraba en encajarlas para que la madera se uniera a la perfección, y luego el barril retenía el aire igual que la vejiga de un cerdo, su padre le pegaba con la regla de medir y le echaba de la tienda.

Para cuando cumplió diez años, Verily ya no iba al taller de su padre, y le parecía que a éste no le importaba que no lo hiciera. Sin embargo, le amargaba ver el trabajo que el taller entregaba sin su ayuda, pues Verily podía sentir la rudeza, la falta de encaje entre las juntas de los barriles y las tapas. Le molestaba. Sólo pensar en ello le hacía sentir un peso sobre los hombros que apenas podía soportar. Empezó a levantarse en plena noche para ir a escondidas al taller y reconstruir los barriles peores. Nadie adivinó lo que hacía, pues no dejaba restos. Lo único que hacía era soltar el barril, reordenar las duelas y volver a poner los aros, más tensos que antes.

El resultado fue: primero, que Arise Cooper se hizo famoso por fabricar los mejores barriles de la zona; segundo, que Verily se pasaba los días adormilado y con aspecto perezoso, lo que le acarreó más palizas, aunque menos severas que las que recibía cuando realmente se concentraba en hacer que las cosas encajaran; y tercero, que Verily aprendió a vivir en un engaño constante, ocultando lo que era y lo que veía y lo que sentía y lo que hacía a todos los que le rodeaban. Era natural que se sintiera atraído por el estudio de la ley.

Perezoso como parecía a veces, Verily tenía una mente aguda para el estudio: Arise y Wept lo veían, y en vez de contentarse con el maestro local que pagaban con

sus impuestos, le enviaron a una academia normalmente reservada para los hijos de terratenientes y hombres ricos. Las burlas y mofas que Verily soportó de los otros muchachos a causa de su acento marcado y de su ropa de palurdo apenas le hacían efecto; los golpes que los muchachos le infligían no eran nada en comparación con las palizas a las que estaba acostumbrado, y de los abusos que no le causaban dolor físico ni siquiera llegaba a darse cuenta. Lo único que le importaba era que en la escuela no tenía que vivir temeroso todo el tiempo, y que a los maestros les encantaba que estudiara con atención y viera cómo encajaban las ideas. Lo que sólo podía hacer en secreto con las manos, podía hacerlo abiertamente con la mente.

Y no se trataba sólo de las ideas. Empezó a darse cuenta de que, si se concentraba en los muchachos que le rodeaban, escuchándolos de verdad, observando cómo actuaban, podía verlos tan claramente como veía las piezas de madera y saber exactamente dónde y cómo podía encajar cada muchacho con otro. Sólo una palabra aquí y allá, sólo una idea lanzada a la mente adecuada en el momento oportuno, y convirtió a los muchachos de su dormitorio en una pandilla muy unida de verdaderos amigos. Hasta donde pudo, claro está. Algunos estaban llenos de un odio tan profundo que cuanto mejor encajaban, más agrios y recelosos se volvían. Verily no podía evitar eso. No podía cambiar el corazón de un muchacho: sólo podía ayudarlo a usar sus inclinaciones naturales para encajar mejor con los demás.

Pero nadie lo veía. Nadie se daba cuenta de que a Verily se debía que aquellos muchachos formaran el grupo más unido de amigos que había pasado por la escuela. Los maestros veían que eran amigos, pero también veían que Verily era el único marginado que jamás pertenecía a ningún sitio. No podían imaginar que él era la causa de la extraordinaria intimidación de los otros. Y eso le parecía bien a Verily. Sospechaba que si se enteraban de lo que estaba haciendo sería como volver a casa con su padre de nuevo, y que no le esperaría precisamente una vara de abedul.

Pues en sus estudios, sobre todo en las clases de religión, Verily llegó a comprender por fin a qué eran debidas las palizas. Brujería. Verily Cooper había nacido siendo brujo. No era extraño que su padre estuviera aterrado permanentemente. Arise Cooper había permitido vivir a un brujo, y aquellas palizas, lejos de ser un acto de ira o de odio, estaban realmente diseñadas para ayudar a Verily a aprender a disfrazar el mal innato en él y que nadie supiera que Arise y Wept Cooper habían ocultado a un niño brujo en su propia casa.

Pero no soy un brujo, se dijo finalmente Verily. Satán nunca vino a mí. Y lo que hago no causa ningún mal. ¿Cómo puede ir contra Dios hacer barriles bien, o ayudar a los muchachos a encontrar su mejor posibilidad de amistad entre ellos? ¿He usado alguna vez mis poderes para algo más que para ayudar a los demás? ¿No consiste en eso la doctrina cristiana, en ser siervo de todos?

Cuando Verily cumplió dieciséis años era un joven fornido y bastante apuesto de cierta educación y modales impecables, y se había convertido en un escéptico convencido. Si los dogmas sobre brujería podían estar tan completamente

equivocados, ¿cómo podía fiarse de ninguna de las enseñanzas de los ministros? Verily Cooper se sentía lleno de cabos sueltos, intelectualmente hablando, pues todos sus profesores hablaban como si la religión fuera la piedra angular de todas las otras enseñanzas, y sin embargo todos los estudios llevaron a Very a la conclusión de que las ciencias basadas en la religión eran como mínimo dudosas y, en el peor de los casos, completamente infundadas.

Sin embargo, se guardó sus conclusiones. Te podían quemar como ateo igual de rápido que como brujo. Y además, no estaba seguro de que no creyera en nada. No creía en lo que decían los ministros, simplemente.

Si los predicadores no tenían ni idea de lo que eran el bien y el mal, ¿a quién podía recurrir él para aprender sobre lo bueno y lo malo? Trató de estudiar filosofía en Manchester, pero descubrió que, a excepción de Newton, lo mejor que los filósofos tenían que ofrecer era un vasto mar de opiniones con unos cuantos fragmentos de verdad flotando aquí y allá como los restos de un barco hundido. Y Newton y los científicos que lo seguían no tenían alma. Al decidir que sólo estudiarían aquello que pudiera ser verificado bajo condiciones controladas, simplemente habían limitado su campo de trabajo. La mayor parte de la verdad se encuentra fuera de los claros confines de la ciencia; e incluso dentro de esos límites, Verily Cooper, con su agudo ojo para las cosas que no encajaban, pronto descubrió que aunque se pretendía que la imparcialidad fuera universal, era muy raro encontrarla. La mayoría de los científicos, como la mayoría de los filósofos y la mayoría de los teólogos, eran cautivos de la opinión establecida. Nadar contra la marea estaba más allá de sus poderes, y por eso la verdad permanecía esparcida, desmontada, empantanada.

Al menos los abogados sabían que trataban con la tradición, no con la verdad; con el consenso, no con la realidad objetiva. Y un hombre que comprendía cómo encajan las cosas podía hacer una verdadera contribución. Podría salvar a unas cuantas personas de la injusticia. Podría incluso, en un futuro lejano, descargar un golpe o dos contra las leyes de la brujería y salvar al año unas cuantas docenas de almas incautas capturadas manipulando la realidad de formas no autorizadas.

En cuanto a Arise y Wept, se sintieron profundamente gratificados cuando su hijo Verily se marchó de casa demostrando no sentir ningún interés por los negocios familiares. Su hijo mayor, Mofa (nombre completo: No Se Mofarán De Su Oficio), era un tonelero cualificado, popular dentro y fuera de la familia. Lo heredaría todo. Verily se iría a Londres y Arise y Wept ya no serían responsables de él. Verily incluso les entregó un documento por el que renunciaba a los bienes familiares, aunque no se lo habían pedido. Cuando Arise aceptó el documento, Verily, con veintiún años ya, cogió la vara de abedul de la pared donde colgaba, la quebró contra su rodilla y la arrojó al fuego de la cocina. No hubo más discusión sobre el tema. Todos lo comprendieron. Lo que Verily decidiera hacer con sus poderes era ahora asunto suyo.

El talento de Verily no pasó desapercibido mucho tiempo. Le invitaron a unirse a

varios bufetes, y acabó eligiendo el que le proporcionaba más independencia para escoger a sus propios clientes. Su reputación fue en aumento mientras ganaba caso tras caso; pero lo que impresionaba a los abogados que entendían de verdad de esas cosas no era el número de sus victorias, sino más bien el número aún mayor de casos en que alcanzaba un acuerdo justo sin llegar siquiera a los tribunales. Para cuando Verily cumplió veinticinco años, ya era costumbre que varias veces al mes las partes implicadas en pleitos acalorados acudieran a Verily y le suplicaran que hiciera de árbitro, totalmente al margen de los tribunales; tal era su reputación de hombre sabio y justo. Algunos susurraban que, a su debido tiempo, se convertiría en un peso pesado de la política. Algunos se atrevían a desear que un hombre así fuera algún día Lord Protector, si ese cargo fuera ocupado por elección, como la presidencia de Estados Unidos.

Estados Unidos de América, aquella república abigarrada, multilingüística, sucia y curtida que, de algún modo, sin rey y sin causa, se había alzado por accidente entre las Tierras de la Corona y Nueva Inglaterra. América, donde se decía que hombres vestidos con pieles de alce caminaban por los salones del Congreso junto con pieles rojas, holandeses, suecos y otros especímenes semicivilizados que habrían sido expulsados del Parlamento antes de poder abrir la boca. Cada vez más, Verily Cooper volvía los ojos hacia ese país; cada vez más ansiaba vivir en un lugar donde pudiera usar al máximo su don para hacer que las cosas encajaran, donde pudiera unir cosas con las manos, no sólo mentalmente y con palabras. Un lugar donde, en resumen, pudiera vivir sin engaños.

Tal vez en una tierra así, donde los hombres no tenían que mentir sobre quiénes eran para que se les garantizara el derecho a vivir, tal vez en una tierra así podría encontrar algún tipo de verdad, comprender de algún modo el sentido del universo. Y, si fracasaba en eso, al menos allí Verily podría ser libre.

El problema era que Verily había estudiado las leyes inglesas, y eran los clientes ingleses los que iban camino de convertirlo en un hombre rico. ¿Y si se casaba? ¿Y si tenía hijos? ¿Qué tipo de vida forjaría para ellos en América, entre los bosques primigenios? ¿Cómo pedirle a una esposa que dejara la civilización y se fuera a Filadelfia?

Y quería una esposa. Quería tener hijos. Quería demostrar que el bien no se inculcaba en los niños a base de golpes, que el miedo no era la fuente de donde manaba la virtud. Quería poder abrazar a los suyos y saber que ninguno temía verlo ni sentía la necesidad de mentirle para tener su amor.

Así que soñaba con América pero permaneció en Londres, buscando en la alta sociedad la mujer adecuada con la que formar una familia. Sus modales campesinos habían sido sustituidos primero por el modo de comportarse universitario y luego por las costumbres corteses que hacían que fuese bien recibido en las mejores casas. Su ingenio, nunca ácido, siempre profundo, le convirtió en un invitado popular en los grandes salones de Londres, y si nunca fue invitado a las mismas cenas o fiestas que

los principales teólogos del momento no fue porque lo creyeran ateo, sino más bien porque no había ningún teólogo considerado su igual en conversación. Había que colocar a Verily Cooper junto a alguien que estuviera al menos a su altura: todo el mundo sabía que Very era demasiado amable para destruir idiotas por simple diversión pública. Cuando lo rodeaban los patanes, simplemente, guardaba silencio; para sus anfitriones era una vergüenza que se difundiera la noticia de que Verily Cooper había permanecido callado toda la noche.

Verily Cooper tenía veintiséis años cuando se encontró en una fiesta con un notable joven americano llamado Calvin Miller.

Verily reparó en él de inmediato, porque no encajaba, pero no porque fuera americano. De hecho, Verily pudo ver en seguida que Calvin había hecho un buen trabajo adquiriendo una pátina de modales que le mantenía apartado de los *faux pas* que traicionaban a la mayoría de los americanos que intentaban abrirse camino en Londres. El muchacho comentaba sus esfuerzos por aprender francés, bromeando sobre su abominable falta de talento para los idiomas; pero Verily vio (como muchos otros) que todo esto era pretensión. Cuando Calvin hablaba en francés cada frase surgía con un espléndido acento, y si su vocabulario era pobre, su gramática no.

Una dama cercana le murmuró a Verily:

—Si es malo con los idiomas, tiemblo al imaginar en qué es bueno.

En mentir, en eso es bueno, pensó Verily. Pero mantuvo la boca cerrada, porque por lo único que sabía era que cada palabra de Calvin era falsa porque nada encajaba cuando Calvin hablaba. El muchacho le fascinaba aunque sólo fuera porque al parecer mentía aunque no obtuviera beneficio alguno haciéndolo; mentía por el puro placer de mentir.

¿Era esto un producto de América? ¿Esto era lo que engendraba la tierra que en las fantasías de Verily era un lugar de verdad? Tal vez los ministros no estaban completamente equivocados respecto a aquellos poderes ocultos... o «dones», como los llamaban los americanos.

—Señor Miller —dijo Verily—, me preguntaba, ya que es usted americano, si tiene algún conocimiento personal de los dones.

La sala guardó silencio. Hablar de esas cosas era sólo levemente menos vulgar que hablar de la higiene personal. Y si era el joven y brillante abogado Verily Cooper el que lo preguntaba...

—¿Cómo dice? —contestó Calvin.

—Dones —insistió Verily—. Poderes ocultos. Sé que son legales en América, y sin embargo los americanos dicen ser cristianos. Por tanto, siento curiosidad por cómo se racionalizan esas cosas, cuando aquí son consideradas prueba del sometimiento a Satán y merecedoras de una sentencia de muerte.

—No soy filósofo, señor —dijo Calvin.

Verily lo sabía bien. Notó que Calvin se ponía de pronto más a la defensiva que nunca. La suposición de Verily había sido acertada. Este Calvin Miller mentía porque

tenía mucho que ocultar.

—Tanto mejor —dijo Verily—. Entonces existe la posibilidad de que sus respuestas tengan sentido para un hombre tan ignorante de esos asuntos como yo.

—Desearía que me dejara usted hablar de otras cosas —dijo Calvin—. Creo que podríamos ofender a quienes nos acompañan.

—Sin duda no creerá usted que ha sido invitado aquí por otro motivo aparte de por ser americano —dijo Verily—. ¿Por qué se resiste entonces a hablar sobre la rareza más obvia de los americanos?

Hubo un murmullo de comentarios. ¿Quién había visto jamás a Verily ser tan descortés?

Sin embargo, Verily sabía bien lo que hacía. No había entrevistado a un millar de testigos sin aprender cómo sacarle la verdad incluso al más flagrante mentiroso habitual. Calvin Miller era un hombre que no soportaba la vergüenza. Por eso mentía: para esconderse de todo cuanto pudiera avergonzarlo. No obstante, si se le provocaba, respondería acaloradamente, y las mentiras y los cálculos darían paso a fragmentos de verdad de vez en cuando. En resumen, Calvin Miller estaba enojado, y cada vez más.

—¿Rareza? —preguntó Calvin—. Quizá lo extraño sea no el hecho de tener dones, sino negar que existen o achacarlos a Satán.

Ahora el murmullo fue más fuerte. Calvin, al hablar con sinceridad, había asombrado y ofendido a sus piadosos oyentes más que la descortesía de Verily. Sin embargo, se trataba de un grupo cosmopolita, y no había ningún ministro presente. Nadie abandonó la sala; todos observaron, y escucharon fascinados.

—Tomemos eso como premisa, pues —dijo Verily—. Explíquenos usted cómo llegan al mundo esos dones ocultos, si no se deben a la influencia del diablo. Sin duda no nos hará creer que los ingleses quemamos a la gente por tener poderes que les ha dado Dios.

Calvin sacudió la cabeza.

—Veo que sólo quiere usted provocarme, señor, para que hable de un modo que aquí va contra la ley.

—Nada de eso. Hay tres docenas de testigos en esta sala ahora mismo que podrían declarar que, lejos de iniciar usted esta conversación, fue arrastrado a ella. Además, no le estoy pidiendo que nos haga un discurso. Sólo le pido que nos cuente, como científicos que somos, lo que creen los americanos. No es más crimen hablar de las creencias americanas referidas a los dones que informar sobre los harenes musulmanes o la quema de viudas de los hindúes. Y esta gente que nos acompaña está ansiosa por aprender. Si me equivoco, por favor, corrijanme.

Nadie habló para corregirle. Estaban, de hecho, muriéndose por oír lo que iba a decir el joven americano.

—Yo diría que no hay consenso al respecto —dijo Calvin—. Yo diría que nadie sabe qué pensar. Ellos sólo usan los dones que tienen. Algunos dicen que va en contra de Dios. Otros dicen que Dios creó el mundo, dones incluidos, y que todo depende de

que los dones sean usados para el bien o no. He oído un montón de opiniones diferentes.

—¿Pero cuál es la opinión más sabia que ha oído? —insistió Verily.

Pudo sentir el momento en que Calvin decidió su respuesta: fue una especie de rendición. Calvin había estado dando rodeos, pero ahora había llegado a lo inevitable. Iba a decir, si no la verdad, al menos un informe verdadero de la verdad de otra persona.

—Hay un individuo que dice que los dones proceden de la afinidad natural entre una persona y algún aspecto del mundo que le rodea. No se trata de Dios ni de Satán, dice. Es sólo parte de la variación aleatoria del mundo. Ese individuo dice que tener un don no es más que ganarse la confianza de una parte de la realidad. Considera que los pieles rojas, que no creen en los dones, han encontrado la verdad que hay detrás de todo. A un hombre blanco se le mete en la cabeza que tiene un don, y a partir de entonces en todo lo que hace acuna ese talento en particular. Pero si, como los pieles rojas, viera los dones como sólo un aspecto de la forma en que todas las cosas están conectadas entre sí, entonces no se concentraría sólo en un talento. Seguiría trabajándolos todos. Así que, para este individuo, los dones no son más que el resultado de trabajar demasiado una sola cosa y demasiado poco el resto. Si un peón de albañil sólo acarrea ladrillos sobre el hombro derecho su cuerpo acabará por deformarse. Hay que estudiarlo todo, aprenderlo todo. Somos capaces de adquirir todos los dones, sólo...

Su voz se apagó.

Cuando Calvin volvió a hablar, fue del modo medido y educado que había aprendido desde su llegada a Inglaterra. Sólo entonces advirtieron Verily y los otros que su acento había cambiado durante el largo discurso. Se había despojado de la fina capa de inglés y había mostrado al americano.

—¿Quién es el hombre que le ha enseñado todo eso? —preguntó Verily.

—¿Importa? ¿Qué sabe ese palurdo de la naturaleza? —Calvin hablaba en tono burlón, pero Verily sabía que volvía a mentir.

—Sospecho que ese «palurdo», como usted lo llama, dice muchas más cosas que el breve avance que nos ha dado usted hoy.

—Oh, no puede parar de hablar, tan lleno está de su propia voz —la amargura del tono de Calvin fue un poderoso mensaje para Verily. En esto es sincero. Calvin está resentido con quienquiera que sea ese filósofo de la frontera; profundamente resentido—. Pero no voy a aburrir a la concurrencia con los delirios de un lunático fronterizo.

—Pero usted no lo considera un lunático, ¿verdad, señor Miller? —dijo Verily.

Una pausa momentánea. Piensa rápido tu respuesta, Calvin Miller. Encuentra una forma de engañarme, si puedes.

—No puedo decirlo, señor —contestó Calvin—. No creo que sepa ni la mitad de lo que pretende saber, pero no me atrevería a llamar mentiroso a mi propio hermano.

Hubo una súbita erupción de fuertes murmullos. Calvin Miller tenía un hermano que filosofaba sobre los dones y decía que no procedían del diablo.

Más importante para Verily era el hecho de que las palabras de Calvin obviamente no encajaban con el mundo en el que creía. Mentiras, mentiras. Calvin creía que su hermano era muy sabio, que probablemente sabía más de lo que Calvin estaba dispuesto a admitir.

En ese momento, sin darse cuenta, Verily Cooper tomó la decisión de ir a América. Quienquiera que fuese el hermano de Calvin, sabía algo que Verily quería aprender desesperadamente. Pues había un deje de verdad en las ideas del hombre. A lo mejor si Verily llegaba a conocerlo y a hablar con él podría dejar claro el don del propio Verily; podría decirle por qué tenía ese talento y por qué persistía incluso aunque su padre hubiera tratado de arrancárselo a palos.

—¿Cómo se llama su hermano?

—¿Importa eso? —preguntó Calvin, con un leve desdén—. ¿Planea visitar pronto los bosques?

—¿Es de ahí de dónde viene usted? ¿De los bosques? —preguntó Verily.

Calvin se retractó inmediatamente.

—En realidad no, estaba exagerando. Mi padre era molinero.

—¿Cómo murió el pobre hombre? —preguntó Verily.

—No ha muerto.

—Pero habla usted de él en pasado. Como si ya no fuera molinero.

—Todavía lleva un molino.

—Aún no me ha dicho el nombre de su hermano.

—Igual que el de mi padre. Alvin.

—¿Alvin Miller? —preguntó Verily.

—Antes sí. Pero en América todavía cambiamos nuestro apellido por nuestra profesión. Ahora es oficial herrero. Alvin Smith.

—Y usted sigue siendo Calvin Miller porque...

—Porque todavía no he elegido el trabajo de mi vida.

—¿Y espera descubrirlo en Francia?

Calvin se puso en pie de un salto, como si su más terrible secreto acabara de ser revelado.

—Tengo que volver a casa.

Verily también se levantó.

—Amigo mío, temo que mi curiosidad le haya hecho sentirse incómodo. Dejaré de inmediato de hacerle preguntas, y pido disculpas a todos por haber abordado esta noche temas tan difíciles. Espero que disculpen mi insaciable curiosidad.

Muchas voces tranquilizaron de inmediato a Verily diciendo que había sido muy interesante y que nadie estaba enfadado ni ofendido. La conversación se fragmentó en pequeñas charlas.

Al cabo de un momento, Verily consiguió colocarse cerca del joven americano.

—Su hermano, Alvin Smith —dijo—. Dígame dónde puedo encontrarlo.

—En América —contestó Calvin; y como la conversación era privada, no ocultó su desprecio.

—Es algo mejor que decirme que lo busque en la Tierra —dijo Verily—. Obviamente, está usted resentido con él. No tengo ningún deseo de molestarle preguntándole que me cuente algo más sobre sus ideas. Pero no le costará nada decirme dónde vive para que yo mismo pueda ir a buscarlo.

—¿Haría un viaje a través del mar para conocer a un muchacho que habla como un patán y aprender lo que piensa de los dones?

—El que haga un viaje o simplemente le escriba una carta no es asunto suyo —dijo Verily—. En el futuro me pedirán que defienda a gente acusada de brujería. Su hermano puede que tenga los argumentos que me permitan salvar la vida de un cliente. Esas ideas no pueden encontrarse aquí, en Inglaterra, porque sería la ruina de un hombre y de su carrera explorar con demasiada asiduidad las obras de Satán.

—¿Entonces por qué no tiene usted miedo de arruinar su propia carrera?

—Porque, sepa lo que sepa, es lo bastante cierto como para que un mentiroso como usted huya a medio mundo de distancia para escapar de la verdad.

La expresión de Calvin se torció de odio.

—¿Cómo se atreve a hablarme así? Podría...

Así que Verily había supuesto acertadamente cómo encajaba Calvin en su propia familia.

—El nombre del pueblo, y usted y yo no volveremos a hablar jamás.

Calvin se detuvo un momento, sopesando la decisión.

—Acepto su palabra, señor joven abogado en alza. El pueblo es Iglesia de Vigor, en territorio Wobbish. Cerca de la desembocadura del arroyo de Tippy-Canoe. Vaya a buscar a mi hermano si puede. Aprenda de él... si puede. Luego podrá pasar el resto de su vida preguntándose si tal vez no habría sido mejor que intentara aprender de mí.

Verily se rió en voz baja.

—No lo creo, Calvin Miller. Ya sé cómo mentir y, ay, ése es el único don que ha practicado usted lo suficiente como para ser un auténtico maestro.

—En otro tiempo le habría matado de un tiro por esa observación.

—Pero estamos en una época que ama a los mentirosos —dijo Verily—. Por eso somos tantos, viviendo llenos de pretensiones. No sé qué espera usted encontrar en Francia, pero puedo prometerle que a la larga no le merecerá la pena, si toda su vida hasta ese momento es una mentira.

—¿Ahora es un profeta? ¿Ahora puede ver en el corazón de un hombre? —Calvin hizo una mueca y se apartó—. Hemos hecho un trato. Le he dicho dónde vive mi hermano. Ahora aléjese de mí.

Calvin Miller dejó la fiesta y, momentos después, también lo hizo Verily Cooper. Era todo un escándalo que Verily hubiera actuado con tanta descortesía delante de todo el mundo. ¿Era seguro seguir invitándole a cenas y fiestas?

Una semana después, esa pregunta dejó de importar. Verily Cooper se había marchado; dimitió de su bufete de abogados, canceló sus cuentas bancarias, alquiló su apartamento. Envió una breve carta a sus padres, diciéndoles solamente que iba a América a entrevistar a un tipo sobre un caso en el que estaba trabajando. No añadió que era el caso más importante de su vida: el juicio de sí mismo como brujo. Tampoco les dijo cuándo pensaba regresar a Inglaterra, si es que lo hacía. Partía hacia el oeste, y seguiría cualquier rumbo, aunque fuera descalzo y sobre un duro camino, para conocer a aquel Alvin Smith que decía sobre los dones la primera cosa sensata que Verily había oído en toda su vida.

El mismo día que Verily Cooper zarpó de Liverpool, Calvin Miller subió al *ferry* de Calais. A partir de ese momento, Calvin no habló más que francés, decidido a ganar fluidez antes de conocer a Napoleón. No volvería a pensar en Verily Cooper en varios años. Tenía peces más grandes que freír. ¿Qué le importaba lo que pensara de él un abogaducho londinense?

Capítulo 10.

BIENVENIDO A CASA

De ser por él, Alvin probablemente nunca habría vuelto a Río Hatrack. Ciertamente, era su lugar de nacimiento, pero ya que sus padres continuaron viaje antes de que pudiera permanecer sentado por sí solo, no tenía recuerdos de cómo era entonces. Sabía que los pobladores más antiguos del lugar eran Horace Guester y Pacífico Smith y el viejo Vanderwoort, el comerciante holandés; así que, cuando nació, la posada y la fragua y el almacén ya debían de estar allí. Pero no guardaba en su memoria ninguna imagen de un lugar tan pequeño.

El Río Hatrack que conocía era el pueblo de su aprendizaje, con una plaza y una iglesia con un predicador y Whitley Physicker para atender a los enfermos e incluso una estafeta y gente suficiente con suficientes hijos para hacer una colecta y contratar a una maestra. Lo que significaba que entonces ya era un verdadero pueblo, ¿pero qué diferencia suponía eso para Alvin? Estuvo atrapado allí desde los once años, obligado por un maestro avaricioso que exprimió hasta la última gota del trabajo de «su» aprendiz mientras le enseñaba lo mínimo posible, lo más tarde posible. Apenas había dinero, ni tiempo para conseguir ningún placer con él, ni placeres que comprar de haber tenido tiempo.

Incluso así, penoso como fue su aprendizaje, podría haber recordado Río Hatrack con cierto aprecio. Estaba Gertie, la esposa de Pacífico, que era una magnífica cocinera y era amable con el muchacho de vez en cuando. Estaban Horace y la vieja Peg Guester, que recordaban su nacimiento y le hacían sentirse bienvenido cada vez que tenía un momento para visitarlos o que hacía una chapuza para ayudarlos. Y mientras se labraba un nombre por hacer hechizos perfectos y trabajar mejor el hierro que su maestro, recibió muchas visitas de la otra gente del pueblo, pidiendo esto, pidiendo aquello, y todos ellos fingiendo que no sabían que Alvin era el auténtico maestro de la fragua. No querían agraviar al viejo Pacífico, porque entonces expulsaría al muchacho, ¿no? Pero era bueno con las manos, aquel chico Alvin.

Así que Alvin podría haber tenido algunos recuerdos felices del lugar, porque la gente siempre rebusca en su pasado y es capaz de sacar momentos agradables aunque esos momentos hayan sido solitarios o dolorosos o un auténtico infierno en el momento en que los vivieron.

En el caso de Alvin, todos aquellos recuerdos de la infancia y la juventud fueron anulados por la forma en que todo terminó. Justo en el momento más feliz, cuando se estaba enamorando de la señorita Larner mientras intentaba aprender de los libros, los Rastreadores de esclavos vinieron a por el pequeño Arturo Estuardo y todo se torció. Incluso obligaron a Alvin a hacer las esposas que Arturo llevaría camino de la esclavitud. Entonces Alvin y Horace Guester cogieron al toro por los cuernos y fueron a recuperar al niño, y Alvin cambió a Arturo Estuardo por dentro y lavó su

antigua esencia en el Hio, de forma que los Rastreadores nunca pudieran relacionarlo con los trozos de pelo y carne que tenían. Incluso eso podría haber sido un buen recuerdo de un mal momento que salió bien.

Entonces, aquella última noche, de pie en la herrería con la señorita Larner, Alvin le dijo que la amaba y le pidió que se casara con él y ella podría haber dicho que sí; tenía una expresión en los ojos que decía que sí, pensaba él. Pero en ese mismo momento la vieja Peggy Guester mató a un Rastreador y fue asesinada por el otro. Sólo entonces descubrió Alvin que la señorita Larner era en realidad la pequeña Peggy, la hija perdida de Horace y Peg, la niña tea que había salvado la vida de Alvin cuando era un bebé. ¡Averiguar eso sobre la mujer que amas en el momento exacto en que la estás perdiendo para siempre!

Pero entonces no pensaba realmente en perder a la señorita Larner. En lo único que podía pensar era en la vieja Peg, gruñona y con la lengua afilada y siempre amorosa, muerta por un Rastreador de esclavos. No importaba que ella hubiera matado a uno primero, entraron en su casa sin permiso, como intrusos. Y aunque la ley les daba derecho a estar allí, era una ley maligna y era malo ganarse la vida con ella y no importó, pues, porque Alvin se enfadó tanto que no pensaba con claridad. Alvin descubrió al que había matado a la vieja Peg y le partió el cuello con una mano, y luego le golpeó la cabeza hasta que el cráneo se rompió dentro de la piel como una maceta en un saco de carne.

Cuando la furia de Alvin se consumió, cuando la furia al rojo vivo desapareció, cuando la justicia profunda cesó de exigirle la muerte del asesino de la vieja Peg, todo lo que quedó fue el cuerpo roto en sus brazos, la sangre en el delantal, el recuerdo del asesinato. No importaba que nadie en Río Hatrack le llamara jamás asesino por lo que había hecho esa noche. En su corazón, Alvin sabía que había Deshecho su propia labor de Hacedor. En ese momento se había convertido en la herramienta del Deshacedor.

Por ese oscuro recuerdo ninguno de los otros recuerdos podía iluminar el corazón de Alvin. Y por eso Alvin probablemente nunca habría regresado a Río Hatrack, de ser por él.

Pero no estaba solo, ¿no? Tenía a Arturo Estuardo consigo y, para el pequeño, el poblado de Río Hatrack era la infancia dorada. Era sentarse y ver a Alvin trabajar en la herrería, o incluso bombear los fuelles a veces. Era escuchar la canción del cardenal y conocer las palabras. Era escuchar todos los chismes del pueblo y repetirlo todo con tanta gracia que los adultos daban palmadas y se reían. Era ser el campeón de ortografía de todo el pueblo aunque por algún motivo no le dejaban asistir a la escuela propiamente dicha. Y sí, claro, la mujer a la que llamaba madre había muerto, pero Arturo no lo vio con sus propios ojos, y de todas formas, tenía que volver, ¿no? La vieja Peg, su madre adoptiva, que mató a un hombre para salvarle y murió por él, yacía enterrada en una colina detrás del camino. Y en una tumba de la misma colina se hallaba la verdadera madre de Arturo, una pequeña esclava negra que utilizó sus

poderes africanos secretos para darse alas y volar con el bebé en brazos, volar hasta el norte donde el bebé estaría a salvo, aunque ella murió durante el viaje. ¿Cómo podía Arturo Estuardo no regresar a ese lugar?

No piensen que Arturo Estuardo le pidió siquiera a Alvin que fueran allí. No era así como Arturo pensaba las cosas. Simplemente seguía a Alvin, sin decirle adónde ir. Pero cuando hablaban, Arturo no paraba de mencionar este o aquel recuerdo de Río Hatrack, hasta que Alvin sacó su propia conclusión. Pensó que Arturo Estuardo sería feliz si regresaba a Río Hatrack, y nunca se le ocurrió que su propia tristeza pudiera más que la felicidad de Arturo. Se puso en marcha y dejó Irrakwa, donde estaban aquella semana de finales de agosto de 1820. Se puso en marcha y dejó la tierra de los ferrocarriles y las fábricas, del carbón y el acero, de las gabarras y los carruajes y los hombres a caballo que iban veloces realizando misiones de un lado a otro. Dejó aquel lugar ruidoso y atravesó los silenciosos bosques y los arroyos susurrantes, recorrió senderos de ciervos y siguió caminos remotos hasta que la tierra empezó a parecer familiar y Arturo Estuardo dijo:

—He estado aquí. Conozco este lugar.

Y luego, asombrado, añadió:

—Me has traído a casa, Alvin.

Llegaron desde el noreste, dejando atrás el lugar donde el ferrocarril estaba preparándose para pasar cerca de Río Hatrack y cruzar el Hio hacia Appalachee. Cruzaron el puente cubierto sobre el Hatrack que el propio padre de Alvin y sus hermanos habían construido, como un monumento a su querido hermano mayor muerto, Vigor, que fue aplastado por un árbol arrastrado por una riada mientras cruzaba el río. Llegaron al pueblo por la misma carretera por la que llegó su familia. Y, al igual que la familia de Alvin, pasaron ante la herrería y oyeron los golpes del martillo sobre el hierro y el yunque.

—¿No es ésa la herrería? —preguntó Arturo Estuardo—. ¡Vamos a ver a Pacífico y a Gertie!

—No lo creo —dijo Alvin—. En primer lugar, Gertie está muerta.

—Oh, es verdad —dijo el niño—. Le reventó una vena mientras le gritaba a Pacífico, ¿verdad?

—¿Cómo te has enterado de eso? No se te escapa un chismorreó, ¿eh, chaval?

—No puedo evitar que la gente hable cuando estoy delante —dijo Arturo Estuardo. Y luego, volvió a su idea original—: Supongo que de todas formas no sería adecuado visitar primero a Pacífico, antes de ver a papá.

Alvin no le dijo que Horace Guester odiaba que le llamara papá. La gente sacaba una impresión equivocada, como que tal vez el propio Horace fuera la mitad blanca del niño mulato, cosa que no era así en absoluto, pero la gente habla. Cuando Arturo creciera, Alvin le explicaría que no debía llamar papá a Horace. Pero por ahora Horace era un hombre y un hombre tenía que soportar la inocente ofensa de un niño bienintencionado.

La posada era el doble de grande que antes. Horace había construido una nueva ala que doblaba la parte delantera, y el porche continuaba por ella. Pero ésa no era la única diferencia: ahora todo estaba cubierto de tablas, encalado y bonito a más no poder contra el profundo verde del bosque que aún se acercaba cuanto podía a la casa.

—Bueno, Horace ha mejorao el lugar —dijo Alvin.

—Ya no se paece a como era —dijo Arturo Estuardo.

—Parece —le corrigió Alvin.

—Si tú puedes decir «mejorao», entonces yo puedo decir «paece». La señorita Larner no está aquí pa corregirnos.

—No se dice «pa» —dijo Alvin, y los dos se echaron a reír y subieron al porche.

La puerta se abrió y una mujer fornida de mediana edad salió y a punto estuvo de chocar con ellos. Llevaba una cesta bajo un brazo y un paraguas bajo el otro, aunque no amenazaba lluvia.

—Discúlpeme —dijo Alvin. Vio que iba protegida con encantamientos y hechizos. No muchos años atrás, se habría dejado engañar por ellos como cualquier otro hombre (aunque siempre habría visto dónde estaban los encantamientos y cómo funcionaban los hechizos). Pero había aprendido a ver más allá de los hechizos de ilusión, y eso eran. Hoy en día, ver la verdad le parecía tan natural que le hacía falta un auténtico esfuerzo para ver la ilusión. Hizo el esfuerzo, y se entristeció vagamente al notar que era casi una caricatura de la belleza femenina. ¿No podría haber sido más creativa, más interesante? Alvin juzgó de inmediato que la mujer verdadera, de mediana edad, un tanto gruesa y con el pelo entrecano, era la más atractiva de las dos. Y también la más interesante.

Ella le vio mirándola, pero sin duda supuso que era su belleza lo que le dejaba boquiabierto. Debía de estar acostumbrada a que la miraran los hombres; aquello parecía divertirla. Le miró directamente, pero no buscando la belleza en él, eso seguro.

—Nació usted aquí —dijo—, pero nunca le había visto —entonces miró a Arturo Estuardo—. Pero tú naciste en el sur.

Arturo asintió, mudo a causa de la timidez y de la fuerza abrumadora de lo que le decían. Ella hablaba como si sus palabras no sólo fueran verdad, sino que superaran cualquier verdad.

—Nació en Appalachee, señora... —Alvin esperó en vano una respuesta. Entonces comprendió que se suponía que, a la vista de su joven y hermosa falsa imagen, debía tomarla por una señorita y no por una señora.

—Se dirigen a Cartago —dijo la mujer, hablándole de nuevo a Alvin, y con bastante frialdad.

—No lo creo —contestó Alvin—. No hay nada para mí allí.

—Todavía no, todavía no —dijo ella—. Pero ahora lo reconozco. Usted debe de ser Alvin, el aprendiz del que el viejo Pacífico está hablando siempre.

—Soy oficial, señora. Si Pacífico no dice eso, me pregunto cuánto de lo que dice es verdad.

Ella sonrió, pero sus ojos no sonreían. Estaban calculando.

—Ajá. Creo que aquí hay una buena historia. Sólo hace falta remover un poco.

De inmediato Alvin lamentó haberle dicho tanto. ¿Por qué había hablado con tanto atrevimiento? No era de los que cotillean con desconocidos, y además estaba llamando más o menos mentiroso a otro tipo. No quería problemas con Pacífico, pero parecía que iba a tenerlos de todas formas.

—Me gustaría que me dijera quién es usted, señora.

No le respondió la voz de ella. Horace Guester estaba en la puerta.

—Es la encargada del correo de Río Hatrack. El cuñado de su tío es congresista de algún distrito de Susquahenny y tenía enchufe con el presidente. Todos estamos deseando encontrar un candidato que en las elecciones de este otoño prometa echarla para que podamos votarlo como presidente. Si eso falla, vamos a tener que colgarla un día de éstos.

La encargada del correo adoptó una especie de media sonrisa.

—¡Y pensar que el don de Horace Guester es hacer que la gente se sienta bien acogida!

—¿Cuál sería la acusación, para ahorcarla? —preguntó Alvin.

—Cotilleo criminal —dijo Horace Guester—. Extender rumores. Rezumar malicia. Morder con intención de matar. Por supuesto digo todo esto de la forma más amable posible.

—No hago nada de eso —dijo la mujer—. Y mi nombre, ya que Horace no se ha dignado a mencionarlo todavía, es Vilate Franker. Mi abuela no era muy culta, así que llamó Violeta a mi madre pero lo escribió Vilate, y cuando mi madre creció se avergonzó tanto de la incultura de la abuela que cambió la pronunciación para que rimara con quilate. Sin embargo, yo no me avergüenzo de mi abuela, así que lo pronuncio como se pronuncia el nombre de la delicada flor: Violeta.

—Para que rime con pileta, la que usó Poncio para lavarse las manos —dijo Horace.

—Desde luego habla usted mucho, señora —dijo Arturo Estuardo. Hablaba con toda inocencia, simplemente observando los hechos tal como los veía, pero Horace soltó una carcajada y Vilate se ruborizó y luego, para sorpresa de Alvin, chasqueó la lengua y abrió mucho la boca, dejando que la dentadura superior cayera sobre la inferior. ¡Dientes falsos! Y era una imagen tan horrible... pero ni Arturo ni Horace parecieron darse cuenta de lo que había hecho. Tras su muralla de ilusión, aparentemente pensaba que podía esconder todo tipo de gestos de mal gusto. Bueno, Alvin no iba a desengañarla. Todavía.

—Perdone al niño —dijo Alvin—. Todavía no ha aprendido cuándo es el momento adecuado para hablar con sinceridad.

—Tiene razón —contestó ella—. ¿Por qué no iba a decirlo? —pero sus dientes

chasquearon otra vez hacia el niño—. Encuentro irresistible contar historias —continuó—. Aunque sé que a mis oyentes no les interesa oírlas. Es mi peor vicio. Pero los hay peores, y le doy las gracias al Señor porque no los tengo.

—Oh, a mí también me gustan las historias —dijo Arturo Estuardo—. ¿Puedo ir a escucharla contar alguna?

—Siempre que quieras, niño. ¿Tienes nombre?

—Arturo Estuardo.

Ahora le tocó a Vilate el turno de partirse de risa.

—¿Alguna relación con el querido rey de Camelot?

—Me llamaron así en su honor, pero que yo sepa no somos parientes.

Horace volvió a hablar.

—Vilate, te has ganado un converso porque el pobre niño no tiene maldad y aún menos sentido, pero apártate amablemente de esta puerta y déjame dar la bienvenida a este hombre que nació en mi casa y a este niño que creció en ella.

—Obviamente hay partes de esta historia que no he oído todavía —dijo Vilate—, pero no se preocupen por mí... estoy segura de que conseguiré una versión mucho más completa que otros. ¡Buenos días, Horace! ¡Buenos días, Alvin! Buenos días, mi joven rey. ¡Ven a verme, pero no me traigas la sidra de Horace, seguro que la envenena si sabe que es para mí!

Con eso, bajó del porche y se marchó por el camino. Alvin vio las ilusiones destellar y titilar mientras se iba. Los hechizos no eran tan perfectos desde atrás. Se preguntó si los demás verían a través de ella cuando se marchaba.

Horace la observó taciturno mientras se perdía por el camino.

—Fingimos que sólo fingimos odiarnos mutuamente, pero la verdad es que lo hacemos. Esa mujer es mala, y lo digo en serio. Tiene el don de saber de dónde es algo o alguien y dónde va a acabar, pero lo usa para relacionar los peores chismes y juraría que lee el correo de los demás.

—Oh, no sé —dijo Alvin.

—Claro, muchacho, no has estado aquí durante el último año y no lo sabes. Ha habido muchos cambios desde que te marchaste.

—Bueno, déjeme entrar, señor Guester, para que pueda sentarme y tal vez comer un poco del guiso de hoy y tomar un trago de algo... incluso la sidra envenenada me vendría bien ahora.

Horace se echó a reír y abrazó a Alvin.

—¿Has estado fuera tanto tiempo que has olvidado que mi nombre es Horace? Pasa, pasa. Y tú también, joven Arturo Estuardo. Siempre sois bienvenidos aquí.

Para alivio de Alvin, Arturo Estuardo no dijo nada, y por eso naturalmente «papá» fue una de las cosas que no dijo.

Le siguieron al interior, y desde entonces y hasta que se acostaron a echar una cabezada en el mejor dormitorio recibieron las hospitalarias atenciones de Horace. Les dio de comer, les dio agua caliente para lavarse las manos, los pies y la cara, se

llevó la ropa sucia a la lavandería, les dio otra vez de comer, y luego personalmente los arropó en la cama después de hacer que vieran cómo ponía sábanas limpias «sólo para que sepáis que sigo con las costumbres de limpieza de mi querida Peg aunque no soy más que un viejo viudo que vive solo».

La mención de su difunta esposa bastó para que los recuerdos regresaran. Los ojos de Arturo Estuardo se llenaron de lágrimas. Horace empezó a pedir disculpas de inmediato, pero Alvin le tranquilizó con una sonrisa y un gesto.

—Se pondrá bien —dijo—. Es volver a casa y ver que ella no está aquí. Son buenas lágrimas y está bien derramarlas.

Arturo extendió la mano y cogió la de Horace.

—Me pondré bien, papá —dijo.

Alvin miró la cara de Horace y le alivió no ver en sus ojos incomodidad, sino una especie de triste alegría al oír que lo llamaban así. A lo mejor pensaba en la única persona que tenía derecho a llamarlo de ese modo, su hija Peggy, que había vuelto a casa disfrazada y se había marchado demasiado pronto y quién sabía si volvería a verla. O tal vez pensaba en la persona que enseñó a Arturo Estuardo a llamarlo papá, en la querida esposa cuyo cuerpo yacía en la colina tras la posada, en la mujer que siempre le había sido fiel aunque él nunca se había merecido su bondad porque era (como creía sólo él en el mundo) un mal hombre.

Pronto Horace salió de la habitación y cerró la puerta, y Arturo Estuardo se quedó dormido en brazos de Alvin, que permaneció allí tumbado un rato queriendo dormir también. Era agradable estar en casa, o en lo más parecido a casa que Alvin podía imaginar en estos días en que se preguntaba incluso qué era un hogar. Estaba destinado a acabar en Cartago, ¿no? ¿Por qué iba a ir a vivir allí? ¿O sólo iría a morir? ¿Qué sabía de todas formas aquella Vilate Franker? Permaneció allí tendido, sin dormir, reflexionando sobre ella, preguntándose si podía de verdad ser tan mala como decía Horace Guester. Alvin había conocido el verdadero mal en su vida, pero seguía pensando que era muy poco frecuente y que aquellos que no comprendían qué era la verdadera maldad usaban demasiado la palabra.

En lo que no podía permitirse pensar era en la otra mujer que había conocido que se protegía con hechizos. En vez de recordar a la señorita Lerner, que era en realidad la pequeña Peggy, se quedó dormido.

Qué chico más interesante, pensó Vilate mientras se marchaba de la posada. No se parece en absoluto a la pequeña comadreja que esperaba después de las cosas que ha dicho Pacífico Smith. Pero claro, nadie confía lo suficiente en las pequeñas comadrejas para que te traicionen. Son los hombres fuertes y guapos los que engañan a la gente haciéndole creer que son tan abiertos de corazón como de rostro. Así que a lo mejor todo lo que Pacífico decía era cierto. A lo mejor Alvin robó un puñado de oro que encontró mientras cavaba un pozo. A lo mejor Alvin rellenó el pozo donde

había encontrado el oro y cavó otro a unos metros de distancia, esperando que nadie se diera cuenta. Tal vez le dio forma de arado y pretendió haber convertido el hierro en oro para poder marcharse con el tesoro de Pacífico. ¿Y a mí qué más me da?, pensó Vilate. No era mi oro, y nunca podría serlo mientras Pacífico lo tuviera. Pero da la casualidad de que es un arado de oro lo que Alvin tiene en esa bolsa que lleva al hombro, vaya, así que podría acabar siendo el oro de cualquiera.

Cualquier persona fuerte podría cogerlo por la fuerza, por ejemplo. Cualquier persona cruel podría matar a Alvin y arrebatárselo al cadáver. Cualquier persona sibilina podría sacarlo de la habitación de Alvin mientras dormía. Cualquiera lo bastante rico podría contratar abogados para demostrar algo contra Alvin y quitárselo por la fuerza de la ley. Había todo tipo de medios para conseguir ese arado, si lo querías de verdad.

Pero Vilate nunca se sometería a la coacción. Ni siquiera querría aquel arado de oro, si existiera, a menos que Alvin se lo diera por su propia voluntad. Como regalo. Un regalo de amor, tal vez. O... bueno, se contentaría con un regalo de culpabilidad, llegado el caso. Parecía un hombre de honor, pero la miraba de una forma... bueno, ella conocía esa mirada. El hombre estaba en el bote. El hombre era suyo, si lo quería.

Juega bien tus cartas, Vilate, se dijo. Prepara el escenario. Haz que venga a ti. Que nadie diga que le tendiste una trampa.

Su mejor amiga le estaba esperando en el cobertizo de la cocina, tras la estafeta.

—¿Qué te parece Alvin, eh? —le preguntó, antes siquiera de que Vilate tuviera tiempo de saludarla.

—Parece que te ha llegado la noticia antes de que yo pudiera dártela en persona —Vilate se puso a trabajar avivando el horno de pan hecho de hierro que era la envidia de todas las mujeres de Río Hatrack.

—Cinco personas te han visto en el porche de la posada saludándolo, Vilate, y me he enterado de la noticia antes de que pusieras un pie en la calle, estoy segura.

—Entonces son gente perversa, diría yo, poseída por el diablo.

—No hay duda... estoy segura de que el diablo te da una lista nueva cada vez que consigue otro recluta.

—Claro que sí. Todo el mundo sabe que el diablo vive aquí, en mi bonito horno —Vilate cloqueó de alegría.

—Así que... —dijo impaciente su mejor amiga—. ¿Qué piensas de él?

—No pienso que sea gran cosa —dijo Vilate—. Brazos de trabajador, por supuesto, y bronceado como cualquier muchacho de clase baja. Su forma de hablar es bastante burda, de campesino. Me pregunto si sabe leer.

—Oh, sí, sabe leer muy bien. La maestra le enseñó cuando vivía aquí.

—Ah, claro, la famosa señorita Larner que era tan lista que hizo que su estudiante modelo ganara un concurso de ortografía, con lo que logró que los buscadores de esclavos se enteraran de la existencia de un niño medio negro y acabaran matando a

la esposa de Horace Guester, la propia madre de la señorita Larner. Una mujer desalmada.

—Siempre encuentras la forma de hacer que la historia parezca horrible.

—¿Hay una versión bonita?

—Una dulce historia de amor. La maestra trata de transformar la vida de un niño medio negro y su rudo amigo, un aprendiz de herrero. Se enamora del herrero, y convierte al niño mulato en un campeón de ortografía. Entonces las fuerzas del mal se dan cuenta...

—¡O Dios decide apagar su orgullo!

—Creo que estás celosa de ella, Vilate. Lo creo de veras.

—¿Celosa?

—Porque ella se ganó el corazón de Alvin Smith, y tal vez todavía lo posee.

—Por lo que yo sé, su corazón sigue latiendo dentro de su pecho.

—¿Y sigue brillando el oro dentro del saco?

—Hablas bien de la señorita Larner, pero siempre das por supuesto que yo tengo las peores intenciones —Vilate había encendido el horno, y puso una tetera a hervir mientras empezaba a cortar habichuelas y las metía en una olla con agua.

—Porque te conozco muy bien, Vilate.

—Crees que me conoces, pero estoy llena de sorpresas.

—No dejes caer los dientes delante de mí, criatura despreciable.

—Se me caen solos —dijo Vilate—. Nunca lo hago a propósito.

—Eres una mentirosa.

—Pero soy una mentirosa hermosa, ¿no te parece? —le dedicó a su amiga su mejor sonrisa.

—Sigo sin comprender qué ven los hombres en las mujeres —respondió su amiga—. Con hechizos o sin hechizos, mientras la mujer lleve la ropa puesta el hombre no puede ver lo que le interesa.

—No puedo hablar por todos los hombres. Pero creo que algunos me aman por mi carácter.

—Una joya de carácter, sin duda... aunque esté un poco deslucido no importa, se le puede sacar brillo.

—Y algunos hombres me aman por mi ingenio y encanto.

—Sí, estoy segura... si han vivido en una cueva cuarenta años y no han visto a una mujer civilizada durante todo ese tiempo.

—Puedes burlarte todo lo que quieras, pero sé que estás celosa, porque Alvin Smith ya se está enamorando de mí, pobre chico indefenso, mientras que nunca te dirigirá ni una mirada a ti, ni una sola mirada. Fastídiate, querida.

Su mejor amiga se quedó allí sentada, poniendo mala cara. Vilate había dado en el clavo con su última observación. La tetera silbó. Como siempre, Vilate preparó dos tazas. Y, como siempre, su mejor amiga olió el té pero no se lo tomó. Bueno, ¿y qué? Vilate nunca olvidaba ser cortés, y eso era lo que importaba.

—Pacífico va a llevarle a juicio.

—Ja —dijo Vilate—. ¿También has oído eso?

—Oh, no. Ni siquiera sé si Pacífico Smith sabe que su antiguo aprendiz ha vuelto al pueblo... ¡aunque ten por seguro que si la noticia me llegó a mí rápido, a él le habrá llegado en la mitad de tiempo! Sólo sé que Pacífico ha estado hablando tanto de cómo Alvin le robó que si no presenta una denuncia todo el mundo va a saber que no es más que cháchara. Así que tiene que llevar al muchacho a los tribunales, ¿no lo ves?

Vilate sonrió para sí.

—¿Ya estás planeando lo que vas a llevarle a la cárcel? —preguntó su amiga.

—Algo así —respondió Vilate.

Alvin despertó de la siesta y descubrió que Arturo Estuardo se había marchado y que la habitación estaba medio a oscuras. El viaje debía de haberle cansado más de lo que pensaba, para hacerle dormir toda la tarde.

Llamaron a la puerta.

—Abre, Alvin —dijo Horace—. El *sheriff* sólo está haciendo su trabajo, según dice, pero no hay otra salida.

Así que debió ser una llamada en la puerta lo que le había despertado. Alvin se levantó de la cama y dio el paso que le separaba de la puerta.

—El cerrojo no está echado —dijo mientras la abría—. Sólo había que empujarla. El *sheriff* Po Doggly parecía muy incómodo.

—Oh, se trata de Pacífico Smith, Alvin. Todo el mundo sabe que habla por los codos, pero ha ido y te ha puesto una denuncia, acusándote de haberle robado su tesoro.

—¿Tesoro? —preguntó Alvin—. Nunca he oído hablar de ningún tesoro.

—Dice que encontraste el oro cavando un pozo para él, y que moviste el pozo para que nadie supiera...

—Moví el pozo porque me topé con piedra sólida —dijo Alvin—. Si hubiera encontrado oro, ¿para qué habría movido el pozo? Eso no tiene sentido.

—Y eso es lo que dirás en el juicio, y el jurado te creerá —dijo el *sheriff* Doggly—. Todo el mundo sabe que Pacífico habla por hablar.

Alvin suspiró. Había oído los rumores acerca del arado de oro y de cómo se lo había robado al herrero con el que había aprendido, pero nunca creyó que Pacífico tuviera el valor de llevarlo a juicio, lo que sin duda demostraría que era un mentiroso.

—Le doy mi palabra de que no me marcharé hasta que esto se haya solucionado —dijo Alvin—. Pero tengo que cuidar de Arturo Estuardo, y no sería conveniente que me encerrara.

—Bueno, es verdad —dijo Doggly—. La orden dice que puedes elegir. O me entregas el arado para que yo lo guarde hasta el juicio, o vas a la cárcel con el arado.

—Así que el arado es la única fianza que puedo pagar, ¿no?

—Supongo que no se puede decir mejor.

—Horace, tengo que cuidar del niño —le dijo Alvin al posadero—. No lo he traído aquí para devolverlo a tu cargo, pero como ves no tengo elección.

—Bueno, podrías dejarle el arado a Po para que lo custodie —dijo Horace—. Y no es que me importe cuidar al niño.

—No es ninguna ofensa, *sheriff*, pero no podría usted mantener el arado a salvo ni una sola noche —dijo Alvin débilmente.

—Creo que podría hacerlo perfectamente —dijo Po, un poco molesto—. Quiero decir que, aunque te encierre, no pensarás que te dejaré tenerlo en la celda contigo, ¿no?

—Creo que lo hará —dijo Alvin suavemente.

—Creo que no —dijo Po.

—Me parece que cree usted que podría mantenerlo a salvo. Pero lo que no sabe es cómo mantener a la gente a salvo del arado.

—Así que admites que lo tienes.

—Fue mi último trabajo como aprendiz —dijo Alvin—. Hay testigos de eso. Esta acusación es una tontería, y usted y todos los demás lo saben. ¿Pero cuál será la acusación si le doy el arado y alguien abre el saco y se queda ciego? ¿Cuál será la acusación entonces?

—¿Ciego? —preguntó Po Doggly, mirando a Horace, como si su viejo amigo el posadero pudiera decirle si le estaban tomando el pelo.

—¿Piensa que podrá decirle a sus muchachos que no miren en el saco, y que eso será suficiente? —dijo Alvin—. ¿Piensa que no tratarán de echarle una ojeada?

—Ciego, ¿eh? —dijo Po.

Alvin recogió el saco del lugar donde lo tenía junto a la cama.

—¿Y quién va a llevar el arado, Po?

El *sheriff* Doggly extendió la mano para cogerlo, pero en cuanto sus dedos se cerraron alrededor del saco sintió el duro metal de dentro moverse y bailar bajo sus manos, apartándose de él.

—¡Deja de hacer eso, Alvin! —exigió.

—Me limito a sujetar la parte de arriba del saco —dijo Alvin—. ¿En qué estante va a guardarlo?

—Oh, cierra el pico, muchacho —dijo Doggly—. Te dejaré tenerlo en la celda. Pero si le das a alguien con eso en la cabeza y te escapas, te encontraré, y la acusación no será ninguna tontería de Pacífico Smith, te lo prometo.

Alvin sacudió la cabeza y sonrió.

Horace soltó una carcajada.

—Po, si Al quisiera escapar de tu cárcel, no tendría que darle en la cabeza a nadie.

—Te aviso, Al —le advirtió el *sheriff*—. No fuerces tu suerte conmigo. Hay

pendiente una orden de extradición de Appalachee referida a la muerte de cierto rastreador de esclavos.

De repente el aspecto jovial de Horace cambió, y en un rápido movimiento apretó con tanta fuerza al *sheriff* contra el quicio de la puerta que pareció que iba a dejarlo allí clavado.

—Po —dijo Horace—, has sido mi mejor amigo durante muchos años. Hicimos en la oscuridad de la noche lo que nos habría matado durante el día, y confiamos nuestra vida a la del otro. Si alguna vez presentas cargos o intentas extraditar a este muchacho por matar al rastreador de esclavos que mató a mi Margaret en mi propia casa, haré contigo un poco de justicia con mis dos manos.

Po Doggly se retorció y miró al posadero a los ojos.

—¿Es eso una amenaza, Horace? ¿Quieres que rompa contigo mi juramento a la ley?

—¿Cómo puede ser eso una amenaza? —dijo Horace—. Sabes que lo decía de la forma más agradable posible.

—Ven a la cárcel, Alvin —dijo Doggly—. Supongo que si las damas de la ciudad no te traen la comida, Horace te llevará el guiso de la posada cada noche.

—¿Me quedaré con el arado? —preguntó Alvin.

—No pienso acercarme a esa cosa —dijo el *sheriff*—. Si es un arado. Si es de oro —Doggly le hizo un gesto para que saliera por la puerta al pasillo. Alvin obedeció. El *sheriff* le siguió por el estrecho pasillo hasta el comedor, donde unas dos docenas de personas esperaban.

—Alvin, me alegro de verte —le saludaron varios. Parecían algo cortados, al ver a Alvin bajo custodia.

—No es una gran bienvenida, ¿eh? —dijo Ruthie Baker, la cara sombría—. Te juro que Pacífico Smith ha mordido un hueso bien duro con esta mentira.

—Pues tráeme a la cárcel alguno de esos bollos que haces —dijo Alvin—. He venido pensando en ellos todo el camino.

—Puedes apostar a que las damas se pelearán por ver quién te da de comer —dijo Ruth—. Ojalá la vieja y querida Peg estuviera aquí para saludarte —y estalló en lágrimas—. Oh, ojalá no fuera tan sentimental.

Alvin le dio un rápido abrazo, luego miró al *sheriff*.

—No va a pasarme ninguna lima para cortar los barrotes —dijo—. Así que no importa si...

—Oh, cierra el pico, Alvin —dijo el *sheriff* Doggly—. ¿Por qué demonios has tenido que regresar?

En ese momento se abrió la puerta y entró Pacífico Smith en persona.

—¡Ahí está! ¡El ladrón ha sido detenido por fin! ¡*Sheriff*, oblíguele a devolverme mi arado!

Po Doggly le miró a los ojos. Pacífico era un hombre grande, de brazos enormes y piernas como troncos de árbol, pero cuando el *sheriff* lo miró se marchitó como una

flor.

—Pacífico, apártate de mi camino ahora mismo.

—¡Quiero mi arado! —insistió Pacífico... pero retrocedió hasta la puerta.

—No será tu arado hasta que el tribunal lo diga, si es que lo dice.

Horace Guester intervino:

—No será tu arado hasta que demuestres que sabes hacer uno igual.

Pero Alvin no le dijo nada a Pacífico. Se limitó a salir de la posada. En la puerta se detuvo para decirle a Horace:

—Deje que Arturo Estuardo me visite cuando quiera, ¿de acuerdo?

—¡Querrá dormir en la celda contigo, Alvin, ya lo sabes!

Alvin se echó a reír.

—Apuesto a que pasa entre los barrotes, de flaco que es.

—¡Yo hice esos barrotes! —gritó Pacífico Smith—. ¡Y están demasiado juntos para que pase nadie entre ellos!

Ruth Baker le gritó, en el mismo tono:

—¡Bueno, si tú hiciste esos barrotes, sin duda que el pequeño Arturo podrá doblarlos para pasar!

—Vamos, amigos —dijo el *sheriff* Doggly—. Estoy llevando a cabo una detención, así que apartaos y dejadme pasar con el prisionero. Y en cuanto a ti, Pacífico, estás exactamente a dos palabras de ser arrestado por obstruir la justicia y perturbar la paz.

—¡Arrésteme! —gritó Pacífico.

—Ahora estás a una palabra —dijo el *sheriff* Doggly—. Vamos, cualquier palabra valdrá. Dila. Déjame encerrarte, Pacífico. Sabes que me muero de ganas.

Pacífico sabía que era verdad. Cerró la boca y se apartó unos pasos del porche de la posada. Pero luego se volvió a mirar, y sonrió al ver que se llevaban a Alvin calle abajo, hacia el juzgado y la cárcel de detrás.

Capítulo 11.

CÁRCEL

El francés de Calvin era horrible, pero eso no le preocupaba mucho. Había hablado en Inglaterra, y bastante, hasta que aprendió a imitar el acento culto de los caballeros refinados. Pero aquí, en París, hablar era inútil... incluso perjudicial. Uno no se convertía en personaje legendario charlando. Era una cosa que había aprendido de Alvin, cierto, aunque Alvin nunca hubiese pretendido enseñársela. Alvin nunca se echaba flores. Y por eso todos se las echaban. Y cuanto más se callaba, más lo alababan. Eso fue lo que Calvin hizo desde el momento en que llegó a París: guardar silencio mientras iba por ahí curando a la gente.

Se había decidido por curar porque, como dijo Truecacuentos, ése era un don que la gente apreciaba mucho más que el don de matar insectos. Calvin no era capaz de hacer las cosas sutiles de las que Alvin hablaba: ver las diminutas criaturas que extendían la enfermedad o comprender el funcionamiento de los pequeños trocitos de vida de los que se componía el cuerpo humano. Pero había cosas al alcance de Calvin. Cosas burdas, como unir los bordes de las heridas abiertas y cerrar la piel... Calvin no llegaba a comprender cómo lo hacía, pero se imaginaba que la cicatriz se cerraba y así era.

También podía abrir la piel y dejar que los fluidos desagradables escaparan... era bastante impresionante, sobre todo cuando Calvin lo hacía con los mendigos de la calle. Por supuesto, muchos mendigos tenían heridas falsas y Calvin difícilmente podía sanarlas. No se habría ganado tampoco muchos amigos borrando las cicatrices pintadas de las caras de los mendigos. Pero las de verdad... Podía ayudar a algunos, y cuando lo hacía, procuraba que mucha gente viera exactamente lo que sucedía. Eran testigos de las curaciones, pero no le veían alardear o presumir, ni siquiera prometer por adelantado lo que iba a suceder. Montaba un gran espectáculo, de pie delante del mendigo, ignorando la mano abierta o la taza tendida, mirando en cambio la herida, la llaga, la hinchazón. Finalmente el mendigo guardaba silencio, o lo mismo hacían los curiosos. A estas alturas, claro, Calvin tenía ya clara la herida en su mente, la había explorado con su poder, había decidido lo que iba a hacer. Así que en ese momento exacto de silencio extendía su poder y daba nueva forma a la piel. La carne se abría o la herida se cerraba, lo que hiciera falta.

Los curiosos se quedaban boquiabiertos, luego murmuraban, después lo comentaban. Y justo cuando alguien iba a darle conversación, Calvin se daba la vuelta y se marchaba, sacudiendo la cabeza y negándose a hablar.

El silencio era mucho más poderoso que ninguna explicación. Los rumores acerca de él se extendían con rapidez, lo sabía, pues en el café donde cenaba (pero no curaba) oía a la gente hablar del misterioso y silencioso sanador que iba haciendo el bien como lo hacía Jesús.

Lo que Calvin esperaba que no se difundiera era que en realidad no curaba a la gente, a no ser por casualidad. Alvin era capaz de desvelar los secretos ocultos en el interior del cuerpo y curar de verdad, pero Calvin no llegaba a tanto. Aunque la herida se secase y se cerrase, si había una infección reaparecería. Con todo, por lo que sabía, algunos de ellos podían curarse. Aunque no podía decirse que eso les fuera realmente de ayuda. ¿Cómo iban a mendigar, sin heridas? Si eran listos, escaparían de él antes de que les quitara la moneda que usaban para comprar compasión. Pero no, los que tenían heridas de verdad preferían curarse a comer. El dolor y el sufrimiento le hacían eso a la gente. Podían ser sabios y cuidadosos cuando estuvieran bien. Pero añade un poco de dolor a la mezcla, y lo único que querían era cualquier cosa que hiciera desaparecer el dolor.

Sorprendentemente, pasó mucho tiempo antes de que uno de los miembros de la policía secreta del Emperador le hiciera una visita. Oh, un gendarme o dos habían sido testigos de lo que hacía, pero como no tocó a nadie ni dijo nada, tampoco ellos hicieron nada ni le dijeron nada. Y los soldados... empezaban a buscarlo, ya que muchos veteranos tenían heridas de sus días en el servicio activo y la mitad de los lisiados a los que Calvin ayudaba tenían viejos compañeros de los frentes de batalla a los que visitaban, para mostrarles el milagro curativo que Calvin había operado en ellos. Pero entre la multitud nunca había nadie con la expresión furtiva y alerta de la policía secreta, no durante tres largas semanas... semanas en las que Calvin tuvo que mantener en movimiento su operación de una parte a otra de la ciudad, no fuera a ser que alguien a quien ya hubiera curado volviera para un segundo tratamiento. ¿De qué le servirían todos sus esfuerzos si empezaba a correr el rumor de que aquéllos a los que curaba volvían a caer enfermos?

Entonces llegó por fin un hombre, un hombre de estatura mediana vestido como un burgués y de modales modestos; pero Calvin vio en él la tensión, la mirada rapaz, y, lo más importante, el bulto de las pistolas ocultas en los bolsillos de su casaca. Éste informaría al Emperador. Así que Calvin se aseguró de que el agente secreto estuviera en buena posición para que viera todo lo que sucedía cuando sanaba a un mendigo. Tampoco le vino mal que incluso antes de que se hiciera el silencio e iniciara la curación todo el mundo murmurara cosas como «¿Es ése? He oído decir que curó al mendigo cojo cerca de Montmartre», aunque por supuesto Calvin nunca había intentado curar a nadie a quien le faltara un miembro. Ni siquiera Alvin sería capaz de hacer algo tan espectacular. Pero como rumor no le venía mal. Valía cualquier cosa que le llevara ante el Emperador, pues todo el mundo sabía que sufría las agonías de la gota. Dolor en las piernas... traédmelo para que yo acabe con el dolor en las piernas. Por librarse del dolor me enseñará todo lo que sabe. Cualquier cosa con tal de eliminar el dolor.

La curación terminó. Calvin se marchó, como de costumbre. Para su sorpresa, sin embargo, el agente secreto se marchó por su lado. ¿No debería seguirme, susurrarme que el Emperador me necesita? ¿No debería yo ir y servir al Emperador? Oh, pero no

estoy seguro de poder serle de ayuda. Hago lo que puedo, pero muchas heridas son testarudas y se niegan a curarse del todo. Oh, está bien, Calvin no prometía nada. Que sus hechos hablaran por sí mismos. Haría que la pierna del Emperador mejorara durante un tiempo (estaba seguro de poder hacer eso), pero nadie podría decir que Calvin Miller había prometido que la curación sería permanente, ni que hubiera ningún tipo de curación permanente en absoluto.

Pero no tuvo oportunidad de decir estas cosas, pues el policía se marchó por otro lado.

Esa noche, mientras esperaba su cena en el café, entraron cuatro gendarmes, riéndose como si acabaran de terminar el servicio. Dos fueron hacia a la cocina (aparentemente conocían a alguien allí), mientras que los otros dos se entretenían, charlando y riendo entre las mesas. Calvin sonrió un momento y luego miró por la ventana.

Las risas cesaron. Unas manos rudas lo cogieron por los brazos y lo levantaron de la silla. Los cuatro gendarmes le rodeaban y ya no se reían. Unieron sus muñecas y le doblaron las piernas. Luego lo sacaron casi a rastras del café.

Era sorprendente. Era imposible. Esto tenía que ser una respuesta al informe del policía secreto. ¿Pero por qué iban a arrestarle? ¿Qué ley había quebrantado? ¿Era simplemente porque hablaba inglés? Tenían que entender la diferencia existente entre un inglés y un americano. Los ingleses estaban todavía en guerra con Francia, o algo parecido a la guerra, en cualquier caso, pero los americanos eran neutrales, más o menos. ¿Cómo se atrevían?

Por un momento, cojeando dolorosamente al ritmo veloz de los gendarmes, Calvin jugueteó con la idea de usar sus poderes para soltar las ligaduras y librarse de ellos. Pero todos iban armados, y Calvin no tenía ningún deseo de tentarlos a usar sus armas contra un prisionero dado a la fuga.

Tampoco malgastó esfuerzos, después de los primeros minutos, tratando de persuadirlos de que habían cometido un terrible error. ¿Qué sentido tenía? Sabían quién era; alguien les había dicho que lo arrestaran; ¿qué les importaba si era un error o no? No era su error.

Media hora después, fue arrojado desnudo a una miserable celda hedionda de la Bastilla.

—¡Bienvenido a la Tierra de la Guillotina! —graznó alguien pasillo arriba—. ¡Bienvenido, oh, peregrino, al Altar de la Santa Hoja!

—¡Calla esa boca! —gritó otro hombre.

—¡Hoy le han rebanado el cuello a otro, al que estaba en la celda que tú ocupas ahora, chico nuevo! Eso es lo que les sucede a los ingleses aquí, en París, cuando alguien decide que eres un espía.

—¡Pero yo no soy inglés! —chilló Calvin.

Sus palabras fueron recibidas con una carcajada.

Cansada, Peggy soltó la pluma y cerró los ojos disgustada. ¿No había algún tipo de plan aquí? El que envió a Alvin al mundo, el que le protegía y le preparaba para la gran obra de construir la Ciudad de Cristal, ¿no tenía ningún plan? ¿O no había plan alguno? No, algo tenía que significar que ese mismo día, en París, Calvin estuviera encerrado en una prisión igual que Alvin estaba prisionero en Río Hatrack. La Bastilla, por supuesto, estaba mucho de ser una habitación de segunda en la parte trasera del juzgado, pero una cárcel era una cárcel... Los dos estaban encerrados por ningún motivo y sin idea alguna de cómo acabaría todo.

Pero Peggy lo sabía. Vio todos los senderos. Y, finalmente, guardó la pluma, retiró los papeles que había estado escribiendo, y se levantó para decirles a sus anfitriones que tendría que marcharse antes de lo que esperaba.

—Me necesitan en otra parte, me parece.

El sobrino de Bonaparte era una comadreja que se creía un armiño. Bueno, de ilusión también se vive. Si los hombres no tuvieran ilusiones, Bonaparte no sería Emperador de Europa y Legislador de la Humanidad. Sus ilusiones eran su verdad; sus ansias eran el deseo de su corazón. Fuera lo que fuese lo que querían creer de sí mismos, Bonaparte les ayudaba a creerlo, a cambio de control sobre sus vidas.

El Pequeño Napoleón, se llamaba a sí mismo. La mitad de los sobrinos de Bonaparte se llamaban Napoleón, en un esfuerzo por ganar favores, pero sólo éste tenía el valor de usar el nombre en la corte. Bonaparte no estaba seguro de si esto significaba que el Pequeño Napoleón era más osado que los demás o simplemente demasiado estúpido para advertir lo peligroso que era atreverse a usar el nombre propio del Emperador, como para asegurar su derecho a sucederle. Al verlo ahora, marchando como un soldado mecánico (como si hubiese conseguido algún logro militar secreto del que nadie supiera pero que le permitiera ir por ahí haciendo de general), Bonaparte quiso reírse en su cara y desvelar delante de todo el mundo los sueños del Pequeño Napoleón de sentarse en el trono, gobernar el mundo, superar los logros de su tío. Bonaparte quiso mirarle a los ojos y decir: «Ni siquiera podrías llenar mi orinal, fanfarrón engreído».

En cambio, dijo:

—¿Qué buen viento te trae por aquí, mi Pequeño Napoleón?

—Vuestra gota —dijo el joven.

Oh, no. Otra cura. Las curas que encontraban los idiotas solían hacer más daño que bien. Pero la gota era una maldición y... veamos qué trae.

—Un inglés —dijo el Pequeño Napoleón—. O, para hablar con más precisión, un americano. Mis espías lo han vigilado...

—¿Tus espías? ¿Son espías diferentes a los espías que yo pago?

—Los espías que me asignasteis para supervisión, tío.

—Ah, esos espías. Todavía recuerdan que trabajan para mí, ¿no?

—Lo recuerdan tan bien que en vez de seguir simplemente las órdenes y vigilar a los enemigos, también han encontrado a alguien que podría ayudarlos.

—Los ingleses en Europa son todos espías. Algún día, después de algún notable logro, cuando sea muy muy popular, los reuniré a todos y los guillotinaré. *Monsieur Guillotin*... ése sí que fue un tipo útil. ¿Ha inventado algo más últimamente?

—Está trabajando en un carro impulsado a vapor, tío.

—Ya existen. Los llaman locomotoras, y las estamos poniendo por toda Europa.

—Ah, pero él está trabajando en una que no tiene que correr sobre raíles.

—¿Por qué no un globo impulsado por vapor? No puedo comprender por qué eso no ha funcionado nunca. El motor impulsaría la hélice, y el vapor, en vez de perderse en la atmósfera, llenaría el globo y lo mantendría en el aire.

—Creo que el problema, tío, es que si se carga suficiente combustible para viajar más de treinta o cuarenta metros, el conjunto pesa demasiado para elevarse del suelo.

—Para eso existen los inventores, ¿no? Para resolver problemas como ése. A cualquier idiota puede ocurrírsele la idea básica... se me ha ocurrido a mí, ¿no? Y cuando se llega a esas cuestiones soy un idiota total, como la mayoría de los hombres.

Napoleón había aprendido hacía tiempo que los curiosos de la corte siempre repetían esos comentarios de modestia y que con ellos se ganaba el favor del pueblo.

—El trabajo de *monsieur Guillotin* es... bueno, no importa, la máquina que lleva su nombre es suficiente contribución a la humanidad. Ejecuciones rápidas, seguras y sin dolor... un regalo a los humanos más indignos. Un invento muy cristiano que demuestra compasión por los peores hijos de Jesús —los sacerdotes repetirían esa frase, y además desde el púlpito.

—Sobre ese Calvin Miller... —dijo el Pequeño Napoleón.

—Y mi gota.

—Lo he visto secar un miembro hinchado solamente mirando la herida que le rezumaba a un mendigo en la calle.

—Una herida rezumante no es la gota.

—El mendigo se había abierto los pantalones para mostrar la herida, y el americano se quedó allí como si estuviera adormilado, y de repente la piel estalló con pus y todo se secó, y luego la herida se cerró sin un solo costurón. Ni él ni ningún hombre tocó la pierna. Fue una demostración de notables poderes curativos.

—¿Lo viste tú mismo?

—Con mis propios ojos. Pero sólo una vez. Apenas puedo salir en secreto, tío. Me parezco demasiado a vos.

Sin duda el Pequeño Napoleón imaginaba que estaba adulándolo. En cambio, provocó en Bonaparte una leve oleada de náusea. Pero no dejó que se le notara en la cara.

—¿Has hecho arrestar a ese curandero?

—Por supuesto. Espera a vuestra disposición.

—Deja que sude.

El Pequeño Napoleón ladeó la cabeza un momento, estudiando a Bonaparte, probablemente tratando de averiguar qué planes tenía su tío para el curandero y por qué no quería verlo en seguida. Bonaparte estaba seguro de que en lo único que no pensaría era en la verdad: que Bonaparte no tenía ni la más ligera idea de qué hacer con un curandero que tuviera poder real. Eso le hacía sentirse inquieto. Y recordó al niño blanco que acompañaba al general indio, Ta-Kumsaw, en su visita a Fort Detroit. ¿Podría ser el mismo?

¿Por qué había hecho esa conexión? ¿Y por qué debería importar aquel niño de Detroit, después de todos esos años? Bonaparte no estaba seguro de lo que significaba todo aquello, pero le parecía que había fuerzas en funcionamiento, como si ese americano de la Bastilla fuera de gran importancia para él. O quizá no para él. Para alguien, de todas formas.

La pierna le dolía. Empezaba otro ataque de gota.

—Ahora márchate —le dijo al Pequeño Napoleón.

—¿Queréis información del americano? —preguntó el Pequeño Napoleón.

—No —dijo Bonaparte—. Déjalo en paz. Y ya que estás en ello, déjame en paz a mí también.

Alvin tuvo un buen número de visitantes en la cárcel. Al parecer todos habían tenido la misma idea. Se acercaban a los barrotes, le pedían que se acercara, y le susurraban (como si el alguacil no supiera condenadamente bien de qué estaban hablando):

—¿No tienes ninguna forma de escapar de aquí, Alvin?

¿Qué, creían que no lo había pensado? Era una cosa muy sencilla ablandar la piedra y sacar uno de los barrotes. O, ya puestos, podía hacer que el metal de un barroto saliera de la piedra donde estaba incrustado. O disolver el barroto por completo. O apoyarse contra la piedra, empujar y atravesar la pared hacia la libertad. Esas cosas serían sencillas para Alvin. De niño había jugado con la piedra y había encontrado suavidad y debilidad en ella; como aprendiz de herrero, había llegado a comprender absolutamente el hierro. ¿No se había metido en el fuego de la forja y convertido un arado de hierro en oro viviente?

Ahora, encerrado en esta prisión, pensó en marcharse, lo pensó todo el tiempo. Pensó en largarse a los bosques, con o sin Arturo Estuardo. El niño era feliz aquí, ¿por qué llevárselo consigo? Pensó en el sol sobre su espalda, el viento en la cara; pensó en el canto verde, tan débil a través de la piedra y el hierro que apenas podía oírlo.

Pero se dijo a sí mismo lo que le dijo a toda aquella gente amistosa que tan buenas intenciones tenía.

—Necesito aclarar este asunto antes de marcharme. Así que pretendo ir a juicio y, una vez absuelto, irme sin temor a que alguien me siga y cuente las mismas mentiras

otra vez.

Y ellos siempre hacían lo mismo. Tras no haber conseguido persuadirlo para que escapara, miraban su bolsa y susurraban:

—¿Está ahí dentro?

Y los más atrevidos decían lo que todos ellos estaban deseando.

—¿Puedo verlo?

Su respuesta era siempre la misma. Preguntaba por el tiempo.

—¿Crees que se avecina un invierno duro?

Algunos tardaban más que otros en pillarlo, pero poco después todos se daban cuenta de que no iba a responder a nada sobre el arado de oro ni sobre el contenido de su bolsa, ni una palabra. Entonces se ponían a charlar o recogían los platos usados donde le traían comida; pero nunca tardaban mucho en marcharse del juzgado para decirles a sus familiares y amigos que Alvin parecía tristón pero que seguía sin decir una palabra sobre aquel arado de oro que Pacífico decía que era el tesoro que le había robado el chico en sus días de aprendiz.

Un día el *sheriff* Doggly trajo a un tipo que Alvin reconoció, más o menos, aunque no pudo recordar por qué ni quién era.

—Ése es —dijo el forastero—. No tiene respeto por el don de ningún hombre, excepto por el suyo propio.

Entonces Alvin lo recordó bastante bien: era el buscador de agua que eligió el lugar para que Alvin cavara un pozo para Pacífico Smith. El lugar donde Alvin cavó hasta encontrar una capa de roca impenetrable, sin encontrar antes ni una gota de agua. Sin duda Pacífico pretendía utilizarlo como testigo de que el pozo de Alvin no estaba en el lugar que él había señalado. Bueno, eso era cierto, no se podía negar. El tipo no iba a testificar nada que Alvin no hubiera admitido libremente antes. Así que déjalos que planeen lo que quieran. Alvin tenía la verdad de su parte, y al final resplandecería ante los doce jurados de Río Hatrack.

Las visitas que le animaban de verdad eran las de Arturo. Dos o tres veces al día, el niño llegaba volando de la plaza como si fuera una hoja que se mete por una puerta abierta empujada por una ráfaga de viento.

—Tienes que conocer a ese tipo, John Binder —decía—. Fabrica cuerdas. Algunos tipos bromean diciendo que, si deciden colgarte, él será el que haga la sogá; pero él los manda a callá, tendrías que oírlo, Alvin. «Ninguna cuerda mía va a colgar a ningún Hacedor», dice. Así que aunque no lo conoces lo considero un amigo. Pero te digo que sus cuerdas nunca se sueltan, ni siquiera se deshilachan, no importa por dónde las cortes. ¿No será eso un don?

Y más tarde, el mismo día, hablaba sobre cualquier otra persona.

—He buscado a Alfreda Matthews, la prima de Sophie, la que vive en la cabaña junto al río; pero el río es una cosa larga y no pude encontrarla y la verdá es que empezaba a oscurecer y me perdí, y luego me encuentro cara a cara con ese capitán Alexander, que es capitán de barco pero quién sabe qué está haciendo tan lejos del

mar. Pero vive por aquí de hacer chapuzas y reparaciones, y Vilate Franker dice que debe de haber cometido algún crimen terrible para tener que ocultarse del mar, o que tal vez alguna gran bestia marina se tragó su barco y lo dejó a él con vida y ahora no se atreve a volver al mar por culpa de la bestia... ella la llama La Vaya Than, que Goody Trader dice que significa «menuda mentira», ¿sabes quién es Goody Trader?

—La conozco —dijo Alvin—. Me trajo unos dulces de marrubio. El dulce más repugnante que he comido jamás, aunque supongo que para quien le guste el marrubio estaba bastante bueno. Una señora rara. Se quedó en la puerta reflexionando un rato hasta que por fin se levanta y dice: «Hum, eres el primer hombre que conozco que no necesitaba nada, y aquí estás, en la cárcel».

—Dicen que ése es su don, saber lo que necesita una persona aunque ésta no lo sepa —dijo Arturo—. Aunque te diré que Vilate Franker dice que Goody Trader es una embaucadora como ese niño caimán del circo de Dekane al que no quisiste llevarme porque dijiste que si era real era una crueldad mirarle y...

—Recuerdo lo que dije, Arturo Estuardo. No tienes que chismorrear sobre mí conmigo.

—Por cierto, ¿de qué estaba hablando?

—Te perdiste en el bosque buscando a la vieja Freda la borracha.

—Y me encontré con ese capitán, sí, y va y me mira a los ojos y dice: «Sígueme». Yo voy detrás de él unos diez pasos y me deja en mitad de un sendero de ciervos y me dice: «Sigue por aquí y cuando vuelvas a llegar al río, ve corriente arriba unos quince metros». ¿Y sabes qué? Hice lo que dijo y ¿sabes qué?

—Encontraste a Freda.

—Alfreda Matthews. Y estaba como una cuba, pero le eché agua en la cara e hice lo que dijiste que la gente debería hacer, le rompí el barril. ¡Santo cielo!, se puso como una loca, ¡tuve que salir por piernas para que no me acertara con las piedras que me tiró!

—Pobre mujer —dijo Alvin—. Pero de nada servirá si la gente le da otro barril.

—¿No puedes hacer lo que hiciste con ese Profeta Rojo?

Alvin lo miró bruscamente.

—¿Y tú qué crees saber de eso?

—Sólo lo que tu mamá me dijo en Iglesia de Vigor: que cogiste a un indio borracho y tuerto y lo convertiste en profeta.

Alvin sacudió la cabeza.

—No, señor, lo entendió mal. Él ya era un profeta. Y no era un borracho como Freda. Tomaba todo ese licor para expulsar el terrible ruido negro de la muerte. Eso es lo que yo arreglé, y él ya no necesitó el licor nunca más. Pero Freda... hay algo más en su ansia, y no lo comprendo todavía.

—Le dije que viniera a verte, así que pienso que deberías saber que le dije que viniera a curarse.

Alvin sacudió la cabeza.

—¿Hice mal?

—No, hiciste bien. Pero no hay nada que yo pueda hacer por ella aparte de lo que ella debería hacer por sí misma. Sabe que el licor la está devorando, robándole la vida. Pero hablaré con ella y la ayudaré si puedo.

—Dicen que puede decir cuándo va a llover. Si está sobria.

—Entonces, ¿cómo sabe nadie si tiene ese don? —preguntó Alvin.

Arturo se echó a reír.

—Supongo que ha estado sobria una vez. ¡Y que estaba lloviendo!

Cuando Arturo Estuardo se marchó, Alvin pensó en las cosas que contaba. Parte de la charla de Arturo era sólo chismes. Se chismorreaba mucho en Río Hatrack últimamente, y tal como lo veía Alvin, las dos principales chismosas eran Vilate Franker, a quien había conocido y sabía que vivía dentro de un manojito de hechizos de mentira, y Goody Trader, a quien no conocía realmente excepto por lo que había podido sacar de su visita. Su verdadero nombre era Castidad o Caridad; Vilate decía que Castidad, pero otra gente decía lo contrario. La conocían por Goody, abreviatura de Goodwife, buena esposa, ya que se había casado tres veces y los tres maridos fueron felices hasta que estiraron la pata, siempre accidentalmente, aunque una vez más Vilate se las había apañado para darle a Arturo la impresión de que no fueron verdaderos accidentes. Las dos mujeres estaban en guerra constante, eso estaba claro: no había palabra que dijera una que no fuera rebatida por la otra. Ahora bien, ninguna de las dos mujeres inventaba los chismes, ni podía decirse que en Río Hatrack no hubiera rumores y cuentos antes de que las dos se mudaran allí. Pero estaba claro que Arturo visitaba a las dos mujeres cada día, y que las dos le llenaban la cabeza de historias hasta que Alvin apenas podía sacarles sentido y además Arturo no entendía ni la mitad de lo que le contaban.

Alvin sabía que Vilate era engañosa y maliciosa. Pero Goody podía ser igual o peor, sólo que era mejor a la hora de hacer que Alvin no pudiera verlo claro. Era difícil de decir. Y aquel asunto con Goody Trader diciendo que Alvin no necesitaba nada... bueno, ¿qué era eso?

Pero detrás de todos los chismes y peleas, había algo más que parecía extraño. Había dones poderosos subyaciendo en Río Hatrack. En la mayoría de los pueblos había alguien con algo parecido a un don evidente. La mayoría de los dones eran muy simples. Un don para hacer sopa. Un don para rastrear animales. Dones útiles, pero nada por lo que echar las campanas al vuelo. Mucha gente no tenía ni idea de cuál era su don, porque era muy fácil para ellos y no tan evidente a los ojos de los demás. Pero aquí, en Río Hatrack, los dones eran sorprendentes. Ese capitán que podía hacerte encontrar el camino aunque no supieras que estabas perdido. Y Freda... Alvin la había despreciado ante Arturo, pero había gente en el pueblo que juraba que podía predecir la lluvia y, si estaba sobria, en tiempo seco podía provocarla. Y Melyn, una chica galesa capaz de tocar el arpa y cantar de forma que lo olvidabas todo mientras lo hacía, lo olvidabas y te quedabas allí sentado con una sonrisa estúpida en la cara

porque eras feliz... Melyn le visitó y tocó para Alvin y él sintió cómo el sonido que fluía de ella podía metésete dentro como un gusano horadando la tierra, meterse dentro y encontrar todos los nudos y soltarlos y hacerte sentir bien.

Era un poder como el que había estado tratando de enseñar a la gente allá en Vigor, sólo que ellos apenas lo entendían, apenas captaban un destello de vez en cuando, y aquí cubría el suelo con tanta densidad que crujía como hojas al pisarlas. Maggie, que ayudaba en la tienda de Goody Trader, podía cabalgar cualquier caballo no importaba lo salvaje que fuera, había un montón de testigos de eso. Y había una que asustaba un poco a Alvin, una chica llamada Dorcas Bee que podía dibujar retratos de gente que no sólo le salían clavaditos, sino que también mostraban todo lo que esa gente tenía dentro... Alvin no sabía cómo explicarlo, y ni siquiera viéndolo con sus propios ojos comprendía cómo lo hacía.

Cualquiera de estas personas se habría hecho notar viviera donde viviese, aunque fuera en un lugar tan grande como Nueva Amsterdam o Filadelfia. Sin embargo, vivían en mitad de ninguna parte, nada menos que en Río Hatrack, en gran número, y nadie parecía encontrar raro que hubiera tantos dones allí congregados.

Hay un motivo, pensó Alvin. Tiene que haber un motivo. Y yo he de saberlo, porque esta gente con dones va a formar parte de un jurado que va a decidir si Pacífico Smith es un mentiroso descarado o si lo soy yo. Sólo que esta ciudad está llena de mentiras, ya que las cosas que dice Vilate Franker y las que dice Goody Trader no pueden ser verdad al mismo tiempo. Llena de mentiras, sí, y de miserias. Alvin notaba que el Deshacedor estaba en movimiento, pero no podía dar con él ni saber quién era. Resultaba difícil encontrar al Deshacedor cuando el Deshacedor no quería ser encontrado. Sobre todo desde una celda, donde todo lo que tienes son rumores y breves visitas.

Bueno, no todas tan breves. Vilate Franker venía y se quedaba a veces media hora, aunque no había lugar donde sentarse. Alvin no sabía qué quería. No chismorreaba con él, estrictamente hablando... Alvin recibía todos sus chismorreos de segunda mano, a través de Arturo Estuardo. No, Vilate lo visitaba para charlar de filosofía y poesía y cosas así, cosas de las que nadie había hablado con él aparte de la señorita Larner. Alvin se preguntaba si Vilate trataba de seducirlo, pero como no podía ver la imagen hermosa de sus hechizos, no lo sabía con seguridad. Desde luego, a él no le parecía bonita. Pero cuanto más hablaba, más le gustaba su compañía, hasta que descubrió que esperaba ansiosamente su llegada cada día. Más que nadie excepto Arturo Estuardo, para ser sinceros; y mientras hablaban, Alvin se tumbaba en el jergón de la celda y cerraba los ojos y así no tenía que ver ni su fealdad ni sus hechizos, sólo oía las palabras y pensaba en las ideas y veía las visiones que ella conjuraba en él. Ella recitaba poesía y las palabras eran música dentro de él. Hablaba de Platón y Alvin comprendía y se sentía sabio de una manera que las adulaciones de la gente de Iglesia de Vigor nunca habían conseguido.

¿Era algún don de ella? Alvin no lo sabía, no podía asegurarlo. Sólo sabía que

durante sus visitas se olvidaba por completo de que estaba en la cárcel. Y se le ocurrió, después de una semana o así, que quizás estuviera enamorándose. Que Vilate Franker estaba despertando en él los sentimientos que sólo había albergado por la señorita Larner. ¿No sería eso el colmo? La señorita Larner era joven y bonita, y usaba hechizos para parecer fea y mayor. Ahora había una mujer fea y mayor usando trucos que hacían que la gente la creyera joven y bonita. ¿En qué podían parecerse? Pero en ambos casos, era la mujer madura y sin encantos la que le gustaba.

Sin embargo, incluso mientras se preguntaba si se estaba enamorando de Vilate, de vez en cuando, en sus horas solitarias, sobre todo después de anochecer, pensaba en otro rostro. El de una joven de Vigor, la muchacha cuyas mentiras le habían sacado de su casa, la muchacha que sostenía haber hecho cosas prohibidas con él. Se encontró pensando en esas cosas prohibidas, y en el fondo de su corazón deseó haberlas hecho. De ser así, se habría casado con ella, por supuesto. De hecho, se habría casado antes de hacerlas, porque eso estaba bien y era lo legal y Alvin no era un hombre que hace mal a las mujeres o que quebranta la ley si puede evitarlo. Pero en sus ensoñaciones en la oscuridad no había ninguna ley, ni bien ni mal tampoco, y se despertaba sudando de un sueño donde la muchacha no era una mentirosa después de todo, y él estaba claramente avergonzado de sí mismo. No comprendía qué le pasaba; se enamoraba de una mujer de palabras e ideas y experiencia durante el día, pero sentía el calor de la pasión por una muchacha estúpida y mentirosa que sólo era bonita y se había enamorado de él allá en casa.

Soy un hombre malvado, pensaba Alvin en momentos como ése. Malvado e inconstante. No soy mejor que los infieles que no dejan a las mujeres en paz no importa lo que pase. Soy el tipo de hombre que siempre he despreciado.

Sólo que eso no era cierto, y Alvin lo sabía. Porque no había hecho nada malo. No había hecho nada. Sólo lo había imaginado. Imaginado... y disfrutado. ¿Era eso suficiente para volverte malvado? «Un hombre es como siente en su corazón», decían las escrituras. Alvin lo recordaba porque su madre lo citaba con insistencia hasta que su padre le gritaba: «¡Ésa es tu forma de decir que todos los hombres son diablos!». Y Alvin se preguntaba si era verdad, si todos los hombres tenían al diablo en el corazón, y si los hombres que eran buenos lo eran tal vez simplemente porque se controlaban tan bien que podían actuar contraviniendo los deseos de su corazón. Si era así, entonces no había ningún hombre bueno, ninguno.

¿Y no decía también eso el Libro Santo?

Ningún hombre bueno, ninguno. Ni yo tampoco. Yo menos que nadie.

Y así era la vida en la cárcel en Río Hatrack. Teniendo pensamientos más y más oscuros sobre su propia indignidad, enamorándose de dos mujeres a la vez, atrapado en los chismes de un pueblo donde sin duda el Deshacedor andaba suelto, y donde abundaban los dones.

Calvin era bastante bueno con la piedra... siempre lo había sido. Bueno, no siempre. No había nacido sabiendo encontrar las debilidades naturales de la piedra. Pero después de que Alvin se marchara a ser aprendiz de herrero, Calvin empezó a intentar hacer lo que veía o lo que había oído que su hermano mayor hacía. En aquellos días aún esperaba mostrarle a Alvin lo buen Hacedor que era cuando regresara, para oír a su hermano decir: «¡Vaya, Calvin, eres casi tan bueno como yo!». Cosa que Alvin nunca dijo, ni nada parecido. Pero era cierto, al menos respecto a la piedra. La piedra era fácil, desde luego, no como la carne y el hueso. Calvin podía encontrar el camino en la piedra, separarla, cambiarla.

Y eso es lo que empezó a hacer con la Bastilla, desde luego. No sabía por qué la policía secreta lo había metido entre aquellas paredes, húmedas y frías. No era una mazmorra como las de esas historias donde el prisionero nunca ve la luz excepto cuando entra un guardia con una antorcha y puede quedarse ciego sin saberlo. Había luz suficiente, y una silla para sentarse y una cama para acostarse y un orinal que vaciaban cada día desde que comprendió que tenía que dejarlo junto a la puerta.

Pero seguía siendo una prisión.

Calvin tardó unos cinco minutos en calcular que podía desintegrar casi por completo el mecanismo de la cerradura; pero recordó a tiempo que salir de aquella celda no era lo mismo que salir de la Bastilla. No podía volverse invisible, y Hacedor o no, una bala de mosquete lo derribaría o lo mutilaría o lo mataría como a cualquier otro hombre.

Tendría que encontrar otra salida. Y eso significaba atravesar la pared, atravesar la piedra. El problema era que no tenía ni idea de si estaba a doce metros de altura o a diez de profundidad bajo la calle, o de si la pared del fondo de la celda daba al exterior o a un patio interior. ¿Alguien vería la abertura practicada en la pared? No podía quitar sin más una piedra... tenía que sacarla de una pieza para poder devolverla a su sitio en caso necesario.

Esperó hasta que anocheció y luego empezó a trabajar en un bloque de piedra situado cerca del suelo. Era pesado, y no conocía ningún medio de hacerlo más liviano, ni tampoco ninguna forma sutil de hacer que la piedra se deslizara por el suelo. Al final ablandó simplemente la piedra, metió los dedos dentro y la dejó endurecerse alrededor de las yemas para tener un asidero en mitad del bloque de piedra. Luego, mientras tiraba, hizo que una capa fina de material se volviera líquido en el fondo y los lados de la piedra para que fuera más fácil sacarla, una vez puesta en movimiento. También consiguió que la roca se deslizara contra la roca en silencio. Sin embargo, cuando la parte trasera de la piedra salió del agujero y cayó al suelo, unos cuantos palmos más allá, no pudo evitar que se oyera el golpe.

Una brisa recorrió la celda, enfriándola aún más. Apartó la piedra y luego se tumbó en el suelo y metió la cabeza y los hombros en la abertura.

Estaba a unos tres metros del suelo y directamente sobre la cabeza de un pelotón de doce soldados que marchaba de un sitio a otro. Por fortuna, no miraron hacia arriba. Pero eso no impidió que a Calvin el corazón casi se le saliera del pecho. Sin embargo, en cuanto pasaron, se dijo que primero debería meter los pies en el agujero y saltar al suelo y luego salir a las calles de París. Que se pregunten cómo saqué una piedra de la pared. Eso les enseñaría a encerrar a la gente que curaba mendigos.

Estaba preparado para irse, los pies dentro ya del agujero, cuando se le ocurrió de pronto que escapar era lo peor que podía hacer. ¿No estaba aquí para ver al Emperador? Convertirse en fugitivo no iba a serle de mucha ayuda. Bonaparte tenía poderes que ni siquiera Alvin conocía. Calvin tenía que aprenderlos, si podía. Lo inteligente era quedarse aquí y ver si de algún modo alguien en la cadena de mando se daba cuenta de que un tipo que podía curar mendigos podría ayudar con la famosa gota de Bonaparte.

Así que retrocedió, metió la piedra en la abertura y la puso en su sitio. Dejé los agujeros de los dedos. La celda estaba oscura y además, si notaban aquellos agujeros en la piedra quizá tuvieran más respeto por sus poderes.

O quizá no. ¿Cómo podía saberlo? Todo estaba ahora fuera de su control. Odiaba eso. Pero si quieres algo, tienes que ponerte en camino para conseguirlo.

Ahora que ya no intentaba escapar (aunque sabía que podría hacerlo si quisiera), Calvin se pasaba los días y las noches tendido en su camastro o caminando por la celda. No le gustaba estar solo. Había aprendido eso durante su viaje a través de los bosques después de dejar Vigor. Alvin podría ser feliz corriendo como un piel roja, pero Calvin abandonó pronto los senderos de los bosques y llegó a una carretera y se subió al carro de un granjero y luego al de otro y al de otro, para hacer amigos hablando y para tener compañía durante el camino.

Ahora estaba atascado otra vez, y aunque los guardias hubieran estado dispuestos a hablar con él, no conocía el idioma. Cuando era libre no le había molestado mucho recorrer las calles de París y sentirse rodeado por el murmullo de una ciudad populosa. Pero aquí, su incapacidad de preguntar siquiera a un guardia qué día era... le hacía sentirse lisiado.

Finalmente, empezó a divertirse con travesuras. No fue ningún problema meter su poder en el mecanismo de la cerradura y estropear la llave del guardia ablandándola cuando la metió en ella. Cuando el guardia volvió a sacar la llave, no tenía dientes y la puerta seguía cerrada. Furioso, el guardia se marchó a buscar otra llave. Esta vez Calvin le dejó abrir la puerta sin problemas... ¿pero qué fue lo que hizo que la primera llave perdiera los dientes?

Y no se limitó a la cerradura. Empezó a escrutar a lo largo y ancho con su poder hasta que localizó las otras celdas ocupadas. Jugueteeó también con sus cerraduras, llegando incluso a fundir un par de ellas para que ninguna llave pudiera abrirlas, y estropeando otras dos para que no pudieran cerrarse. Los gritos, los golpes, las carreras, todo eso mantenía a Calvin entretenido, sobre todo mientras imaginaba en

qué estarían pensando los guardias. ¿Fantasmas? ¿Espías? ¿Quién podía estar haciendo esas cosas extrañas con las cerraduras de la Bastilla?

También aprendió unas cuantas cosas. Allá en Vigor, cada vez que se sentaba mucho rato, o bien se impacientaba y tenía que levantarse y moverse o empezaba a pensar en Alvin y se enfurecía. En cualquier caso, no pasaba mucho tiempo probando el alcance de sus poderes, no desde que Alvin había regresado a casa. Sin embargo, ahora comprobó que podía enviar su poder muy lejos, y a lugares que nunca había visto con sus propios ojos. Empezó a acostumbrarse a mover su poder a través de la piedra, a apreciar sus diferentes texturas y a notar los marcos de madera, los goznes y las cerraduras de metal de las pesadas puertas. ¡Caray, en eso sí que era bueno!

Y exploró su propio cuerpo con aquel poder, y los cuerpos de los otros prisioneros, tratando de encontrar qué era lo que veía Alvin, tratando de ver en profundidad. Experimentó un poco con los cuerpos de los otros prisioneros, haciendo cambios en sus piernas como los que tendría que hacer en la de Bonaparte. Ninguno de ellos padecía gota, desde luego: la gota era una enfermedad de ricos, y en prisión nadie era rico, aunque tuviera dinero fuera. Con todo, podía conseguir un mapa mental de cómo era más o menos una pierna sana, por dentro. Se hizo una idea de lo que necesitaba hacer para volver a dejar en buen estado la pierna del Emperador.

En honor a la verdad, no sabía mucho más sobre piernas al cabo de una semana de lo que sabía al principio.

Una semana. Una semana y media. Cada día, más y más a menudo, se acercaba a la pared, se agachaba y metía los dedos en aquellos agujeros. Tiraba un poquito de la piedra, a veces algo más, y una o dos veces la sacaba de la pared con intención de deslizarse por el agujero y escapar hacia la libertad. Siempre, después de pensárselo un poco, la devolvía a su sitio. Pero cada día tenía que pensárselo más. Y el ansia por escapar se hacía más y más fuerte.

Ahora que lo pensaba, era un plan penoso como todos sus planes. Calvin era un tonto si creía que dejarían que un muchacho americano desconocido tuviera acceso al Emperador.

Había sacado la piedra de la pared por lo que consideraba que iba a ser la última vez, cuando oyó pasos en el pasillo. ¡Nadie venía jamás tan tarde! No había tiempo tampoco de poner la piedra en su sitio. Así que... ¿se marchaba o se quedaba? Verían la piedra fuera de la pared hiciera lo que hiciese. Así que, ¿se enfrentaba a las consecuencias, que tanto podían ser ver al Emperador como ir derecho a la guillotina, o se metía por el agujero y salía a la calle antes de que abrieran la puerta?

El Pequeño Napoleón gruñía para sí. El Emperador podría haber llamado al curandero americano cualquier día y en cualquier momento. Pero no, tenía que ser en plena noche y precisamente esta noche, cuando el Pequeño Napoleón había reservado el mejor palco para el estreno de una nueva ópera de un italiano cuyo nombre no

recordaba. Quiso decirle al Emperador que esta noche no era conveniente, que se buscara otro esclavo servil para hacer sus recados. Pero entonces el Emperador le sonrió y sugirió que había otros que podían hacer un trabajo tan simple, y que no debería malgastar el tiempo de su sobrino con cuestiones tan poco importantes... ¿y qué podía hacer el Pequeño Napoleón? No iba a dejar que el Emperador se diera cuenta de que cualquier idiota podía reemplazarlo. No, insistió. No, tío, iré yo mismo, será un placer.

—Sólo espero que pueda hacer lo que prometiste —dijo Bonaparte.

El hijo de perra estaba jugando con él, ésa era la verdad. Sabía tan bien como el Pequeño Napoleón que no había ninguna promesa de nada, sólo un informe. Pero si al Emperador le gustaba hacer sudar de miedo a su sobrino y dejarlo en ridículo, bueno, los emperadores tenían permitido jugar con los sentimientos de los demás.

El guardia hizo mucho ruido al marchar por el pasillo de piedra y tardó mucho tiempo con las llaves.

—¿Qué, idiota, estás dándole tiempo al prisionero para que deje de cavar su túnel y oculte las pruebas?

—No puede haber túneles en esta planta, mi señor —dijo el carcelero.

—Lo sé, estúpido. ¿Pero por qué tardas tanto con las llaves?

—La mayoría son nuevas, mi señor, y no reconozco la que abre esta puerta, pues no es tan fácil como antes.

—¡Entonces trae las llaves viejas y no me hagas perder el tiempo!

—Las llaves viejas se han estropeado, o las cerraduras se han roto, mi señor. Ha sido una locura, no lo creeríais.

—No lo creo —rezongó el Pequeño Napoleón. Pero sí lo hacía: había oído hablar de sabotajes o de algún tipo extraño de óxido en las cerraduras de la Bastilla.

La llave entró finalmente en la cerradura, y la puerta se abrió con un chirrido.

El carcelero entró e iluminó la celda con la linterna para asegurarse de que el prisionero estuviera en su sitio y no preparado para saltarle encima y quitarle las llaves. No, el muchacho americano estaba sentado lejos de la puerta, apoyado contra la pared del fondo.

¿Sentado sobre qué? El carcelero avanzó uno o dos pasos, alzó la linterna.

—*Mon Dieu* —murmuró el Pequeño Napoleón.

El americano estaba sentado en un gran bloque de piedra de la pared, donde había una abertura que daba directamente a la calle. Ningún hombre podría haber sacado un bloque así de la pared con las manos desnudas... ¿cómo lo habría sostenido? Pero después de haberlo movido de alguna forma, ¿qué hacía este loco americano, sentarse y esperar? ¿Por qué no escapaba?

El americano le sonrió, luego se levantó, sin dejar de sonreír, todavía mirando al Pequeño Napoleón, y luego metió las manos en la piedra hasta los codos, con tanta facilidad como si la piedra hubiera sido una palangana.

El carcelero chilló y corrió hacia la puerta.

El americano sacó las manos de la piedra... una de ellas cerrada. Tendió la piedra que guardaba en el puño al Pequeño Napoleón, que la tomó y la sopesó. Era piedra, dura como siempre... pero con la forma de la huella del interior de la palma y los dedos de un hombre. De algún modo, aquel tipo era capaz de meter la mano en roca sólida y sacar un bloque de piedra como si fuera barro.

El Pequeño Napoleón rebuscó en su memoria y pescó algunas palabras en inglés de sus días de colegio.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Calvin Maker —dijo el americano.

—¿Hablas francés?

—Ni una palabra —dijo Calvin Maker.

—Ven *avec* mi... —dijo el Pequeño Napoleón—. *Avec*...

—Con... —ayudó el muchacho—. Contigo.

—*Oui*. Sí.

El Emperador había mandado llamar por fin al muchacho. Pero ahora el Pequeño Napoleón tenía serios recelos al respecto. No había nada en la curación de mendigos que sugiriera que el muchacho pudiera tener poder sobre la piedra sólida.

¿Y si este Calvin Maker hacía algo que le avergonzaba? ¿Y si... (era inimaginable, pero tenía que imaginarlo), y si mataba al tío Napoleón?

Pero el Emperador lo había mandado llamar. No había manera de impedirlo. ¿Qué iba a hacer, decirle a su tío que el muchacho que había traído para curarle la gota quizá decidiera meter las manos en el suelo y sacar un trozo de mármol y aplastarle los sesos? Eso sería un suicidio político. Se encontraría viviendo en Córcega cuidando ovejas en un abrir y cerrar de ojos. Si no llegaba a ver el mundo patas abajo mientras su cabeza rodaba hacia la cesta desde la guillotina.

—Ven, ven, ven —dijo el Pequeño Napoleón—. Conmigo.

El carcelero estaba acurrucado en un rincón del pasillo. El Pequeño Napoleón le lanzó una patada. El hombre estaba tan aturdido que ni siquiera la esquivó. La patada le alcanzó directamente y, con un gemido, el carcelero rodó como una col.

El muchacho americano se echó a reír. Al Pequeño Napoleón no le gustó su risa. Jugeteó con la idea de sacar el cuchillo y matar al chico en el acto. Pero la explicación que tendría que darle al Emperador sería peligrosa. «¿Así que intentaste que lo viera durante semanas, y al final resulta que era un asesino?». No, pasara lo que pasase, el americano vería al Emperador.

Calvin Maker vería a Napoleón Bonaparte... y el Pequeño Napoleón vería si Dios respondía a su más ferviente plegaria.

Capítulo 12.

ABOGADOS

—¿Saben que el hijo del molinero, Alvin, está en la cárcel, allá en Río Hatrack? —el forastero se apoyó en el mostrador y sonrió.

—Ya lo hemos oído —dijo Soldado de Dios Weaver.

—Estoy aquí para ayudar a esclarecer la verdad sobre Alvin, para que el jurado pueda tomar la decisión adecuada en Hatrack. No conocen tan bien a Alvin como la gente de por aquí. Necesito tomar declaración a algunos sobre su persona —el forastero volvió a sonreír.

Soldado de Dios asintió.

—Éste es el lugar adecuado para tomar declaraciones, si es la verdad sobre Alvin lo que busca.

—Eso es. ¿Conoce al joven en persona?

—Bastante bien —Soldado de Dios pensó que, hasta que averiguara qué pretendía aquel tipo, era mejor no decir que estaba casado con la hermana de Alvin—. Pero me parece que no sabe qué se va a encontrar aquí, amigo. Obtendrá más declaraciones de las que busca.

—Oh, he oído hablar de la masacre de Tippy-Canoe, y de la maldición que pesa sobre la gente de aquí. Soy abogado. Estoy acostumbrado a oír historias sombrías de la gente a la que defiendo.

—Defiende, ¿eh? —preguntó Soldado—. Usted como abogado defiende a la gente, ¿es eso?

—Por eso es por lo que soy más conocido, en mi casa de Ciudad Cartago.

Soldado volvió a asentir. Aunque viviera en Cartago, por su acento se veía que era de Nueva Inglaterra. Y podía intentar hablar de un modo amistoso, pero no era más que un truco de abogado para coger a la gente desprevenida. Aquel hombre podría hablar como la Biblia si quisiera. Podría hablar como Milton. Pero Soldado disimuló que no se fiaba de él. De momento.

—Así que cuando la gente le diga cómo masacraron a los pieles rojas que no habían hecho ningún daño podrá oírlo sin parpadear, ¿es eso?

—No puedo garantizar que no vaya a parpadear, señor Weaver. Pero escucharé, y cuando acaben, continuaré con el asunto que me trajo aquí.

Ahora es el momento.

—¿Y qué asunto es ése? —preguntó Soldado.

El hombre parpadeó. Ya está haciéndolo, pensó Soldado. Mira qué rápido.

—Ya se lo he dicho, señor Weaver. Reunir declaraciones sobre Alvin, el hijo del molinero.

—Para hablar a la gente de Río Hatrack sobre su verdadera personalidad, lo recuerdo. Pero la cuestión es que ha pasado los últimos ocho años en Hatrack, y sólo

uno aquí, en Iglesia de Vigor. Lo conocimos de niño, claro que sí, pero últimamente yo diría que la gente de Río Hatrack le conoce mejor. Tal como yo lo veo, está usted aquí para conseguir una imagen de Alvin que la gente de Hatrack no conozca. Y el único motivo es que necesita usted cambiar su punto de vista sobre el muchacho. Y ya que sé de buena tinta que Alvin es un hombre respetado en Hatrack, usted sólo puede estar aquí para buscar trapos sucios y perjudicar al chico. ¿Tengo razón, amigo?

La súbita desaparición de la alegre sonrisa del abogado fue toda la confirmación que Soldado necesitaba.

—Sacar trapos sucios es lo último que se me pasaría por la mente, señor Weaver. Vengo aquí con mentalidad abierta.

—Con mentalidad abierta y hablando alegremente de cómo defiende a la gente y todo eso para que todo el mundo crea que está de parte de Alvin y no que lo han contratado para destruir la buena opinión que tienen de él. Así que me parece que el hecho de que esté usted aquí significa que es mejor que los amigos de Alvin busquen a otra persona que vaya por ahí reuniendo declaraciones en su favor, ya que usted no se contentará hasta que encuentre algunas mentiras.

El hombre se envaró y retrocedió un paso.

—Veo que no es usted imparcial en el asunto. Espero que pueda decirme qué he dicho para ofenderlo.

—Vaya, su única ofensa ha sido pensar que porque no soy abogado soy tonto de capirote.

—Bueno, no importa a qué conclusión haya llegado, le aseguro que como oficial de la corte no busco nada más que la verdad.

—Oficial de la corte, ¿eh? Bueno, da la casualidad de que sé que a todos los abogados se les llama oficiales de la corte. Incluso cuando los contrata un grupo privado para hacer daño. Porque tan seguro como que Dios existe que no le contrató el fiscal del condado de Hatrack, porque él le habría dado una carta de presentación y usted no habría intentado ninguno de esos trucos de falsario prevaricador.

El forastero se puso el sombrero y se lo caló con fuerza. Soldado reprimió el impulso de extender las manos y calárselo todavía más. Mientras el desconocido se acercaba a la puerta, Soldado le hizo una última pregunta.

—¿Tiene usted nombre, para que podamos iniciar alguna acción contra usted?

El abogado se volvió y sonrió, más ampliamente incluso que cuando intentaba engañar a Soldado.

—Me llamo David Webster, señor Weaver, y mis clientes son la verdad y la justicia.

—La verdad y la justicia deben de pagar mucho mejor en Nueva Inglaterra que aquí —dijo Soldado—. Es usted de Nueva Inglaterra, ¿verdad?

—Nací y me crié allí, pero no veía ningún futuro para mí en ese lugar retrasado. Así que vine a Estados Unidos, donde las leyes se basan en los derechos del hombre

en vez de en las reclamaciones dinásticas de los monarcas o en la agotada teología de los puritanos.

—Ah. ¿Entonces no le paga nadie?

—No he dicho eso, señor Weaver.

—¿Quién le paga, pues? No es el condado, y no es el estado. Y seguro que Pacífico Smith tampoco, porque no tiene ni cuatro cuartos.

—Represento a un consorcio de ciudadanos preocupados de Ciudad Cartago, quienes están decididos a que la justicia prevalezca incluso en los lugares más remotos del estado de Hio.

—Un consorcio. ¿Eso es algo así como una taberna? ¿O un burdel?

—Qué gracioso.

—Llámeme lo que quiera, señor Webster. Da la casualidad de que soy el alcalde de este pueblo, aquí donde me ve, y está usted aquí en nombre de la ley, más o menos. Me parece que tengo derecho a saber quién envía abogados hasta aquí para recopilar mentiras sobre nuestros respetados ciudadanos.

—¿Posee usted algún tipo de arma, señor Weaver?

—Así es, amigo.

—¿Entonces por qué debería revelar los nombres de mis clientes a un hombre armado y furioso de una ciudad que se enorgullece tanto de ser un nido de asesinos que cuentan la historia entera de su crimen a cualquier desafortunado visitante que pase por aquí? Además, los alcaldes no tienen ningún derecho a preguntarle nada a un abogado sobre sus relaciones con sus clientes. Buenos días, señor Weaver.

Soldado vio al tal Webster salir por la puerta; luego se puso el sombrero, llamó a su hijo mayor para que dejara de hacer jabón y vigilara la tienda, y salió corriendo colina arriba hacia la casa de sus parientes políticos. Su esposa estaba allí, ya que era la mejor de las mujeres Haciendo a la manera de Alvin y estaba muy solicitada como maestra y creadora de (por mucho que Soldado lo odiara) hechizos. La familia tenía que saber lo que pasaba: que Alvin tenía enemigos de la capital que estaban gastando dinero en un abogado para que rebuscara trapos sucios sobre el muchacho. Ahora no se podía evitar: tenían que buscarle un abogado a Alvin, como fuera. Y no un primo del campo, no. Tenía que ser un abogado de ciudad que supiera los mismos trucos que ese Webster. Soldado recordaba vagamente haber oído hablar de aquel hombre. Se hablaba de él con asombro en algunos círculos, y después de haber conversado con él y oído su voz dorada y sus respuestas ágiles y la forma en que hacía que una mentira le pareciera la verdad incluso a alguien que sabía que era un engaño... bueno, Soldado sabía que les costaría trabajo encontrar un abogado que le superara. Y encontrarlo se iba a complicar aún más con otro problema: pagarlo.

Calvin no tenía ni idea de lo que se suponía que tenía que hacer al conocer al Emperador. El título de aquel hombre se remontaba a la antigua Roma, a Persia, a

Babilonia. Pero allí estaba, sentado en una silla de respaldo recto en lugar de en un trono, la pierna apoyada en un taburete acolchado; y en vez de cortesanos había sólo secretarios. Uno de ellos escribía en su mesa hasta que Napoleón terminaba de dictar una orden, una carta o un edicto; entonces el hombre se levantaba de un salto y salía corriendo de la sala mientras el siguiente secretario empezaba a escribir furiosamente a la par que Bonaparte dictaba en una corriente continua de francés irregular, furioso, que casi sonaba a italiano.

Mientras el dictado continuaba, Calvin, con guardias a cada lado (como si eso pudiera impedirle hacer que el suelo se desplomara bajo el Emperador si se le antojaba), observaba en silencio. Naturalmente, no le invitaron a sentarse; incluso el Pequeño Napoleón, el sobrino del Emperador, permaneció de pie. Al parecer, sólo los secretarios podían sentarse, puesto que difícilmente podían escribir sin hacerlo.

Al principio Calvin se limitó a observar cuanto le rodeaba; luego estudió la cara del Emperador, como si aquella expresión levemente dolorida contuviera algún secreto que, si se examinaba el tiempo suficiente, resolviera los secretos de la esfinge. Pero pronto la atención de Calvin se centró en su pierna. Si quería hacer progresos, tenía que curar la gota. Y Calvin no tenía ni idea de qué causaba la gota, ni de cómo averiguarlo. Eso era terreno de Alvin.

Por un momento, a Calvin se le ocurrió que tal vez debería pedir permiso para escribirle a su hermano y hacer que Alvin viniera aquí para curar al Emperador y ganar su libertad. Pero inmediatamente se despreció a sí mismo por aquel pensamiento cobarde. ¿Soy un Hacedor o no? Si soy un Hacedor, soy igual que Alvin. Y si soy igual que Alvin, ¿por qué debo llamarle para que me saque de una situación que, por lo que sé, podría resolver yo solo?

Envió su poder explorador a la pierna de Napoleón.

No era el tipo de hinchazón que Calvin estaba acostumbrado a ver en las heridas purulentas de los mendigos. No comprendía qué eran aquellos fluidos (no eran pus, desde luego) y no se atrevió a hacer que volvieran a la sangre, por miedo a que pudieran ser venenos que mataran al hombre del que había venido a aprender.

Además, ¿era lo mejor para Calvin curar a este hombre? No es que supiera cómo hacerlo... pero no estaba seguro de que realmente debiera intentarlo. Lo que necesitaba no era la gratitud momentánea de un hombre curado, sino la dependencia continuada de un doliente que necesitara la administración del alivio a su mal. Alivio temporal.

Y esto era algo que Calvin sí sabía hacer, hasta cierto punto. Había aprendido hacía mucho tiempo a encontrar los nervios de un perro o de una ardilla y a pinzarlos con una especie de pellizco invisible. A veces eso hacía que el animal chillara y gritara hasta que Calvin casi se moría de la risa. Otras veces la criatura no demostraba sentir dolor, pero cojeaba como si aquel miembro pinzado no existiese. Una vez un perro perfectamente sano se arrastró sobre sus cuartos traseros hasta que se despellejó el vientre y las patas contra el suelo. Cuando su padre se disponía a acabar de un tiro

con los sufrimientos de la pobre bestia Calvin se apiadó del animal y quitó la pinza para que pudiera volver a andar, pero después de eso no volvió a hacerlo bien, sino que cojeaba, aunque Calvin no tuvo forma de saber si era por el pellizco que le había dado o a causa de haber arrastrado el culo por el suelo durante casi una semana.

Lo que importaba era pinzar el nervio, para eliminar toda sensación... Bonaparte podría cojear, pero eso acabaría con el dolor. Alivio, no una cura.

¿Qué nervio? No podía decirse que Calvin los conociera todos. El pensamiento metódico era más propio de Alvin. En Inglaterra, Calvin se había dado cuenta de que ésta era una de las diferencias cruciales entre él y su hermano. Había una nueva palabra que un tipo acababa de acuñar en Cambridge para la gente que era tan paciente y metódica como Alvin: científico. Calvin, en cambio, en arrojo y gallardía y charlatanería y demás, y sobre todo en capacidad de improvisación, era un artista. El problema era que con los nervios de la pierna de Bonaparte Calvin no podía experimentar mucho. No le parecía que fuera a desarrollarse una fuerte amistad entre el Emperador y él si empezaba con Bonaparte chillando y retorciéndose como una ardilla torturada.

Reflexionó un rato hasta que, al ver que un secretario se levantaba y salía corriendo de la sala, se le ocurrió que las de Bonaparte no eran las únicas piernas que había cerca. Lo que importaba era que Calvin descubriera exactamente qué nervio hacía qué cosa, y que su pellizco acabara con el dolor en vez de provocarlo, por lo que tenía que jugar al científico y probar muchas piernas hasta que lo hiciera bien.

Empezó con el primer secretario de la fila, un tipo bajito (aún más pequeño que el Emperador, que era un hombre de corta estatura) que se rebullía un poco en su asiento. ¿Incómodo?, le preguntó Calvin en silencio. Entonces veamos si puedo aliviarte un poco. Envió su poder a la pierna derecha del hombre, encontró un nervio, y lo pellizcó.

Ni un respingo, ni una mueca. Calvin se molestó. Pellizcó más fuerte. Nada.

Entonces el secretario del momento se puso en pie y salió de la sala. Le tocaba el turno al tipo bajito al que Calvin había pellizcado. El hombre trató de mover su cuerpo en la silla, para ajustar la posición de la tablilla sobre la que escribía, pero para deleite de Calvin una expresión de asombro asomó a su rostro, seguida por un sonrojo cuando tuvo que mover su pierna derecha con las manos. Bien. Aquel nervio grande (¿o era un manojito de nervios finos?), no tenía nada que ver con la sensación. En cambio, parecía controlar el movimiento. Interesante.

El tipo escribió en silencio, pero Calvin supo que en lo único que pensaba era en lo que sucedería cuando tuviera que levantarse y salir de la sala. Naturalmente, cuando el edicto terminó (trataba de la concesión de una exención especial de impuestos a ciertos viticultores del sur de Francia a causa de una mala cosecha), el hombre se puso en pie de un salto, giró, y cayó al suelo, la pierna derecha enredada con la izquierda como las cañas de pescar de los niños.

Todos los ojos se volvieron hacia el pobre hombre, pero nadie pronunció ni una

sola palabra.

Calvin observó divertido cómo se incorporaba apoyándose en las manos y la rodilla izquierda, mientras la pierna derecha colgaba inútil. La rodilla se doblaba bien, por supuesto, y parecía que la pierna le permitiría andar, pero dos veces intentó apoyar su peso en ella y las dos veces volvió a caer.

Bonaparte, con aspecto molesto, le habló por fin.

—¿Sois un secretario, señor, o un payaso?

—Mi pierna, señor —dijo el triste empleado—. Tengo la pierna derecha inútil.

Bonaparte se volvió bruscamente hacia los guardias que vigilaban a Calvin.

—Ayudadle a salir de aquí. Y buscad a alguien que limpie la tinta derramada.

Los guardias pusieron al hombre en pie y empezaron a llevarlo hacia la puerta. Ahora le tocó el turno de intervenir al Pequeño Napoleón.

—Recoged su escritorio, idiotas —dijo el sobrino del Emperador—. Y el tintero, y la pluma, y el edicto, si no se ha estropeado.

—¿Y cómo harán todo eso —preguntó Bonaparte, irritado— si tienen que sujetar a este pobre cojo? —entonces miró expectante el rostro del Pequeño Napoleón.

El Pequeño Napoleón tardó un momento en advertir lo que el Emperador quería de él, y aún más en tragarse su orgullo lo suficiente para hacerlo.

—Vaya, por supuesto, tío —dijo, con cuidadosa suavidad—. Yo mismo me ocuparé de ello, señor.

Calvin contuvo una sonrisa mientras el orgulloso que le había detenido se arrodillaba y recogía los papeles, la tablilla, la pluma y el tintero, evitando con mucho cuidado que le cayera una sola gota de tinta encima. A estas alturas el secretario al que Calvin había pellizcado estaba fuera de la sala. Pensó en enviar su poder para que buscara al hombre y le soltara el nervio, pero no estaba seguro de dónde había ido, y de todas formas, ¿qué importaba? No era más que un secretario.

Cuando el Pequeño Napoleón se marchó, Bonaparte continuó dictando, pero ahora sus frases no eran tan rápidas y cortantes. Más bien se detenía, se corregía alguna que otra vez, y a veces se sumía en el silencio, mientras el secretario esperaba con la pluma lista. En momentos así, Calvin hacía que la tinta de la pluma cayera por la punta y goteara de repente sobre el papel... ¡ah, la conmoción del borrón! Y por supuesto, esto sólo servía para distraer aún más al Emperador.

No obstante, quedaba todavía el tema de las piernas. Calvin exploró a cada secretario por turnos, buscando otros nervios que punzar, aunque levemente. Ahora dejó en paz los nervios del movimiento; eran los nervios del dolor los que buscaba. Advirtió sus progresos por los ojos espantados, los rostros sonrojados y los jadeos ocasionales de los desgraciados secretarios. Bonaparte reparó en su incomodidad porque le distraían cada vez más. Por fin, cuando un hombre boqueó tras un pellizco particularmente doloroso (el toque de Calvin no era tan preciso con cosas tan finas como los nervios), Bonaparte se volvió en su asiento, gimiendo de dolor a causa de su propia pierna, y dijo, según pudo entender Calvin con su pobre francés:

—¿Os burláis de mí con esos dolores y gemidos? ¡Estoy aquí sentado en plena agonía, sin una queja, mientras vosotros, sin más dolor que el de permanecer sentados el tiempo justo de escribir una carta, gemís y jadeáis y os revolvéis y suspiráis hasta que me parece estar rodeado por un coro de hienas!

En ese momento Calvin consiguió por fin ejercer sólo la cantidad adecuada de presión sobre el nervio del dolor de un secretario. Toda sensación desapareció, y el rostro del hombre, en vez de contraerse, se relajó. Eso es, pensó Calvin. Así es como se hace.

A punto estuvo de enviar su poder a la pierna de Bonaparte para dar aquel mismo pellizco y hacer que el dolor del Emperador desapareciera. Por fortuna, le distrajo la puerta al abrirse. Era una fregona con un cubo y trapos para limpiar la tinta del suelo de mármol. Bonaparte la miró con mala cara, y ella estuvo a punto de dejar caer sus cosas y huir, pero él suavizó su expresión de inmediato.

—Mi furia se debe a mi dolor, muchacha —le dijo—. Entra y haz tu trabajo, no te importe.

Con eso ella recuperó su valor, se acercó a la tinta ya casi seca, soltó el cubo en el suelo con un golpe, y se puso a frotar.

Calvin ya había recuperado la cordura. ¿De qué le serviría eliminar el dolor de Bonaparte si el Emperador no sabía que era cosa suya? Así que se dedicó a practicar el pellizco tranquilizador en los nervios de todos los secretarios, para indudable alivio general, y mientras lo hacía empezó a sentir una especie de corriente, un zumbido, una vibración en los nervios que transmitían el dolor en el instante en que los punzaba, de forma que consiguió ser todavía más preciso y hacer desaparecer no toda la sensación de una pierna, sino solamente el dolor. Por fin se concentró en la fregona, en el dolor que siempre sentía en las rodillas cuando se arrodillaba sobre aquellos suelos fríos y duros para hacer su trabajo. El alivio fue tan repentino, y tan agudo y constante había sido el dolor, que ella dejó escapar un grito, y otra vez Bonaparte la miró por la interrupción.

—Oh, señor —dijo ella—, perdonadme, pero de repente no siento dolor en las rodillas.

—Afortunada tú —repuso Bonaparte—. Además de este milagro, ¿te parece que ya no hay tinta en el suelo?

Ella bajó la cabeza.

—Señor, a pesar de haber frotado, no puedo quitar del todo la mancha. Me temo que ha penetrado en la piedra, señor.

Calvin envió de inmediato su poder buscador a la superficie del mármol y descubrió que, en efecto, la tinta había penetrado más allá del alcance de la fregona. Ahora era su oportunidad para conseguir que Bonaparte se fijara en él, no como prisionero (incluso sus guardias se habían marchado), sino como hombre de poder.

—Quizá yo pueda ser de ayuda —dijo.

Bonaparte lo miró como si lo viera por primera vez, aunque Calvin estaba

bastante seguro de que el Emperador le había mirado varias veces durante la última media hora. Bonaparte le habló en un inglés cargado de acento.

—¿Fue para hacer trabajos de fregona para lo que viniste a París, mi querido americano?

—Vine a servirlos, señor —dijo Calvin—. Ya sea con un suelo manchado o una pierna dolorida, no me importa.

—Veamos cómo se te dan los suelos primero —dijo Bonaparte—. Dale los trapos y el cubo, muchacha.

—No los necesito —dijo Calvin—. Ya he hecho mi trabajo. Decidle a ella que vuelva a frotar, y esta vez la mancha saldrá.

Bonaparte se irritó ante la idea de ejercer de intérprete entre un prisionero americano y una fregona, pero su curiosidad pudo más y ordenó a la muchacha que volviera a frotar. Esta vez la tinta salió, y la piedra quedó de nuevo limpia. Para Calvin había sido un juego de niños, pero el asombro en el rostro de la muchacha fue la mejor publicidad posible de su maravilloso poder.

—Señor —dijo ella—. ¡Sólo he tenido que pasar el trapo sobre la mancha y ha desaparecido!

Los secretarios miraban ahora a Calvin con atención. No eran tontos, y sospechaban claramente que había sido el causante de su incomodidad y de su alivio, aunque algunos de ellos se frotaban las piernas para tratar de restaurar la sensación de los primeros y torpes intentos de Calvin por aturdir el dolor. Ahora Calvin volvió a sus piernas, restauró la sensación, y luego les dio el pellizco más delicado que anulaba el dolor. Los secretarios le observaron atentos mientras Bonaparte miraba a sus empleados y a su prisionero alternativamente.

—Veo que te has estado entreteniendo gastándoles bromas a mis secretarios.

Sin dar respuesta, Calvin entró en la pierna del Emperador y, por un instante, retiró todo el dolor. Pero sólo durante un momento; pronto lo dejó regresar.

El rostro de Bonaparte se ensombreció.

—¿Qué clase de hombre eres, para hacer desaparecer mi dolor un momento y luego devolvérmelo?

—Perdonadme, señor —dijo Calvin—. Es fácil curar el dolor que yo mismo causé en vuestros hombres. O incluso el dolor de horas de estar arrodillada, fregando suelos. Pero la gota... eso es difícil, señor, y no conozco ninguna cura, ni ningún alivio que dure más que un ratito.

—Pero más de cinco segundos... apuesto a que sabes hacer eso.

—Puedo intentarlo.

—Eres muy listo —dijo Bonaparte—. Pero yo conozco a los mentirosos. Puedes hacer desaparecer el dolor y sin embargo eliges no hacerlo. ¿Cómo te atreves a hacerme rehén de mi dolor?

Calvin respondió con comedimiento, aunque sabía que se jugaba la vida diciendo una cosa tan osada en cualquier tono:

—Señor, vos habéis mantenido prisionero mi cuerpo entero todo este tiempo, cuando antes era libre. Vengo aquí y os encuentro ya prisionero del dolor, ¿y os quejáis de que yo no os libero?

Los secretarios volvieron a quedarse boquiabiertos, pero no de dolor esta vez. Incluso la fregona estaba asombrada, tanto que dejó caer el cubo y cubrió medio suelo de agua jabonosa y llena de tinta.

Rápidamente, Calvin hizo que el agua se evaporara del suelo, luego hizo que los residuos de tinta se convirtieran en fino polvo invisible.

La fregona salió gritando de la sala.

También los secretarios se pusieron en pie. Bonaparte se volvió hacia ellos.

—Si oigo algún rumor sobre esto, todos iréis a la Bastilla. Encontrad a la muchacha y silenciadla. Con persuasión o encarcelamiento, no merece ninguna tortura. Ahora dejadme solo con este extorsionador, mientras averiguo qué quiere de mí.

Salieron de la sala. Mientras lo hacían, el Pequeño Napoleón y los guardias regresaron, pero Bonaparte los mandó salir también, para furia mal ocultada de su sobrino.

—Muy bien, ahora estamos solos —dijo Bonaparte—. ¿Qué quieres?

—Quiero curar vuestro dolor.

—Entonces cúralo y acabemos.

Calvin aceptó el desafío, retorció los nervios lo adecuado, y vio que la cara de Bonaparte se suavizaba, perdiendo el perpetuo ceño fruncido.

—Un don como ése —murmuró el Emperador—, y lo malgastas limpiando suelos y sacando piedras de los muros de la prisión.

—No durará —dijo Calvin.

—Quieres decir que has decidido no hacer que dure —respondió Bonaparte.

Calvin dio el paso, poco habitual en él, de decir la pura verdad, sabiendo que Bonaparte se daría cuenta de cualquier mentira que le dijera.

—No es una cura. La gota sigue ahí. No comprendo la gota y no puedo curarla. Puedo quitar el dolor.

—Pero no por mucho tiempo.

Sinceramente, Calvin contestó:

—No sé por cuánto tiempo.

—¿Y respecto al pago? —preguntó Bonaparte—. Vamos, chico. Sé que quieres algo. Todo el mundo quiere algo.

—Pero vos sois Napoleón Bonaparte —dijo Calvin—. Pensaba que sabíais lo que quiere cada hombre.

—Dios no me lo susurra al oído, si eso es lo que crees. Y sí, sé lo que quieres pero no tengo ni idea de por qué has venido a mí. Estás ansioso por ser el hombre más grande de la Tierra. He conocido a hombres tan ambiciosos como tú... y también a mujeres. Por desgracia, no puedo doblegar fácilmente esa ambición para que sirva a

mis intereses. Generalmente tengo que matarlos, porque son un peligro para mí.

Las palabras atravesaron como un cuchillo el corazón de Calvin.

—Pero tú eres diferente —dijo Bonaparte—. No pretendes hacerme ningún daño. De hecho, sólo soy una herramienta para ti. Un medio de obtener ventaja. No quieres mi reino. Gobierno toda Europa, el norte de África, y parte del Antiguo Oriente, y sin embargo sólo quieres que te instruya preparándote para un juego mucho mayor. ¿Qué juego puede ser ése, por la verde Tierra de Dios?

Calvin no tenía intención de decírselo, pero las palabras surgieron de su boca.

—Tengo un hermano, un hermano mayor, que tiene mil veces mi poder —las palabras le amargaron, quemaron su garganta mientras las pronunciaba.

—Y un millar de veces tu virtud, creo —dijo Bonaparte. Pero esas palabras no tuvieron ningún sentido para Calvin. La virtud, tal como Alvin la entendía, era despilfarro y debilidad. Calvin se enorgullecía de tener poca.

—¿Por qué no me ha desafiado tu hermano? —preguntó Bonaparte—. ¿Por qué no me ha mostrado su rostro en todos estos años?

—No es ambicioso.

—Eso es mentira, aunque en tu ignorancia lo creas. No existe un solo ser humano sin ambición. Nos lo dijo san Pablo: la fe, la ambición y el amor son las tres fuerzas impulsoras de la vida humana.

—Yo creía que eran la esperanza y la caridad —dijo Calvin.

—La esperanza es la hermana débil de la ambición. La esperanza es la ambición que desea ser apreciada.

Calvin sonrió.

—Para eso he venido —dijo.

—No para curar mi gota.

—Para aliviar vuestro dolor, mientras aliviáis mi ignorancia.

—Con poderes como los tuyos, ¿qué quieres de mis pequeñas conquistas mundanas? —la ironía de Bonaparte era clara y dolorosa.

—Mis poderes no son nada comparados con los de mi hermano, y él es el único maestro del que puedo aprender. Así que necesito otros poderes que él no tenga.

—Los míos.

—Sí.

—¿Cómo sé entonces que no te volverás contra mí y tratarás de tomar mi imperio?

—Si quisiera podría hacerlo ahora —dijo Calvin.

—Una cosa es aterrar a la gente con muestras de poder —dijo Bonaparte—. Pero el terror sólo te procura obediencia cuando estás presente. Yo tengo el poder de hacer que los hombres me obedezcan incluso cuando les doy la espalda, incluso cuando no hay ninguna posibilidad de que los pille haciendo algo malo. Me aman, me sirven de todo corazón. Aunque hicieras que todos los edificios de París se derrumbaran, no te ganarías la lealtad de la gente.

—Por eso estoy aquí, porque lo sé.

—Porque quieres ganarte la lealtad de los amigos de tu hermano —dijo Bonaparte—. Quieres derrotar a tu hermano y ocupar su lugar.

—Llamadme Caín si queréis, pero sí —dijo Calvin—. Sí.

—Puedo enseñarte eso —dijo Bonaparte—. Pero nada de dolor. Ni jueguitos con el dolor tampoco. Si el dolor vuelve, te mandaré matar.

—No podréis mantenerme en una prisión si yo no quiero estar allí.

—Cuando yo decida matarte, muchacho, ni siquiera lo verás venir.

Calvin lo creyó.

—Dime, muchacho...

—Calvin.

—Muchacho, no me interrumpas, no me corrijas —Bonaparte sonrió dulcemente—. Dime, Calvin, ¿no tenías miedo de que yo me ganara tu lealtad y usara tus dones en mi provecho?

—Como habéis dicho, vuestros poderes surten poco efecto en la gente cuya ambición es tan grande como la vuestra. Sólo es la buena fe de la gente la que volvéis contra ella para controlarla. Su generosidad. ¿No es así?

—En cierto modo, aunque es mucho más complicado que eso. Pero sí.

Calvin sonrió de oreja a oreja.

—¿Veis? Sabía que era inmune.

Bonaparte frunció el ceño.

—¿Estás seguro de eso? ¿Tan orgulloso estás de ser un hombre completamente carente de generosidad?

La sonrisa de Calvin se desvaneció un poco.

—El Viejo Boney, el terror de Europa, el derribador de imperios... ¿el Viejo Boney se sorprende por mi falta de compasión?

—Sí —dijo Bonaparte—. Nunca pensé que vería algo igual. Un hombre sobre el que nunca tendré poder... Sin embargo te permitiré quedarte conmigo, por el bien de mi pierna, y te enseñaré todo lo que pueda enseñarte. Por el bien de mi pierna.

Calvin se echó a reír y asintió.

—Entonces habéis hecho un trato.

Sólo después, mientras le conducían a un lujoso apartamento en palacio, se le ocurrió a Calvin que tal vez la admisión de Bonaparte de que no podía controlarlo podía no ser más que un truco; a lo mejor ya lo controlaba pero, como todas las otras herramientas del Emperador, Calvin seguía creyéndose libre.

No, se dijo. Aunque sea verdad, ¿de qué me sirve darle vueltas? Las cosas se hacen o no se hacen, y de todas formas sigo siendo yo y todavía tengo que tratar con Alvin. ¡Mil veces más poderoso que yo! ¡Mil veces más virtuoso! Ya veremos eso cuando llegue el momento, cuando aparte de ti a tus amigos, Alvin, como tú me robaste mi derecho de nacimiento, ladrón Esaú, rastrero Rubén, celoso Ismael. Dios me dará lo que es mío por derecho, y me ha dado a Bonaparte para que me enseñe

cómo conseguirlo.

Alvin no era consciente de que lo estaba haciendo. De día pensaba que llevaba bien el encarcelamiento; les ponía cara alegre a sus visitantes y cantaba de vez en cuando a coro con los carceleros si conocían la canción y le acompañaban. Era un encarcelamiento un poco extraño, y todo el mundo decía que era una lástima que Alvin tuviera que estar entre rejas, ¿pero no lo aceptaba como un soldado?

Sin embargo, en sueños, su odio por las paredes de la cárcel, por la monotonía y falta de vida del lugar, se expresaba con otro tipo de canción: una música interna que armonizaba con el canto verde que una vez había llenado esta parte del mundo. Era la música de los árboles y las plantas inferiores, de los insectos y las arañas, de las criaturas peludas y escamosas que habitaban en las hojas, en el suelo, dentro de la tierra, o en los fríos arroyos y los ríos imparables. Y la voz interior de Alvin estaba sintonizada con ella, se sabía todas las melodías, y en vez de cantar a coro con los carceleros su corazón cantaba con las criaturas libres.

Y éstas oían la canción que los oídos humanos no podían oír. En los restos de los antiguos bosques, en las plantaciones donde unos cuantos campos llevaban en barbecho cuatro o diez años, le oían los últimos bisontes, el regio ciervo, los felinos cazadores y los sociables coyotes y los lobos salvajes. Todos los pájaros del cielo le oían, y acudieron primero en grupos de dos, de diez, en bandadas de cientos a visitar la ciudad y cantar un rato con su música; los pájaros diurnos acudían de noche, hasta que el pueblo despertaba con el fragor de tantos cantos a la vez. Venían y cantaban una hora y volvían a marcharse, pero el recuerdo de su canción permanecía.

Primero fueron los pájaros, y luego la canción de los coyotes, el aullido de los lobos, no tan cercano para ser aterrador, pero lo bastante para llenar los corazones de la gente de una especie de temor y que se despertara sudando. Había huellas de mapaches por todas partes, y sin embargo no se producían muertes ni robos, ni desaparecían más gallinas que de costumbre, aunque había pisadas de zorros en los tejados de todos los gallineros. Las ardillas que recogían nueces corrían intrépidas por la ciudad para dejar pequeñas ofrendas ante el juzgado. Los peces saltaban en el Hatrack y en otros arroyos cercanos: una danza plateada en el agua chispeante iluminada por la luna, las gotas como estrellas cayendo de vuelta a la corriente.

Mientras todas estas cosas sucedían Alvin dormía, y la mayoría de la gente dormía también, pero gradualmente se corrió la voz de que el mundo natural era un clamor, y luego unos cuantos empezaron a relacionarlo con el encierro de Alvin. La gente lógica dijo que no podía haber ninguna conexión. El doctor Whitley Physicker decía atrevidamente, cuando le preguntaban (y a veces cuando no le preguntaban):

—Soy el primero en decir que es un error mantener encerrado a ese muchacho. Pero eso no implica que los enjambres de abejas que no pican que últimamente tenemos en el pueblo signifiquen nada en absoluto, excepto quizá que tendremos un

invierno duro. O tal vez apacible. No soy un gran lector de abejas. ¡Pero no tiene nada que ver con que Alvin esté en la cárcel, porque la naturaleza rara vez se preocupa por las disputas legales entre los seres humanos!

Bastante cierto, pero, como diría un abogado, irrelevante. No era el hecho de que Alvin estuviera en la cárcel lo que perturbaba la naturaleza, sino la canción que cantaba en sueños lo que la atraía. Y los pocos habitantes de la ciudad que podían oír un leve eco de su canción (gente como John Binder, por ejemplo, y como el capitán Harriman, que habían oído ese clamor silencioso toda su vida), bueno, no se despertaban con el trino de los pájaros y los coyotes ladrando y los lobos aullando y el correteo de las ardillas sobre las tejas. Esas cosas encajaban en sus propios sueños, pues era allí donde todo encajaba, y la canción de Alvin y el canto verde natural del mundo les hablaba de paz en lo más profundo de sus corazones. Oían los rumores pero no comprendían el alboroto. Y si Freda la borracha bebía un poco menos y dormía un poco mejor, ¿quién se daba cuenta aparte de ella misma?

Verily Cooper llegó a Iglesia de Vigor por el camino más difícil, pero todo el mundo lo hacía así. Con la reputación del pueblo de hacer escuchar a los viajeros una historia sombría, no era extraño que nadie llevara la diligencia hasta allí. El ferrocarril no había llegado tan al oeste todavía, pero de haberlo hecho seguramente Vigor no habría tenido estación, ni siquiera un apeadero. La ciudad que Soldado de Dios Weaver esperaba que un día fuera el portal al oeste era de momento un pueblucho perdido.

Así que viajó en ferrocarril (traqueteante y apestoso, pero rápido y barato) hasta Dekane, y en diligencia desde allí. Por pura casualidad, Verily siguió una ruta que le llevó a cruzar el pueblo de Río Hatrack, donde estaba encerrado el hombre que había venido a conocer, Alvin, el hermano de Calvin. Pero la diligencia no paró en Hatrack para comer en la hostería de Horace Guester, donde sin duda Verily habría oído comentarios y habría puesto fin a su viaje de inmediato. Así que Verily cabalgó hasta Ciudad Cartago, allí tomó una lenta diligencia que se dirigía al noroeste hasta adentrarse en Wobbish, y luego se bajó en un adormecido poblado donde compró un caballo y una silla y una mula de carga para su equipaje, que no era gran cosa pero sí mucho más de lo que quería llevar sobre el caballo que cabalgaba. A partir de ahí ya sólo fue cuestión de galopar hacia el norte todo un día, detenerse en una granja por la noche, y cabalgar otro día hasta que, al atardecer, justo cuando el sol se ponía, llegó al almacén de Soldado, cuyas luces estaban encendidas y donde Verily esperaba encontrar albergue para una noche.

—Lo siento —dijo el hombre de la puerta—. No aceptamos huéspedes... no hay mucha demanda de hospedaje en este pueblo. La familia del molinero, carretera arriba, los acepta, pero... Bueno, amigo, bien puede pasar, porque la mayor parte de la familia del molinero está aquí en mi almacén, y además, hay una historia que

tienen que contarle antes de que usted o ellos puedan acostarse esta noche.

—Ya me lo han dicho —dijo Verily Cooper—, y no tengo miedo de oírlos.

—¿Entonces ha venido aquí a propósito?

—¿Con esos carteles en el camino advirtiéndoles a los viajeros que se marchen? —
Verily atravesó la puerta—. Tengo un caballo y una mula que atender...

Sus palabras llegaron a oídos de la gente congregada en bancos y sillas y apoyada en el mostrador del almacén. Inmediatamente dos hombres jóvenes de rostro idéntico se acercaron.

—Yo me ocuparé del caballo —dijo uno.

—Lo que me deja a mí la mula... y su equipaje, sin duda.

—Y yo me encargaré de la silla —dijo el primero—. Creo que es justo.

Verily Cooper les tendió la mano a la manera americana que había aprendido.

—Soy Verily Cooper —dijo.

—Wastenot Miller —dijo uno de los muchachos.

—Y yo soy Wantnot^[3] —dijo el otro.

—Puritanos, por vuestros nombres —dijo Verily.

—Ni hablar —respondió un hombre grueso de mediana edad que estaba sentado en un banco, en el rincón—. Poner a los niños nombres de virtudes no es monopolio de los fanáticos religiosos de Nueva Inglaterra.

Por primera vez Verily sintió el recelo flotar en el aire, y comprendió que aquella gente tenía que estar preguntándose quién era y qué buscaba allí.

—No hay más que un molinero en el pueblo, ¿verdad? —preguntó.

—Sólo yo —dijo el hombretón.

—Entonces usted debe de ser Alvin Miller Senior —dijo Verily, acercándose a él y tendiéndole la mano.

El molinero se la estrechó, cauteloso.

—Ya sabe quién soy, jovencito, pero lo único que yo sé de usted es que viene aquí a última hora del día, que nadie sabía que vendría, y que habla como un inglés relamido con un montón de educación. Tuvimos durante un tiempo un predicador que hablaba como usted. Pero ya no —y por el tono de su voz Verily supuso que la separación no había sido agradable.

—Me llamo Verily Cooper. Mi padre es tonelero, y aprendí el oficio de niño. Pero tiene usted razón. Recibí una buena educación y ahora soy leguleyo.

El molinero parecía sorprendido.

—Tengo que confesar que no conozco la diferencia entre tonelero y leguleyo —
dijo.

El hombre que le había recibido en la puerta intervino.

—Leguleyo es una forma de decir abogado.

El tono seco de su voz y la forma en que todo el mundo se envaró anunció a Verily que allí tenían algo contra los abogados.

—Por favor, les aseguro que dejé esa profesión atrás cuando salí de Inglaterra.

Dudo que se me permita practicarla aquí, en Estados Unidos, al menos no sin pasar antes algún tipo de examen. Pero no he venido para eso.

La esposa del molinero (o eso supuso Verily por su edad, pues no estaba sentada junto al hombre) habló, con bastante menos hostilidad que su marido.

—Un hombre viene de Inglaterra especialmente para visitar el pueblo de América que vive avergonzado cada día. Admito que siento curiosidad, abogado o no abogado. ¿Qué busca aquí?

—Bueno, conocí a un hijo suyo, creo. Y lo que me dijo...

Fue casi cómica la forma en que todos se inclinaron hacia delante.

—¿Vio a Calvin?

—El mismo —dijo Verily—. Un joven interesante.

Ellos se guardaron los comentarios.

Bueno, si había una cosa que Verily había aprendido como abogado, era que no tenía que llenar todos los silencios con su propio discurso. No podía estar seguro de la actitud de aquella familia hacia Calvin; después de todo, Calvin era un mentiroso tan diestro que tenía que haber practicado ese arte en casa antes de intentar abrirse camino en el mundo. Así que quizá le odiaran. O quizá fuese alguien amado y añorado. Verily no quiso cometer ningún error.

Finalmente, de modo predecible, fue la madre de Calvin quien habló.

—¿Vio a mi hijo? ¿Dónde estaba? ¿Cómo estaba?

—Lo conocí en Londres. Tiene el porte y la forma de hablar de un joven bastante listo. Parece gozar de buena salud también.

Ellos asintieron, y Verily vio que parecían aliviados. Así que lo amaban, y temían por él.

Un hombre alto y larguirucho de aproximadamente la edad de Verily estiró sus largas piernas y se arrellanó en el banco.

—Estoy seguro de que no ha venido hasta tan lejos para decirnos que Calvin está bien, señor Cooper.

—No, desde luego que no. Fue algo que dijo Calvin —Verily volvió a mirar a aquella gran familia que era a la vez acogedora y recelosa de un desconocido, y se preocupaba de inmediato y se entristecía por un hijo perdido—. Habló de un hermano suyo —con esto Verily miró al joven larguirucho que acababa de hablar—. Un hijo con talentos que superaban a los del propio Calvin.

El larguirucho soltó una carcajada y algunos de los otros se rieron también.

—¡No venga a contarnos historias! —dijo—. ¡Calvin nunca hablaría así de Alvin! Así que el larguirucho no era Alvin Junior después de todo.

—Bueno, digamos que leí entre líneas, por así decirlo. Ya saben ustedes que en Inglaterra el uso de poderes ocultos y artes arcanas se castiga con severidad. Así que los ingleses somos bastante ignorantes en esos asuntos. No obstante, pensé que si había una persona en el mundo que pudiera enseñarme cómo comprender esas cosas, bien podría ser Alvin, el hermano de Calvin.

Todos coincidieron en eso y asintieron, algunos incluso sonriendo.

Pero el padre continuó receloso.

—¿Y por qué querría un abogado inglés saber más sobre esas cosas?

Para su sorpresa, Verily se quedó sin palabras. Todos sus pensamientos se habían centrado en encontrar al hijo de Alvin el molinero... pero, por supuesto, ellos querían saber por qué le importaban tanto los poderes ocultos. ¿Qué podía decir? Toda su vida se había visto obligado a ocultar su don, su maldición; ahora descubría que no podía revelarlo, ni siquiera explicarlo.

Así que se acercó al mostrador y cogió un par de carretes grandes de hilo que estaban allí presumiblemente para que los clientes pudieran coger la cantidad que quisieran y enrollarlo en una bobina más pequeña. Uni6 los extremos de los carretes, y luego encontró el encaje perfecto entre ellos, de forma que nadie pudiera separarlos.

Tendió los hilos unidos al molinero. De inmediato el hombre trató de separarlos, pero no pareció sorprendido cuando fracasó. Miró a su esposa y sonrió.

—Mira esto —dijo—. Un abogado que sabe hacer algo útil. Es un milagro.

Los carretes pasaron de mano en mano sin que nadie hablara hasta que llegaron al joven larguirucho. Sin pensárselo dos veces separó los carretes y los colocó sobre el mostrador.

—Los carretes no sirven de nada así pegados —dijo.

Verily se quedó anonadado.

—Usted es —dijo—. Usted es Alvin.

—No, señor —respondió el joven—. Me llamo Mesura, pero he estado aprendiendo algo de la habilidad de mi hermano. Ésa es su principal ocupación, hoy por hoy: enseñar a la gente a Hacer lo mismo que él. Lo he estado aprendiendo como todo el mundo. Pero usted... sé que él querría conocerlo.

—Sí —dijo Verily, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su entusiasmo—. Sí, para eso he venido. Para aprender de él, así que me alegra oír que quiere enseñar.

Mesura sonrió.

—Bueno, él quiere enseñar, y usted quiere aprender. Pero tengo la sensación de que ustedes dos van a tener que hacerse un tipo diferente de servicio antes de que eso sea posible.

Verily no se sorprendió.

Naturalmente tenía que haber un precio, o tal vez una prueba de lealtad o de confianza.

—Haré lo que haga falta para que un Hacedor me enseñe para qué sirve mi don y cómo usarlo bien.

La señora Miller asintió.

—Creo que podría valer —dijo—. Creo que tal vez Dios lo trajo aquí.

Su marido hizo una mueca.

—Sería suficiente si le hubiera traído para enseñarle modales a mi marido, pero temo que eso puede estar incluso más allá de los poderes de un Dios benevolente —

dijo ella.

—Odio cuando hablas como el viejo reverendo Thrower —dijo el molinero a regañadientes.

—Ya lo sé, querido. Señor Cooper, suponga que necesitara usted practicar su profesión, no en Wobbish, sino en el estado de Hio. ¿Cuánto tiempo tardaría en prepararse para hacer la prueba?

—No lo sé. Depende de cuánto se haya desviado la práctica legal americana de la ley inglesa. Tal vez sólo unos cuantos días. Tal vez mucho más. Pero le aseguro que no he venido a practicar la abogacía, sino más bien a estudiar leyes superiores.

—¿Quiere saber por qué nos ha encontrado a todos aquí en la tienda de Soldado? —preguntó el molinero—. Teníamos una reunión, para intentar ver cómo juntábamos dinero para contratar a un abogado. Sabíamos que necesitábamos a uno bueno, de primera clase, pero también sabíamos que algún grupo rico y secreto de Cartago ha contratado ya a los mejores abogados de Hio para que trabajen contra nosotros. Así que la pregunta era, ¿a quién podríamos contratar, y cómo demontes podríamos pagarle? Mi esposa piensa que Dios le trajo, pero mi opinión es que ha venido usted solito, o que mi hijo Alvin le trajo. Pero quién sabe, siempre lo digo. Está usted aquí. Es abogado. Y quiere algo de Alvin.

—¿Está proponiendo un intercambio de servicios? —preguntó Verily.

—En realidad no —interrumpió Mesura, levantándose del banco. Verily siempre se había considerado un hombre bastante alto, pero aquel joven granjero le superaba con creces—. Alvin le enseñará gratis, si quiere aprender. La cosa es que primero tiene que hacernos ese servicio legal antes de que Alvin pueda aceptarlo como alumno. Así están las cosas.

Verily estaba confundido. Fuera un acuerdo o no.

El dueño de la tienda habló desde el fondo, risueño.

—Todos estamos hablando en círculos. Señor Cooper, el servicio legal que necesitamos de usted es que defienda a Alvin Junior en su juicio. Está en la cárcel, en Río Hatrack, acusado de robar el oro de un tipo, y supongo que van a echarle encima un montón de otros cargos. Están dispuestos a meter al chico en la cárcel durante mucho tiempo, si no a ahorcarlo, y usted nos llega precisamente ahora... bueno, tiene que comprender que nos parezca una suerte.

—En la cárcel —dijo Verily.

—En Río Hatrack —dijo Soldado.

—Pasé por allí no hace ni una semana.

—Bueno, pues entonces pasó por delante del juzgado donde lo tienen encerrado.

—Sí, lo haré. ¿Cuándo es el juicio?

—Oh, cuando usted quiera. El juez es amigo de Alvin, como la mayoría del pueblo, más o menos. No pueden dejarlo ir, aunque les gustaría. Pero retrasarán el juicio todo lo que usted necesite para ser admitido en el gremio.

Verily asintió.

—Sí, lo haré. Pero... estoy sorprendido. No tienen ustedes ni idea de si soy buen abogado o no.

Mesura soltó una carcajada.

—Vamos, amigo, ¿piensa que somos ciegos? ¡Mire su ropa! Es usted rico, y eso no se consigue fabricando barriles.

—Además —dijo Soldado—, tiene usted ese acento inglés, esos aires de caballero. El jurado de Río Hatrack estará de parte de Alvin. Todo lo que usted diga va a parecerles muy inteligente.

—Está diciendo que no tengo por qué ser muy bueno. Sólo tengo que ser inglés, un abogado vivo y presente en la sala.

—Eso es, sí —dijo Soldado.

—Entonces tienen ustedes un abogado. O, más bien, lo tiene su hijo. Si me quiere, claro está.

—Él quiere salir de la cárcel y limpiar su nombre —dijo Mesura solemnemente—. Y quiere enseñar a la gente a ser Hacedores. Creo que encajará usted con lo que quiere.

—¡Venga aquí! —la orden vino de la señora Miller, y Verily se acercó obediente. Ella extendió la mano y le cogió la mano derecha y la sostuvo entre las dos suyas—. Señor Verily Cooper, ¿será un verdadero amigo de mi hijo?

Él comprendió que le estaba pidiendo un juramento, un juramento en toda regla.

—Sí, señora. Seré su verdadero amigo.

Lo que siguió a su promesa no fue exactamente silencio. Fue el sonido de suspiros largamente contenidos. Verily nunca había sido antes la respuesta a los deseos de nadie. Fue algo abrumador. Y un poco aterrador también.

Wastenot y Wantnot regresaron.

—Hemos descargado, alimentado, lavado y guardado en el establo el caballo y la mula.

—Gracias —dijo Verily.

Los gemelos miraron en derredor.

—¿Por qué sonrío todo el mundo?

—Tenemos un abogado para Alvin —dijo Mesura.

Wastenot y Wantnot sonrieron también.

—¡Bueno, rayos, vamos a casa a dormir!

—No —dijo el molinero—. Queda un asunto pendiente.

De inmediato, el ambiente festivo se evaporó.

—Siéntese, señor Cooper —dijo el molinero—. Tenemos una historia que contarle. Una historia triste, y termina con todos los hombres de este pueblo, excepto Soldado y Mesura... termina con todos nosotros cubiertos de infamia.

Verily se sentó a escuchar.

Capítulo 13.

MANIOBRAS

Vilate le trajo otro pastel.

—No he podido terminarme el último —dijo Alvin—. ¿Crees que mi estómago es un pozo sin fondo?

—Un hombre de tu tamaño y de tu fuerza necesita algo para mantener la carne sobre los huesos —dijo Vilate—. Y todavía no he aprendido a hacer media tarta.

Alvin se echó a reír. Pero mientras ella introducía la tarta bajo la puerta de barrotes de la celda Alvin notó que la rodeaban hechizos nuevos, aparte de uno de ruego y súplica. Reconoció la mayoría de los hechizos; él mismo había hecho unos cuantos en sus tiempos, para protección o salvaguarda, e incluso por ocultación y debilidad de corazón, con los que se conseguía un tipo más profundo de seguridad pero que resultaban mucho más difíciles de hacer. Los que Vilate traía hoy, sin embargo, estaban más allá de la habilidad de Alvin. Y como probablemente no funcionarían sobre él, o no demasiado bien, Alvin no podía asegurar para qué eran. Ni podía preguntárselo a ella.

Para ocultar algo, tal vez. Parecía un hechizo para pasar algo por alto, que era siempre muy sutil y normalmente funcionaba en un solo sentido.

Alvin se agachó, recogió la tarta, y la depositó en la mesita que le dejaban tener.

—Alvin —dijo ella en voz baja.

—¿Sí?

—Chitón.

Él alzó la cabeza, preguntándose a qué venía tanto secretismo.

—No quiero que me oigan —dijo ella. Miró hacia la puerta entreabierta que conducía a la oficina del *sheriff*, desde donde sin duda el guardia estaba tratando de escuchar. Llamó a Alvin.

A Alvin se le pasó entonces por la cabeza algo que lo avergonzó un poco. ¿Compartía ella los mismos pensamientos románticos que él había tenido en aquellas noches solitarias? Tal vez supiera que sólo él podía ver más allá de sus falsos hechizos de belleza y que le gustaba por lo que realmente era. Tal vez ella lo veía como alguien a quien podría amar, tal como Alvin había deseado a veces, ya que había perdido a su primer amor.

Alvin se acercó.

—Alvin, ¿quieres escapar de aquí? —susurró ella. Apoyó la frente sobre los barrotes. Su cara estaba muy cerca. ¿Estaba, de un modo tímido, ofreciéndole un beso?

Él extendió la mano y le tocó la barbilla, alzó su cara. ¿Quería que la besara? Sonrió tristemente.

—Vilate, si quisiera escapar, yo...

No llegó a terminar la frase, no llegó a decir: podría salir de aquí en cualquier momento. Porque en ese instante el comisario abrió la puerta y miró la celda. Inmediatamente su cara adoptó una expresión frenética, y pasó ante ellos como si no los viera.

—¡Qué demonios! —gritó, y luego salió corriendo de la celda. Alvin oyó resonar sus pisadas por el pasillo mientras llamaba—: ¡*Sheriff*! ¡*Sheriff Doggly*!

Alvin miró a Vilate.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

Vilate dejó caer la dentadura, luego sonrió.

—¿Cómo puedo saberlo, Alvin? Pero me parece que es un momento peligroso para hablar de lo que he venido a hablar —recogió sus faldas y se marchó de la cárcel.

Alvin no tenía ni idea de la intención de aquella visita, pero sabía una cosa: fuera lo que fuese lo que hacían sus nuevos hechizos, estaban relacionados con el comisario y lo que había visto al entrar. Y como había un hechizo de ruego y súplica, bien podría haber sido Vilate el motivo de que el comisario entrara en principio en la habitación, y el motivo de que se dejara llevar tan rápido por el pánico y saliera corriendo sin más.

Ha dejado caer la dentadura superior para demostrar su desprecio por mí, pensó Alvin. Igual que hizo con Horace, su enemigo. De algún modo, me he convertido en su enemigo.

Miró la tarta que estaba junto a la cama. La recogió y la deslizó de nuevo bajo la puerta.

Cinco minutos después, el comisario regresó con el *sheriff* y el fiscal del condado.

—¿Qué demonios es todo esto? —exigió saber el *sheriff Doggly*—. ¡Está ahí, como siempre! Billy Hunter, ¿has estado bebiendo? —inquirió.

—Juro que aquí no había ni un alma —dijo el comisario—. Vi a Vilate Franker entrar con una tarta...

—*Sheriff*, ¿de qué está hablando? —dijo Alvin—. Lo vi entrar aquí no hace ni cinco minutos y empezar a gritar y correr por el pasillo. Asustó tanto a la pobre Vilate que salió de aquí como si la persiguiera un oso.

—¡Él no estaba aquí, lo juro ante Dios y todos los ángeles! —dijo Billy Hunter.

—Estaba aquí, junto a la puerta —dijo Alvin.

—Tal vez estaba agachándose para coger el pastel y no lo viste —apuntó el *sheriff*.

—No, señor —dijo Alvin, reacio a mentir—. Estaba de pie. Ahí está la tarta... pueden quedársela si quieren, le he dicho a la señorita Vilate que no me terminé la última.

—No quiero tarta tuya —dijo Billy—. Hicieras lo que hicieras, me hiciste quedar como un tonto.

—No hace falta ayuda de Alvin para que quedes en ridículo —dijo el *sheriff*

Doggly. Marty Laws, el fiscal del condado, se rió con el chiste. Marty tenía la facultad de reírse en el momento adecuado para empeorar las cosas.

Billy miró con mala cara a Alvin.

—Vamos, Alvin, tienes que cumplir tu palabra —dijo Marty—. No puedes ir a dar un paseo fuera de la cárcel cada vez que se te antoje.

—Así que usted me cree —dijo el comisario.

Marty Laws puso los ojos en blanco.

—Yo no creo a nadie —dijo el *sheriff* Doggly—. Y Alvin no ha dado ningún paseo, ¿verdad, Alvin?

—No, señor. No me he movido de esta celda.

Ninguno de ellos se molestó en fingir que Alvin no podría haber escapado cuando se le antojase.

—¿Me estás llamando mentiroso? —preguntó Billy.

—Estoy diciendo que estás equivocado —dijo Alvin—. Me parece que a lo mejor alguien te ha engañado para hacerte pensar lo que has pensado y ver lo que has visto.

—Alguien está engañando a alguien —dijo Billy Hunter.

Se marcharon. Alvin se sentó en el jergón y vio cómo una hormiga recorría el suelo de la celda buscando algo de comer. Hay una tarta ahí, sólo un poco más allá... y en efecto la hormiga se volvió, siguiendo el consejo de Alvin, aunque por supuesto las palabras en sí eran algo demasiado complicado para la diminuta mente de una hormiga. No, la hormiga sólo siguió el mensaje de la comida y una dirección, y al cabo de un minuto o dos estuvo en el plato de la tarta y recorriendo la corteza. Luego se marchó a buscar a sus amigas para almorzar. Al menos se podría sacar algo bueno de aquella tarta.

Los hechizos de Vilate eran de ocultación, desde luego, y apuntaban a la puerta. Le había hecho acercarse para incluirlo en su fuerte hechizo de ignorancia; por eso Billy Hunter había mirado y no había visto a nadie.

¿Pero por qué? ¿Qué podía conseguir con un juego tan tonto como ése?

Sin embargo, pese a todo su asombro, Alvin estaba furioso. No tanto con Vilate como consigo mismo, por ser tan tonto. ¡Acaramelarse con una mujer con dentadura postiza y hechizos de vanidad, por el amor del cielo! Apreciarla incluso cuando sabía que era una chismosa total y sospechaba que la mitad de las historias que le contaba no eran verdad.

Y lo peor de todo: cuando volviera a ver a Peggy (si volvía a verla), ella sabría lo estúpido que era por enamorarse de una mujer sabiendo que era toda trucos y mentiras.

Bueno, Peggy, cuando me enamoré de ti eras toda trucos y mentiras también, ya lo sabes. Recuerda eso cuando pienses que soy el tonto más grande que jamás ha vivido.

La puerta se abrió y Billy Hunter volvió a entrar, se detuvo junto a la puerta de la celda, y recogió el pastel.

—No tiene sentido que esto se eche a perder aunque seas un mentiroso —dijo.

—Adelante, Billy. Aunque medio se la he prometido a una hormiga hace un minuto.

Billy le miró, pensando sin duda que Alvin se estaba burlando de él en vez de decir la pura verdad. Bueno, en cierto modo, Alvin se estaba tomando la situación con buen humor. Tendría que hablar de aquello con Arturo Estuardo cuando el niño volviera, ver si tenía idea de lo que pretendía Vilate con aquella charada.

La hormiga regresó a la cabeza de una fila de hermanas. No encontraron más que un par de migajas de corteza. Pero era mejor que nada, ¿no? Alvin vio cómo se esforzaban por manejar los grandes trozos de hojaldre. Para ayudarlas, los rompió con su poder en trozos más pequeños. Las hormigas aprovecharon la oportunidad y se llevaron las migajas en fila. Aquella noche sin duda habría un festín en el hormiguero.

El estómago de Alvin gruñó. En honor a la verdad, le habría venido bien aquella tarta, y desde luego no habría dejado gran cosa de ella. Pero no iba a volver a comer nada que viniera de Vilate Franker, nunca más. Esa mujer no era de fiar.

Dejó caer la dentadura ante mí, pensó. Me odia. ¿Por qué?

Era inevitable. Incluso con la mejor suerte posible al elegir el jurado, incluso con aquel inglés como abogado de Alvin, la pequeña Peggy no veía más que una probabilidad entre tres o cuatro de que fuera declarado inocente; y eso no era suficiente. Tendría que ir con él. Tendría que estar disponible para testificar. Incluso con toda aquella gente nueva en Hatrack, una cosa era segura: si Peggy la tea decía que una cosa era verdad, la creerían. La gente de Hatrack sabía que veía la verdad, y también sabía (a veces para su incomodidad) que nunca decía nada que no fuera cierto, aunque agradecían que no dijera todas las verdades que sabía.

Sólo la propia Peggy sabía cuántos secretos terribles, vergonzantes o dolorosos había evitado mencionar. Pero eso no tenía importancia. Estaba acostumbrada a llevar dentro de sí los secretos de los demás desde su infancia, cuando tuvo que enfrentarse al oscuro secreto de adulterio de su padre. Desde entonces había aprendido a no juzgar. Incluso había llegado a querer a la señora Modesty, la mujer con la que su padre, el viejo Horace Guester, había sido infiel a su madre. La señora Modesty fue como otra madre para ella, y le dio no la vida del cuerpo, sino la vida de la mente, la vida de los modales en sociedad, la vida de la gracia y la belleza que Peggy valoraba tal vez demasiado.

Tal vez demasiado, porque no iba a haber mucha gracia y belleza en el futuro de Alvin, y le gustara o no, Peggy estaba atada a ese futuro.

Qué mentiras me digo a mí misma, pensó. «Me guste o no». Desde luego, si quisiera, podría alejarme de Alvin y no preocuparme de si se queda en la cárcel o si se ahoga en el Hio o lo que sea. Estoy atada a Alvin Smith porque lo amo, y amo lo

que puede ser, y quiero participar en todo lo que hará. Incluso en lo duro. Aun en las cosas estúpidas, sosas, burdas.

Así que, por etapas, se dirigió hacia Río Hatrack.

Cierto día atravesó el pueblo de Wheelwright, situado en el norte de Appalachee. Estaba junto al Hio, no lejos de donde, corriente arriba, desembocaba el Hatrack. Tan cerca de casa estaba que podría haber alquilado un carromato y tomado el último *ferry*, confiando en que la luz de la luna y su habilidad como tea la llevaran a salvo a casa. Podría haberlo hecho, pero se detuvo a cenar en un restaurante que nunca antes había visitado. La comida era fresca, de buen sabor, y la compañía agradable... todo un cambio después de tantos días en el camino.

Mientras comía, oyó un tumulto fuera... una banda tocaba, bastante mal pero con considerable entusiasmo; la gente gritaba y aplaudía.

—¿Un desfile? —le preguntó al camarero.

—Ya sabe que sólo faltan unas cuantas semanas para las elecciones presidenciales —respondió el camarero.

Lo sabía, pero apenas le había prestado atención. Alguien competía contra otra persona por ocupar un puesto administrativo en todas las ciudades por las que había pasado, pero eso apenas le importaba comparado con el asunto de acabar con la esclavitud, por no mencionar sus preocupaciones respecto a Alvin. Hasta ahora, para ella no había supuesto ninguna diferencia quién ganara las elecciones. En Appalachee, como en los otros estados esclavistas, no había nadie que se atreviera a presentarse abiertamente como candidato abolicionista: eso habría sido un vale para un traje gratis de brea y plumas y la expulsión de la ciudad, si no peor, pues quienes amaban la esclavitud eran violentos de corazón y los que la odiaban eran apocados en su mayoría y estaban divididos. Todavía.

—¿Se trata de un discurso? —preguntó.

—Me parece que es el viejo Tippy-Canoe —dijo el camarero.

Ella se puso lívida porque comprendió de inmediato a quién se refería.

—¿Harrison?

—Creo que ganará en Wheelwright. Pero no más al sur, donde la tribu cherriky es muy numerosa. Creen que es el hombre que intentará privarles de sus derechos. Tampoco conseguirá gran cosa en Irrakwa, ya que es zona roja. Pero, verá, los blancos no están demasiado contentos con la forma en que los irrakwa controlan los ferrocarriles y los cherriky les hacen pagar por atravesar las montañas.

—¿Votarían por un asesino, sólo por envidia?

El camarero sonrió débilmente.

—Hay quien dice que porque un brujo indio pusiera un hechizo sobre Tippy-Canoe no significa que él hiciera nada malo. Los pieles rojas se enfadan por cualquier cosa.

—Masacrar a miles de mujeres y niños inocentes... qué tontos, ofenderse por algo así.

El camarero se encogió de hombros.

—No puedo permitirme opinar de política, señora.

Pero ella vio que no era así, y que las opiniones del hombre eran distintas de las suyas.

Tras pagar la comida (y dejar una propina en la mesa para el camarero, pues no veía ningún motivo para castigar a un hombre en su forma de ganarse la vida a causa de su punto de vista político), se apresuró a salir para ver el alboroto. Poco más arriba habían convertido un carro en una tarima improvisada y lo habían adornado con los colores rojo, blanco y azul de la bandera de Estados Unidos. No había ni rastro del rojo y el verde de la vieja bandera del Appalachee independiente, antes de que se sumara a la Unión. Por supuesto que no. Ésos habían sido los colores cherriky: rojo por las pieles rojas, verde por el bosque. Patrick Henry y Thomas Jefferson los habían adoptado como los colores de un Appalachee libre; por esa bandera había muerto George Washington. Pero ahora, aunque otros políticos aún apelaban a viejas lealtades, Harrison difícilmente podía querer recordar la alianza entre rojos y blancos que liberó Appalachee del rey de Camelot. No con aquellas manos ensangrentadas.

Manos que incluso ahora chorreaban sangre mientras se asían al carro. Peggy, de pie en la acera de madera, al otro lado de la calle, miró por encima de las cabezas de la multitud que aplaudía para ver el rostro de William Henry Harrison. Lo miró primero a los ojos, como cualquier mujer podría estudiar a cualquier hombre, para ver su carácter. Pero rápidamente miró más adentro, al fuego interior, y observó los futuros que se extendían ante él. Harrison no tenía secretos para ella.

Vio que todos los caminos llevaban a la victoria en las elecciones. Y no sólo una victoria modesta. Su principal oponente, un desventurado abogado llamado Andrew Jackson, de Tennizy, sería aplastado y humillado... y luego sufriría en el ignominioso puesto de vicepresidente al que casi siempre se veía condenado el principal perdedor de todas las elecciones. Un sistema cruel, según había pensado siempre Peggy: el equivalente político a ponerle grilletas a un hombre durante cuatro años. Era significativo que ambos candidatos fueran de los nuevos estados del oeste; aún más significativo era que ambos territorios permitían la esclavitud. Las cosas pintaban mal. Y aún peores fueron las cosas que vio en la mente de Harrison, los planes que él y sus seguidores políticos pretendían llevar a cabo.

Su idea más extravagante tenía pocas posibilidades de éxito: sólo unos cuantos senderos en el fuego interior de Harrison conducían a la unión con las Tierras de la Corona que anhelaba; nunca sería duque. Qué sueño tan patético, pensó Peggy.

Pero desde luego Harrison tendría éxito en la destrucción política de las pieles rojas de Irrakwa y Cherriky, porque los blancos, sobre todo en el oeste, estaban preparados para ello, dispuestos a romper el poder de un pueblo que Harrison se atrevía a tildar de salvaje.

—¡Dios no trajo a la raza cristiana a esta tierra para que la compartiera con paganos y bárbaros! —chilló Tippy-Canoe, y la gente aplaudió.

Harrison también tendría éxito fomentando todavía más la esclavitud, permitiendo que los amos de los esclavos llevaran a éstos a sus propiedades de los estados libres y siguieran poseyéndolos y los obligaran a servir en tales propiedades siempre que el amo continuara poseyendo un pedazo de tierra en un estado esclavista y votara allí. Precisamente conseguir este fin era lo que pretendían casi todos los seguidores de Harrison. Con el asunto de las pieles rojas Tippy-Canoe obtendría el triunfo, pero una vez en el campo, era la cuestión de la esclavitud lo que le daría poder en el Congreso.

Aquello era insoportable. Sin embargo Peggy lo soportó, y se quedó toda la tarde mientras él gritaba y exhortaba a la gente alzando de vez en cuando las manos ensangrentadas al cielo para recordar a la multitud:

—¡Yo he saboreado la traicionera ira de los poderes secretos del piel roja, y os digo que si esto es todo lo que pueden hacer, bueno, está bien, porque no es mucho! Cierto, no puedo conservar una camisa limpia —y todos se rieron con eso, una y otra vez, con cada variante de los tediosos detalles de vivir con las manos ensangrentadas —, y no hay nadie dispuesto a prestarme un pañuelo —otra vez risas—, pero no pueden impedirme que os diga la pura verdad, y no pueden impedir que un pueblo cristiano elija al hombre que esté dispuesto a alzarse contra los traidores indios, los bárbaros que se visten como hombres blancos pero planean en secreto poseerlo todo como poseen los ferrocarriles y los pasos de las montañas y...

Y así una y otra vez. Tonterías confusas, todo ello, pero la multitud fue en aumento a medida que avanzaba la tarde, y al anochecer, cuando Harrison bajó por fin de su púlpito, sus seguidores se lo llevaron a hombros para atiborrarlo de cerveza y comida, todo aquello que hiciera que la gente pensara que era uno de ellos, mientras Peggy Larner se quedaba agarrada a la barandilla de la acera, viendo en todos los senderos que este hombre deshacía todo su trabajo, que este hombre sería motivo de muertes y sufrimientos de incontables indios, muchos más de los que ya habían muerto o sufrido a sus manos.

Si hubiera tenido un mosquete en sus manos en ese momento, podría haber ido tras él para atravesarle el corazón con una bala.

Pero la ira asesina pasó rápidamente. No soy yo quien mata, pensó. Soy quien libera al esclavo si puede, no quien asesina al amo.

Tenía que haber una forma de detenerlo.

Alvin sabría cómo. Peggy tenía que regresar a Río Hatrack aún con más urgencia, no sólo para ayudar a Alvin en el juicio, sino para conseguir su ayuda para detener a Harrison. Tal vez si iba a casa de Beca y usaba las puertas de su vieja cabaña para que le dejara visitar a Tenskwa-Tawa... Sin duda el Profeta Rojo haría algo para que su maldición contra Asesino Blanco Harrison fuera más efectiva. Aunque no veía un resultado así en ninguno de los senderos del fuego de Alvin, nunca sabía cuándo sus actos o los de otra persona abrirían nuevos senderos que condujeran a mejores esperanzas.

Pero aquel día era demasiado tarde. Tendría que pasar la noche en Wheelwright y proseguir su viaje hasta Río Hatrack al día siguiente.

—Vengo a verle, señor, con los buenos deseos de su familia —dijo el desconocido.

—Confieso que no me he quedado con su nombre —dijo Alvin, levantándose del camastro—. Es muy tarde.

—Verily Cooper —dijo el desconocido—. Perdome mi llegada intempestiva. Me ha parecido mejor que habláramos esta noche, ya que el primer asunto de su defensa ante el tribunal es mañana por la mañana.

—Sé que el juez va a empezar por fin a elegir jurado.

—Sí, eso es importante, por supuesto. Pero siguiendo los consejos de un abogado de fuera, un tal Daniel Webster, el fiscal del condado ha presentado algunas mociones desagradables. Como, por ejemplo, una moción que requiere que la propiedad en litigio sea colocada bajo el control del tribunal.

—El juez no admitiría eso —dijo Alvin—. Sabe que en el momento en que este arado salga de mis manos, algunos tipos duros del río, por no mencionar unas cuantas almas avariciosas del pueblo, moverán cielo y tierra por ponerle una mano encima. El arado está hecho de oro... y eso es todo cuanto saben y les preocupa. ¿Pero quién es usted, señor Cooper, y qué tiene eso que ver con usted?

—Soy su abogado, señor Smith, si me acepta —le tendió una carta.

Alvin reconoció de inmediato la letra de Soldado de Dios, y las firmas de sus padres y hermanos y hermanas. Todos firmaban después de asegurar que pensaban que el señor Cooper era un hombre de buen carácter y de decirle que alguien le había pagado a un poderoso abogado de Nueva Inglaterra llamado Daniel Webster para que husmeara en Iglesia de Vigor y recopilara mentiras de cualquiera como prueba contra él.

—Pero si yo no le he hecho daño a nadie allí —dijo Alvin—. ¿Por qué iban a mentir...?

—Señor Smith, tengo que...

—Llámeme Alvin, ¿quiere? «Señor Smith» me recuerda siempre a mi viejo maestro Pacífico, el tipo cuyas mentiras me han metido en este lío.

—Alvin —repitió Cooper—. Y tú debes llamarme Verily.

—Como quieras.

—Alvin, sé por experiencia que cuanto mejor persona eres, más gente hay resentida por eso; y esa gente encuentra la ocasión para enfadarse contigo no importa lo amables que hayas pretendido que fueran tus acciones.

—Bueno, entonces estoy a salvo, porque no soy una persona demasiado buena. Cooper sonrió.

—Conozco a tu hermano Calvin —dijo.

Alvin alzó una ceja.

—Me gustaría decir que los amigos de Calvin son mis amigos, pero no puedo.

—El odio que Calvin siente por ti, creo, es una de las mejores recomendaciones acerca de tu carácter que se me ocurren. Es a causa de la descripción que hizo de ti que he venido a conocerte. Verás, le conocí en Londres, y decidí allí y entonces cerrar mi bufete y marcharme a América para ver al hombre que puede enseñarme quién y qué soy, y para qué.

Con esto, Cooper se inclinó y cogió el Nuevo Testamento de Alvin, el libro que yacía abierto en el suelo junto al camastro. Lo cerró, y luego se lo tendió a Alvin.

Alvin trató de abrirlo, pero las páginas estaban pegadas con tanta fuerza como si el libro fuera un bloque compacto de madera con tapas de cuero.

Verily volvió a cogerlo un instante, y luego se lo devolvió. Esta vez el libro se abrió por la página exacta que Alvin estaba leyendo.

—Podría haber muerto por esto en Inglaterra —dijo Verily—. La sabiduría de mis padres y mi propia habilidad para aprender a ocultar esos poderes me han mantenido vivo todos estos años. Pero tengo que saber qué es. Tengo que saber por qué Dios permite que algunas personas tengan esos poderes. Y qué hacer con ellos. Y quién eres.

Alvin se tumbó en el camastro.

—Esto sí que es fuerte —dijo—. ¿Has cruzado el océano para conocerme?

—Entonces no tenía ni idea que podría serte de ayuda. De hecho, me parece que la mano de la providencia me indujo quizás a estudiar leyes en vez de seguir el oficio de mi padre como tonelero. Tal vez se sabía que un día te enfrentarías a la lengua de plata de Daniel Webster.

—¿Tú tienes entonces una lengua de oro, Verily? —preguntó Alvin.

—Yo uno las cosas —dijo Verily—. Es mi... don, como lo llamáis los americanos. Eso es lo que hace la ley. Uso la ley para unir las cosas. Veo cómo encajan.

—Ese Webster... va a usar la ley para separar las cosas.

—Como el arado y tú.

—Y mis vecinos y yo —dijo Alvin.

—Entonces comprendes el dilema —dijo Verily—. Hasta ahora se te conoce como un hombre generoso y amable con todos. Pero tienes un arado de oro que no dejas ver a nadie. Tienes una riqueza fantástica que no compartes con nadie. Ésa es la cuña que Webster intentará usar para separarte de tu comunidad como se divide una troza.

—Cuando se trata de oro, la gente empieza a calcular cuánto valen para ellos en dinero contante y sonante el amor y la lealtad.

—Y es vergonzoso lo barato que puede ser el precio a veces —Verily sonrió tristemente.

—¿Cuál es tu precio?

—Cuando salgas libre de este lugar, déjame ir contigo para aprender de ti, observarte, participar en todo lo que haces.

—¿Ni siquiera me conoces y me estás proponiendo matrimonio?

Verily se echó a reír.

—Supongo que es lo que parece, ¿no?

—Sin ninguno de los beneficios —dijo Alvin—. Me siento muy cómodo acompañado de Arturo Estuardo porque sabe cuándo guardar silencio, pero no sé si podré soportar que un tipo que quiere investigar mi cerebro camine conmigo a todas horas.

—Soy abogado, así que mi profesión es hablar; pero te prometo que si no supiera cómo y cuándo guardar silencio, nunca habría llegado a la edad adulta en Inglaterra.

—No puedo hacerte ninguna promesa —dijo Alvin—. Así que me parece que no eres mi abogado después de todo, ya que no puedo pagar tu tarifa.

—Hay una promesa que puedes hacerme —dijo Verily—. Puedes darme una oportunidad honesta.

Alvin estudió el rostro del hombre y decidió que le gustaba su aspecto, aunque deseó como nunca había deseado tener el don de Peggy para leer la mente de la gente en vez de sólo poder comprobar la salud de sus órganos.

—Sí, me parece que puedo hacerte esa promesa, Verily Cooper. Tendrás una oportunidad honesta, y si eso es pago suficiente para ti, entonces eres mi abogado.

—Entonces no hay más que hablar. Sólo una pregunta y te dejaré dormir.

—Adelante.

—Ese arado... ¿hasta qué punto es vital que el arado permanezca en tus manos, y en las de nadie más?

—Si el tribunal exige que lo entregue, escaparé de esta cárcel y viviré oculto el resto de mis días antes de dejar que ninguna otra mano lo toque.

—Seamos precisos. ¿Es su posesión lo que importa, o sólo verlo y tocarlo?

—No entiendo la pregunta.

—¿Y si alguien más pudiera verlo y tocarlo en tu presencia?

—¿Para qué serviría eso?

—Webster argumentará que el tribunal tiene el derecho y el deber de determinar que el arado existe y que está de verdad hecho de oro, para poder estimar una compensación justa si decide que tienes que pagar al señor Pacífico Smith su valor en dinero.

Alvin se echó a reír.

—En todo este tiempo que he pasado en la cárcel, jamás se me había pasado por la mente que se pueda comprar a Pacífico.

—No digo que se pueda —dijo Verily—. Creo que lo que quiere es el arado, y la victoria, no el dinero.

—Cierto, aunque pienso que si dinero es todo lo que puede conseguir...

—Dime pues, mientras estés en posesión del arado...

—Supongo que depende de quién lo mire y lo toque.

—Si tú estás allí, nadie puede robarlo, ¿me equivoco? —preguntó Verily.

—Supongo que eso es verdad.

—¿Entonces cuánta mano libre tengo?

—Pacífico no puede tocarlo —dijo Alvin—. No lo hago por maldad, pero ocurre una cosa: el arado está vivo.

Verily alzó una ceja.

—No respira ni come ni nada de eso —dijo Alvin—. Pero el arado está vivo al contacto. Depende del hombre. Pero para Pacífico tocar el arado mientras viva en medio de una negra mentira... no sé qué podría pasarle. No sé si sería seguro para él volver a tocar metal. No sé qué le harían el martillo y el yunque, si sus manos tocaran el arado teniendo el corazón tan negro.

Verily apoyó la mano contra los barrotes, los ojos cerrados.

—¿Te encuentras mal? —preguntó Alvin.

—Estoy mareado por la excitación de mirar por fin el conocimiento a la cara —dijo Verily—. Desfallecido. Fatigado.

—Bueno, pues no vomites en el suelo, tendré que olerlo toda la noche —entonces Alvin sonrió.

—Pensaba más en desmayarme —dijo Verily—. Ni Pacífico, ni nadie que viva en una... mentira negra. Me pregunto si mi oponente, el señor Daniel Webster...

—No le conozco. Por lo que sé, podría ser un hombre honrado. Un mentiroso contrataría a un abogado honesto, ¿no crees?

—Podría —dijo Verily—. Pero una asociación así acabaría por destruir al mentiroso.

—Bueno, demonios, Verily, un mentiroso acaba por destruirse de todas formas.

—¿Lo sabes? Quiero decir, ¿igual que sabes que el arado está vivo?

—Me parece que no —dijo Alvin—. Pero tengo que creer que es verdad, ¿cómo podría si no fiarme de nadie?

—Creo que tienes razón —dijo Verily—. A la larga, una mentira se va liando y al final la gente acaba por ver que es una mentira. Pero a la larga es un plazo muy muy largo. Más que la vida. Podrías llevar mucho tiempo muerto antes de que muera la mentira, Alvin.

—¿Me estás advirtiéndome de algo en concreto?

—No lo creo —dijo Verily—. Me ha parecido algo que yo tenía que decirte y que tú tenías que oír.

—Ya lo has dicho. Ya lo he oído —Alvin sonrió—. Buenas noches, Verily Cooper.

—Buenas noches, Alvin Smith.

Peggy Larner llegó al *ferry* a primera hora de la mañana. La prisa la atenazaba

como un corsé apretado, de modo que apenas podía respirar.

Asesino Blanco Harrison iba a ser Presidente de Estados Unidos. Tenía que hablar con Alvin, y este río, este Hio, se interponía en su camino.

Pero el *ferry* estaba al otro lado del río, lo cual tenía mucho sentido, ya que los granjeros del otro lado lo necesitarían más temprano para traer sus artículos al mercado. Así que Peggy tuvo que esperar, con prisa o sin ella. Vio que el *ferry* ya se movía, atado a una anilla de metal que se deslizaba a lo largo del cable que cruzaba el río a unos doce metros de altura. Aquella frágil conexión era lo único que impedía que fuera arrastrado río abajo; y supuso que cuando el río crecía el *ferry* no debía funcionar ya que, aunque el cable fuera lo bastante fuerte, y la anilla, y la cuerda, no habría árboles capaces de resistir la tensión sin ser arrancados del suelo. El agua no podía ser domada con cables, anillas, o cuerdas mucho mejor que con presas o puentes, barcos o balsas, tuberías o canalones, tejados o ventanas o paredes o puertas. Si había aprendido algo en sus primeros años de vigilar a Alvin, era que no se podía confiar en el agua, en su ruindad.

Pero tenía que cruzar aquel río, y lo cruzaría.

Como había cruzado muchos otros. Pensó en todas las veces que su padre se había acercado al río y cruzado con un bote para rescatar a algún esclavo fugitivo y llevarlo a la seguridad del norte. Pensó en cuántos esclavos habían llegado sin ayuda a esas aguas; en cuántos, sin saber nadar, habían desesperado y aguardado a que los Rastreadores o los perros los alcanzaran, o se habían lanzado al agua de todas formas hasta que sus pies no encontraron el limo del fondo y fueron barridos. Los cuerpos de esos esclavos eran encontrados siempre en la orilla, río abajo, blancos por el agua, hinchados y horribles en la muerte; pero el espíritu, ah, el espíritu era libre, pues el amo que pensaba que poseía al hombre o la mujer, ese dueño había perdido su propiedad, pues su propiedad no podía poseerse cualquiera que fuera su precio. Así que el agua mataba, sí, pero sólo alcanzar este río significaba la libertad de una manera o de otra para aquellos que tenían el valor o sentían el odio suficiente para alcanzarlo.

Harrison, pensó, despojaría de todo significado a este río. Si sus leyes se aprobaban, el esclavo que lo cruzara seguiría siendo esclavo pese a todo; sólo el esclavo que muriera sería libre.

Uno de los barqueros, el que tiraba desde aquel lado, le resultó familiar a Peggy. Le había visto antes, aunque entonces no le faltaba una oreja ni tenía ninguna cicatriz en la cara. Ahora un tajo le marcaba con una leve línea blanca, un poco torcida e irregular en la ceja y el labio. Había sido una pelea dura. En otro tiempo, nadie había conseguido ponerle una mano encima a aquel hombre para hacerle daño, y tan seguro estaba de que así era que se había convertido en un matón. Pero alguien le había quitado aquel hechizo de toda la vida. Alvin había luchado contra él en defensa de la propia Peggy, y cuando la lucha terminó aquella rata de río estaba acabada. Pero no del todo; y todavía seguía vivo, ¿no?

—Mike Fink —dijo ella en voz baja cuando subió a bordo.

Él la miró con brusquedad.

—¿La conozco, señora?

Por supuesto que no. En su anterior encuentro, apenas dos años antes, ella iba cubierta de hechizos que la hacían parecer mucho mayor.

—No espero que me recuerde —dijo—. Debe de hacer cruzar usted a miles de personas al año.

Él la ayudó con las bolsas de viaje.

—Siéntese mejor en el centro de la barca, señora.

Ella ocupó el banco del centro de la balsa. Él se quedó cerca, esperando, mientras otra pareja subía al *ferry*. Lugareños, obviamente, ya que no llevaban equipaje.

—Ahora es barquero —dijo ella.

Él la miró.

—Cuando le conocí, Mike Fink, era toda una rata de río.

Él sonrió débilmente.

—Usted es esa señora —dijo—. La que estaba llena de hechizos.

Ella le miró bruscamente.

—¿Vio a través de ellos?

—No, señora. Pero pude sentirlos. Me vio luchar con ese chico de Río Hatrack.

—Así es.

—Él me quitó el hechizo de mi madre.

—Lo sé.

—Parece que lo sabe todo.

Ella volvió a mirarlo.

—También parece usted abundante en conocimiento, señor.

—Es usted Peggy la tea, de Río Hatrack. Y el chico que me pegó y me robó mi hechizo, está ahora en la cárcel en Hatrack, por robar el oro de su amo cuando era aprendiz de herrero.

—¿Y eso le complace? —preguntó Peggy.

Mike Fink sacudió la cabeza.

—No, señora.

Y en verdad, cuando miró en su fuego interno, no vio ningún futuro en el que se perjudicara a Alvin.

—¿Por qué sigue aquí? Ni a quince kilómetros de la desembocadura del Hatrack, donde le avergonzó.

—Donde me convirtió en un hombre —dijo Mike.

Con eso sí que la sorprendió.

—¿Así es como lo considera?

—Mi madre quería mantenerme a salvo. Me tatuó un hechizo en el culo. Pero lo que nunca se le ocurrió fue qué tipo de hombre produce eso de no ser herido nunca no importa el daño que se haga a los demás. He matado a tipos, algunos malos, pero

otros no tanto. He arrancado orejas y narices y he roto miembros también; y mientras lo hacía no me importó un carajo, con perdón, señora. Porque nada me había lastimado jamás. Nada me tocaba.

—¿Y desde que Alvin le quitó su hechizo, ha dejado de lastimar a la gente?

—¡Demonios, no! —dijo Mike Fink, y luego soltó una carcajada—. Vaya, no sabe usted nada sobre el río, ¿eh? ¡No, hasta el último hombre que derroté peleando volvió a buscarme en cuanto se corrió la voz de que un chico herrero me había dado una paliza hasta hacerme gritar! Tuve que luchar con todas las serpientes de cascabel y comadrejas, con todas las ratas y las mierdas del río otra vez. ¿Ve esta cicatriz de mi cara? ¿Ve el pelo que me cuelga de un lado de la cabeza? Fueron dos peleas que estuve a punto de perder. ¡Pero gané las demás! ¿Verdad, Holly?

El otro barquero los miró.

—No estaba escuchando tus fanfarronadas, penoso pedo de ardilla comemierda —dijo suavemente.

—Le decía a ésta dama que gané todas las peleas, hasta la última.

—Eso es verdad —dijo Holly—. Claro que mataste a tiros a la mayoría de los que venían a pelear contigo en cuanto aparecían.

—Mentiras como ésa te enviarán al infierno.

—Ya he elegido habitación allí, y tú vaciarás mi escupidera dos veces al día.

—¡Pero sólo para que tú puedas lamerla después! —rió Mike Fink.

Peggy se sentía horrorizada por su rudeza, desde luego; sin embargo también captaba el espíritu de camaradería que ocultaban sus bromas.

—Lo que no comprendo, señor Fink, es por qué nunca buscó venganza contra el muchacho que le derrotó.

—No era un muchacho —dijo Fink—. Era un hombre. Pienso que probablemente nació siendo hombre. Yo era el muchacho. Un matón. Él conocía el dolor, y yo no. Él peleaba por lo justo, y yo no. Pienso constantemente en él, señora. En él y en usted. En la forma en que usted me miró, como si yo fuera un sapo sucio en una sábana limpia. He oído decir que es un Hacedor.

Ella asintió.

—¿Entonces por qué deja que lo retengan en la cárcel?

Ella lo miró, sin comprender.

—Oh, vamos, señora. A un tipo que puede borrarme el tatuaje del culo sin tocarlo no pueden encerrarlo en ninguna cárcel terrenal.

Bastante cierto.

—Imagino que se considera inocente, y por tanto quiere ir a juicio a demostrarlo y limpiar su nombre.

—Pues entonces es un maldito idiota, y espero que se lo diga usted cuando lo vea.

—¿Y por qué he de darle ese notable mensaje?

Fink sonrió.

—Porque sé algo que él no sabe. Sé que hay un tipo que vive en Ciudad Cartago

que quiere a Alvin muerto. Planea extraditar a Alvin a Kenituck...

—¿Extraditar?

—Significa que un estado le dice a otro que le entregue un prisionero.

—Sé lo que significa —dijo Peggy.

—¿Entonces por qué pregunta, señora?

—Siga con su historia.

—Pues que cuando lleven a Alvin encadenado, con guardias vigilándole atentos día y noche, no lo llevarán a Kenituck para ningún juicio. Conozco a algunos de los chicos que han contratado para llevarlo. Saben que a una señal tienen que marcharse y dejarlo solo, encadenado.

—¿Por qué no se lo ha comunicado a las autoridades?

—Se lo estoy diciendo a usted, señora —dijo Mike Fink, sonriendo—. Y ya me lo he dicho a mí mismo y a Holly.

—Las cadenas no le retendrán —dijo Peggy.

—¿Piensa que no? —dijo Mike—. Ese chico me quitó el tatuaje del culo por algún motivo. Si los hechizos no tuvieran ningún poder sobre él no habría tenido que quitarme el mío, ¿no le parece? Así que si necesitó librarse de mi hechizo, entonces creo que quien domine bien los hechizos podrá hacer cadenas que aguanten lo suficiente para dar tiempo a que llegue alguien con una escopeta y le vuele la cabeza.

Pero ella no había visto nada de eso en su futuro.

—Por supuesto, eso nunca sucederá —dijo Mike Fink.

—¿Por qué no?

—Porque le debo la vida a ese chico. Mi vida como hombre, un hombre que puede mirarse al espejo, aunque no sea tan guapo como antes de que luchara conmigo. Tuve a ese muchacho entre los brazos, señora. Pretendía matarlo, y él lo sabía. Pero no me mató. Me rompió las dos piernas en esa pelea. Pero luego se compadeció de mí. Tuvo piedad. Debió de comprender que yo no sobreviviría a la noche con las piernas rotas. Tenía demasiados enemigos, justo allí, entre mis amigos. Así que puso las manos sobre mis piernas y me las curó. Curó mis piernas, de modo que los huesos fueron más fuertes que antes. ¿Qué clase de hombre le hace eso a un tipo que intentaba matarlo un momento antes?

—Un buen hombre.

—Bueno, muchos buenos hombres habrían querido hacerlo, pero sólo uno era capaz —dijo Mike—. Y si tuvo poder para hacer eso, también tenía poder para matarme sin tocarme siquiera. Tenía poder para hacer lo que le saliera de las narices, con perdón. Pero tuvo piedad de mí, señora.

Eso era cierto. Lo único que sorprendía a Peggy era que Mike Fink lo comprendiera.

—Pienso pagar la deuda. Mientras yo viva, señora, Alvin Smith no sufrirá ningún daño.

—Y por eso está aquí —dijo ella.

—Vine aquí con Holly en cuanto descubrí lo que se estaba cociendo.

—¿Pero por qué aquí?

Mike Fink se echó a reír.

—El práctico de Boca de Hatrack me conoce muy bien, y no se fía de mí, me pregunto por qué. ¿Cuánto tiempo piensa que pasaría antes de que el *sheriff* del condado se me pegara a la espalda como una camisa sudada?

—Supongo que eso explica por qué no ha acudido a Alvin directamente.

—¿No pensaría él nada más verme que yo iba a desquitarme? No, estoy observando, ganando tiempo, sin enseñar mis cartas a la ley ni a Alvin.

—Pero me lo está diciendo a mí.

—Porque usted lo habría sabido de todas formas, muy pronto.

Ella sacudió la cabeza.

—Sé una cosa: no hay ningún sendero en su futuro en el que rescate a Alvin de unos matones.

La cara de él se puso seria.

—Pero tengo que hacerlo, señora.

—¿Por qué?

—Porque un buen hombre paga sus deudas.

—Alvin no piensa que esté usted en deuda con él, señor.

—No me importa lo que él piense. Yo creo que tengo una deuda, así que la voy a pagar.

—No es sólo la deuda, ¿verdad?

Mike Fink se echó a reír.

—Ya es hora de empujar esta balsa y volver a la orilla norte, ¿no cree? —aulló dos veces, fuerte, imitando el silbido del vapor, y Holly respondió con otro aullido y se rió. Apoyaron las pértigas contra el muelle flotante y empujaron. Luego, suavemente, como si fueran bailarines, Holly y él los hicieron cruzar el río, con tanta habilidad que la cuerda que los ataba al cable ni siquiera se tensó.

Peggy no le dijo nada mientras trabajaba. Observó los músculos de sus brazos y espalda moviéndose bajo la piel; observó el lento y gracioso subir y bajar de sus piernas mientras bailaba con el río. Había belleza en aquello, en él. Se acordó de Alvin en la fragua, de Alvin en el yunque, con los brazos brillando de sudor a la luz del fuego y las chispas que brotaban del metal cuando golpeaba con los músculos de sus antebrazos contrayéndose mientras se inclinaba y moldeaba el hierro. Alvin podría haber hecho todo su trabajo sin mover un dedo, utilizando su don. Pero había alegría en el trabajo, alegría por hacerlo con las propias manos. Ella nunca había experimentado eso: su vida, sus obras, todo lo hacía con la mente y las palabras que pudiera pensar para decir. Toda su vida era conocimiento y enseñanza. La vida de Alvin consistía en sentir y hacer. Tenía más en común con aquella rata de río de rostro marcado que con ella. Aquel baile del cuerpo humano en competición con el río era una especie de lucha libre, y a Alvin le encantaba luchar. Por rudo que fuera

Fink, era el amigo natural de Alvin, sin duda.

Llegaron a la otra orilla, chocaron de plano contra el muelle flotante, y el encargado ató la balsa al muelle. Los hombres sin equipaje saltaron a tierra de inmediato. Mike Fink soltó la pértiga y, con el sudor resbalándole por los brazos y por la nariz y la barba gris, se dispuso a recoger las bolsas de Peggy.

Ella le tocó el brazo para detenerlo.

—Señor Fink —dijo—, usted quiere ser amigo de Alvin.

—Pensaba más en ser su campeón, señora —dijo él en voz baja.

—Pero creo que lo que realmente quiere es ser su amigo.

Mike Fink no dijo nada.

—Tiene miedo de que él lo rechace si intenta ser su amigo abiertamente. Le digo, señor, que él no le rechazará. Le aceptará tal como es.

Mike sacudió la cabeza.

—No quiero que sea así.

—Sí que quiere, porque es un hombre que quiere ser bueno, y deshacer el mal que ha hecho, y ése es todo el bien que un hombre puede hacer.

Mike sacudió la cabeza con énfasis, haciendo que las gotas de sudor revolotearan un poco; a ella no le importó que algunas la alcanzaran. Eran el producto del trabajo honrado de un amigo de Alvin.

—Véalo cara a cara, señor Fink. Sea su amigo en vez de su rescatador. Necesita amigos. Yo se lo digo, y usted sabe que yo lo sé: Alvin tendrá pocos amigos de verdad en su vida. Si quiere ser sincero con él, y no traicionarlo nunca, para que él pueda confiar siempre en usted, entonces puedo prometerle que podrá tener unos pocos amigos a los que ame tanto, pero ninguno a quien ame más que a usted.

Mike Fink se arrodilló y volvió el rostro hacia el río. Pudo ver por el brillo que sus ojos estaban cubiertos de lágrimas.

—Señora —dijo—, no me atrevo a esperar una cosa así.

—Entonces necesita más valor, amigo mío. Necesita atreverse a esperar lo que es bueno, en vez de ponerse a esperar lo que es simplemente pasable —ella se levantó—. Alvin no tiene necesidad de su violencia. Pero su honor... eso sí puede usarlo —levantó las dos bolsas ella sola.

De inmediato, Fink se puso en pie de un salto.

—Por favor, señora, déjeme...

Ella le sonrió.

—Acabo de ver el placer que siente luchando con el río. Eso me ha hecho querer hacer un poco de trabajo físico yo misma. ¿Me dejará?

Él puso los ojos en blanco.

—Señora, he oído muchas historias sobre usted por aquí, pero nunca oí que estuviera loca.

—Entonces ya tiene algo que añadir a la leyenda —dijo ella, y le guiñó un ojo. Pasó al muelle flotante con las bolsas en la mano. Eran pesadas, y casi lamentó haber

rechazado su ayuda.

—He oído todo lo que ha dicho —le dijo Mike, siguiéndola—. Pero por favor no me abochorne dejando que me vean con las manos vacías mientras una dama lleva su equipaje.

Agradecida, ella se volvió y le tendió las bolsas.

—Gracias —dijo—. Creo que hay que mantener algunas cosas.

Él sonrió.

—Tal vez vaya a ver a Alvin cara a cara.

Ella miró en su fuego interno.

—Estoy segura de ello, señor Fink.

Mientras Fink colocaba las bolsas en el carruaje donde los hombres que habían cruzado el río la esperaban impacientes, ella se preguntó si no acababa de cambiar el curso de los acontecimientos. He acercado a Mike Fink más de lo que se habría acercado por su cuenta. ¿He hecho algo que acabará por salvar a Alvin? ¿Le he dado el amigo que confundirá a sus enemigos?

Encontró el fuego interno de Alvin casi sin intentarlo. Y no, no había ningún cambio, a no ser que un día Mike Fink escaparía de una cárcel llorando, sabiendo que Alvin sin duda moriría si no estaba allí, pero sabiendo también que Alvin se negaba a que permaneciera de guardia.

Pero no era la cárcel de Río Hatrack. Y no era pronto. Aunque no hubiera cambiado gran cosa el futuro, lo había cambiado un poquito. Habría otros cambios también. Tarde o temprano, uno de ellos crearía la diferencia. Uno de ellos alejaría a Alvin de la oscuridad que engulliría el fin de su vida.

—Que Dios la acompañe, señora —dijo Mike Fink.

—Llámeme señorita Larner, por favor —contestó Peggy—. No estoy casada.

—Hasta ahora, por lo menos —dijo él.

Aunque apenas había pegado ojo la noche anterior, Verily estaba demasiado excitado para tener sueño cuando entró en la sala del tribunal. Había conocido a Alvin Smith, después de todas aquellas semanas de expectación, y merecía la pena. No porque Alvin le hubiera abrumado con su sabiduría (ya tendría tiempo de aprender de él más tarde). No, la enorme y agradable sorpresa fue que le cayó bien aquel hombre. Podía ser un poco burdo, más americano y más campestre que Calvin. ¿Y qué? Tenía en los ojos un brillo irónico, y parecía tan discreto, tan abierto...

Y yo soy su abogado.

El tribunal americano era muy informal en comparación con los tribunales ingleses en los que Verily había litigado siempre. Para empezar, el juez no llevaba peluca, y su toga estaba un poco deshilachada. La majestad de la ley brillaba por su ausencia. Sin embargo, la ley era la ley, y la justicia no estaba completamente desconectada de ella; no si el juez era honrado, y no había motivos para pensar que

no lo fuera.

Abrió la sesión y solicitó que presentaran sus mociones. Marty Laws se levantó rápidamente.

—Presento una moción para que se le retire el arado de oro al prisionero y se ponga bajo la custodia de la corte. No tiene sentido que el prisionero conserve el artículo en cuestión cuando...

—No pido argumentos —dijo el juez—. Pido mociones. ¿Alguna otra?

—Con la venia de la corte, pido que sean retirados todos los cargos contra mi cliente —dijo Verily.

—Hable más alto, joven, no he podido oír una palabra de lo que ha dicho.

Verily lo repitió, más fuerte.

—Bueno, eso sí que estaría bien —dijo el juez.

—Cuando la corte esté lista para las alegaciones, estaré encantado de explicar el porqué.

—Explíquelo ahora, por favor —dijo el juez, un poco molesto.

Verily no comprendía en qué se había equivocado, pero obedeció.

—El objeto en litigio es un arado que, según todos reconocen, está hecho de oro sólido. Pacífico Smith no tiene ninguna prueba fehaciente de haber poseído jamás tanta cantidad de oro, y por tanto su reclamación no tiene base alguna.

Marty Laws saltó de inmediato.

—Señoría, eso es lo que este tribunal tiene que demostrar, y en cuanto a las pruebas, no sé lo que es una prueba fehaciente, a menos que tenga algo que ver con *La Odisea*...

—Curiosa referencia —dijo el juez—, y bastante halagadora para mí, estoy seguro; pero, por favor, siéntese hasta que yo le pida si tiene algo que alegar, cosa que no haré porque la moción para retirar los cargos queda desestimada. ¿Alguna otra moción que presentar?

—Yo tengo una, Señoría —dijo Marty—, para posponer la cuestión de la extradición hasta después...

—¡Extradición! —exclamó el juez—. ¿Qué clase de tontería es ésa?

—Al parecer hay una petición de extradición referida al prisionero en la que se solicita que sea enviado a Kenituck para ser juzgado por el asesinato de un Rastreador que actuaba en cumplimiento del deber.

Todo esto era nuevo para Verily. ¿O no? La familia le había contado parte de la historia: cómo Alvin había cambiado a un niño mulato para que los Rastreadores no pudieran identificarlo, cómo en su búsqueda del niño llegaron a la posada donde vivían sus padres adoptivos y allí la madre del niño había matado a uno de los Rastreadores y el otro la había matado a ella, y cómo luego llegó Alvin y mató a ése, pero no hasta después de que el Rastreador le hubiera disparado; así que era obviamente defensa propia.

—¿Cómo puede ser juzgado por eso? —preguntó Verily—. La decisión de Pauley

Wiseman, que era *sheriff* en ese momento, fue que se trataba de defensa propia.

Marty se volvió hacia el hombre que estaba sentado a su lado y que hasta entonces había guardado silencio. El hombre se incorporó lentamente.

—Mi docto amigo de Inglaterra desconoce las leyes locales, Señoría. ¿Le importa si le ayudo?

—Adelante, señor Webster —dijo el juez.

Así que... el juez ya había tenido tratos con el señor Webster, pensó Verily. Tal vez eso significaba que no era del todo imparcial, pero ¿de parte de quién estaba?

—Señor... Cooper, ¿me equivoco? Señor Cooper, cuando Kenituck, Tennizy y Appalachee fueron admitidos en la unión de estados americanos, el Tratado de Esclavos Fugitivos se convirtió en la Ley de Esclavos Fugitivos. Según esa ley, cuando un Rastreador de uno de los estados libres es molestado en cumplimiento de su deber, el acusado es juzgado en el estado donde el propietario del esclavo perseguido tiene su residencia legal. En el momento de cometerse el crimen que nos ocupa, ese estado era Appalachee; pero el amo del esclavo en cuestión, el señor Cavit Planter, se ha mudado a Kenituck, y por eso es allí donde por ley el señor Smith tendrá que ser extraditado para ser juzgado. Si se descubre que actuó en defensa propia, por supuesto será puesto en libertad. Nuestra petición al tribunal es que se deje a un lado la cuestión de la extradición hasta que este juicio concluya. Estoy seguro de que estará usted de acuerdo en que es en beneficio de su cliente.

Así era, en apariencia. Pero Verily no era ningún tonto: si fuera en beneficio de Alvin Smith, Daniel Webster no estaría tan ansioso. Lo más obvio era que intentara influir sobre el jurado. Si la gente de Hatrack, que apreciaba en su mayoría a Alvin, llegaba a creer que declarándolo culpable de robar el arado de Pacífico impedía que fuera extraditado a un estado donde sin duda sería ahorcado, podía condenarlo por su propio bien.

—Señoría, a mi cliente le gustaría oponerse a esta moción y solicitar una audiencia inmediata sobre el asunto de la extradición, para que pueda ser resuelto antes de que mi cliente se enfrente al juicio por los cargos que aquí se le imputan.

—No me gusta esa idea —dijo el juez—. Si celebramos la audiencia y aprobamos la extradición, este tribunal quedaría relegado a un segundo plano y él se marcharía a Kenituck.

Marty Laws le susurró a Verily:

—¡No sea tarugo, muchacho! Soy yo quien impulsó a Webster a acordar esto; es una locura enviarlo a Kenituck.

Por un momento Verily vaciló. Pero ya comprendía cómo encajaban Webster y Laws. Laws podía creer que había convencido a Webster para posponer la extradición, pero Verily estaba seguro de que la realidad era muy distinta. Era Webster quien quería posponer la extradición. Por tanto, Verily no.

—Soy bastante consciente de eso —dijo Verily, una declaración que no era cierta cinco segundos antes—. No obstante, deseamos una audiencia inmediata sobre el

asunto de la extradición. Creo que mi cliente tiene derecho. No deseamos que el jurado tenga en cuenta que pesa sobre él una orden de extradición.

—¡Y nosotros no queremos que el acusado abandone el estado mientras sigue teniendo el oro de Pacífico Smith! —exclamó Webster.

—Todavía no sabemos de quién es el oro —dijo el juez—. Debo decir que todo esto es muy confuso. Me parece que la acusación está actuando en defensa del acusado, y viceversa. Pero en principio me siento inclinado a dar al cargo de asesinato prioridad sobre una cuestión de hurto. Así que se verá la extradición... ¿cuánto tiempo necesitan, muchachos?

—Podríamos estar listos esta tarde —dijo Marty.

—Nada de eso —dijo Verily—. Porque tendrían que obtener pruebas que en este momento están sin duda en Kenituck.

—¡Pruebas! —Marty parecía de veras sorprendido—. ¿De qué? Todos los testigos de que Alvin mató a ese Rastreador viven aquí, en el pueblo.

—El crimen por el que se exige la extradición no es matar a un Rastreador, así de simple, sino ponerle trabas a un Rastreador que cumple con su deber. Así que ustedes deben demostrar no sólo que mi cliente mató al Rastreador... deben demostrar que el Rastreador perseguía según la ley a un esclavo concreto.

El hilo al que Verily se aferraba era lo que le había contado la familia Miller en Vigor: que Alvin había cambiado al niño mulato para que los Rastreadores no pudieran encontrarlo en ninguna parte.

Marty Laws se inclinó hacia Daniel Webster y consultaron un momento.

—Creo que tendremos que hacer venir a un Rastreador desde Wheelwright —dijo Laws—, e ir a buscar el sello. Pero está en Ciudad Cartago, así que... a caballo, luego en tren... ¿pasado mañana?

—Me parece bien —dijo el juez.

—Con la venia —dijo Webster.

—Nada me ha complacido mucho en el día de hoy —dijo el juez—. Pero adelante, señor Webster.

—Ya que hay bastante gente ocultando al esclavo en cuestión, nos gustaría que fuera puesto bajo custodia inmediatamente. Creo que el niño está ahora mismo presente en la sala —se volvió y miró a Arturo Estuardo.

—No lo creo —dijo Verily Cooper—. El niño que el señor Webster señala es el hijo adoptivo del señor Horace Guester, el dueño de la posada en la que me hospedo, y por tanto tiene supuestamente derechos como ciudadano del estado de Hio, que decreta que un hombre se considera libre hasta y a menos que se demuestre lo contrario.

—Demonios, señor Cooper —dijo Marty Laws—, todos sabemos que los Rastreadores cogieron al chico y lo hicieron cruzar el río encadenado.

—La postura de mi cliente es que lo hicieron por error, y un grupo de Rastreadores imparciales será incapaz, usando sólo el sello, de distinguir al niño de

un grupo de otros niños si se les oculta su raza. Proponemos esto como la primera cuestión que tiene que demostrar el tribunal. Si el grupo de Rastreadores no puede detectar al niño, entonces los Rastreadores que murieron en este pueblo no cumplían con su deber, y por tanto Kenituck no tiene ninguna jurisdicción porque la Ley de Esclavos Fugitivos no es aplicable.

—Es usted de Inglaterra y no sabe lo que esos Rastreadores pueden hacer —dijo Marty, bastante inquieto—. ¿Intenta que se lleven a Arturo Estuardo cargado de cadenas? ¿Y que ahorquen a Alvin?

—Señor Laws —dijo el juez—, es usted abogado del estado en este asunto, no del señor Smith o del señor Estuardo.

—Por el amor de Dios —dijo Marty.

—Y si la Ley de Esclavos Fugitivos no es aplicable, entonces hago constar ante el tribunal que el *sheriff* y el fiscal del condado de Hatrack ya han decidido que Alvin Smith actuó en defensa propia, y por tanto presentar cargos ahora supondría un doble riesgo para él, cosa que prohíbe...

—Sé exactamente quién y qué prohíbe incurrir en un doble riesgo —dijo el juez, ahora un poco irritado con Verily.

¿Qué estoy haciendo mal?, se preguntó Verily.

—Muy bien, ya que es el cuello del señor Smith lo que está en juego, rechazaré la moción de la acusación y aceptaré la de la defensa para establecer una prueba a ciegas con varios Rastreadores. Démonos un día más... Nos reuniremos el viernes para ver si pueden identificar a Arturo Estuardo. En cuanto a lo de poner al niño bajo custodia, le pediré al padre adoptivo del chico... ¿está el viejo Horace en la sala?

Horace se puso en pie.

—Aquí estoy, señor.

—¿Va a ponerme las cosas difíciles ocultando al niño, para que tenga que encerrarle el resto de su vida por desacato, o le mantendrá a la vista y lo traerá al tribunal para que se someta a esa prueba?

—Lo traeré —dijo Horace—. De todas formas, no va a ir a ninguna parte mientras Alvin esté en la cárcel.

—No te hagas el listo conmigo, Horace, te lo advierto —dijo el juez.

—No tengo intención de hacerme el listo, maldición —murmuró Horace mientras volvía a sentarse.

—No maldiga tampoco en mi tribunal, señor Guester, y no me insulte. Que mi pelo sea gris no significa que esté sordo —el juez dejó caer el mazo—. Bueno, con eso se terminan las mociones y...

—Señoría —dijo Verily.

—Ése soy yo —dijo el juez—. ¿Qué, tiene otra moción que presentar?

—La tengo.

—Y queda la cuestión de las razones a alegar para que se entregue el arado —apuntó Marty Laws.

—Maldición —murmuró el juez.

—¡He oído eso, juez! —exclamó Horace Guester.

—Alguacil, saque de aquí al señor Guester —ordenó el juez.

Todos esperaron a que Horace Guester se levantara y fuera conducido fuera de la sala.

—¿Cuál es su nueva moción, señor Cooper?

—Pido respetuosamente saber cuál es la posición del señor Webster en esta sala. No parece ser funcionario del condado de Hatrack ni del estado de Hio.

—¿No es usted consejero o alguna otra tontería por el estilo? —le preguntó el juez a Daniel Webster.

—Lo soy.

—Bueno, pues ya lo tiene.

—Con perdón, Señoría, pero parece claro que la minuta del señor Webster no la paga el condado. Pido respetuosamente saber quién le paga, o si actúa por pura bondad de corazón.

El juez se inclinó hacia delante y ladeó la cabeza para mirar a Daniel Webster.

—Ahora que lo menciona, recuerdo que nunca le he visto representar a nadie que no fuera rico o muy famoso, señor Webster. A mí también me gustaría saber quién le paga.

—Estoy aquí prestando mis servicios voluntariamente —dijo Webster.

—¿Así que si le hago prestar juramento y le pido que me diga si alguien que no sea usted mismo sufraga su tiempo y sus gastos diría que no está recibiendo pago alguno? ¿Bajo juramento?

Webster sonrió débilmente.

—Me han contratado, así que tengo los gastos pagados, pero no para este caso específicamente.

—Déjeme preguntárselo de otra manera. Si no quiere que el alguacil le expulse como al señor Guester, dígame quién le paga.

—Estoy trabajando para la Cruzada por los Derechos de Propiedad, sita en el 44 de la calle Harrison, en la ciudad de Cartago, en el estado de Wobbish —Webster sonrió débilmente.

—¿Responde eso a su respetuosa pregunta, señor Cooper? —preguntó el juez.

—Sí, Señoría.

—Entonces declaro ce...

—¡Señoría! —exclamó Marty Laws—. La cuestión de la posesión del arado.

—Muy bien, señor Laws —dijo el juez—. Argumente con brevedad.

—Es absurdo que el acusado siga teniendo en su posesión el objeto en litigio, eso es todo —dijo Marty.

—Ya que el propio acusado está bajo custodia en la cárcel del condado —dijo Verily Cooper—, y él es quien tiene el arado, entonces, lo mismo que toda su ropa y su papel y pluma y tinta y todo cuanto posee, el arado está también obviamente bajo

custodia en la cárcel del condado. La moción del estado es por tanto absurda.

—¿Cómo sabemos que el acusado tiene siquiera el arado? —preguntó Marty Laws—. Nadie lo ha visto.

—Eso es verdad —dijo el juez, mirando a Verily.

—A causa de las propiedades especiales del arado —dijo Verily—, el acusado piensa que no es aconsejable perderlo de vista. No obstante, si el estado desea designar a tres oficiales del tribunal para verlo...

—Pongamos las cosas fáciles —dijo el juez—. El señor Laws, el señor Cooper, y yo veremos ese arado hoy, en cuanto salgamos de aquí.

Verily advirtió con placer que Daniel Webster se ruborizaba de furia al darse cuenta de que no iba a ser tratado como un igual, que ni siquiera le iban a invitar. Webster tiró de la toga de Laws y le susurró algo al oído.

—Um, Señoría —dijo Laws.

—¿Qué mensaje del señor Webster quiere usted transmitirme? —preguntó el juez.

—No puede proponernos a usted, a mí, y al señor Cooper como testigos, siendo, um, lo que somos.

—Creía que el asunto en cuestión era asegurar que el arado existe —dijo el juez—. Si usted y yo y el señor Cooper lo vemos, entonces creo que podremos asegurar a todo el mundo que existe.

—Pero en el juicio, queremos que otras personas aparte del acusado y Pacífico Smith puedan testificar sobre el arado.

—Ya tendremos tiempo de sobra para preocuparnos de eso más tarde. Estoy seguro de que para entonces podremos hacer que unos cuantos testigos lo vean también. ¿Cuántos quiere?

Otra consulta en voz baja.

—Ocho estará bien —dijo Laws.

—Usted y el señor Cooper quédense juntos un rato y decidan qué ocho personas quieren como testigos. Mientras tanto, nosotros tres iremos a visitar al señor Alvin Smith a la cárcel y le echaremos un vistazo a ese maravilloso y legendario y mítico arado de oro que tiene... ¿cómo lo llamó usted, señor Cooper?

—Propiedades especiales —dijo Verily.

—Qué bien hablan ustedes los ingleses.

Una vez más, Verily notó que el juez lo trataba con cierta reticencia. Como antes, no tuvo ni idea de qué había hecho para provocar su hostilidad.

Con todo, dejando a un lado la inexplicable antipatía del juez, las cosas habían salido bastante bien.

A menos, por supuesto, que los Miller estuvieran equivocados y los Rastreadores pudieran identificar a Arturo Estuardo como el fugitivo buscado. Entonces habría problemas. Pero... lo mejor de aquel caso era que si Verily lo hacía mal y se decidía que Alvin fuera ahorcado o Arturo Estuardo devuelto a la esclavitud, Alvin, al ser un Hacedor, siempre podría coger al niño y escapar; y ni un alma podría detenerlos si

Alvin no quería ser detenido, ni encontrarlos si Alvin no quería ser encontrado.

De todas formas, Verily no tenía intención de perder el caso. Pretendía ganar espectacularmente. Pretendía limpiar el nombre de Alvin, librarle de todos los cargos para que el Hacedor tuviera la oportunidad de enseñarle todo lo que quería saber. Y le movía otro motivo más profundo, uno que no trataba de ocultarse a sí mismo aunque nunca lo habría admitido ante nadie: quería que el Hacedor le respetara. Quería que Alvin Smith le mirara a los ojos y dijera: «Bien hecho, amigo».

Eso sería maravilloso. Verily Cooper quería que sucediera.

Capítulo 14.

TESTIGOS

En realidad, la espera no había sido tan mala. En la cárcel no pasaba nada, pero a Alvin no le importaba estar solo sin hacer nada. Así tenía tiempo para pensar. Y consideraba que tener tiempo para pensar era ganar tiempo. No como solía hacer de niño, fabricando cestas para bichos con hierba recién arrancada para repeler al Deshacedor, sino haciendo cosas con la cabeza. Tratando de recordar la Ciudad de Cristal tal como la había visto en el torrente con Tenskwa-Tawa. Tratando de imaginar cómo se construía un sitio así. No puedo enseñar a la gente a construirla si yo mismo no sé cómo se hace.

Sabía que fuera de la cárcel el Deshacedor se movía por el mundo, rompiendo un poco aquí, derribando un poco allá, colocando una cuña en cada pequeña rendija que encontraba. Y siempre había gente buscando para el Deshacedor, para algún horrible poder destructivo ajeno. Pobres tontos, siempre pensaban que la Destrucción era simple destrucción, que la usaban y que cuando acabaran con ella empezaría a construir. Pero no se construye sobre los cimientos de la destrucción. Ése es el oscuro secreto del Deshacedor, pensó Alvin. En cuanto te has puesto a destrozar, es difícil volver a construir, difícil recuperar tu propia esencia. El cavador desgasta el suelo y la pala. Si eres una herramienta en las manos del Deshacedor, te agotará, te romperá, te vaciará y te enterrará y mientras tanto seguirás pensando que eres muy listo y guapo y brillante y todo lo demás, y nunca lo sabrás hasta que te suelte, te suelte y caigas. ¿Qué es ese ruido? Vaya, he sido yo. Ése he sido yo, y parecía una herramienta gastada. ¿Por qué me dejas? ¡Todavía sirvo!

Pero no es así, no cuando el Deshacedor te ha vaciado.

Lo que Alvin se planteaba era que, cuando estabas Haciendo, no usabas a las personas como si fueran herramientas. No las agotas para conseguir tu propósito. Te agotas a ti mismo ayudándolas a conseguir los suyos. Te agotas enseñando y guiando, persuadiendo y escuchando los consejos y dejando que la gente te persuada a ti, cuando tiene razón. Así que en vez de un gobernante y un puñado de herramientas gastadas, tienes una ciudad entera de Hacedores, todos ellos ciudadanos libres, trabajadores esforzados todos...

Existía un pequeño problema, sin embargo. Alvin no podía enseñar a Hacer. Oh, podía conseguir que la gente se esforzara mentalmente y que su trabajo mejorara un poco. Y unas cuantas personas, Mesura y su hermana Eleanor sobre todo, aprendían un par de cosas, captaban una chispa. Pero la mayoría se quedaba a oscuras.

Y luego viene uno como este abogado de Inglaterra, este Verily Cooper, que nació sabiendo cómo hacer en un segundo lo que Mesura podría hacer después de todo un día de esfuerzo. Capaz de cerrar un libro como si fuera un bloque de madera y tela, y de abrirlo otra vez sin estropear las páginas y sin que las letras se muevan de su sitio.

Eso era Hacer.

¿Qué tenía que enseñarle a Verily? Había nacido sabiendo. ¿Y cómo podía pretender enseñar a los que no habían nacido así? ¿Y, en cualquier caso, cómo podía enseñar nada cuando no sabía cómo fabricar el cristal del que se haría la ciudad?

No se puede construir una ciudad de cristal; se romperá, no puede soportar el peso. No se puede construir con hielo, porque no es lo bastante transparente, ¿y qué pasaría en verano? Los diamantes son bastante fuertes, pero una ciudad de diamantes, aunque pudiera encontrarlos o fabricarlos en tanta cantidad... no iba a poder usar un material tan rico para construirla, habría gente que la derribaría en un santiamén, cada uno robando un trocito de muro para hacerse rico, y muy pronto la ciudad entera sería como un queso suizo, con más agujeros que pared.

Oh, Alvin podía entretenerse con estos pensamientos y reflexiones, con los recuerdos y las palabras de libros que había leído cuando la señorita Lerner (Peggy) le enseñaba. Podía mantener su mente ocupada y no importarle ni pizca su soledad, aunque desde luego tampoco le importaba que Arturo Estuardo acudiera a charlar con él de las cosas que pasaban.

Ese día, sin embargo, pasaban otras cosas. Verily Cooper estaría presentando mociones para esto y lo otro, y aunque fuera un buen abogado, era de Inglaterra y desconocía las costumbres de por allí. Cometería errores, aunque no era algo que Alvin pudiera reprocharle. Tenía que depositar su confianza en otras personas, y Alvin odiaba eso.

—Todo el mundo lo odia —dijo una voz, una voz familiar, soñada, ansiada, con la que había tenido muchas discusiones, muchas peleas imaginarias; una voz con la que soñaba susurrándole amablemente por la noche y por la mañana.

—Peggy —murmuró. Abrió los ojos.

Allí estaba ella, como si la acabara de conjurar, sólo que era real y él no había formulado ningún conjuro.

Recordó sus modales y se levantó.

—Señorita Lerner —dijo—, has sido muy amable al venir a visitarme.

—No se debe a la amabilidad sino a la necesidad —dijo ella, en un tono glacial.

Él suspiró interiormente.

Ella miró a su alrededor buscando una silla.

Alvin cogió el taburete que había dentro de la celda e impulsiva, irreflexivamente, se lo tendió a través de los barrotes. Sin apenas darse cuenta hizo que los barrotes de hierro y las fibras de la madera se separaran para dejarse paso; sólo cuando vio los ojos muy abiertos de Peggy se dio cuenta de que, por supuesto, nunca había visto a nadie hacer que la madera atravesara el hierro de aquella manera.

—Lo siento —dijo él—. Nunca lo había hecho antes, quiero decir sin avisar ni nada.

Ella cogió el taburete.

—Has sido muy amable al proporcionarme un taburete.

Él se sentó en el camastro, que chirrió bajo su peso. Si no hubiera endurecido el material, habría cedido días atrás. Era un hombre grande y usaba muebles duros; no le importaba si se quejaban de vez en cuando.

—Tengo entendido que están presentando bastantes mociones en el tribunal hoy.

—He visto parte. Tu abogado es excelente. ¿Verily Cooper?

—Creo que él y yo deberíamos ser amigos —dijo Alvin. Observó su reacción.

Ella asintió, sonrió débilmente.

—¿De verdad quieres que te diga lo que sé sobre los posibles cursos que podría tomar vuestra amistad?

Alvin suspiró.

—Sí, y no, y lo sabes.

—Te diré que me alegro de que esté aquí. Sin él no tendrías ninguna oportunidad de salir con bien de este juicio.

—¿Así que ganaré?

—Ganar no lo es todo, Alvin.

—Pero perder es nada.

—Si pierdes el caso pero conservas la vida, y la obra de tu vida, entonces perder sería mejor que ganar y morir por ello, ¿no crees?

—¡No me juego la vida en el juicio!

—Sí que te la juegas —dijo Peggy—. Cada vez que la ley te pone la mano encima, los que la usan para su propio beneficio también la vuelven contra ti. No confíes en las leyes de los hombres, Alvin. Fueron diseñadas por hombres fuertes para incrementar su poder sobre los más débiles.

—Eso no es justo, señorita Larner. Ben Franklin y los otros que redactaron las primeras leyes...

—Tenían buenas intenciones. Pero la realidad es que cada vez que vas a parar a la cárcel, Alvin, tu vida corre grave peligro a cada momento.

—¿Has venido a decirme eso? Sabes que puedo salir de aquí cuando se me antoje.

—He venido a decirte cuándo debes salir de aquí, si llega el caso.

—Quiero limpiar mi nombre de las mentiras de Pacífico.

—También he venido a ayudarte en eso —dijo ella—. Voy a testificar.

Alvin se acordó de la noche en que murió Goody Guester, la madre de Peggy, aunque él no sabía entonces que la señorita Larner era en realidad Peggy Guester hasta que se arrodilló llorando sobre el cuerpo destrozado de su madre. Hasta el momento en que oyeron el primer disparo, Peggy y él habían estado a punto de declararse su amor para decidir casarse. Y entonces la madre de ella mató al Rastreador, y el otro Rastreador la mató a ella, y Alvin llegó demasiado tarde para curarla del disparo, y todo lo que pudo hacer fue matar al hombre que la mató, matarlo con las manos desnudas, ¿y para qué? ¿Para qué sirvió en realidad? ¿Qué tipo de Hacer era ése?

—No quiero que testifiques —dijo.

—Tampoco tengo muchas ganas. No lo haré si no es necesario. Pero tienes que decirle a Verily Cooper qué y quién soy, y decirle que cuando acabe con sus otros testigos, me mire, y si asiento, que me llame como testigo, sin discusión. ¿Me comprendes? Sé mejor que nadie si mi testimonio será necesario o no.

Alvin oyó lo que decía y supo que obedecería, pero una parte de él se rebullía de furia aunque no sabía por qué: llevaba más de un año anhelando verla, y de repente allí estaba y lo único que quería era gritarle.

Bueno, pues no gritó. Pero habló con una voz menos que amable.

—¿Para eso has vuelto? ¿Para decirle al pobre y estúpido Alvin y a su pobre y estúpido abogado lo que tienen que hacer?

Ella le miró bruscamente.

—Encontré en el *ferry* a un viejo amigo tuyo.

Por un momento, el corazón de Alvin dio un vuelco.

—¿Ta-Kumsaw? —susurró.

—Caray, no —dijo ella—. Está al oeste, más allá del Mizzipy por lo que sé. Me refería a un tipo que una vez tuvo un tatuaje en una parte inmencionable de su cuerpo, un tal Mike Fink.

Alvin puso los ojos en blanco.

—Supongo que el Deshacedor está congregando a todos mis enemigos en un solo sitio.

—Al contrario —dijo Peggy—. Pienso que no es un enemigo. Me parece que es un amigo. Jura que su única intención es protegerte, y le creo.

Él sabía que ella pretendía que aceptara eso como una prueba de que podía fiarse del hombre, pero no quería ceder y no dijo nada.

—Se empleó en el *ferry* de Wheelwright para poder estar lo bastante cerca de ti y vigilarte. Hay una conspiración para extraditarte a Kenituck en aplicación de la Ley de Esclavos Fugitivos.

—Po Doggly me dijo que no iba a hacer caso de eso.

—Bueno, Daniel Webster está aquí precisamente para encargarse de que, ganes o pierdas aquí, te lleven a Kenituck para juzgarte.

—No iré —dijo Alvin—. Nunca me llevarán a juicio.

—No, nunca lo harán. Para eso está aquí Mike Fink.

—¿Por qué está de mi parte? Le quité su hechizo de protección. Era fuerte. Casi perfecto.

—Y le han hecho unas cuantas cicatrices y ha perdido una oreja desde entonces. Pero también ha aprendido lo que es la compasión. Valora el cambio. Y le curaste las piernas. Le dejaste una oportunidad para luchar.

Alvin reflexionó sobre eso.

—Bueno, nunca se sabe, ¿verdad? Yo creía que era un asesino empedernido.

—Creo que una buena persona puede a veces hacer el mal por ignorancia o debilidad o por pensar equivocadamente, pero cuando llegan los tiempos difíciles, el

bien se impone después de todo. Y una mala persona puede a menudo parecer buena y digna de confianza durante mucho tiempo, pero cuando llegan los tiempos difíciles, el mal que hay en ella se pone de manifiesto.

—Así que a lo mejor simplemente estamos esperando a que los tiempos sean lo bastante difíciles para descubrir lo malo que soy yo.

Ella sonrió débilmente.

—La modestia es una virtud, pero te conozco demasiado bien para pensar ni por un minuto que te consideras un mal hombre.

—No pienso mucho en si soy malo o bueno. Pienso mucho en si voy a valer una mierda o no. Ahora mismo considero que valgo casi una mierda.

—Alvin —dijo ella—, no solías hablar así delante de mí.

Él acusó el reproche pero casi le gustó la sensación de molestarla.

—Es el mal que asoma en mí.

—Estás muy enfadado conmigo.

—Sí, bueno, tú lo sabes todo, lo ves todo.

—He estado ocupada, Alvin. Tú has estado haciendo la labor de tu vida, y yo la mía.

—Hubo un tiempo en que esperé que fuera la misma labor.

—Nunca será la misma labor, aunque las de ambos puedan complementarse. Yo nunca seré una Hacedora. Sólo veo lo que hay que ver. Mientras que tú imaginas lo que podría hacerse, y luego lo haces. Mi don es con diferencia el más modesto, y a ti no te sirve prácticamente de nada.

—Ésa es la tontería más grande que he oído jamás.

—Yo no digo tonterías —repuso ella bruscamente—. Si no crees en la verdad de mis palabras, entonces piensa en ellas hasta que las comprendas.

Se la imaginó como solía verla, como la maestra de aspecto severo al menos diez años mayor de lo que Peggy era realmente; todavía sabía usar la voz como un regletazo en los nudillos.

—Para mí no es inútil saber lo que me espera en el futuro.

—Pero yo no sé lo que va a pasar. Sólo sé lo que podría pasar. Lo que parece probable que pase. El futuro podría tomar muchos rumbos. La mayoría de la gente avanza a ciegas, metiéndose en este o aquel sendero que veo en su fuego interno, camino del desastre o del deleite. Pocos tienen tu poder, Alvin, de abrir un nuevo sendero que no existía. No hubo ningún futuro en el que te viera meter ese taburete a través de los barrotes de la celda. Y sin embargo fue un acto casi inevitable por tu parte. Una simple expresión de la impulsividad de un joven. Veo en los corazones de la gente los futuros que son posibles para ellos según el curso natural de los acontecimientos. Pero tú puedes doblegar las leyes de la naturaleza, y por eso casi no cuentas. A veces puedo ver claramente; pero hay profundas aberturas, oscuras y anchas.

Él se levantó del camastro y se acercó a los barrotes, los agarró, se arrodilló ante

ella.

—Dime cómo puedo descubrir la forma de Hacer la Ciudad de Cristal.

—No sé cómo. Pero he visto un millar de futuros donde lo consigues.

—¡Dime entonces dónde aprender!

—No lo sé. Sea lo que fuere, no obedece las leyes de la naturaleza. O al menos pienso que por eso no puedo verlo.

—Vilate Franker dice que mi vida acaba en Ciudad Cartago —dijo Alvin.

Ella se envaró.

—¿Cómo sabe eso?

—Sabe de dónde vienen las cosas y dónde acabarán.

—No vayas a Cartago. Nunca.

—Así que tiene razón.

—Nunca vayas allí —susurró ella—. Por favor.

—No planeo hacerlo —dijo él. Pero interiormente pensó que, después de todo, se preocupaba por él. Todavía se preocupa por mí.

Podría haber dicho algo, o ella podría haber hablado un poco más tiernamente y con menos frialdad. Podría, pero entonces la puerta se abrió y entraron el *sheriff* y el juez y Marty Laws y Verily Cooper.

—Disculpen —dijo el *sheriff* Doggly—. Pero venimos por un asunto del tribunal.

—Estoy a su servicio, caballeros —contestó Alvin, poniéndose en pie de inmediato. Peggy se levantó también, luego se inclinó para apartar el taburete de la puerta.

El *sheriff* miró el taburete.

—Ha sido usted muy amable al hacer que coloquen para mí el taburete de Alvin al otro lado de los barrotes —dijo Peggy.

Po Doggly la miró. No había dado tal orden, pero decidió no discutir. Alvin era Alvin.

—Explíqueme las cosas a su cliente —le dijo el juez a Verily Cooper.

—Como discutimos anoche —informó Verily—, necesitaremos que varios testigos vean el arado. Nosotros tres seremos suficientes para declarar que el arado existe, que parece hecho de oro, y...

—Muy bien —dijo Alvin.

—Y hemos acordado que en cuanto se elija el jurado seleccionaremos a otras ocho personas que puedan testificar la existencia y naturaleza del arado en juicio abierto.

—Mientras el arado se quede aquí conmigo —dijo Alvin. Miró al *sheriff* Doggly.

—El *sheriff* ya sabe —dijo el juez—, que él no es uno de los testigos designados.

—¡Maldita sea, Señoría! —rezongó Doggly—. ¿Se pasa semanas aquí en mi cárcel y ni siquiera puedo verlo?

—No me importa si se queda —dijo Alvin.

—A mí sí —contestó el juez—. Es mejor que no regale a sus comisarios con

relatos de lo grande y lo dorado que es. Sé que podemos confiar en el señor Doggly. ¿Pero por qué exacerbar la tentación que ya debe de afligir al menos a alguno de sus comisarios?

Alvin se echó a reír.

—¿Qué le resulta tan gracioso, señor Smith? —preguntó el juez.

—Cómo todo el mundo pretende saber qué demonios significa la palabra exacerbar.

Todos se echaron a reír con él.

Cuando terminaron, el *sheriff* Doggly seguía en la habitación.

—Voy a acompañar a la dama a la salida —dijo.

Alvin miró al techo.

—Ella vio el arado la noche en que lo hice.

—De todas formas —dijo el juez—, oficialmente tiene que haber tres testigos en esta ocasión. Puede enseñárselo a todos los que vengan a visitarlo a la cárcel, si quiere; pero en esta ocasión hemos acordado que tres, y tres serán.

Peggy sonrió al juez.

—Es usted un hombre de extraordinaria integridad, señor. Me alegra saber que preside este juicio.

Cuando se marchó y el *sheriff* cerró la puerta de la celda, el juez miró a Alvin.

—¿Ésa era Peggy Guester? ¿La tea?

Alvin asintió.

—Es más guapa de lo que esperaba —dijo el juez—. Pero me gustaría saber si ha hecho un comentario sarcástico.

—No lo creo —respondió Alvin—. Pero lleva usted razón: tiene una forma de decir incluso las cosas agradables que parece que está a punto de decir un puñado de otras cosas que no lo son tanto.

—El que se case con ésa, será mejor que tenga la piel dura —dijo el juez.

—O un palo tieso —comentó Marty Laws, y se echó a reír. Pero se rió solo, y pronto guardó silencio, vagamente cortado, inseguro de por qué su chiste les había hecho tan poca gracia.

Alvin rebuscó bajo el camastro y sacó la bolsa de arpillera que contenía el arado. Abrió la boca del saco, de forma que el arado quedó expuesto, rodeado de arpillera, brillando dorado a la luz de las altas ventanas.

—Que me zurzan —dijo Marty Laws—. Es de verdad un arado, y de oro.

—Parece oro —corrigió el juez—. Creo que si queremos ser testigos de fiar, tendremos que tocarlo.

Alvin sonrió.

—No voy a detenerlos.

El juez suspiró y se volvió hacia el fiscal del condado.

—Nos hemos olvidado de decirle al *sheriff* que abriera la puerta de la celda.

—Iré a por él —dijo Marty.

—Por favor, cubra el arado, señor Smith —dijo el juez.

—No se molesten —respondió Alvin. Extendió la mano y abrió la puerta de la celda. La cerradura no hizo ruido, ni siquiera los goznes chirriaron. La puerta se abrió sin más, silenciosa y suavemente.

El juez miró el pestillo y la cerradura.

—¿Está rota? —preguntó.

—No se preocupe —dijo Alvin—. Funciona bien. Entren y toquen el arado, si quieren.

Ahora que la puerta estaba abierta, vacilaron. Finalmente Verily Cooper entró, seguido del juez. Pero Marty se quedó fuera.

—Hay algo en ese arado... —dijo.

—Nada de lo que preocuparse —lo tranquilizó Alvin.

—Sólo está molesto porque la puerta se ha abierto con tanta facilidad —comentó el juez—. Pase, señor Laws.

—Miren —dijo Marty—. Está temblando.

—Como les dije —recordó Alvin—, está vivo.

Verily se arrodilló y acercó una mano al arado. Sin que nadie lo tocara, el arado se deslizó hacia él, arrastrando la arpillera consigo.

Marty soltó un gritito y se dio la vuelta, apretando la cara contra la pared opuesta.

—No podrá ser testigo si está vuelto de espaldas —dijo el juez.

El arado se deslizó hacia Verily. Él le puso la mano encima. Lentamente, el arado giró bajo su mano, giró y giró, una y otra vez, con la suavidad de un patinador sobre el hielo.

—Está vivo —dijo Verily.

—En cierto modo —dijo Alvin—. Tiene mente propia, como si dijéramos. Quiero decir que no es que yo lo haya domado ni nada.

—¿Puedo cogerlo? —preguntó Verily.

—No lo sé. Nadie más que yo lo ha intentado.

—Sería útil si pudieramos sopesarlo para ver si pesa como el oro, o si es de alguna otra aleación más ligera —dijo el juez.

—Es del oro más puro que verá en toda su vida —respondió Alvin—, pero sopesenlo si quieren.

Verily se agachó, colocó las manos bajo el arado, y lo alzó. Gruñó por su peso, pero el arado permaneció en su mano mientras lo levantaba. Con todo, se agitó un poco.

—Quiere volverse —dijo Verily.

—Es un arado. Supongo que quiere encontrar buen suelo.

—No arará de verdad con esto, ¿no? —preguntó el juez.

—No sé por qué lo hice, si no es para arar. Quiero decir que si hice un cuenco le di mal la forma, ¿no cree?

—¿Puede tendérmelo? —preguntó el juez.

—Por supuesto —dijo Verily. Se acercó al juez y sostuvo el arado mientras el otro hombre lo rodeaba con sus manos. Luego lo soltó.

De inmediato el arado empezó a doblarse en las manos del juez. Antes de que se le fuera a caer, Alvin apoyó la mano derecha sobre la superficie del arado. Inmediatamente se quedó quieto.

—¿Por qué no ha hecho eso con el señor Cooper? —preguntó el juez, con voz temblorosa.

—Supongo que sabe que Verily Cooper es mi abogado —dijo Alvin, sonriendo.

—Mientras que yo soy imparcial —dijo el juez—. Tal vez el señor Laws tiene razón al no querer tocarlo.

—Pero tiene que hacerlo —observó Verily—. Él, más que nadie, tiene que verlo. Tiene que asegurarse al señor Webster y a Pacífico Smith que es el arado de verdad, el arado de oro, y que está seguro aquí en la cárcel.

El juez le devolvió el arado a Alvin, luego salió de la celda y colocó la mano sobre el hombro de Marty Laws.

—Vamos, señor Laws, yo lo he cogido, y aunque se mueve un poco, no le hará daño.

Laws sacudió la cabeza.

—Marty —dijo Alvin—. No sé qué teme, pero le prometo que el arado no le hará daño, y así será.

Marty se volvió de lado.

—Es tan brillante... Me duelen los ojos.

—Sólo ha sido un destello de luz —dijo el juez.

—No, señor —respondió Marty—. No, Señoría. Era brillante. Brillaba desde su propio interior. Me ha atravesado. He podido sentirlo.

El juez miró a Alvin.

—No sé —dijo Alvin—. No es que se lo haya estado enseñando a la gente.

—Sé a qué se refiere —dijo Verily—. No he visto la luz. Pero he sentido el calor. Cuando la bolsa se ha abierto este lugar se ha vuelto más cálido. Pero no hace daño, señor Laws. Por favor... lo sostendré con usted.

—Yo también —intervino el juez.

Alvin les tendió el arado.

Marty se volvió lentamente para poder ver, la cabeza ladeada, mientras los otros dos testigos ponían las manos bajo el arado. Sólo entonces avanzó y colocó torpemente la punta de sus dedos por encima y por debajo del arado de oro. Sudaba copiosamente y Alvin sintió lástima por él, pero no acababa de comprender lo que le pasaba al hombre.

El arado siempre había sido amable y amistoso con él. ¿Qué significaba para Marty?

El objeto no le hizo daño y Marty cogió confianza; movió las manos para sentir algo del peso del arado. A pesar de todo, seguía con los ojos entornados y miraba de

lado, como para protegerse un ojo en caso de que el otro quedara cegado de repente.

—Creo que puedo sujetarlo solo.

—Permita que el señor Smith le deje una mano encima, para que no se mueva — dijo el juez.

Alvin dejó la mano, pero los otros dos retiraron las suyas, y Marty sostuvo el arado solo.

—Reconozco que pesa como si fuera de oro.

Alvin colocó la mano bajo el arado y lo sostuvo.

—Ya lo sostengo yo, Marty —dijo.

Marty lo soltó... a regañadientes, según le pareció a Alvin.

—Bueno, me parece que ya entienden por qué no dejo que nadie lo coja —dijo Alvin.

—No quiero ni pensar cómo me dejaría el pie si se me cayera encima —comentó el juez.

—Oh, aterriza bien —repuso Alvin.

—Realmente está vivo —comentó Verily en voz baja.

—Es usted un hombre valiente —le dijo el juez a Alvin—. Su abogado ha sido inflexible. Quiere que se celebre una audiencia sobre el asunto de la extradición antes de reunir un jurado para el tema del robo.

Alvin miró a Verily.

—Mi abogado sabe lo que hace.

—Les he dicho que mi defensa se basará en que el Rastreador no estaba cumpliendo con su deber, ya que con el sello que llevaba no podía identificarse a Arturo Estuardo —dijo Verily.

Alvin sabía que eso era más una pregunta que una afirmación.

—Pasaron justo por delante de Arturo Estuardo esa noche —dijo.

—Vamos a traer a un grupo de Rastreadores de Wheelwright para ver si pueden reconocer a Arturo Estuardo entre un grupo de niños de su edad —informó Verily—. Tendrán la cara y las manos ocultas, por supuesto.

—Asegúrense de que haya un par de hijos de Mock Berry en el grupo —dijo Alvin—, además de todos los niños blancos que encuentren. Supongo que los que se pasan la vida buscando negros tendrán alguna forma de detectar quién es quién, aunque lleven guantes y una bolsa sobre la cabeza.

—¿Mock Berry? —preguntó el juez.

—Es un negro —explicó Marty—. Un negro libre, ojo. Su esposa Anga y él tienen un puñado de críos en una cabaña del bosque, no lejos de la posada.

—Bueno, es una buena idea incluir algunos niños negros en el grupo —dijo el juez—. Y tal vez me encargue de unas cuantas cosas para que todo sea justo —acercó la mano al arado, que Alvin sostenía aún—. ¿Le importa si lo toco una vez más?

Lo hizo; el arado tembló bajo su mano.

—Si el jurado decidiera que es de verdad el oro de Pacífico Smith, me preguntó

cómo va a llevárselo a casa.

—Señoría —protestó Marty. El juez le fulminó con la mirada.

—No imagine ni por un momento que no voy a ser completamente justo e imparcial en el curso de este juicio.

Marty sacudió la cabeza y tendió las manos como para espantar incluso la misma idea de imparcialidad.

—Además —dijo el juez—. Usted también ha visto lo que ha visto. ¿Va a dejar el juicio en manos del señor Webster, ahora que lo ha visto moverse y brillar y todo lo demás?

Marty sacudió la cabeza.

—El asunto en cuestión es si Alvin Smith hizo el arado con oro que pertenecía a Pacífico. Cómo es el arado, sus otras propiedades... todo eso es completamente irrelevante.

—Exacto —dijo el juez—. Lo único que necesitamos verificar ahora mismo es si existe, si es de oro, y si debe permanecer bajo la custodia de Alvin mientras él mismo permanece bajo custodia del *sheriff*. Creo que hemos determinado los tres puntos a satisfacción de todos. ¿Cierto, caballeros?

—Cierto —dijo Marty.

Verily sonrió.

Alvin volvió a guardar el arado en la bolsa de arpillera.

Cuando salieron de la celda, el juez cerró con sumo cuidado la puerta hasta que el cerrojo chasqueó. Luego intentó abrirla y no pudo.

—Bueno, me alegra ver que la cárcel es segura —no sonrió cuando lo dijo. No tenía que hacerlo.

Po Doggly los miró con curiosidad cuando pasaron de la celda a la oficina exterior. Instantes después estaba dentro de la cárcel, mirando a Alvin a través de los barrotes, esperando captar un destello de oro.

—Lo siento, *sheriff*. Está guardado.

—No tienes sentido de la deportividad, Alvin. ¿No podrías haberlo dejado un poquito abierto?

—No me importa si es usted uno de los ocho —dijo Alvin—. Veamos qué pasa.

—No es mala idea —comentó Doggly—. Y gracias por no poner pegas. Pero no lo haré. Será mejor usar a ocho ciudadanos corrientes, en vez de a un funcionario público. Sólo siento curiosidad, ya sabes. Nunca había visto tanto oro en mi vida, y me gustaría poder contárselo a mis nietos.

—A mí también. *Sheriff* Doggly, Peggy Lerner no estará todavía ahí fuera, ¿verdad?

—No. Lo siento, Al. Se ha ido. Creo que se ha ido a casa a saludar a su padre.

—Eso creo yo también. No importa.

Arturo Estuardo nunca se habría considerado un espía. No podía evitar ser bajito. No podía evitar que su piel fuera negra. Además, como era tímido, tendía a quedarse en las sombras muy muy muy quieto de forma que la gente no reparara en él. No era consciente de que parte del canto verde de sus largos viajes con Alvin todavía permanecía con él, como una melodía en el fondo de su mente, de modo que sus pasos eran inusualmente silenciosos, las ramas tendían a apartarse de su camino, y las tablas no solían crujir a su paso.

Y cuando se trataba de visitar la casa de Vilate, bueno, no era ningún accidente que ella no le viera. De hecho, Arturo se ha propuesto no pisar el porche de la estafeta, así que no podía entrar por la puerta ni llamar al timbre. Y, cuando daba la vuelta a la casa de Vilate Franker, no llamaba a la puerta trasera ni le pedía permiso para subirse al barril que servía para recoger agua de la lluvia y asomarse a la ventana de su cocina, donde la tetera relucía sobre el hornillo y Vilate estaba sentada bebiendo té y manteniendo una animada conversación con...

Con una salamandra.

No un lagarto... incluso desde la ventana, Arturo Estuardo veía que no tenía escamas. Además, no había que ser ningún genio para distinguir una salamandra de un lagarto a cinco pasos. Arturo Estuardo era un niño, y los niños suelen saber esas cosas. Además, Arturo Estuardo había sido un niño inusualmente solitario e inquisitivo, y se las había apañado con los animales, así que aunque algún otro niño podría haber cometido un error, Arturo Estuardo no. Era una salamandra.

Vilate decía algo, y tomaba sorbos de té alzando la cabeza de vez en cuando, y luego asentía o murmuraba: «Mmhm», «lo sé», «¿no es terrible?», como si la salamandra estuviera diciendo algo.

Pero la salamandra no decía nada. Ni siquiera la miraba la mayor parte del tiempo, aunque en realidad uno nunca sabe con seguridad hacia dónde mira una salamandra, porque si un ojo mira para acá, el otro podría estar mirando para allá, ¿y cómo saberlo? Con todo, Arturo estaba bastante seguro de que lo miraba a él. Sabía que estaba allí. Pero no parecía alarmada ni nada, así que Arturo siguió mirando y escuchando.

—Los hombres no deberían jugar con los sentimientos de las damas —decía ella—. Una vez que un hombre decide seguir por ese camino, la dama tiene derecho a protegerse lo mejor que puede.

Otro sorbo. Otro movimiento de cabeza.

—Oh, lo sé. Y lo peor es que la gente va a pensar mal de mí. Pero todo el mundo sabe que Alvin Smith tiene poderes ocultos. Naturalmente, no he podido evitarlo.

Otro sorbo. Y entonces, bruscamente, de sus ojos brotaron lágrimas.

—Oh, querida, querida amiga mía, ¿cómo puedo hacer eso? Realmente me preocupo por el muchacho. Me preocupo de verdad por él. ¿Por qué, oh, por qué no

pudo haberme amado? ¿Por qué tuvo que rechazarme y hacerme esto?

Y así continuó. Arturo no era tonto. Supo inmediatamente que Vilate Franker estaba planeando cometer algún tipo de fechoría contra Alvin, y esperó que mencionara de qué se trataba, aunque no era probable que lo hiciera, ya que no hablaba más que de lo mal que se sentía y de cómo odiaba hacerlo pero que una dama tenía derecho a defender su honor aunque con ello diera la sensación de no tener honor ninguno pero que por eso era una suerte tener una amiga tan buena, fiel y maravillosa.

Ah, las lágrimas que derramó. Ah, los suspiros. Ah, el litro de té que consumió mientras Arturo seguía asomado a la ventana, observando, escuchando.

Pero, curiosamente, en cuanto las lágrimas cesaron su cara quedó limpia. Ni un churrete. Ni rastro de rojeces alrededor de los ojos. Ningún signo de que hubiera vertido una sola lágrima.

El té acabó por hacer su efecto. Vilate retiró la silla y se puso en pie. Arturo sabía dónde estaba el excusado; saltó inmediatamente del barril y corrió a la parte delantera de la casa antes de que ella abriera la puerta. Entonces, sabiendo que Vilate no podría oír la campanilla, abrió la puerta de la estafeta, entró, saltó el mostrador, y se dirigió hacia la cocina desde la parte delantera de la casa. Allí estaba la salamandra, lamiendo un poco de té que se había derramado en el plato. Cuando Arturo entró, la salamandra alzó la cabeza. Luego se movió adelante y atrás, dibujando una forma sobre la mesa. Un triángulo. Otro triángulo cruzándolo.

Un hechizo.

Arturo se acercó a la silla donde había estado sentada Vilate. De pie, su cabeza quedaba aproximadamente a la altura de la cabeza de ella sentada. Mientras se inclinaba sobre la silla, la salamandra cambió.

No, en realidad no. La salamandra desapareció. En cambio, había una mujer sentada frente a él.

—Eres un niño malo —dijo la mujer con una sonrisa triste.

Arturo apenas se dio cuenta de lo que le decía. Porque la conocía. Era la vieja Peg Guester. La mujer a la que llamaba madre. La mujer enterrada bajo una lápida en la colina de detrás de la posada, cerca de su madre verdadera, la joven esclava fugitiva a la que nunca había conocido. La vieja Peg estaba allí.

Pero no era la vieja Peg. Era la salamandra.

—Y te imaginas cosas, niño desagradable. Inventas historias.

La vieja Peg solía llamarlo «niño desagradable», pero bromeaba. Lo decía cuando repetía algo que había dicho otra persona. Se reía y le llamaba niño desagradable y le daba un abrazo y le decía que no repitiera esa observación a nadie.

Pero esta mujer, esta supuesta vieja Peg, lo decía en serio. Pensaba que era un niño desagradable.

Se apartó de la silla. La salamandra volvió a la mesa y la vieja Peg se fue. Arturo se arrodilló junto a la mesa para mirar a la salamandra a los ojos. El animal lo miró a

su vez. Arturo sostuvo la mirada.

Solía hacerlo durante horas con los animales del bosque. Cuando era muy pequeño, los comprendía. Encontraba su historia en su mente. Gradualmente, fue perdiendo esa habilidad. Ahora sólo captaba destellos. Pero claro, ya no pasaba tanto tiempo con los animales. A lo mejor si se esforzaba...

—No me olvides, salamandra —susurró—. Quiero saber tu historia. Quiero saber quién te enseñó a dibujar hechizos sobre la mesa.

Extendió la mano, luego colocó lentamente un dedo sobre la cabeza de la salamandra. El animal no retrocedió; ni siquiera se movió cuando el dedo la tocó. Sólo le miró.

—¿Qué haces aquí dentro? —susurró él—. No te gustan los interiores. Quieres estar fuera. Cerca del agua. En el barro. En las hojas. Con insectos.

Era lo que Alvin solía hacer: murmurar cosas a los animales, sugerirles cosas.

—Puedo llevarte al barro si quieres. Ven conmigo, si quieres. Ven conmigo, si puedes.

La salamandra alzó una pata delantera, luego la bajó lentamente. Un paso hacia Arturo.

Y creyó notar en la salamandra un ansia, un deseo de comida; más que eso, un deseo de... libertad. A la salamandra no le gustaba estar prisionera.

La puerta se abrió.

—Vaya, Arturo Estuardo —dijo Vilate—. Imaginaba que ibas a venir de visita.

Arturo tuvo el sentido común de no levantarse de un salto como si estuviera haciendo algo malo.

—¿Hay alguna carta para Alvin? —preguntó.

—Ninguna.

Arturo no mencionó la salamandra, lo que estuvo muy bien, porque Vilate ni siquiera la miró. Una dama pillada con una salamandra viva (o muerta) en la mesa de la cocina, lo lógico es que al menos dé alguna explicación.

—¿Quieres un poco de té?

—No puedo quedarme.

—Oh, la próxima vez entonces. Transmítele mi cariño a Alvin —su sonrisa era dulce y hermosa.

Arturo extendió la mano, justo delante de ella, y tocó la espalda de la salamandra.

Ella no se dio cuenta. O al menos no dio muestras de hacerlo.

Arturo dejó la habitación, saltó el mostrador, y salió corriendo por la puerta. Oyó la campanita sonar a sus espaldas.

Si la salamandra era una prisionera, ¿quién la había capturado? Vilate no... la salamandra se servía de hechizos para hacerle ver a otra persona. Aunque Arturo estaba convencido de que no era a la vieja Peg Guester a quien veía Vilate. Pero la salamandra no la engañaba por voluntad propia, porque todo lo que quería era tener la libertad de volver a ser otra vez una salamandra corriente.

Tendría que hablarle de aquello a Alvin, sin falta. Vilate planeaba hacerle algo malo, y la salamandra que trazaba hechizos sobre la mesa de la cocina tenía algo que ver con el plan.

¿Cómo ha podido ser Vilate tan estúpida que ni siquiera me ha visto tocar su salamandra? ¿Por qué no se ha molestado cuando me ha visto en la cocina al volver del excusado?

A lo mejor quería que viera la salamandra. O tal vez alguien más quería que la viera.

Quería que viera a madre.

Por un momento, mientras caminaba por la polvorienta calle principal de Río Hatrack, perdió el control y casi se echó a llorar al pensar en su madre, al pensar que la había visto allí sentada frente a él.

No era real, se dijo. Todo era falso. Mentira. Una trola. Quienquiera que estuviera detrás de aquello era un mentiroso, y un mentiroso malvado además. Un niño desagradable. Un niño maligno. Él no era un niño malo. Era un niño bueno y la Peg Guester real lo sabía, no le habría dicho una cosa así. La Peg Guester real le abrazaría con fuerza y diría: «Mi niño bueno, Arturo Estuardo, eres mi niño bueno».

Se serenó. Se secó las lágrimas de los ojos, y cuando los sentimientos tristes desaparecieron otro ocupó su lugar. Estaba furioso. No tenían derecho a hacerle ver a mamá. Ningún derecho. Te odio, quienquiera que seas, por hacerme ver a mi mamá y llamarme cosas así.

Subió corriendo las escaleras del juzgado. Lo único bueno que tenía que Alvin estuviera en la cárcel era que Arturo Estuardo sabía siempre dónde estaba.

A Napoleón le resultaba difícil creer que una vez había estado así de cerca de matar al muchacho americano, Calvin. Le costaba recordar lo asustado que estaba cuando vio el poder del muchacho; cómo los primeros días le había observado con atención, sin dormir apenas por miedo a que el chico le hiciera algo durante la noche. Quitarle las piernas, por ejemplo. ¡Eso sí que sería una cura para la gota! Se le ocurrió por las muchas veces que había deseado, en la agonía de los dolores, que una bala de cañón le cortara la pierna en la batalla. Cojear con muletas no podría ser peor que aquello. Y el muchacho le procuraba un gran alivio. No una cura... pero sí el cese del dolor.

A cambio de eso, Napoleón dejaba que Calvin le manipulara. Sabía quién estaba realmente al mando, y desde luego no era un muchacho americano arribista e ignorante. ¿A quién le importaba si Calvin se creía muy listo al intercambiar el alivio de un día por otra lección sobre cómo gobernar a los hombres? ¿Imaginaba de verdad que Napoleón le enseñaría algo que pudiera darle ventaja? Al contrario, con cada hora, con cada día que pasaban juntos, el control de Napoleón sobre un chico que podría haber sido incontrolable se hacía más fuerte, más profundo. Y Calvin no tenía

ni idea.

Nunca lo comprendían, ninguno de ellos. Todos creían que servían a Napoleón por amor y admiración, o por avaricia e interés propio, o por miedo y discreción. Fuera cual fuese el motivo que les impulsaba, Napoleón lo alimentaba, lo controlaba. Algunos se movían impulsados por la vergüenza, y otros por la culpa; algunos por la ambición y otros por la lujuria; algunos incluso por un exceso de piedad... pues cuando la ocasión lo requería, Napoleón era capaz de convencer al poseedor de un alma espiritualmente hambrienta de que era el siervo elegido de Dios en la Tierra. No era difícil. Nada era difícil, cuando comprendías a los demás como los comprendía Napoleón. Sus deseos emanaban de ellos. Eran como el olor de sudor de un atleta después de una competición o de un soldado después de una batalla, como el olor de una mujer... Napoleón ni siquiera tenía que pensar, para ganárselos simplemente decía la palabra, las palabras exactas que ellos necesitaban oír.

Y en aquellas raras ocasiones en que alguien era inmune a sus palabras, cuando tenía algún amuleto o hechizo protector, cada uno más hábil que el anterior... bueno, para eso estaban los guardias. Para eso estaba la guillotina. El pueblo sabía que Napoleón no era un hombre cruel, que realmente pocos eran castigados bajo su gobierno. Sabían que si se enviaba a un hombre a la guillotina era porque el mundo estaría mejor con aquella boca concreta apartada de aquellos pulmones, con aquellas manos desconectadas de aquella cabeza.

¿Calvin? Ah, el muchacho podría haber sido peligroso. El muchacho tenía poder suficiente para salvarse de la guillotina, para detener la hoja antes de que le golpeará el cuello. El muchacho podría haber impedido todo aquello que no le pillara completamente por sorpresa. ¿Cómo le habría derrotado el Emperador? Tal vez con un poco de opio para atontarlo; alguna vez tenía que dormir. Pero no importaba. No hubo ninguna necesidad de matarlo, después de todo. Sólo un poco de estudio, un poco de paciencia, y Napoleón lo tenía.

No como su servidor, no. Aquel muchacho americano era listo, estaba atento, tenía cuidado de no sucumbir a ningún intento de Napoleón de convertirlo en su esclavo, en uno de aquellos sirvientes que miraban a su Emperador con adoración. De vez en cuando Napoleón hacía una observación, una especie de finta, para que Calvin creyera que estaba repeliendo los mejores golpes del Emperador. Pero de hecho, Napoleón no tenía necesidad de la lealtad del muchacho. Sólo necesitaba su toque curativo.

Al muchacho lo movía la envidia. ¿Quién lo habría imaginado? Todo aquel poder innato, tales dones de Dios o de la naturaleza o de quien fuera, y el muchacho lo desperdiciaba todo por culpa de la envidia que le tenía a su hermano mayor Alvin. ¡Bueno, no sería él quien le dijera a Calvin que no dejara que esos sentimientos le controlaran! Al contrario, Napoleón los alimentaba, sutilmente, con pequeñas observaciones de vez en cuando sobre cómo Alvin habría hecho esto o lo otro, o comentarios sobre lo horrible que era tener que soportar hermanos menores que

simplemente no tenían la habilidad de igualar la habilidad propia. Sabía cómo atormentaba esto el alma de Calvin. Un gusano se abrió paso a través del juicio del muchacho, excavando túneles en él. Te tengo, te tengo. Mira a través del océano, fija la mirada en tu hermano; podrías haberme desafiado para conseguir todo el imperio, la mitad del mundo, pero en cambio en lo único que piensas es en un tipo inútil vestido con pieles de alce o de lo que sea capaz de pulir con piedras o con las manos desnudas y curar a los enfermos.

Curar a los enfermos. En eso trabajaba Napoleón ahora mismo. Sabía perfectamente bien que Calvin no le curaba deliberadamente; también sabía que si Calvin llegaba alguna vez a la conclusión de que Napoleón estaba en realidad al mando, probablemente huiría y le dejaría con la gota otra vez. Así que tenía que mantener un equilibrio delicado: irritarlo porque su hermano podía curar y él no; al mismo tiempo, convencerlo de que ya había aprendido todo lo que el Emperador tenía que enseñarle y que con la práctica llegaría a ser tan bueno como él controlando a los otros hombres.

Si salía bien, el muchacho, creyendo haber exprimido hasta la última gota de conocimiento de la mente de Napoleón, alardearía por fin de que era igual que su hermano después de todo. Curaría al Emperador, luego dejaría la corte y regresaría a América para desafiar a su hermano... para intentar, usando las enseñanzas de Napoleón, controlarlo.

Por supuesto, si llegaba allí y nada de lo que había aprendido del Emperador funcionaba, bueno, ¡volvería para vengarse! Pero Napoleón le estaba enseñando de verdad lo suficiente para jugar con las debilidades de los hombres débiles, los temores de los cobardes, las ambiciones de los orgullosos, la ignorancia de los estúpidos.

Lo que Calvin no advertía era que Napoleón no estaba enseñándole ninguna de las artes verdaderamente difíciles: cómo volver contra los hombres buenos sus propias virtudes.

Lo más gracioso era que Calvin estaba rodeado de los mejores hombres, de los que más le había costado a Napoleón conquistar. El marqués de La Fayette, por ejemplo... era el sirviente que bañaba al muchacho, igual que bañaba al Emperador. A Calvin nunca se le habría ocurrido que Napoleón mantuviese a sus enemigos más peligrosos cerca de él, inconsciente de cómo los humillaba. Si Calvin lo hubiese comprendido, se habría dado cuenta de que aquello era poder real. Los hombres malvados, débiles, temerosos... eran fáciles de controlar. Sólo cuando hombres virtuosos se habían sometido a su control Napoleón se había atrevido a buscar el poder, a derrocar al rey y ocupar su lugar, a conquistar Europa e imponer su paz sobre las naciones en guerra.

Calvin no lo ve, porque él mismo es un hombre temeroso y ambicioso, y no se da cuenta de que otros pueden ser intrépidos y generosos. ¡No me extraña que odie tanto a su hermano mayor! Por lo que Calvin decía de él, a Napoleón le parecía que Alvin

sería un caso difícil, muy difícil de someter. De hecho, saber que el hermano de Calvin existía era causa suficiente para que Napoleón pospusiera su plan de concentrar sus ejércitos en Canadá con intención de conquistar las tres naciones americanas de habla inglesa. No había ningún motivo para intentar nada que hiciera a Alvin Smith volver los ojos hacia el este. Era una competición en la que Napoleón no quería embarcarse.

Así que enviaría a Calvin a casa, armado con grandes habilidades para subvertir, engañar, corromper y manipular. No tendría ningún control sobre Alvin, por supuesto, aunque indudablemente sería capaz de engañarlo, pues Napoleón sabía bien que igual que las personas malas, débiles y cobardes veían sus propios motivos básicos en las acciones de los demás, también los virtuosos tendían a suponer los más nobles motivos para los actos de otras personas; ¿por qué si no había tantos mentirosos empedernidos que engañaban con éxito a los demás? Si las buenas personas no confiaran tanto en las malas, la raza humana se habría extinguido hacía tiempo: la mayoría de las mujeres nunca habrían dejado acercarse a la mayoría de los hombres.

Que los hermanos lucharan. Si alguien puede deshacerse de la amenaza que Alvin Smith representa es su propio hermano, que puede acercarse a él... no yo, con todos mis ejércitos, con toda mi habilidad. Que luchen.

Pero no hasta que mi pierna esté curada.

—Mi querido León, no debes pelear así con las mantas.

Era La Fayette, que comprobaba su estado antes de que se durmiera. Napoleón dejó que el hombre lo arrojara. La noche era fría; era agradable contar con los tiernos cuidados de un hombre cariñoso y tan responsable, tan de fiar, tan creativo. Tengo en mis manos a los mejores hombres, y bajo mi pulgar a los peores. Mi historial es mucho mejor que el de Dios. Está claro que el viejo eligió al hijo equivocado para cumplir su voluntad. Si yo hubiera estado en Jerusalén en vez de ese atontado de Jesús, nunca me habrían crucificado. Habría controlado toda Roma en un momento, y todo el mundo se habría convertido a mi doctrina.

Tal vez eso era Alvin... ¡el segundo intento de Dios! Bueno, Napoleón participaría en el guión. Napoleón le enviaría a Alvin Smith su Judas.

—Necesitas dormir, León —dijo La Fayette.

—Tengo la mente saturada —dijo Napoleón.

—De cosas felices, espero.

—Muy felices.

—¿No te duele la pierna? Es una suerte tener al muchacho americano, si te evita ese horrible sufrimiento.

—Sé que es difícil vivir conmigo cuando estoy dolorido.

—En absoluto, nunca. Ni lo pienses siquiera. Es un placer estar contigo.

—¿Lo echas alguna vez de menos, mi marqués? ¿Los ejércitos, el poder? ¿El gobierno, la política, las intrigas?

—¡Oh, León! ¿Cómo podría echarlo de menos? Lo tengo todo a través de ti. Veo lo que haces y me maravillo. Yo nunca lo habría hecho tan bien. Contigo estoy en el colegio todos los días; eres el maestro supremo.

—¿Lo soy?

—El maestro. El maestro de todo es mi querido León. Qué acertadamente bautizaron tu casa en Córcega, querido. Buona Parte. Buenas Partes. Eres realmente el león de las buenas partes.

—Qué amable eres al decirlo, mi marqués. Buenas noches.

—Dios te bendiga.

La vela se retiró de la habitación, y la luz de la luna devolvió su tenue iluminación a las cortinas.

Sé que me estás estudiando, Calvin. Enviando tu poder, como tan burdamente lo llamas, a mis piernas, para descubrir la causa de la gota. Averígualo. Sé tan listo como tu hermano en esto, para que pueda por fin deshacerme de ti y del dolor.

Verily había conocido a lo largo de su vida a hombres envilecidos; le habían ofrecido grandes sumas de dinero para defender a alguno de vez en cuando, pero su conciencia no estaba en venta. Recordaba a uno de ellos que, creyendo que sus sicarios no habían sido lo bastante claros respecto a cuánto dinero ofrecía, visitó a Verily. Cuando por fin se dio cuenta de que Verily no esperaba simplemente que subiera el precio, pareció bastante dolido.

—De verdad, señor Cooper, ¿por qué mi dinero no es tan bueno como el de cualquiera?

—No se trata del dinero, señor —dijo Verily.

—¿Qué, entonces? ¿Cuál es su objeción?

—No dejo de pensar: ¿y si, por algún craso error de la justicia, gano?

Lívido, el hombre profirió viles amenazas contra él y se marchó. Verily nunca supo si fue aquel hombre o algún otro quien le envió un asesino; un intento patético: un cuchillo en la oscuridad. Verily vio la hoja y la sonrisa viciosa del asesino (obviamente el asesino había escogido una profesión que le permitía satisfacer sus propios instintos), e hizo que la hoja del cuchillo se cayera del mango y golpeará los pies del hombre. El tipo no habría parecido más abatido si Verily lo hubiera convertido en eunuco.

Hombres envilecidos, pero que tenían algo en común: tenían en muy alta estima la virtud y trataban de aparentarla. La hipocresía, pese a toda su mala reputación, mostraba al menos un decente respeto por el bien.

Estos Rastreadores de esclavos, sin embargo, no eran lo bastante nobles para ser hipócritas. Al no haberse alzado por encima del nivel de los reptiles y los tiburones, no eran conscientes de su propia vileza, y por tanto no hacían ningún intento por ocultar lo que eran. Uno casi se sentía tentado de admirar su descaro, hasta que

recordaba qué frío desdén por la decencia debían sentir para pasarse la vida, a cambio de dinero, cazando a los más indefensos de sus semejantes y devolviéndolos a una vida de cadenas, castigos y desesperación.

Verily se alegró de ver que a Daniel Webster aquellos hombres le repelían casi tanto como a él. El abogado de Nueva Inglaterra evitó estrecharles la mano apañándose para estar ocupado con sus papeles a medida que iban llegando. Tampoco se molestó en aprender sus nombres; tras haberse asegurado de que todo el grupo contratado se había reunido, se dirigió a ellos solamente como grupo, y sin mirar a ninguno de ellos a los ojos. Si advirtieron su distancia, no hicieron ningún comentario ni parecieron en absoluto resentidos. A lo mejor siempre los trataban así. Tal vez quienes los contrataban lo hacían siempre con disgusto, lavándose las manos después de pasarles el sello del esclavo que tenían que cazar, lavándose de nuevo tras pagar la tarifa de sus Rastreadores. ¿No comprendían que es el asesino quien está sucio, y no el cuchillo?

Dieron las diez y media de la mañana antes de que los Rastreadores, sentados a una mesa alargada ante el juez, quedaran convencidos de que tenían la información que necesitaban del sello perteneciente a un tal Cavil Planter, de Oily Spring, Kenituck. El juez recibió el depósito, cuidadosamente tomado por el señor Webster en casa del señor Planter, en Ciudad Cartago, Wobbish. Planter había intentado asegurar que el sello estaba formado por una colección de recortes de uñas y pelo y un poco de piel seca de un tal Arturo Estuardo, de Río Hatrack; pero Webster insistió en que declarara la verdad del caso, que era que los componentes del sello fueron tomados en su granja de Appalachee de un bebé sin nombre nacido de una esclava que pertenecía al señor Planter en aquella época, la cual había escapado poco después... con, como Planter insistió en añadir, la ayuda del diablo, que le dio el poder de volar, o eso se rumoreaba entre los esclavos supersticiosos e ignorantes.

Los Rastreadores estaban preparados; los niños fueron entrando, uno a uno, y se pusieron en fila ante ellos. Todos los niños iban vestidos con ropa corriente, y todos eran más o menos de la misma talla. Llevaban las manos cubiertas, no con guantes, sino con bolsas de arpillera atadas en los codos; una tela de saco más fina les cubría la cabeza formando una capucha amplia. Ni una rendija de piel era visible; se habían asegurado con cuidado de que no quedaran aberturas entre los botones de sus camisas. Y, por si acaso, un gran cartel con un número colgaba del cuello de cada niño, cubriéndole por completo el pecho.

Verily observó con atención. ¿Había alguna diferencia entre los hijos negros de Mock Berry y los niños blancos? ¿Algo en su forma de andar, en su postura? Ciertamente, había diferencias entre los niños (la pose de indiferencia de éste, el movimiento nervioso de aquél), pero Verily no pudo distinguir cuál era blanco y cuál era negro. Desde luego no podía decir cuál era Arturo Estuardo, el niño que no pertenecía a ninguna de las dos razas. Eso no significaba, sin embargo, que los Rastreadores no lo supieran o no pudieran averiguarlo.

Pero Alvin le aseguró que su don les sería inútil, ya que Arturo Estuardo ya no encajaba con el sello.

Y Alvin tenía razón. Los Rastreadores estaban desconcertados cuando el último niño entró y el juez dijo:

—Bien, ¿cuál de ellos encaja con el sello?

Evidentemente, esperaban reconocer al instante a su presa. Sin embargo, empezaron a murmurar.

—Nada de consultas —dijo el juez—. Cada uno de ustedes debe llegar a su conclusión independientemente, escribir el número del niño que piensa que encaja con el sello, y acabar de una vez.

—¿Está seguro de que alguien no ha dejado fuera al niño en cuestión? —preguntó un Rastreador.

—Lo que está usted preguntando —dijo el juez—, es si soy un corrupto o si soy un tonto. ¿Le importaría especificar de qué me acusa exactamente?

Después de eso, los Rastreadores guardaron silencio.

—Caballeros —dijo el juez, y su tono era más bien seco—. Han tenido tres minutos. Me dijeron que su identificación sería instantánea. Por favor, escriban y acabemos.

Escribieron. Firmaron sus papeles. Se los entregaron al juez.

—Por favor, regresen a sus asientos mientras yo compruebo los resultados.

Verily no pudo menos que admirar la expresión impasible del juez mientras revisaba los papeles. Pero también le frustró. ¿No habría ningún atisbo del resultado?

—Estoy decepcionado —dijo el juez—. Esperaba obtener un resultado unánime de los reputados poderes y la famosa integridad de los Rastreadores de esclavos. Esperaba que unánimemente señalaran ustedes a un niño, o unánimemente declararan que el niño no podía ser uno de este grupo. En cambio, me encuentro con toda una gama de respuestas. Tres de ustedes declaran, arriesgándose a cometer perjurio, que ninguno de estos niños encaja con el sello. Pero cuatro de ustedes han nombrado a varios niños... una vez más, arriesgándose a cometer perjurio. Concretamente, esos cuatro han nombrado a tres niños distintos. Los dos únicos que al parecer están de acuerdo da la casualidad de que se sientan juntos, al fondo a la derecha. Ya que son los únicos que están de acuerdo en acusar a uno de los niños, creo que comprobaremos primero su declaración. Alguacil, quite la capucha del niño número cinco.

El alguacil hizo lo que le ordenaban. El niño era negro, pero no era Arturo Estuardo.

—Ustedes dos... ¿están seguros, juran ante Dios que éste es el niño que encaja con el sello? Recuerden por favor que es su licencia para practicar en el estado de Wobbish lo que está en juego, pues si son declarados indignos de confianza o deshonestos, nunca más se les permitirá llevar a un esclavo al otro lado el río.

Lo que también sabían, sin embargo, era que si ahora se echaban atrás, serían

acusados de perjurio. Y el niño era negro.

—No, señor, estoy seguro de que éste es el niño —dijo uno. El otro asintió enérgicamente.

—Ahora veamos a los otros dos niños nombrados. Quíteles la capucha a los números uno y dos.

Uno de ellos era negro, el otro blanco.

El Rastreador que había nombrado al niño blanco se cubrió la cara con las manos.

—Una vez más, sabiendo que su licencia se halla en juego, ¿están ustedes dos preparados para jurar que el niño que han nombrado encaja exactamente?

El Rastreador que había nombrado al niño blanco empezó a tartamudear.

—No sé, no lo sé, estaba seguro, creía que era...

—La respuesta es simple. ¿Sigue jurando que este niño encaja exactamente, o ha mentido estando bajo juramento cuando lo ha nombrado usted?

Los Rastreadores que habían jurado que el sello no encajaba con ninguno sonreían. Sabían, obviamente, que los otros habían mentido, y disfrutaban de su tormento.

—No he mentido —le dijo el Rastreador que había nombrado al niño blanco.

—Ni yo —le dijo el otro, desafiante—. Y sigo pensando que yo tengo razón. No sé cómo esos otros han podido equivocarse tanto.

—Pero usted... usted no creerá que tiene razón, ¿verdad? No creerá que algún milagro ha vuelto blanco a ese bebé esclavo, ¿no?

—No, señor. Debo de haberme... confundido.

—Entrégeme su licencia. Ahora mismo.

El abatido Rastreador se levantó y le tendió al juez una cartera de cuero. El juez sacó de la cartera un papel con un sello oficial. Escribió en el margen y luego al dorso; después lo firmó y estampó en él con su propio sello.

—Aquí tiene —dijo al Rastreador—. ¿Comprende usted que si alguna vez es capturado tratando de ejercer la profesión de Rastreador de esclavos en el estado de Hio será arrestado y juzgado y, de ser declarado culpable, se enfrentará al menos a diez años de prisión?

—Lo comprendo —dijo el hombre, humillado.

—¿Y es usted consciente de que Hio mantiene un acuerdo de reciprocidad con los estados de Hurón, Suskwahenny, Irrakwa, Pensilvania y Nueva Suecia, y que la misma pena u otra similar se le aplicará si intenta ejercer en ellos su profesión?

—Lo comprendo —repitió.

—Gracias por su ayuda —dijo el juez—. Agradezca que es sólo un incompetente, pues si tuviera la sospecha de que ha cometido perjurio, el castigo habría sido prisión y látigo, se lo aseguro. Si pensara que ha nombrado a este niño falsa y conscientemente, no tendría piedad de usted. Puede marcharse.

Los demás entendieron el mensaje. Mientras el desafortunado huía de la sala, los otros tres que habían nombrado a los niños se prepararon para lo que se les venía

encima.

—*Sheriff Doggly* —dijo el juez—, ¿quiere ser tan amable de informarnos de la identidad de esos dos niños que han sido identificados por tres de nuestros Rastreadores?

—Desde luego, Señoría —dijo Doggly—. Estos dos son los hijos de Mock Berry: James y John. Peter ha crecido mucho y Andrew y Zebedee son demasiado pequeños.

—¿Está seguro de su identidad?

—Han vivido toda la vida en Hatrack.

—¿Hay alguna posibilidad de que alguno de ellos sea, de hecho, hijo de una esclava fugitiva?

—Ninguna. Para empezar, las fechas de nacimiento no encajan. Los dos son demasiado mayores... Los Berry son siempre bajitos para su edad, más o menos rosas que florecen tarde si me entiende lo que quiero decir, y luego brotan como la hierba en primavera, porque Peter es el chico más alto de por aquí. Pero estos niños son muy conocidos en el pueblo desde antes de que naciera el esclavo al que pertenece el sello.

El juez se volvió hacia los Rastreadores.

—Bien. Me pregunto cómo es que consideran esclavos a estos dos niños negros nacidos en libertad.

Uno de ellos habló inmediatamente.

—Señoría, protesto por todo el procedimiento. No fuimos traídos aquí para ser juzgados, sino para ejercer nuestra profesión y...

El mazo golpeó la mesa.

—Fueron traídos aquí para ejercer su profesión, eso es cierto. Su profesión garantiza que cuando hacen una identificación todos los tribunales de justicia la consideren honesta y precisa. Dondequiera que ejerzan su profesión, ya sea aquí o en el campo, su licencia está en juego, y lo saben. Ahora, díganme de inmediato si mintieron cuando identificaron a estos niños o, simplemente, se confundieron.

—¿Y si era una simple suposición? —preguntó uno de ellos.

Verily estuvo a punto de echarse a reír.

—Suponer, en este contexto, sería mentir, ya que ustedes juraron que el niño que nombraron encajaba con el sello, y si sólo lo estuvieran suponiendo, entonces no encajaría. ¿Lo supuso usted?

El hombre se lo pensó un momento.

—No, señor, no mentí. Pienso que simplemente me equivoqué.

Otro hombre probó otra táctica.

—¿Cómo sabemos que el *sheriff* no está mintiendo?

—Porque conozco a todos los niños, y a sus padres, y he visto sus partidas de nacimiento en los archivos del condado —dijo el juez—. ¿Alguna pregunta más antes de que decidan si quieren perder la licencia o ser enviados a juicio por perjuros?

Los dos Rastreadores restantes reconocieron rápidamente que se habían

equivocado. Todos esperaron mientras el juez firmaba y sellaba la limitación de sus licencias.

—Pueden irse ustedes también, caballeros.

Se fueron.

Verily se puso en pie.

—Señoría, ¿puedo pedir que se permita quitarse la capucha a esos jóvenes que no fueron identificados? Me temo que debe resultarles bastante molesta.

—Por supuesto. Alguacil, ya es hora.

Las capuchas desaparecieron. Todos los niños parecían aliviados. Arturo Estuardo sonreía.

—Están ustedes bajo juramento —les dijo el juez a los tres Rastreadores restantes—. ¿Juran que ninguno de estos niños encaja con el sello perteneciente al señor Cavil Planter?

Todos lo juraron.

—Les felicito por tener la honestidad de admitir no haber encontrado una correspondencia, cuando otros cayeron claramente en la tentación de encontrarla no importa a qué precio. Su profesión me parece repugnante, pero al menos ustedes tres la ejercen honestamente y con razonable competencia.

—Gracias, Señoría —dijo uno de ellos; los otros, sin embargo, captaron el insulto.

—Ya que este procedimiento es una audiencia legal bajo la Ley de Esclavos Fugitivos, no necesito sus firmas ni nada, pero preferiría que se quedaran lo suficiente para firmar una declaración que diga específicamente que este joven, el niño mulato llamado Arturo Estuardo, no se corresponde con el sello. ¿Pueden firmar una declaración así, bajo juramento, ante Dios?

Pudieron. Lo hicieron. Se retiraron.

—Señor Webster, no imagino qué demontres puede decir, pero ya que representa al señor Cavil Planter en este asunto, he de preguntarle si tiene alguna declaración que hacer sobre este asunto antes de dar mi veredicto.

Webster se puso lentamente en pie. Verily se preguntó qué tendría la audacia de decir aquel hombre, a la vista de las pruebas, qué quejas o protestas podría formular.

—Señoría —dijo Webster—, para mí resulta obvio que mi cliente es víctima de un fraude. No hoy, Señoría, pues estos procedimientos han sido claramente honrados. No, el fraude fue cometido hace más de un año, cuando dos Rastreadores, esperando cobrar un dinero que no se habían ganado, señalaron a este niño como propiedad del señor Planter y cometieron asesinato y perdieron a su vez la vida en el intento de esclavizar a un niño libre. Mi cliente, creyendo que eran honrados, procedió naturalmente a pedir la reparación a la que tenía derecho legalmente. Ahora, sin embargo, puedo asegurarle que en cuanto mi cliente sepa que fue engañado abyectamente por esos Rastreadores se sentirá tan horrorizado como yo por lo cerca que estuvo de esclavizar a un niño libre y, lo que es peor, de extraditar para juzgar al

joven llamado Alvin Smith, quien resulta que actuaba en defensa propia cuando mató al segundo de esos maliciosos, mentirosos y fraudulentos Rastreadores.

Webster se volvió a sentar.

Fue un discurso muy bonito. Webster tenía una voz preciosa. Debería dedicarse a la política, pensó Verily. Su voz sería una noble aportación a los salones del Congreso en Filadelfia.

—Ha resumido bastante bien mi discurso final —dijo el juez—. En opinión de este tribunal, Arturo Estuardo no es propiedad del señor Cavil Planter, y por tanto los Rastreadores que trataban de llevarlo a Appalachee no actuaban en cumplimiento de la ley. Margaret Guester y Alvin Smith se les opusieron legal y apropiadamente dadas las circunstancias. Declaro que Alvin Smith queda absuelto de toda responsabilidad, criminal o civil, en las muertes de esos Rastreadores, y declaro a Margaret Guester absuelta a título póstumo de igual manera. Según estipula la Ley de Esclavos Fugitivos, no debe haber más intentos por parte de nadie de llevar a Arturo Estuardo a la esclavitud ni siquiera en el caso de que apareciera alguna otra prueba adicional... esta sentencia es definitiva. Del mismo modo no habrá nuevos intentos de juzgar a Alvin Smith por cargos relacionados con la expedición ilegal emprendida por esos Rastreadores fraudulentos ni con su muerte. Esta sentencia también es definitiva.

A Verily le encantó oír esas palabras, pues todo aquel lenguaje insistiendo en que tales sentencias eran definitivas había sido incorporado a la ley con el propósito de bloquear cualquier intento por parte de las fuerzas abolicionistas de impedir la recaptura de un esclavo o el castigo de aquellos que ayudaban a un fugitivo. Esta vez, al menos, se volvería contra los defensores de la esclavitud. Que se tragaran su propia medicina.

El alguacil quitó las bolsas de arpillera de las manos de los niños. El juez, el *sheriff*, Verily y Marty Laws les estrecharon la mano a todos y les dieron (excepto a Arturo, por supuesto) los dos centavos a los que tenían derecho por su servicio al tribunal. Arturo recibió algo más precioso: una copia de la sentencia del juez en la que se declaraba ilegal que nadie que buscara esclavos fugitivos le acosara.

Webster estrechó la mano de Verily, cálidamente.

—Me alegro de que las cosas hayan salido así —dijo—. Como sabe, en nuestra profesión a veces tenemos que representar a clientes en demandas que desearíamos que no presentaran.

Verily guardó silencio: suponía que para la mayoría de los abogados eso era probablemente cierto.

—Me alegro de que mi presencia aquí no lleve a nadie a una vida de esclavitud y de que su cliente no sea extraditado acusado de falsos cargos.

Verily no podía dejar esas palabras sin respuesta.

—¿Y se habría alegrado de verlo extraditado, si esta audiencia hubiera tenido el resultado contrario?

—Oh, de ningún modo. Si los Rastreadores hubieran identificado al joven señor

Estuardo, la justicia habría exigido que su cliente fuera juzgado en Kenituck por asesinato.

—¿Justicia? —Verily no trató de ocultar el desdén.

—La ley es la justicia, amigo mío —dijo Webster—. No conozco ninguna otra medida disponible para nosotros, los mortales. Dios tiene una justicia mejor que la nuestra, pero hasta que los ángeles se sienten en el estrado, la justicia de la ley es la mejor que podemos tener, y yo, para empezar, me alegro de que la tengamos.

La posibilidad de que Verily sintiera un cierto remordimiento por el hecho de que Arturo Estuardo era en realidad esclavo de Cavil Planter, legalmente, y porque, también legalmente, Alvin Smith tendría que haber sido extraditado, había dejado de existir. Aquel resultado satisfacía tanto la estrecha visión que Webster tenía de la justicia como la perspectiva mucho más amplia de Verily. Según la justicia de Dios, Arturo debía ser libre y Alvin no merecía ningún castigo, y por eso el resultado había sido justo. Pero la justicia de Webster estaba igual de bien servida, pues la ley requería que el sello encajara con el esclavo, y si daba la casualidad de que Arturo Estuardo había sido cambiado de algún modo por cierto Hacedor para que el sello ya no encajara... bueno, la ley no tiene en cuenta las excepciones, y por eso, como decía Webster, al cumplirse la ley, también se hacía justicia.

—Me alegra conocer su opinión sobre el asunto —dijo Verily—. Ardo en deseos de descubrir en el juicio por robo a mi cliente exactamente cuánta devoción por la justicia siente.

—Y lo descubriré —dijo Webster—. El oro pertenece a Pacífico Smith, no a su antiguo aprendiz. Así que, cuando se haga justicia, Pacífico Smith tendrá su oro.

Verily le sonrió.

—Será toda una competición pues, señor Webster.

—Cuando dos gigantes se encuentran en la batalla —dijo Webster—, un gigante caerá.

—Y muy fuerte será el sonido del golpe —dijo Verily.

Webster tardó un instante en darse cuenta de que Verily se estaba burlando de su aterciopelada capacidad de oratoria; y cuando lo hizo, en vez de sentirse insultado, echó atrás la cabeza y soltó una carcajada, cálida, fuerte, alegre.

—¡Me gusta usted, señor Cooper! ¡Disfrutaré de todas las mentiras que nos esperan!

Verily le dejó decir la última palabra. Pero mentalmente le respondió. Nada de eso, señor Webster, pensó. No disfrutarás en absoluto.

Nadie planeó celebrar una reunión, pero esa noche llegaron todos a la celda de Alvin casi al mismo tiempo, como si alguien los hubiera convocado.

Verily Cooper estaba allí para discutir qué sucedería durante la selección del jurado y tal vez para regodearse un poco en la fácil victoria de aquella mañana en la

audiencia; se le unió Soldado de Dios Weaver, que traía cartas de la familia y la solidaridad de Iglesia de Vigor; Arturo Estuardo por supuesto estaba allí, como casi todas las tardes; Horace Guester había traído un cuenco de guiso de la posada y una jarra de sidra fresca... Alvin no quiso tomar la sidra, pues le embotaba la cabeza; y no habían acabado de reunirse todos alrededor de la celda cuando la puerta exterior se abrió y el comisario entró acompañado de Peggy Lerner y de un hombre que sólo Alvin reconoció.

—Mike Fink, tan cierto como yo vivo y respiro —dijo Alvin.

—Y tú eres ese chico herrero que me torció las piernas y me rompió la nariz —sonrió Mike Fink, pero había dolor en la sonrisa, y nadie estuvo seguro de que no fueran a pelearse.

—Veo algunas marcas y cicatrices en ti, señor Fink, pero ya que estás aquí ante nosotros deduzco que son marcas de peleas que ganaste.

—Ganadas limpiamente, y en dura pelea —dijo Fink—. Pero no maté a ningún hombre que no pretendiera matarme a mí primero clavándome un cuchillo, sin que hubiera otra forma de detenerlos.

—¿Qué te trae por aquí, señor Fink? —preguntó Alvin.

—Te lo debo.

—No que yo sepa.

—Te lo debo y pretendo pagártelo.

Sus palabras seguían siendo ambiguas, y Arturo Estuardo notó que papá Horace y Soldado de Dios se preparaban para lanzarse contra el cuerpo fornido del hombre del río en caso necesario.

Peggy Lerner ofreció una explicación:

—El señor Fink ha venido para informarnos de que existe un plan para acabar con la vida de Alvin. Y para ofrecerse como guardaespaldas, para asegurarse de que no sufras ningún daño.

—Me alegro de que hayas querido avisarme —dijo Alvin—. Ven y siéntate. Puedes compartir el suelo conmigo, o sentarte en mi camastro... es más fuerte de lo que parece.

—No tengo mucho que contar. Creo que la señorita Lerner ya te ha contado lo que he descubierto: un plan para matarte en cuanto te lleven a juicio en Kenituck. Bueno, las órdenes de los hombres que conozco... si se les puede llamar hombres... no han variado. De hecho, he oído esta misma tarde que el plan seguía adelante a pesar de que la extradición ha sido renegada...

—Denegada —corrigió solícito Verily Cooper.

—Como sea —dijo Fink—. El caso es que, a pesar de eso, siguen siendo necesarios. El plan es que no salgas vivo de Río Hatrack.

—¿Y qué hay de Arturo Estuardo? —preguntó Alvin.

—Ni una palabra sobre ningún niño mulato. Tal como yo lo veo, no les importa un carajo el niño, sólo les sirve de excusa para matarte.

—Por favor, cuida... —empezó a decir Alvin, con suavidad, pero Mike Fink no necesitó que terminara de decir «tu lenguaje delante de una dama».

—Le ruego que me disculpe, señorita Lerner —dijo.

—Esto sí que es demasiao —comentó Alvin, admirado—. Ya empieza a hablar como uno de tus estudiantes.

¿Había cierto retintín en su tono?

Desde luego, lo hubo en la respuesta de Peggy.

—Prefiero oírle maldecir que a ti decir «demasiao» en vez de demasiado.

Alvin se inclinó hacia Mike Fink para explicarse, aunque no apartó los ojos de la cara de Peggy.

—Verá, la señorita Lerner sabe todas las palabras, y dónde debería ir cada una.

Arturo Estuardo vio la furia en el rostro de ella, aunque se calló la boca. Entre los dos se desarrollaba una especie de lucha, ¿pero sobre qué? La señorita Lerner siempre había corregido su gramática, desde que enseñaba a Alvin y Arturo cuando era la maestra de Río Hatrack.

Lo que más sorprendía a Arturo Estuardo era la forma en que los hombres mayores (no Verily, sino Horace y Soldado de Dios e incluso Mike Fink) se miraban unos a otros y sonreían como si todos comprendieran exactamente lo que pasaba entre Alvin y Peggy, como si lo comprendieran mejor que ellos dos.

Mike Fink volvió a hablar.

—Volviendo a asuntos de vida o muerte y dejando aparte la gramática...

En ese punto, Horace murmuró entre dientes:

—Y las riñas de enamorados.

—Lamento decir que no he descubierto nada más de sus planes —dijo Fink—. No es que seamos amigos del alma o nada de eso... más bien ellos serían felices de apuñalarme o de mearse en mis botas, depende de que tuvieran un cuchillo o... lo que sea... en las manos.

Miró de nuevo a Peggy Lerner y se sonrojó. ¡Se sonrojó! Con aquella cara de oso, llena de cicatrices y deformada por las luchas, con una oreja de menos, y la sangre le subió a la cara como si fuera un escolar reprendido por su maestra.

Pero antes de que el sonrojo se le pasara, Alvin puso la mano sobre el brazo de Fink y le hizo sentarse a su lado en el suelo, y le pasó un brazo por encima del hombro.

—Tú y yo, Mike, no podemos recordar cómo hablar con delicadeza delante de algunas personas y con normalidad delante de otras. Pero yo te ayudaré si tú me ayudas.

Y así, en un momento, Alvin puso a Mike Fink en su justo sitio. Alvin hablaba con sinceridad, de un modo sencillo; incluso cuando sabías que intentaba que te sintieras mejor, no te importaba. Sabías que se preocupaba por ti lo suficiente como para querer que te sintieras mejor, y te sentías realmente mejor.

Pensar que Alvin hacía que la gente se sintiera mejor hizo que Arturo Estuardo

recordara algo que Alvin hizo para que él se sintiera mejor.

—¿Por qué no cantas esa canción, Alvin?

Ahora le tocó a Alvin el turno de sonrojarse de vergüenza.

—Sabes que no soy cantante, Arturo. Sólo porque te la cantara a ti no...

—Ha compuesto una canción —dijo Arturo Estuardo—. Sobre estar encerrado aquí. La cantamos juntos ayer.

Mike Fink asintió.

—Parece que un Hacedor tiene que hacer algo.

—No tengo otra cosa que hacer aparte de pensar y cantar —dijo Alvin—. Cántala tú, Arturo Estuardo. Tienes mejor voz que yo.

—La cantaré si quieres. Pero es tu canción. Tú has compuesto la letra y la música.

—Cántala tú —dijo Alvin—. Ni siquiera sé si recuerdo toda la letra.

Arturo Estuardo se levantó diligentemente y empezó a cantar con su voz aflautada:

*Yo quería ser viajero
para la tierra recorrer.
Rápido como cualquiera
dejé el país que me vio nacer...
es justo decir que salí por pies.*

Arturo Estuardo miró a Alvin.

—Tienes que cantar el estribillo conmigo al menos.

Así que cantaron juntos:

*Al amanecer me levanto
pues nunca mis pies quietos están.
El horizonte es mi destino, ¡oh!
El horizonte es mi destino.*

Arturo cantó otra estrofa, pero ahora Alvin se unió a él con una especie de segunda voz; sus voces se mezclaron en una dulce armonía.

*Hasta que de la cama me arrancaron
y en una celda me encerraron.
En mi mente entonces mis viajes quedaron
en todos los caminos de infierno.*

Sin embargo, Alvin no se unió a Arturo cuando éste empezó la siguiente estrofa. Estaba desconcertado.

*A solas con mi imaginación
el sueño más oscuro he soñado...*

—Espera un momento, Arturo Estuardo —dijo Alvin—. Esa estrofa no forma parte de la canción.

—Pues encaja, y la cantaste con esta misma música.

—Pero es un sueño absurdo, no significa nada.

—A mí me gusta —dijo Arturo—. ¿Puedo cantarla?

Alvin le indicó que continuara, pero seguía pareciendo cortado.

*A solas con mi imaginación
el sueño más oscuro he soñado.
Con hombres diminutos, la picadura de una araña,
una tierra de humo y vapor
y un maligno anillo dorado.*

—¿Y eso qué significa? —preguntó Soldado de Dios.

—No lo sé —respondió Alvin—. Me pregunto si no me topo a veces accidentalmente con los sueños de otros. A lo mejor no es más que un sueño de alguien de otra época o de alguien que no ha nacido todavía. Es un fragmento suelto y me tropecé con él mientras soñaba.

—Cuando yo era niño —dijo Verily Cooper—, me preguntaba si la gente extraña de mis sueños no sería tan real como yo, y si aparecía en sus sueños también a veces.

—Entonces esperemos que no se despierten en un momento poco conveniente —dijo secamente Mike Fink.

Arturo Estuardo continuó con la última estrofa.

*Las acusaciones eran una trola
y pocos se tragaron la historia.
Fui paciente, por tanto, y tranquilo y prudente.
Pero estando encerrado se te aflojan las piernas
y algo muere en el alma si estás en una celda.*

—Es la canción más triste que he oído en toda mi vida —comentó Horace Guester—. ¿Nunca tienes un pensamiento alegre aquí dentro?

—El estribillo es muy animado —dijo Arturo Estuardo.

—Hoy he tenido pensamientos alegres —dijo Alvin—, al saber que cuatro Rastreadores de esclavos han perdido la licencia para llevarse a hombres libres y cargarlos de cadenas en el sur. Y ahora vuelvo a estar alegre, sabiendo que el hombre más fuerte con el que jamás he peleado va a ser mi guardaespaldas. Aunque a lo

mejor el *sheriff* se lo toma a mal, señor Fink, puesto que me considera a salvo mientras esté a su cuidado y el de sus muchachos.

—Y estás a salvo —dijo Peggy—. Incluso esos comisarios a los que no caes bien nunca levantarían una mano contra ti ni permitirían que sufieras el menor daño.

—¿Entonces no hay peligro? —preguntó Horace Guester.

—Grave peligro —dijo Peggy—. Pero no por parte de los comisarios ni hasta que el juicio termine y Alvin se prepare para marcharse. Entonces necesitaremos más que nunca un guardaespaldas que lo dé todo por Alvin. Necesitaremos un pretexto para sacarlo entero del pueblo.

—¿Quién dice que moriré? —preguntó Fink.

Peggy sonrió débilmente.

—Contra cinco hombres, ninguno de los dos tendría problema.

—¿Así que serán más de cinco? —preguntó Alvin.

—Puede ser —contestó Peggy—. Ahora mismo no hay nada claro. Las cosas están en movimiento. Pero el peligro es real. El plan está preparado y los hombres han cobrado. Ya sabemos que cuando hay dinero de por medio, incluso los asesinos se sienten obligados a cumplir su contrato.

—¿Pero de momento no tenemos que preocuparnos por nuestra seguridad, ni por la de Alvin? —quiso saber Verily Cooper.

—Prudencia es todo lo que necesitamos —dijo Peggy.

—No sé por qué confiamos en los dones —dijo Soldado de Dios—. Nuestro Salvador es protección suficiente para todos nosotros.

—Nuestro Salvador nos resucitará —dijo Peggy—, pero no he visto que los cristianos mueran menos que los paganos.

—Bueno, una cosa es segura —comentó Horace Guester—. Si no fuera por sus dones, Alvin no estaría metido en este maldito embrollo.

—¿Os ha gustado la canción? —preguntó Alvin—. Quiero decir que Arturo Estuardo la ha cantado tope de bien. Bien de verdad. Muy bien —con cada corrección se fue ganando una sonrisa más amplia de la señorita Larner.

—La ha cantado muy bien —dijo Peggy—. ¡Pero cada versión de la frase ha sido mejor que la anterior!

—Tengo otra estrofa —dijo Alvin—. En realidad no es parte de la canción, porque todavía no es verdad, ¿pero queréis oírla?

—Tienes que cantarla tú solo. Yo no sé más —dijo Arturo Estuardo.

Alvin cantó:

*En la justicia había confiado
y me siento orgulloso del jurado.
¡Mañana a los caminos saldré
y tan fuerte mi canción entonaré
que una tormenta yo solito atraeré!*

Todos se echaron a reír, con la esperanza de que pronto pudiera cantarla de verdad. Para cuando la reunión terminó, habían decidido que Soldado de Dios, con Mike Fink para guardarle las espaldas y mantenerlo a salvo, iría a Ciudad Cartago para enterarse de todo lo que supieran allí sobre los hombres que pagaban a Daniel Webster y comprobar si eran los mismos que pagaban a las ratas del río y otros malandrines para que esperaran el momento de quitarle la vida a Alvin. Aparte de eso, todo estaba en manos de Verily Cooper. Y según decía él, era cosa de los testigos y del jurado. Doce hombres buenos y justos.

Había una larga cola en la oficina del fiscal del condado cuando Peggy llegó el primer día del juicio de Alvin.

—Votantes madrugadores —explicó Marty Laws—. Gente preocupada de que el tiempo le impida votar en las elecciones. La campaña de ese Tippy-Canoe ha conmovido a la gente.

—¿Cree que votan a favor o en contra?

—No estoy seguro. Usted es la que lo sabe, ¿no?

Peggy no contestó. Sí, podría saberlo, si se molestara en mirar. Pero temía lo que podía ver.

—Por aquí, quien sabe más de política es Po Doggly. Dice que si todo fuera por eso de los indios, Tippy-Canoe no se llevaría ni un voto. Pero también ha estado jugando con el orgullo del oeste. Tippy-Canoe es de nuestro lado de los Apalaches. Cosa que no tiene mucho sentido para mí, porque el Viejo Hickory, es decir, Andy Jackson, es tan del oeste como Harrison. Creo que a la gente le preocupa que Andy Jackson, por ser de Tennizy, esté demasiado a favor de la esclavitud. La gente de por aquí no quiere votar a alguien que vaya a hacer de la esclavitud algo peor de lo que ya es.

Peggy sonrió débilmente.

—Ojalá conocieran la postura verdadera del señor Harrison sobre la esclavitud.

Marty alzó una ceja.

—¿Sabe usted algo que yo no sé?

—Sé que Harrison es el candidato que querrán apoyar aquellos que quieren que la esclavitud se extienda por los estados del norte.

—Por aquí no hay ni un alma que quiera que eso pase.

—Entonces no deberían votar a Harrison... si llega a presidente, sucederá.

Marty la miró larga y fijamente.

—¿Se ha formado esa idea como la mayoría de la gente se forma sus opiniones políticas, o lo sabe como... como...?

—Lo sé —dijo Peggy—. No es una mera opinión.

Marty asintió y miró a la nada.

—Maldita sea. Cómo no iba usted a saberlo.

—Últimamente tiene la costumbre de apostar al caballo perdedor —dijo Peggy.

—Y que lo diga. No he parado de decirle a Pacífico durante años que no había caso contra Alvin y que no iba a extraditarlo de Wobbish. Pero luego apareció por aquí, ¿y qué podía hacer? Hablé con Pacífico, que tenía un testigo. Y nunca se sabe lo que van a hacer los jurados. Creo que es un mal asunto.

—¿Entonces por qué no retira los cargos?

Marty la miró.

—No puedo hacer eso, señorita Peggy, por la sencilla razón de que hay un caso que juzgar. Espero que ese abogado inglés que le han buscado los familiares de Alvin pueda obtener su libertad. Pero no voy a darle la espalda al asunto y hacerme el tonto. Lo que tiene usted que comprender, señorita Peggy, es que me agrada la mayoría de la gente de este condado, y que la mayor parte de las veces la gente a la que tengo que acusar es gente que me gusta. No los acuso porque no me gusten. Los acuso porque han hecho algo mal, y la gente del condado de Hatrack me eligió para enmendar las cosas. Así que espero que Alvin consiga la libertad, pero no porque yo haya dejado de cumplir con mi deber.

—Estuve presente la noche en que hizo el arado. ¿Por qué no me llama a mí como testigo?

—¿Vio cómo lo hacía? —preguntó Marty.

—No. Ya estaba terminado cuando lo vi.

—¿Entonces de qué va a ser testigo exactamente?

Peggy no contestó.

—Quiere subir al estrado porque es una tea, y la gente de Hatrack sabe que es una tea, y si dice usted que Pacífico está mintiendo, la creerán. Pero eso es lo que me preocupa, señorita Peggy. Sé que Alvin y usted estuvieron enamorados, y tal vez todavía lo están. ¿Así que cómo sé que si sube al estrado no cometerá algún terrible pecado contra el Dios de la verdad para conseguir la libertad del muchacho?

Peggy se ruborizó de furia.

—Lo sabe porque sabe que mi juramento es tan bueno como el de cualquiera y mejor que el de la mayoría.

—Si sube al estrado, señorita Peggy, la rebatiré trayendo testigos que dirán que vivió en Hatrack durante muchos meses completamente disfrazada, mintiendo a la gente sobre quién era. Cubierta de hechizos, fingiendo ser una maestra solterona cuando todo el tiempo veía al aprendiz del herrero con la excusa de educarlo. Sé que tenía usted motivos para hacer todas estas cosas. Sé que había un motivo para que la noche en que supuestamente se fabricó el arado, la misma noche en que su madre fue asesinada, los vieran a usted y a Alvin salir corriendo juntos de la forja y que Alvin estuviera completamente en cueros. ¿Comprende lo que quiero decir, señorita Peggy?

—Me está aconsejando que no testifique.

—Le estoy diciendo que, aunque algunos la creerán, otros estarán seguros de que sólo ayuda a Alvin porque es su cómplice. Mi trabajo es atraer sobre su testimonio

todas las dudas posibles.

—Así que es usted enemigo de Alvin, y enemigo de la verdad —Peggy saboreó las palabras, pretendiendo que le hicieran daño.

—Acúseme de todo lo que quiera —dijo Marty—, pero mi trabajo es demostrar que Alvin robó ese oro. No creo que su testimonio, basado en su declaración como tea de que Pacífico es un mentiroso, deba ser permitido. Si lo fuera, entonces todos los charlatanes y adivinos del país podrían decir lo que se les antojara y los jurados los creerían, ¿y qué sucedería entonces con la justicia en América?

—A ver si lo comprendo —dijo Peggy—. ¿Planea desacreditarme, destruir mi reputación y condenar a Alvin, todo por el bien de la justicia en América?

—Como decía —repitió Marty—, espero que su abogado sea capaz de hacer un trabajo tan bueno defendiendo a Alvin como yo acusándolo. Espero que pueda encontrar tantas pruebas contra mis testigos como las que el señor Webster y yo hemos encontrado contra Alvin. Porque, francamente, no me gustan mucho mis testigos, y creo que Pacífico es un mentiroso bastardo y codicioso que debería ir a la cárcel por perjurio, pero no puedo demostrarlo.

—¿Cómo puede vivir entonces consigo mismo, trabajando al servicio del mal, cuando reconoce tan claramente lo que está bien?

—También es bueno para el público que el fiscal acuse, en vez de considerarse juez.

Peggy asintió.

—Y a menudo sucede que no está claro que uno tenga todo el bien de su parte, frente a alguien que sólo es malo.

—Ésa es la verdad, Peggy. Es la pura verdad.

—Me aconseja que no testifique.

—Nada de eso. Sólo le he advertido del precio que tendrá que pagar por testificar.

—No es ético que mantengamos esta conversación, ¿verdad?

—No demasiado —dijo Marty—. Pero su padre y yo nos conocemos desde hace mucho.

—Si me desacredita, nunca se lo perdonará.

—Lo sé, señorita Peggy. Y eso me rompería el corazón —se despidió con un gesto, llevándose la mano a la frente como para tocar un sombrero que no llevaba puesto bajo techo—. Buenos días.

Peggy le siguió hasta la sala del tribunal.

La primera mañana se dedicó al interrogatorio de los ocho testigos que habían visto el arado de oro. El primero fue Merlin Wheeler, que llegó en su silla de ruedas. Peggy sabía que Alvin le había ofrecido una vez, hacía años, curarlo para que pudiera volver a caminar. Pero Merlin se limitó a mirarlo a los ojos y dijo:

—Perdí el uso de mis piernas por culpa de los mismos hombres que mataron a mi esposa y a mis hijos. Si puedes devolvérmelos, luego hablaremos de mis piernas.

Alvin no lo comprendió entonces, y a decir verdad Peggy no lo comprendía

tampoco ahora. ¿En qué ayudaba a su esposa y a sus hijos que Merlin anduviera en silla de ruedas? Pero claro, tal vez ayudaba al propio Merlin. A lo mejor era como llevar luto, un símbolo público: estaba lisiado por la pérdida de aquéllos a quienes más amaba. De todas formas, era un magnífico testigo, sobre todo porque la gente sabía que tenía el don de ver lo que era justo y bueno, lo que le convertía en una especie de juez informal, aunque no era demasiado corriente que, en una disputa, ambas partes lo eligieran como árbitro. Siempre alguno encontraba poco conveniente que decidiera el caso un hombre verdaderamente ecuánime y justo.

De todas formas, el jurado tuvo que escuchar a Wheeler cuando dijo:

—No digo que el arado está embrujado porque no sé cómo llegó a ser como es. Sólo digo que parece de oro, pesa como si fuera de oro, y se mueve sin que ninguna mano lo toque.

Wheeler estableció la pauta que siguieron todos los demás. Albert Wimsey era un relojero con el don de trabajar el metal que había huido a América cuando sus rivales le acusaron de emplear brujería para fabricar sus relojes. Cuando dijo que el arado era de oro, habló con conocimiento de causa, y el jurado no albergó más dudas sobre el metal del que estaba hecho. Jan Knickerbacker era fabricante de vidrio y se decía que tenía ojo para ver las cosas más claramente que la mayoría de la gente. Ma Bartlett era una antigua maestra, una anciana frágil que ahora vivía en la vieja cabaña del bosque que había construido Po Doggly cuando se asentó en la zona; recibía una pequeña pensión de alguna parte y se pasaba casi todo el día bajo un roble, junto al río Hatrack, cogiendo peces y soltándolos. La gente acudía a ella para averiguar si podían confiar en los demás, y ella siempre tenía razón, por lo que más de un romance en ciernes se había malogrado antes de que la gente dejara de hacerle ciertas preguntas.

Billy Sweet era pastelero, un tipo joven y crédulo a quien nadie tomaba en serio; pero uno no podía dejar de apreciarlo a pesar de las tonterías que dijera e hiciera. Naomi Lerner se ganaba algún dinerillo enseñando, pero su don era la ignorancia, no la enseñanza: podía detectar la ignorancia a un kilómetro de distancia, aunque no era muy buena evitándola. Joreboam Hemelett fabricaba armas de fuego, y debía de tener buena mano para ello porque era bien sabido que, no importaba lo húmedo que fuera el día, la pólvora de un rifle Hemelett prendía siempre. Y Goody Trader (cuyo nombre de pila se rumoreaba que era Castidad o Caridad, ambos nombres utilizados irónicamente por aquellos que no la apreciaban) llevaba un almacén en el extremo nuevo de la calle principal cuyos estantes tenían fama de estar llenos no sólo de cosas que la gente quería, sino también de cosas que la gente necesitaba sin saberlo.

Mientras declaraban cómo habían sopesado el arado, cómo se movía, o zumbaba, o temblaba, o calentaba sus manos, los ojos de los miembros del jurado se fijaban una y otra vez en el saco de arpillera que Alvin tenía bajo el asiento. Él no lo tocaba ni hacía nada para llamar su atención, pero su cuerpo se movía como si el arado del saco fuera la piedra angular de su equilibrio. Ellos querían verlo. Pero sabían, por la

postura de Alvin, que no lo verían, que aquellos ocho lo habían visto por ellos. Tendrían que conformarse con eso.

Los ocho testigos eran bien conocidos por la gente del pueblo; todos eran dignos de confianza (aunque de Billy Sweet sólo se fiaban un poquito, puesto que era tan crédulo que cualquier mentiroso podía hacer que se tragara cualquier cosa) y todos eran bastante apreciados, aparte de las peleas normales de la vida en un pueblo pequeño. Peggy los conocía a todos mejor de lo que se conocían a sí mismos, por supuesto, tanto que quizás eso le impidió ver algo que sólo notó Arturo Estuardo.

Arturo estaba sentado junto a ella en la sala del tribunal, contemplando asombrado los testimonios. Cuando los ocho testigos terminaron de declarar, se inclinó hacia Peggy y susurró:

—Mira que hay un montón de gente con grandes dones aquí en Hatrack, ¿eh?

Peggy había crecido allí, y a pesar de toda la gente que se había mudado al pueblo desde su marcha, siempre había considerado que conocía a todo el mundo. ¿Pero era así? Se había marchado la primera vez justo antes de que Alvin llegara a Hatrack para iniciar su aprendizaje con Pacífico Smith, y en los más de ocho años transcurridos desde entonces sólo había pasado un año en Hatrack (menos de un año, en realidad), cuando iba disfrazada. Durante aquellos ocho años había llegado un montón de gente; más del doble, en realidad, de la que vivía allí en la época en que se marchó. Había comprobado sus fuegos interiores, por rutina, porque quería saber quién vivía en aquel lugar.

Pero hasta que Arturo no le susurró su observación no se había dado cuenta de que un número inusitado de recién llegados tenía dones bastante notables. No era que los ocho testigos fueran distintos del resto de la ciudad. Los dones abundaban por allí, mucho más que en ningún otro lugar que Peggy hubiera visitado.

¿Por qué? ¿Qué los había traído?

La respuesta era sencilla y obvia, tan obvia que Peggy dudó de inmediato. ¿Podrían haber sido atraídos a aquel lugar porque Alvin estaba allí? Fue en Hatrack donde el aprendiz consiguió dominar su don hasta que se convirtió en un omnipotente poder de poderes. Fue allí donde Alvin hizo el arado viviente. ¿Había algo en sus actos que los atrajo, algo que prendía un fuego dentro de ellos y que hacía que sus pies se pusieran en marcha hasta que llegaban a aquel sitio donde el Hacer estaba en el aire?

¿O era más que eso? ¿Había quizás Alguien guiándolos, de modo que no era sólo el acto de Hacer en Hatrack lo que los atraía, sino más bien el Mismo que había atraído a Alvin al pueblo? ¿Significaba que había un propósito detrás de todo, un plan maestro? Oh, Peggy ansiaba creerlo, pues eso significaría que no era responsable de conseguir que las cosas salieran bien. Si Dios se encarga de las cosas aquí, entonces puedo apartar mi escoba y guardar mi aguja y mi hilo, pues no tendría que limpiar ni remendar. Simplemente podría dedicarme a lo mío.

De un modo u otro, estaba claro que Río Hatrack era más que el pueblo donde

Alvin estaba en la cárcel en aquel momento. Era un lugar donde la gente con poderes ocultos se congregaba en gran número.

Igual que Verily Cooper había cruzado el mar para conocer a Alvin, quizá del mismo modo todos los demás habían cruzado también mar o montañas o vastas extensiones de pradera y bosque para encontrar el lugar donde el Hacedor Hizo su arado de oro. Y ahora esos ocho habían tocado el arado, lo habían visto moverse, sabían que estaba vivo. ¿Qué significaba para ellos?

Para Peggy, preguntarse era averiguar: miró sus fuegos interiores y encontró algo sorprendente. En exámenes pasados, ninguno de ellos tenía caminos de futuro estrechamente relacionados con el de Alvin. Pero ahora descubrió que sus vidas estaban atadas a la suya. En todos ellos, muchos senderos futuros conducían a una ciudad de cristal en la ribera de un río.

Por primera vez, la Ciudad de Cristal de la visión de Alvin en el tornado aparecía en el futuro de otras personas.

Casi se desmayó de alivio. No era sólo un sueño informe en el corazón de Alvin, sin ningún rumbo que la guiara para que él pudiera llegar hasta allí. Podía ser una realidad, y si lo era, aquellas ocho personas formarían parte de ella.

¿Por qué? ¿Sólo porque habían tocado el arado viviente? ¿De eso se trataba? ¿Era una herramienta para convertir a la gente en ciudadanos de la Ciudad de Cristal?

No, eso no. No, difícilmente podría ser el lugar libre que Alvin soñaba si la gente se veía obligada a vivir en ella porque tocaba un objeto poderoso. Más bien el arado abría en sus vidas una puerta para que pudieran entrar en el futuro que más anhelaban; en un lugar donde podrían desarrollar plenamente sus dones, donde podrían formar parte de algo más grande de lo que ninguno de ellos era capaz de crear por su cuenta.

Tenía que decírselo a Alvin. Tenía que hacerle saber que después de tanto intentar en Iglesia de Vigor enseñar a quienes tenían dones débiles a hacer lo que en realidad no podían hacer, o no con facilidad, aquí, en su lugar de nacimiento, sus ciudadanos se estaban reuniendo ya, los que tenían los dones naturales y las inclinaciones que los convertirían en co-Hacedores con él.

Otro pensamiento la golpeó, y empezó a mirar en los fuegos internos de los miembros del jurado. Otro grupo de ciudadanos, elegido al azar... y una vez más, aunque no todos tenían dones espectaculares, eran gente cuyos dones los definían, gente que bien podría haber estado buscando el significado de sus dones, que bien podría haberse encontrado gravitando hacia el lugar donde había nacido un Hacedor: un lugar donde el hierro se convertía en oro, donde un niño mulato había cambiado de forma que un sello ya no lo identificaba como esclavo; un lugar donde personas con dones y talentos y sueños podrían encontrar un propósito, podrían construir algo juntas, podrían convertirse en Hacedores.

¿Sabían cuánto necesitaban a Alvin, cuánto dependían de él sus esperanzas y sueños? Por supuesto que no. Eran jurados, intentaban ser imparciales. Intentaban

juzgar ateniéndose a la ley. Y eso era bueno. Eso era una forma de Hacer también: cumplir la ley, aunque te doliera en el alma hacerlo. Mantener el buen orden en la comunidad. Si demostraban favoritismo hacia una persona sólo porque la admiraban o la necesitaban o la apreciaban o incluso la amaban, eso sería deshacer la justicia; y si la justicia se deshacía alguna vez, si alguna vez era despreciada abiertamente, entonces eso acabaría con el buen orden. Corromper la justicia era el truco del Deshacedor. Verily Cooper tendría que demostrar la verdad, o al menos refutar las afirmaciones de Pacífico Smith; tendría que hacer posible que el jurado absolviera a Alvin.

Pero si lo absolvían, entonces los caminos que se abrían en sus fuegos internos eran como los caminos de los testigos: algún día estarían con Alvin, levantando hacia el cielo grandes torres de cristal titilante, captando la luz y convirtiéndola en verdad como había sucedido cuando Tenskwa-Tawa llevó a Alvin al torrente.

¿Debo decirle a Alvin que sus compañeros Hacedores están a su alrededor en esta sala? ¿Ayudará esto a su labor o saberlo lo volverá demasiado confiado?

Decir o no decir, la interminable duda contra la que Peggy luchaba siempre. A su lado, la pequeña duda de Hamlet era una memez. Las reflexiones sobre el suicidio eran siempre obra del Deshacedor. Pero decir la verdad u ocultarla... podría ser cualquier cosa. Las consecuencias eran impredecibles.

Naturalmente, para la gente corriente las consecuencias eran siempre impredecibles. Sólo las teas como Peggy sufrían la carga de tener una idea tan clara de las posibilidades. Y no había muchas teas como Peggy.

Pacífico no fue un testigo demasiado bueno para su propia causa. Hosco y nervioso... Verily sabía que no era una combinación ganadora. Pero por eso Laws y Webster lo habían llamado el primero, para que la impresión negativa que diera fuera olvidándose con el testimonio de testigos más agradables y dignos de confianza.

Lo mejor que Verily podía hacer, en este caso, era dejar que Pacífico hablara... tan efusivamente como fuera posible, tan negativamente como fuera posible.

Así que no hizo ninguna protesta cuando Pacífico sazonó su declaración con exabruptos al describir el carácter de Alvin: «Era el aprendiz más perezoso que he tenido jamás. Nunca conseguí que el chico hiciera nada sin tener que estar encima de él y gritándole al oído. Era lento aprendiendo, todo el mundo lo sabía. Comía como un cerdo incluso en los días en que no movía un dedo». La sarta de calumnias fue tan implacable que todo el mundo comenzó a sentirse incómodo... incluso Marty Laws, que empezó a mirar a Verily para ver por qué no manifestaba su protesta. ¿Pero para qué iba a protestar Verily, cuando los miembros del jurado se rebullían en los asientos y apartaban la mirada de Pacífico con cada nuevo ataque a Alvin? Todos sabían que decía mentiras. Probablemente no había ni uno solo de ellos que no hubiera acudido a la herrería esperando que Alvin, y no su maestro, hiciera el trabajo. La habilidad de

Alvin era famosa (Verily se había enterado de eso al oír casualmente una conversación en la posada una noche durante la cena), así que Pacífico no hacía más que dañar su propia credibilidad.

Sin embargo, el pobre Marty estaba atrapado. No podía interrumpir el testimonio de Pacífico, ya que era la base de todo su caso. Así que el interrogatorio continuó, y las respuestas, y las calumnias.

—Hizo un arado con hierro corriente. Yo lo vi, y también lo vio Pauley Wiseman que entonces era *sheriff*, y Arturo Estuardo, y los dos Rastreadores muertos. Estaba en el banco de trabajo cuando vinieron a verme para que hiciera unas esposas para el niño. ¡Pero yo no quise hacerlas, no, señor! ¡Eso no es trabajo decente para un herrero, hacer cadenas para llevar a la esclavitud a un niño libre! Y resulta que el propio Alvin, que decía que era tan amigo de Arturo Estuardo, va y dice que él hará las esposas. ¡Ése es el tipo de muchacho que era y es hoy... nada de lealtad, nada de decencia!

Alvin se inclinó hacia Verily y le susurró al oído:

—Sé que está mal por mi parte, Verily, pero tengo unas ganas tremendas de hacer que al viejo Pacífico le pique el culo a más no poder.

Verily estuvo a punto de soltar una carcajada.

El juez le dirigió una mirada dura, pero no a causa de su risa.

—Señor Cooper, ¿no va a poner ninguna objeción a los desafortunados comentarios sobre el carácter de su cliente?

Verily se puso lentamente en pie.

—Señoría, estoy seguro de que el jurado sabe exactamente cuán en serio debe tomarse el testimonio del señor Pacífico Smith. Me contento con que recuerde tanto su malicia como su imprecisión.

—Bueno, tal vez es así como se hace en Inglaterra, pero daré instrucciones al jurado para que ignore la malicia del señor Smith, ya que no hay forma de saber si su malicia es resultado de los hechos que ha contado o anterior a ellos. Aún más, instaré al señor Smith a no hacer más valoraciones sobre el carácter del acusado, ya que se trata de una cuestión de opinión y no de hechos. ¿Me comprende, Pacífico?

Pacífico parecía confuso.

—Creo que sí.

—Prosiga, señor Laws.

Marty suspiró y continuó.

—Así que vio usted el arado de hierro, y a Alvin hacer las esposas. ¿Y después qué?

—Le dije que considerara las esposas su trabajo de oficial. Me pareció que sería adecuado que un rastrero traidor se pasara toda la vida sabiendo que las esposas que había hecho para su amigo eran...

El juez le interrumpió, mirando otra vez a Verily.

—Pacífico, son palabras como «rastrero traidor» las que van a conseguir que le

declare en desacato a este tribunal. ¿Me comprende ahora?

—¡He llamado a una pala pala toda la vida, Señoría! —protestó Pacífico.

—¡Pues en este momento estás cavando un agujero muy hondo con ella, y yo soy el hombre que te va a enterrar en él si no cuidas esa lengua! —dijo el juez.

Sumiso, Pacífico continuó con expresión solemne.

—Pido disculpas, Señoría, por osar atenerme a mi juramento de decir la verdad, toda la verdad y nada más que la...

La maza cayó.

—No permitiré sarcasmos dirigidos a este tribunal, señor Smith. Prosiga, señor Laws.

Y así continuó, hasta que Pacífico terminó su historia. En realidad era la suya una queja sin fundamento. Primero había un arado de hierro, fabricado con el mismo hierro que Pacífico había proporcionado para la pieza de oficial. Luego había un arado de oro macizo. A Pacífico sólo se le ocurrían dos posibilidades: primera, que Alvin había usado algún tipo de hechicería para convertir el hierro en oro, en cuyo caso el arado estaba hecho con el hierro que Pacífico le había dado y, según una antigua tradición y los términos del contrato de aprendizaje de Alvin, pertenecía a Pacífico; segunda, que era un arado distinto que no había sido hecho con el hierro de Pacífico, en cuyo caso, ¿de dónde había sacado Alvin el oro? La única vez que Alvin había cavado lo suficiente para sacar un tesoro enterrado como aquél había sido al cavar un pozo para Pacífico, por cierto en el lugar equivocado. Pacífico apostaba a que Alvin había cavado primero en el lugar adecuado, que encontró el oro, y que luego lo ocultó cavando en otro sitio el pozo actual. Y si el oro había sido encontrado en la tierra de Pacífico, bueno, pues en ese caso también era el oro de Pacífico.

El turno de Verily fue muy breve. Sólo formuló dos preguntas.

—¿Vio usted a Alvin sacar del suelo oro o algo parecido a oro?

Furioso, Pacífico empezó a poner excusas, pero Verily esperó hasta que el juez le indicó que respondiera a la pregunta con un sí o con un no.

—No.

—¿Vio usted cómo el arado de hierro se transformaba en un arado de oro?

—Bueno, si no es así, el caso es que ya no hay ningún arado de hierro, ¿así que dónde está entonces?

Una vez más, el juez le dijo que respondiera a la pregunta diciendo sí o no.

—No —respondió Pacífico.

—No hay más preguntas para este testigo —dijo Verily.

Mientras Pacífico se levantaba y abandonaba el estrado, Verily se dirigió al juez.

—Señoría, la defensa pide la retirada inmediata de todos los cargos, ya que el testimonio de este testigo no es suficiente para establecer causa probada.

El juez puso los ojos en blanco.

—Espero no tener que escuchar mociones como ésta después de cada testimonio.

—Sólo de los patéticos, Señoría —dijo Verily.

—Observación anotada. Se deniega la moción. Señor Laws, ¿su siguiente testigo?

—Me gustaría haber podido llamar a declarar a la esposa de Pacífico, Gertie, pero falleció hace más de un año. Así que, con permiso del tribunal, llamaré a la mujer que ha estado ayudando en la cocina desde el día en que el arado de oro fue por primera vez... advertido. Anga Berry.

El juez miró a Verily.

—Su testimonio será de oídas, más o menos. ¿Alguna objeción, señor Cooper?

Alvin había asegurado ya a Verily que nada de lo que Anga pudiera decir lo perjudicaría.

—Ninguna objeción, Señoría.

Alvin escuchó mientras Anga Berry declaraba. Realmente no había sido testigo de nada, pero a la mañana siguiente de los hechos Gertie le había comentado las acusaciones de Pacífico, así que el cargo no se lo había inventado después. En su turno, Verily fue muy amable con Anga, y le preguntó sólo si Gertie Smith había dicho algo que la indujera a pensar que consideraba a Alvin el chico malo que Pacífico decía que era.

Marty se puso en pie.

—Rumores, Señoría.

Impaciente, el juez replicó:

—Bueno, Marty, sabemos que son rumores. ¡Fue por esos mismos rumores que usted la llamó a declarar!

Avergonzado, Marty Laws volvió a sentarse.

—Ella nunca me comentó nada sobre su trabajo en la herrería ni nada —dijo Anga—. Pero sé que Gertie apreciaba de veras al chico. Siempre la ayudaba: acarreaba agua para ella cada vez que se lo pedía (es el trabajo peor), y era bueno con los niños y estaba... siempre ayudando. Nunca dijo una palabra mala sobre él, y pienso que tenía en alta estima su bondad.

—¿Le dijo Gertie alguna vez que era mentiroso o incumplidor? —preguntó Verily.

—Oh, no, aparte de esconder algún trabajo hasta que lo terminaba, para sorprenderla. Si eso es engañar, lo hizo un par de veces.

Y eso fue todo. A Alvin le alivió saber que Gertie no había sido desagradable con él a sus espaldas, que incluso después de muerta era amiga suya. Lo que le sorprendió fue lo sombrío que estaba Verily cuando se sentó a la mesa, junto a él. Marty estaba ocupado llamando a su siguiente testigo, un tipo llamado Hank Dowser cuya historia Alvin podía suponer con facilidad: era un hombre malicioso y no sería agradable escucharle. Con todo, tampoco había visto nada, y de hecho cavar el pozo no había tenido nada que ver con el oro, ¿qué importaba? ¿Por qué parecía tan triste Verily?

Alvin se lo preguntó.

—Porque no había ningún motivo para que Laws llamara a esa mujer. Le ha sido perjudicial y él tenía que saberlo de antemano.

—¿Entonces por qué la ha llamado?

—Porque quería preparar el terreno para algo. Y ya que su interrogatorio no ha aportado nada nuevo, tiene que haber sido durante mi turno de preguntas que se ha preparado.

—Lo único que le has preguntado a Anga es si Gertie tenía una opinión tan pobre sobre mí como su marido.

Verily reflexionó un momento.

—No. También le he preguntado si habías engañado a Gertie. Oh, soy un idiota. ¡Si pudiera recordar las palabras exactas que he pronunciado!

—¿Qué tiene eso de malo?

—Debe de tener algún otro testigo que te llamará mentiroso, un testigo por lo demás irrelevante en este caso.

Mientras tanto, el hidromántico, en estado de gran agitación, hablaba de lo descarado que era el aprendiz de Pacífico, de cómo se atrevía a decir a un buscador de agua cómo buscarla.

—¡No siente ningún respeto por los dones de nadie, sólo por los suyos!

Verily se levantó.

—Protesto, Señoría. El testigo no está cualificado para declarar en lo referido al respeto o la falta de respeto de mi cliente hacia los dones de otras personas en general.

La protesta fue aceptada. Hank Dowser aprendía más rápido que Pacífico; no hubo más problemas con él. Estableció rápidamente que sin ninguna duda el aprendiz había cavado el pozo en un lugar distinto del que Hank había determinado.

Verily sólo le hizo una pregunta.

—¿Había agua en el lugar donde cavó el pozo?

—¡Ésa no es la cuestión! —exclamó Hank Dowser.

—Lamento tener que decirle, señor Dowser, que en este momento yo soy la persona autorizada por este tribunal para preguntar, y le digo que ésta es la pregunta que me gustaría que respondiera. En este momento.

—¿Cuál era la pregunta?

—¿Tenía agua el pozo de mi cliente?

—La tenía. Pero comparada con el agua pura que yo encontré, seguro que lo que encontró fue un caldo sucio, viscoso y pestilente.

—¿He de entender que su respuesta es sí?

—Sí.

Y eso fue todo.

Al llamar a su siguiente testigo, Marty pronunció un nombre que hizo correr un escalofrío por la espalda de Alvin.

—Amy Sump.

Una muchacha muy atractiva se levantó del fondo de la sala y recorrió el pasillo.

—¿Quién es? —preguntó Verily.

—Una chica de Vigor con una imaginación muy activa.

—¿Sobre qué?

—Sobre cómo ella y yo hicimos lo que un hombre no tiene derecho a hacer con una chica tan joven.

—¿Lo hiciste?

Alvin se molestó por la pregunta.

—Nunca. Ella empezó a contar historias y la cosa creció a partir de ahí.

—¿Creció?

—Por eso me marché de Iglesia de Vigor, para dar a sus mentiras una posibilidad de debilitarse y morir.

—¿Así que empezó a contar historias sobre ti y tú huiste?

—¿Qué tiene eso que ver con el arado y Pacífico Smith?

Verily hizo una mueca.

—Cierta pregunta sobre si engañas a la gente o no. Marty Laws me ha puesto una trampa.

Marty estaba explicándole al juez que, ya que no había tenido oportunidad de hablar con aquella testigo de antemano, sería su ilustre colega el encargado de llevar a cabo el interrogatorio.

—La chica es joven y frágil, y han establecido una relación.

Verily pensó que la idea de Webster y Amy teniendo una relación no era muy prometedora cuando se trataba de conseguir de ella un testimonio sincero, pero tenía que pisar con cuidado. Era una muchacha, y muy jovencita además. No podía parecer hostil o temeroso antes de que hablara, y en su turno de preguntas tendría que actuar con delicadeza para no parecer un matón.

Al contrario que Pacífico Smith y Hank Dowser, que eran obviamente unos resentidos maliciosos, Amy Sump tenía credibilidad. Habló con timidez y con cierto reparo.

—No quiero meter a Alvin en un lío, señor —dijo.

—¿Y por qué no? —preguntó Daniel Webster.

Su respuesta fue un susurro:

—Porque todavía lo amo.

—¿Usted... usted todavía lo ama? —Oh, Webster era un gran actor, digno de los escenarios de Drury Lane—. ¿Pero cómo puede... por qué lo ama todavía?

—Porque espero un hijo —susurró ella.

Un murmullo recorrió la sala.

Una vez más, Webster fingió sorpresa.

—¿Usted espera...? ¿Está casada, señorita Sump?

Ella sacudió la cabeza. Brillantes lágrimas cayeron sobre su regazo.

—Sin embargo, espera un hijo. El hijo de un hombre que ni siquiera tuvo la

decencia de hacer de usted una mujer honrada. ¿El hijo de quién, señorita Sump?

Aquello ya estaba fuera de control. Verily se puso en pie de un salto.

—¡Señoría, protesto sobre la base de que esto no puede tener ninguna relación concebible con...!

—¡Tiene que ver con el asunto del engaño, Señoría! —exclamó Daniel Webster—. ¡Tiene que ver con el tema de un hombre capaz de decir cualquier cosa para salirse con la suya, y que luego desaparece sin despedirse siquiera, tras haber tomado lo que es más precioso de la persona que confiaba en él!

El juez golpeó con la maza.

—Señor Webster, ha presentado tan bien sus conclusiones que me siento inclinado a hacer que el jurado se retire y dar por terminado el juicio. Por desgracia, esto no es el final del juicio y apreciaría que se abstuviera de pasar a las conclusiones y de hacer discursos cuando no es momento.

—Respondía a la objeción de mi digno oponente.

—Bueno, verá, Daniel, ahí es donde ha cometido su error. Porque su objeción iba dirigida a mí, que soy el juez, y no necesitaba su ayuda en ese momento. Pero me alegro de saber que la tengo ahí, a mi disposición, por si alguna vez la necesito.

Webster respondió al sarcasmo con una sonrisa alegre. ¿Qué le importaba? Ya había logrado su objetivo.

—La protesta queda denegada, señor Cooper —dijo el juez—. ¿Quién es el padre de su hijo, señorita Sump?

Ella estalló en lágrimas, siguiendo con lo suyo, a pesar de la interrupción.

—Alvin —dijo, sollozando. Entonces alzó la cabeza y miró implorante a los ojos de Alvin—. ¡Oh, Al, todavía no es demasiado tarde! ¡Vuelve y haz de mí tu esposa! ¡Te amo tanto!

Capítulo 15.

AMOR

Verily Cooper, haciendo todo lo posible por ocultar su asombro, se volvió lánguidamente a mirar a Alvin. Entonces alzó una ceja.

Alvin parecía vagamente triste.

—Es cierto que está embarazada —susurró—. Pero no es verdad que yo sea el padre.

—¿Por qué no me lo has dicho, si lo sabías? —susurró Verily.

—No lo sabía hasta que lo ha dicho. Entonces he mirado y sí, hay un bebé creciendo en su vientre. Del tamaño de un grano. No tiene más de tres semanas.

Verily asintió. Alvin llevaba un mes en la cárcel, y viajando, lejos de Iglesia de Vigor, varios meses ya. La cuestión era si podría hacer que la muchacha admitiera en su turno de preguntas que estaba embarazada de menos de un mes.

Mientras tanto, Daniel Webster había continuado extrayendo de Amy un sabroso relato de su seducción por parte de Alvin. Desde luego, la muchacha contó una historia convincente, tan detallada que parecía real. A Verily le pareció que no estaba mintiendo o que, si lo hacía, se creía sus propias mentiras. Por unos momentos tuvo dudas sobre Alvin. ¿Podría haberlo hecho? La muchacha era bonita y deseable y por la forma en que hablaba, era ciertamente dispuesta.

El hecho de que Alvin fuera un Hacedor no significaba que no fuera también un hombre.

Descartó rápidamente aquellos pensamientos. Alvin Smith era un hombre con autocontrol, ésa era la verdad. Y tenía honor. De haber hecho realmente esas cosas con aquella muchacha, se habría casado con ella y no la habría dejado enfrentarse sola a las consecuencias.

Si la muchacha podía hacer que el abogado del propio Alvin dudara de él, eso daba idea de lo peligroso que resultaba su testimonio.

—Y entonces la dejó —dijo Daniel Webster.

Verily pensó en protestar, pero decidió que no tenía sentido.

—Fue por culpa mía, lo sé —dijo Amy, estallando de nuevo en patéticas lágrimas—. No tendría que haberle contado lo nuestro a mi mejor amiga Ramona, porque ella se lo contó a todo el mundo y ellos no comprendieron nuestro verdadero amor y por eso Alvin tuvo que marcharse porque tiene grandes obras que hacer en el mundo y no puede estar atado a Iglesia de Vigor ahora mismo. ¡Yo no quería venir aquí a declarar! ¡Quiero que sea libre para hacer lo que tiene que hacer! ¡Y si mi bebé crece sin padre, al menos puedo decirle a mi hija que viene de sangre noble, con el don de Hacer como herencia!

Oh, aquello era un buen detalle, convertirla en la santa doliente que se contenta con que «su» Alvin sea un seductor mentiroso que abandona a sus bastardos porque

lo ama mucho.

Era el momento de preguntar. Tenía que hacerlo con mucha delicadeza. Verily no podía dar a entender que la creía; al mismo tiempo, no se atrevía a atacarla, porque la muchacha se había ganado las simpatías del jurado. Las semillas de la duda habían sido sembradas suavemente.

—Lamento que haya tenido que venir hasta aquí. Debe de ser un viaje duro para una dama tan joven en un estado tan delicado.

—Oh, no lo llevo mal. Sólo vomito una vez por la mañana y luego estoy bien el resto del día.

El jurado se echó a reír. Una risa amistosa, compasiva, crédula. Que el cielo me ayude, pensó Verily.

—¿Cuánto tiempo hace que sabe que va a tener un bebé?

—Mucho tiempo —dijo ella.

Verily alzó una ceja.

—Bueno, eso es una respuesta muy vaga. Pero antes de oír mi siguiente pregunta, quiero que recuerde que podemos traer a sus padres si es necesario, para establecer el momento exacto en que empezó este embarazo.

—Bueno, a ellos no se lo dije hasta hace unos días. Pero estoy embarazada desde hace...

Verily alzó la mano para hacerla callar, y sacudió la cabeza.

—Tenga cuidado, señorita Sump. Si lo piensa un minuto, se dará cuenta de que su madre lo sabe sin duda y de que su padre sabe probablemente que no puede estar usted embarazada desde hace más de unas cuantas semanas.

Amy lo miró aturdida un buen rato. Luego la luz de la comprensión iluminó su cara. Finalmente se dio cuenta: su madre sabría, porque le lavaba las compresas, cuándo había menstruado por última vez. Y no hacía meses y meses.

—Como iba a decir, me quedé embarazada el mes pasado. Este último mes.

—¿Y está segura de que Alvin es el padre?

Ella asintió. Pero no era ninguna tonta. Verily sabía que estaba echando cuentas mentalmente. Obviamente, había contado con poder mentir y decir que estaba embarazada desde hacía meses, desde antes de que Alvin dejara Vigor; cuando el bebé naciera podría decir que había tardado tanto porque era hijo de un Hacedor, o alguna tontería por el estilo. Pero ahora necesitaba una mentira mejor.

O bien ya la tenía preparada desde el principio. También eso era posible.

—Claro que sí —dijo—. Alvin viene a mí por la noche incluso ahora. Está realmente excitado con el bebé.

—¿Qué quiere decir con «incluso ahora»? —preguntó Verily—. Usted sabe que está en la cárcel.

—Oh, vamos —dijo Amy—. ¿Qué es una cárcel para un hombre como él?

Una vez más, Verily comprendió que había sido un juguete en manos de Webster. Todo el mundo sabía que Alvin tenía poderes ocultos. Sabían que trabajaba la piedra

y el hierro. Sabían que podía salir de aquella cárcel siempre que quería.

—Señoría —dijo Verily—, me reservo el derecho a volver a llamar a esta testigo para un nuevo interrogatorio.

—Protesto —dijo Daniel Webster—. Si vuelve a llamar a la señorita Sump entonces será su testigo, no su turno de preguntas, y no es un testigo hostil.

—Necesito preparar el terreno para nuevas preguntas —dijo Verily.

—Prepare todo lo que quiera —declaró el juez—. Tendrá tiempo, pero no en su turno. La testigo puede bajar del estrado, pero no abandone Río Hatrack, por favor.

Webster se levantó de nuevo.

—Señoría, tengo unas cuantas preguntas más que hacer.

—Oh, desde luego. Señorita Sump, perdone. Por favor permanezca sentada y recuerde que sigue bajo juramento.

Webster se arrellanó en su asiento.

—Señorita Sump, ha dicho usted que Alvin va a verla por las noches. ¿Cómo lo hace?

—Sale de su celda y atraviesa las paredes de la cárcel y luego corre como un piel roja, todo envuelto en... en... el canto rojo; así que llega a Iglesia de Vigor en una sola hora y ni siquiera está cansado. ¡No, no está cansando! —soltó una risita.

El canto rojo. Verily había conversado ya lo suficiente con Alvin para saber que era el canto verde. De tener él alguna intimidación con aquella muchacha, ella lo sabría. Estaba recordando cosas que había aprendido en sus clases hacía meses y meses, en Iglesia de Vigor, cuando iba a clase con los que trataban de aprender a ser Hacedores. Eso era todo: las imaginaciones de una jovencita combinadas con fragmentos de cosas que había aprendido acerca de Alvin. Pero con eso podía quitarle el arado de oro, y tal vez más importante, podía enviarle a la cárcel y destruir su reputación para siempre. No era una mentira inocente, y a pesar de que pretendía que amaba a Alvin, ella sabía exactamente lo que estaba haciendo.

—¿Va a verla cada noche?

—Oh, no puede hacer eso. Sólo un par de veces a la semana.

Webster había acabado con ella, pero ahora Verily tenía un par de preguntas más.

—Señorita Sump, ¿dónde la visita Alvin?

—En Iglesia de Vigor.

—Es usted sólo una muchacha, señorita Sump, y vive con sus padres. Es de suponer que ellos la controlan. Así que mi pregunta es bastante concreta... ¿dónde está usted cuando Alvin la visita?

Ella vaciló un momento.

—En sitios distintos.

—¿Sus padres la dejan salir sin acompañante?

—No, quiero decir... siempre empezamos en casa. Tarde, por la noche. Todo el mundo está dormido.

—¿Tiene usted una habitación propia?

—Bueno, no. Mis hermanas duermen en la misma habitación, conmigo.

—Entonces ¿dónde se reúne con Alvin?

—En el bosque.

—¿Entonces engaña a sus padres y se escabulle al bosque de noche?

La palabra engañar fue una bandera roja para ella.

—¡Yo no engaño a nadie! —dijo, con cierto acaloramiento.

—Así que ellos saben que va usted al bosque sola para reunirse con Alvin.

—No. Quiero decir... sé que ellos me detendrían, y entre nosotros hay verdadero amor, así que... no me escabullo, porque papá echa la barra a la puerta y me oiría, así que... en la feria del condado pude escapar y...

—La feria del condado se celebra a plena luz del día, no de noche —dijo Verily, esperando tener razón.

—¡Argumentativo! —gritó Webster. Pero su interrupción sólo sirvió para que la muchacha vacilara más.

—Si esto sucede un par de veces por semana, señorita Sump, sin duda sus oportunidades de encontrarse con él no dependen de la feria del condado, ¿no? —preguntó Verily.

—No, eso fue sólo una vez, esa vez. Las otras veces...

Verily esperó, negándose a allanarle el camino llenando su largo silencio con palabras. Que el jurado viera que se estaba inventando las cosas sobre la marcha.

—Viene a mi habitación, en silencio. A través de las paredes. Y me saca de la misma forma, en silencio. Y luego corre con el canto rojo hasta el lugar donde me da su amor a la luz de la luna.

—Debe de ser una experiencia sorprendente —dijo Verily—. Ver que su amante aparece junto a su cama y la coge en brazos y la lleva a través de las paredes y la carga en silencio millas y millas en un instante hasta un lugar idílico donde se abrazan apasionadamente a la luz de la luna. Usted llevará su bata. ¿No hace frío?

—A veces. Pero él puede hacer que el aire sea cálido a mi alrededor.

—¿Y qué hay de las noches sin luna? ¿Cómo ve?

—Él... hace luz. Siempre podemos ver.

—Un amante que puede hacer cosas milagrosas. Resulta muy romántico, ¿no le parece?

—Sí, lo es, muy muy romántico —dijo Amy.

—Como un sueño —dijo Verily.

—Sí, como un sueño.

—¡Protesto! —chilló Webster—. ¡La testigo es una niña y no se da cuenta de la forma en que el abogado de la defensa puede malinterpretar su inocente símil!

Amy estaba muy confundida.

—¿Qué he dicho?

—Déjeme preguntárselo claramente —dijo Verily Cooper—. Señorita Sump, ¿no es posible que sus recuerdos de Alvin sean fruto de un sueño, que usted soñara todo

esto de estar enamorada de un joven fuerte y fascinante que era demasiado mayor para fijarse en usted?

Ahora ella comprendió por qué había protestado Webster, y afloró a sus ojos una expresión fría. Lo sabe, pensó Verily. Sabe que está mintiendo, no está engañada, sabe exactamente lo que está haciendo y me odia por estropeárselo, aunque sea un poquito.

—Mi bebé no es ningún sueño, señor —dijo—. Nunca he oído que un sueño dé bebés a las chicas.

—No, yo tampoco he oído de sueños así —dijo Verily—. Oh, por cierto, ¿cuánto tiempo hace que se celebró la feria del condado?

—Tres semanas.

—¿Fue a la feria con su familia?

Webster interrumpió, exigiendo saber qué relevancia tenía aquello.

—Ella se ha referido a la feria del condado como un ejemplo concreto de sus encuentros con Alvin —explicó Verily cuando el juez se lo preguntó. El juez le indicó que continuara—. Señorita Sump, dígame cómo se escapó para reunirse con Alvin en la feria. ¿Había planeado ya verlo allí?

—No, fue... él simplemente apareció allí.

—A plena luz del día. ¿Y nadie le reconoció?

—Nadie más que yo lo vio. Eso es un hecho. Es... una cosa que él puede hacer.

—Sí, estamos empezando a darnos cuenta de que cuando se trata de pasar tiempo con usted, Alvin Smith puede hacer y hace las cosas más sorprendentes y milagrosas —dijo Verily.

Webster protestó, Verily pidió disculpas, y continuaron. Pero Verily sospechaba que se hallaba en buen camino. Amy conseguía que su historia fuera creíble a base de dar detalles. Cuando se trataba de hechos que no habían tenido lugar, los detalles eran fantasiosos y hermosos, pero no se los estaba simplemente inventando: estaba claro que había tenido aquellos sueños, o al menos ensoñaciones diurnas. Estaba hablando de recuerdos.

Pero debía de haber otro recuerdo en su mente... el recuerdo de su encuentro con el hombre que era el verdadero padre del hijo que esperaba. Y Verily tenía la corazonada de que su mención de la feria del condado, que no encajaba en toda la pauta que había establecido para sus citas nocturnas con Alvin, estaba relacionada con el encuentro real. Si pudiera atraer sus recuerdos hacia eso...

—Así que sólo usted lo vio. ¿He de suponer que se marchó con él? ¿Puedo preguntar adónde?

—Bajo el toldo del espectáculo de rarezas. Tras la tienda de la mujer gorda.

—Tras la tienda de la mujer gorda —dijo Verily—. Un sitio privado. Pero... ¿por qué allí? ¿Por qué no se la llevó Alvin al bosque, a algún prado apartado junto a un arroyo cristalino? No creo que fuera muy cómodo para ustedes... en la paja, tal vez, o sobre el duro suelo, en la oscuridad...

—Así es como lo quiso Alvin —dijo ella—. No sé por qué.

—¿Y cuánto tiempo pasaron detrás de la mujer gorda?

—Unos cinco minutos.

Verily alzó una ceja.

—¿Por qué tanta prisa? —entonces, antes de que Webster pudiera protestar, saltó a la siguiente pregunta—. ¿Así que Alvin escapó de la prisión del condado de Hatrack a plena luz del día, recorrió todo el camino hasta Iglesia de Vigor, hasta la otra punta del estado de Wobbish, para pasar cinco minutos con usted detrás de la mujer gorda?

Webster volvió a hablar.

—¿Cómo se puede esperar que esta joven conozca los motivos del acusado para cualesquiera actos extraños que ejecute?

—¿Ha sido una protesta? —preguntó el juez.

—No importa —dijo Verily—. He acabado con ella por ahora.

Y esta vez dejó que su voz mostrara un poco de desdén. Que el jurado viera que ya no sentía ninguna consideración por aquella chica. No había destruido su testimonio, pero había sembrado la semilla de la duda.

Eran las tres de la tarde. El juez levantó la sesión hasta el día siguiente.

Alvin y Verily cenaron en la celda esa noche, discutiendo lo que podría pasar al día siguiente y lo que tendría que suceder para que le declararan inocente.

—En realidad no han demostrado nada respecto a Pacífico —dijo Verily—. Lo único que están haciendo es demostrar que eres un mentiroso en general, con la esperanza de que el jurado piense que eso acaba con cualquier duda sobre el arado y tú. Lo peor es que Webster y Laws han jugado conmigo cada paso del camino. ¡Me prepararon una trampa, yo di una idea que esperaban que presentara en mi turno de preguntas, y listo! Ya tienen el terreno preparado para el siguiente testigo, irrelevante y dañino.

—Así que conocen mejor que tú los trucos legales de los tribunales americanos —dijo Alvin—. Tú conoces la ley. Sabes cómo encajan las cosas.

—¿No lo ves, Alvin? A Webster no le importa si te declaran o no culpable... lo que quiere son los artículos que los periódicos van a escribir sobre este juicio. Arruinar tu reputación. Nunca te recuperarás de esto.

—Yo no diría tanto.

—Historias como ésta no se olvidan nunca. Aunque consigamos encontrar al hombre que la dejó embarazada...

—Oh, sé quién fue —dijo Alvin.

—¿Qué? ¿Cómo puedes...?

—Matt Thatcher. Es un par de años más joven que yo, pero todos los muchachos lo conocíamos en Vigor. Siempre ha sido un bribón de primera fila, y cuando volví el

año pasado no dejaba de alardear de que ninguna chica podía resistírsele. De vez en cuando alguien tenía que darle una paliza por algo que decía sobre la hermana de alguno. Después de la última feria del condado, hablaba de cómo se había tirado a cinco chicas distintas en el recinto de espectáculo de rarezas, tras la tienda de la mujer gorda.

—Pero eso fue hace más de un año.

—Un tipo como Matt Thatcher no tiene mucha imaginación, Verily. Si descubre un sitio que le funciona una vez, volverá allí. Por cierto, nunca nombró a ninguna de las chicas que supuestamente se llevó el año pasado, así que todos supusimos que localizó el sitio y deseó llevarse a alguna chica allí. Supongo que este año finalmente tuvo éxito.

Verily se arrellanó en su banco, tomando sorbos de su taza de cálida sidra.

—Lo que me sorprende es que Webster debió de conocer a Amy Sump cuando visitó Iglesia de Vigor, mucho antes de que yo llegara allí. Antes de la feria del condado también. Ella no debía de estar embarazada cuando la conoció.

Alvin sonrió y asintió.

—Me lo imagino diciéndoles a los padres de Amy: «Bueno, menos mal que no está embarazada. Aunque si lo estuviera, me atrevo a decir que los días de vagabundeo de Alvin se habrían acabado». Y ella se entera y va y se queda embarazada del chico más dispuesto y más estúpido del condado.

Verily se echó a reír.

—¡Imitas muy bien sus voces!

—Oh, yo no soy ninguna maravilla imitando. Me gustaría que hubieras podido oír a Arturo Estuardo en los viejos tiempos. Antes...

—¿Antes?

—Antes de que lo cambiara para que los Rastreadores no pudieran encontrarlo.

—Así que no cambiaste el sello. Cambiaste al niño.

—Sí, lo hice un poco menos Arturo y un poco más Alvin. No me alegro de ello. Añoro la forma en que podía hablar como cualquiera. Incluso imitaba un petirrojo. Solía cantar con un petirrojo.

—¿No puedes volver a cambiarlo? Ahora que tiene la sentencia oficial del tribunal, nunca podrán volver a juzgarlo.

—¿Cambiarlo de nuevo? No lo sé. Ya fue bastante duro cambiarlo la primera vez. Y no creo que recuerde lo bastante bien cómo era.

—El sello es la forma en que era, ¿no?

—Pero no tengo el sello.

—Interesante problema. Pero a Arturo no parece importarle, ¿no?

—Arturo es un niño bueno, pero lo que no le importa ahora puede importarle después, cuando sea lo bastante mayor para comprender lo que le hice —Alvin tamborileaba en el plato vacío. Claramente, volvía a pensar en el juicio—. Tengo que decirte que las cosas empeorarán mañana, Verily.

—¿Cómo?

—No lo he comprendido hasta ahora, hasta que Amy habló de que me marchaba de la cárcel y todo eso. Pero ahora sé cuál es el plan. Vilate Franker me visitó cubierta de hechizos, me hizo acercarme lo suficiente a ella para que el mismo hechizo actuara también sobre mí... un hechizo de ocultación, y bastante bueno. Entonces llega Billy Hunter, uno de los comisarios, y cuando mira dentro de la celda ve que no hay nadie. Sale corriendo y trae al *sheriff*, y cuando vuelve, Vilate se ha ido pero yo estoy allí, y le digo que no he ido a ninguna parte. Pero Billy Hunter sabe lo que vio, o no vio, y van a llevarlo al juicio, y a Vilate también. A Vilate también.

—Así que tendrán un testigo para corroborar que en efecto dejaste tu celda durante tu encarcelamiento.

—Y Vilate es probable que diga cualquier cosa. Es una chismosa notable. Goody Trader la odia, igual que Horace Guester. También se considera toda una belleza, aunque esos hechizos en concreto ya no funcionan conmigo. De todas formas, Arturo Estuardo la vio...

—Yo estaba aquí cuando Arturo te lo contó. Lo de la salamandra.

—Eso no es una salamandra corriente, Verily. Es el Deshacedor. Me lo he encontrado antes. Solía venir de forma más directa. Un temblequeo en el aire, y allí estaba. Trataba de tomarme, de dominarme. Pero yo no lo dejaba, hacía algo (una jaula para insectos) y se marchaba. Hoy en día invento alguna rima tonta, o una canción, y la memorizo para expulsarlo. Pero ésa es la cuestión... el Deshacedor es capaz de ser cosas distintas para personas distintas. Había un ministro en Iglesia de Vigor, el reverendo Philadelphia Thrower; veía al Deshacedor como un ángel, sólo que era una especie de ángel terrible, y una vez... bueno, no importa. Soldado de Dios lo vio, no yo. Con Vilate el Deshacedor usa esa salamandra que hace algún tipo de hechizo para que Vilate vea... a alguien, alguien que habla con ella y le cuenta cosas. Sólo que ese alguien está en realidad pronunciando las palabras del Deshacedor. Ya sabes lo que vio Arturo Estuardo: a la vieja Peg Guester, la mujer que fue la única madre que conoció. El Deshacedor aparece como alguien en quien puedes confiar, alguien que hace realidad tu sueño más ansiado, pero en el proceso lo pervierte todo de forma que, sin darte cuenta, empiezas a destruirlo todo y a destruir a todos los que te rodean. En este asunto no tienes que mirar a Webster para encontrar la fuente de la conspiración. El Deshacedor es toda la conexión que necesitan. Une a Amy Sump con Vilate Franker y Pacífico Smith y Daniel Webster y... ninguno de ellos piensa que esté haciendo algo tan horrible. Amy probablemente cree que me ama de verdad. Tal vez Vilate también. Pacífico probablemente se ha convencido de que el arado le pertenece de veras. Daniel Webster probablemente me considera un canalla. Pero...

—Pero el Deshacedor hace que todo funcione unido para deshacerte.

Alvin asintió.

—Alvin, eso no tiene sentido. Si el Deshacedor está realmente ahí para

Deshacerlo todo, ¿entonces cómo puede preparar un plan tan elaborado? Eso es una forma de Hacer también, ¿no?

Alvin se tumbó en el jergón y silbó un momento.

—Eso es —dijo.

—El Deshacedor a veces Hace cosas, ¿entonces?

—No. No, el Deshacedor no puede Hacer nada. No puede. Sólo coge lo que ya está allí y lo rompe. Así que me he equivocado. El Deshacedor está influyendo en toda esta gente, pero si todo encaja en un plan, es el plan de alguien más. De alguna persona.

Verily se echó a reír.

—Creo que ya tengo la respuesta —dijo—. Tu especulación sobre Daniel Webster. Descubre a Amy Sump y busca en Iglesia de Vigor cualquier chisme sobre ti. Ella no formaba parte de ningún plan, no es más que una chica que empezó a fingir que sus sueños eran verdad. Pero entonces él le mete en la cabeza la idea de quedarse embarazada y la idea de declarar contra ti para cortarte las alas y obligarte a volver a casa. Ella elabora el resto, su propio plan... el Deshacedor no tiene que enseñarle nada. Luego Daniel Webster llega a Río Hatrack y, por supuesto, conoce a la chismosa del pueblo mientras busca tus trapos sucios. Vilate Franker apenas te conoce, pero conoce la historia de todo el mundo, y conversan muchas veces. Él deja caer que la historia de Amy Sump parecerá la fantasía de una muchachita tonta a menos que puedan encontrar algún tipo de prueba de que, en efecto, sales de tu celda. Y entonces Vilate elabora su propio plan y el Deshacedor sólo tiene que aprovecharse y animarla.

—Así que todo el plan procede de Daniel Webster, sólo que él ni siquiera lo sabe —dijo Alvin—. Desea algo, y luego se hace realidad.

—No confíes demasiado en su integridad. Sospecho que es un método que ha estado usando desde hace mucho tiempo: desea que exista alguna prueba clave, y luego confía en que su cliente o uno de los amigos de su cliente aparezca con el testimonio que necesita. Nunca se llega a manchar las manos, pero el resultado es el mismo. Sin embargo, no se puede demostrar nada...

La puerta exterior se abrió y Po Doggly entró con Peggy Lerner.

—Lamento interrumpir su cena y su conversación, caballeros —dijo el *sheriff*—, pero ha ocurrido algo. Tienen un visitante especial. Viene de muy lejos pero sólo puede visitarlos después de oscurecer y soy el único guardia que le puede dejar entrar porque ya me ha contado su historia.

Alvin se volvió hacia Verily.

—Eso significa que es alguien de casa. Alguien que no es Soldado de Dios. Alguien sobre quien pesa la maldición.

—No estaría maldito —dijo Peggy— de no haberse incluido generosamente en una maldición que no merece.

—Mesura —dijo Alvin—. Mi hermano mayor —le explicó a Verily.

—Viene de camino —dijo el *sheriff*—. Arturo Estuardo le guía con el sombrero calado hasta los ojos para que no vea a nadie que no conozca ya la historia. No quiere pasarse toda la noche contando a la gente la masacre de Tippy-Canoe. Así que las puertas se abrirán, pero yo estaré fuera, vigilando. No es que crea que intentarás escapar, Alvin.

—¿Quiere decir que no cree que he estado haciendo dos viajes por semana a Iglesia de Vigor?

—¿Por esa chica? No lo creo —con eso, Doggly salió, dejando la puerta abierta.

Peggy entró y se unió a Alvin y Verily dentro de la celda. El abogado se levantó para ofrecerle su taburete, pero ella declinó sentarse con un gesto.

—¿Cómo estás, Peggy?

—Estoy bien, Alvin. ¿Y tú?

—Sabes que no he hecho nada de lo que esa chica dice.

—Alvin, sé que la encontrabas atractiva. Ella vio que le prestabas un poco de atención. Empezó a soñar y a desear.

—¿Así que estás diciendo que, después de todo, es culpa mía?

—Es culpa suya que los sueños se convirtieran en mentiras. Es culpa tuya que tuviera los sueños imposibles.

—¿Y si me pegara un tiro antes de volver a mirar a una mujer con deseo? Cuando lo hago las cosas siempre salen fatal.

Fue como si la hubiera abofeteado. Como de costumbre, Verily experimentó la intensa sensación de conocer sólo la mitad de lo que pasaba en la vida de Alvin. ¿Por qué le molestaba tanto? No estaba allí, y ellos no tenían ninguna obligación de explicarle nada. Con todo, era embarazoso. Se levantó.

—Por favor, saldré fuera para que puedan conversar a solas.

—No hace falta —dijo Peggy—. Estoy segura de que Arturo está a punto de llegar con Mesura.

—Ella no quiere hablar conmigo —le dijo Alvin a Verily—. Intentará que me declaren inocente porque quiere ver construida la Ciudad de Cristal. Sin embargo, no puede ofrecerme ninguna ayuda sobre cómo construirla, a pesar de que yo no lo sé y ella parece saberlo todo. Pero que quiera verme absuelto no significa que yo le agrade o que piense que merece la pena pasar el tiempo conmigo.

—No me gusta inmiscuirme en esto —dijo Verily.

—No está haciéndolo —le corrigió Peggy—. No hay ningún «esto», así que no puede inmiscuirse.

—Nunca ha habido ningún «esto», ¿verdad? —le preguntó Alvin.

Verily estaba seguro de que nunca había percibido tanta tristeza en un hombre.

Peggy tardó un momento en contestar.

—No tiene nada que ver contigo, Alvin.

—¿Qué no tiene nada que ver conmigo? ¿Que todavía esté loco de amor por ti después de todo un año con una sola carta tuya, y tan fría, como si yo fuera una

especie de golfo con el que todavía tuvieras que hacer negocios? ¿Es eso lo que no tiene nada que ver conmigo? Te pedí una vez que te casaras conmigo. Comprendo que las cosas han ido muy mal desde entonces, con la muerte de tu madre y todo eso, y no te he presionado, pero te he escrito, he pensado en ti todo el tiempo, y...

—Y yo en ti, Alvin.

—Sí, bien, eres una tea, así que sabes que estoy pensando en ti, o lo haces si te molestas en mirar, ¿pero qué sé yo cuando no hay ni rastro de ti? ¿Qué sé excepto lo que tú me dices, excepto lo que veo en tu cara? Sé que te miré a la cara aquella noche en la fragua, te miré a los ojos y me pareció ver amor en ellos, creí verte diciéndome sí. ¿Me lo inventé? ¿Es eso el «esto» que nunca fue?

Verily se sentía fatal al verse obligado a ser testigo de aquella escena. Había intentado escapar, pero estaba claro que no querían que se fuera. Si pudiera desaparecer... filtrarse a través del suelo.

Fue Arturo quien lo salvó. Arturo, seguido de Mesura; y, como el *sheriff* había dicho, Mesura llevaba el sombrero tan calado y la cabeza tan gacha que realmente necesitaba que Arturo Estuardo lo guiara de la mano.

—Hemos llegado —dijo Arturo—. Ya puedes mirar.

Mesura alzó la cabeza.

—Al.

—¡Mesura! —exclamó Alvin.

Con lo largas que ambos tenían las piernas, les bastó una zancada para abrazarse.

—Te he echado mucho de menos —dijo Alvin.

—Yo también a ti, feo y flacucho pájaro enjaulado —dijo Mesura. Y en ese momento Verily sintió tal retortijón de celos que creyó que se le partiría el corazón. Se avergonzó en cuanto se dio cuenta de lo que sentía, pero así era: tenía celos de aquella intimidad entre hermanos. Celos porque sabía que nunca llegaría a estar tan próximo a Alvin Smith. Siempre estaría fuera, y eso le hirió tan profundamente que por un momento le pareció que no podía respirar.

Y entonces respiró, y encerró aquel sentimiento en una parte de sí mismo donde no tuviera que enfrentarse a él.

Al cabo de unos minutos los saludos terminaron, y fueron al grano.

—Descubrimos que Amy se había marchado y no hacía falta ser ningún genio para averiguar adónde. Oh, al principio se rumoreó que se había quedado embarazada en la feria del condado y que se había ido a tener el bebé en alguna parte, pero todos recordamos las historias que contó sobre Alvin y padre y yo fuimos a ver a su pa y se lo sacamos rápido, que había ido a declarar a Hatrack. A él no le hacía mucha gracia, pero les pagaban y necesitaba el dinero y su hija jura que es verdad pero se notaba nada más verlo que él tampoco se cree sus mentiras. Y de hecho cuando ya nos íbamos va y dice, cuando descubra quién dejó a mi hija embarazada voy a matarlo. Y pa dice, no lo harás. Y el señor Sump dice, lo haré porque soy un hombre piadoso, y matarlo es mejor que obligarlo a que se case con Amy.

Todos se rieron con eso, pero en el fondo sabían que no era exactamente gracioso.

—Pues bien, Eleanor va y dice que la mejor amiga de Amy es esa ratita, Ramona, y voy a sacarle la verdad.

Alvin se volvió hacia Verily.

—Eleanor es nuestra hermana, la esposa de Soldado de Dios.

Otro recordatorio de que no formaba parte del círculo. Pero también de que Alvin lo tenía en cuenta y quería incluirlo. Así que Eleanor va a ver a Ramona y la mete dentro de ese hechizo que hiciste para ella en la tienda, Alvin, el que hace que los mentirosos se pongan tan nerviosos, aunque no sé si hizo falta. Eleanor le dice, ¿quién es el padre del bebé de Amy?, y Ramona contesta, ¿cómo voy a saberlo yo?; sólo que es mentira, y finalmente como Eleanor no cede, Ramona dice, la última vez que dije la verdad provoqué que Alvin Maker tuviera que huir por culpa de las mentiras de Amy, pero ella juró que era verdad, ella lo juró y yo la creí pero ahora está diciendo que Alvin la dejó embarazada y sé que no es verdad porque entró en la tienda de rarezas con...

Alvin alzó la mano.

—¿Matt Thatcher?

—Por supuesto —dijo Mesura—. Lo que no sé es por qué no lo castramos como a los cerdos.

—¿Ella los vio o son habladorías? —preguntó Verily.

—Los vio y montó guardia donde estaban bajo la tienda y oyó a Amy gritar una vez y a Matt jadear y luego se acabó y le preguntó a Amy cómo era y Amy parecía terriblemente asustada y le dice, es horrible y duele. Ramona no tiene dudas de que Amy era virgen hasta entonces, así que todas las demás historias son mentira.

—No está cualificada para declarar sobre la virginidad de Amy —dijo Verily—, pero con todo nos serviría de ayuda. Se encargaría del embarazo y dejaría claro que Amy es una mentirosa. Duda razonable. ¿Cuánto tardará en venir?

—Está aquí —dijo Peggy—. La he acompañado a la posada y Horace Guester le está dando de comer.

—Quiero hablar con ella esta noche —dijo Verily—. Esto es bueno. Es algo. Y hasta ahora no teníamos nada.

—Ellos no tienen nada —dijo Peggy—. Y sin embargo...

—Y sin embargo me declararían culpable si votaran ahora mismo, ¿verdad?

Peggy asintió.

—Creía que te conocían mejor.

—Todo esto no tiene nada que ver con las acusaciones de Pacífico —dijo Verily—. Nada de esto se habría permitido en un tribunal inglés.

—La próxima vez que alguien me haga arrestar por robo y una chica loca diga que está embarazada de mí, me las apañaré para que me juzguen en Londres —dijo Alvin, sonriendo.

—Buena idea —contestó Verily—. Además, tenemos chicas locas mucho mejores

en Inglaterra.

—Voy a declarar —dijo Peggy.

—No lo creo —objetó Alvin.

—No es usted testigo de nada —dijo Verily.

—Ya ha visto cómo son las reglas en este tribunal. Puede incluirme.

—No servirá de nada —dijo Verily—. Lo achacarán a que está enamorada de Alvin.

Alvin suspiró y se tumbó en el camastro.

—No, no lo harán —dijo Peggy—. Me conocen.

—También conocen a Alvin.

—No pretendo contradecirlo, señor —intervino Arturo Estuardo—, pero todo el mundo sabe que la señorita Larner es una tea, y todo el mundo sabe que antes de que ella diga una mentira, se puede hervir un huevo en una sartén de nieve.

—Si yo testifico, no lo declararán culpable.

—No —dijo Alvin—. Te arrastrarán por el lodo. A Webster no le importa que me declaren culpable, ya lo sabes. Sólo quiere destruirme y a todos los que están cerca de mí, porque eso es lo que quiere la gente que lo contrató.

—Ni siquiera sabemos quiénes son —dijo Verily.

—No conozco sus nombres, pero sé quiénes son y qué quieren. Aunque os parezca que el testimonio de Amy es secundario, eso es lo que querían. Y si encontraran testigos de que Peggy y yo estuvimos en la fragua la noche en que hice el arado...

—No temo sus calumnias —dijo Peggy.

—No estoy hablando de calumnias, sino de la pura verdad —dijo Alvin—. Yo estaba en cueros, estábamos solos en la fragua. No puedo evitar que la gente saque conclusiones a partir de eso, y no permitiré que subas al estrado y toda esa historia salga en los periódicos de Cartago y Dekane y el cielo sabe dónde más. Lo haremos de otra manera.

—Ramona nos será de ayuda —dijo Verily.

—No, Ramona tampoco. No sirve de nada que una amiga traicione a otra por mi bien.

Los otros se quedaron anonadados.

—¡No lo dirás en serio! —exclamó Mesura—. ¿Después de traerla hasta aquí? Y ella quiere declarar.

—Seguro que sí —dijo Alvin—. Pero cuando los periódicos se ensañen con Amy, ¿cómo se sentirá entonces Ramona? Siempre recordará que traicionó a su amiga. Eso es duro. La herirá. ¿No, Peggy?

—Oh, ¿de veras me pides consejo sobre algo?

—Quiero la verdad. He estado diciendo la verdad, y tú también, así que dímelas.

—Sí —dijo Peggy—. Herirá a Ramona enormemente declarar contra Amy.

—Así que no lo hará —dijo Alvin—. No quiero ver a Vilate humillada sin sus

hechizos. Regenta una tienda donde la tienen por hermosa.

—Alvin —dijo Verily—, ¡sé que eres un buen hombre y más sabio que yo, pero sin duda te das cuenta que no debes dejar que la cortesía hacia unas cuantas personas destruya todo lo que tienes que hacer aquí en la tierra!

Los otros estuvieron de acuerdo.

Verily nunca había visto a un hombre tan triste como Alvin, y había visto hombres condenados a la horca o la hoguera.

—Entonces no lo comprendéis —dijo—. Es cierto que a veces la gente tiene que sufrir para que pase algo bueno. Pero si puedo librarlos del sufrimiento, y soportarlo yo, bueno, eso es parte de lo que hago. Es parte de Hacer. Si está en mi poder, entonces lo soporto. ¿No lo veis?

—No —dijo Peggy—. No está en tu poder.

—¿Es la sincera tea la que habla? ¿O mi amiga?

Ella vaciló sólo un instante.

—Tu amiga. Esta parte de tu fuego interno está oscura para mí.

—Lo suponía. Y creo que es porque tengo que Hacer algo. Tengo que Hacer algo que nunca se ha hecho, algo nuevo. Si lo hago, entonces puedo continuar. Si no, entonces iré a la cárcel y mi vida seguirá otro rumbo.

—¿Irías a la cárcel? —preguntó Arturo Estuardo—. ¿Realmente te quedarías en prisión años y años?

Alvin se encogió de hombros.

—Hay hechizos que no puedo deshacer. Creo que si fuera declarado culpable, se encargarían de que no pudiera evitarlo. Pero aunque pudiera escapar, ¿qué importaría? No podría hacer mi obra aquí en América. Y no sé cómo podría hacer mi obra en otra parte. Si hay algún motivo en mi vida, entonces hay un motivo por el que nací aquí y no en Inglaterra o en Rusia o en China o en donde sea. Aquí es donde tiene que hacerse mi obra.

—¿Así que estás diciendo que no puedo usar a los dos mejores testigos que tenemos para defenderte? —preguntó Verily.

—Mi mejor testigo es la verdad. Alguien la dirá, es seguro. Pero no será la señorita Larner, y no será Ramona.

Peggy se agachó y miró a Alvin a los ojos, sus caras estaban a menos de un palmo de distancia.

—Alvin Smith, muchacho malcriado, te di mi infancia, te ayudé a salvarte del Deshacedor, ¿y ahora me dices que tengo que mantenerme al margen y ver cómo desperdicias todo ese sacrificio?

—Ya te he pedido suficiente para el resto de tu vida —dijo Alvin—. ¿Qué más puedo pedirte? Perdiste tu infancia por mí. Perdiste a tu madre por mí. No pierdas más. Lo habría tomado todo, sí, y te lo habría dado todo también, pero no tomaré menos porque pueda dar menos. No tomarás nada de mí, así que yo no tomaré nada de ti. Si eso no tiene sentido para ti, entonces no eres tan lista como das a entender,

señorita Larner.

—¿Por qué no os casáis vosotros dos y hacéis bebés? —dijo Arturo Estuardo—. Lo dijo pa.

Con el rostro de piedra, Peggy se volvió.

—Tiene que ser a tu manera, ¿verdad, Alvin? Todo a tu manera.

—¿A mi manera? No ha sido por mi gusto que te he dicho estas cosas delante de los demás, aunque al menos son mis amigos y no unos extraños los que han tenido que escucharlas. Te quiero, señorita Larner. Te quiero, Margaret. No te quiero en ese tribunal, te quiero en mis brazos, en mi vida, en todos mis sueños y obras por venir.

Peggy se agarró a los barrotes de la celda, ocultando el rostro a los otros.

Arturo Estuardo salió de la celda y la miró desvergonzadamente a la cara.

—¿Por qué no te casas con él en vez de llorar así? ¿No lo amas? Eres muy bonita y él es un hombre apuesto. Tendríais unos bebés muy monos. Lo dijo pa.

—Calla, Arturo Estuardo —dijo Mesura.

Peggy fue resbalando hasta quedar de rodillas, y entonces sacó las manos por entre los barrotes y tocó las de Arturo Estuardo.

—No puedo, Arturo Estuardo —dijo—. No puedo. Mi madre murió porque yo amaba a Alvin, ¿no lo entiendes? Cada vez que pienso en estar con él, me siento enferma y... culpable... y furiosa y...

—Mi mamá también está muerta, ¿sabes? —dijo Arturo Estuardo—. Mi mamá negra y mi mamá blanca, las dos. Murieron por salvarme de la esclavitud. No dejo de pensar en eso, en cómo si yo nunca hubiera nacido ellas seguirían vivas.

Peggy sacudió la cabeza.

—Sé que piensas en eso, Arturo, pero no debes. Ellas quieren que seas feliz.

—Lo sé. No soy tan listo como tú, pero eso lo sé. Así que hago todo lo que puedo para ser feliz. Y soy feliz la mayor parte del tiempo. ¿No puedes tú hacer eso?

Alvin se hizo eco de sus palabras.

—¿Por qué no puedes hacer eso, Margaret?

Peggy alzó la barbilla, miró a su alrededor.

—¿Qué estoy haciendo aquí, en el suelo? —se puso en pie—. Ya que no quieres mi ayuda, Alvin Smith, entonces tengo trabajo que hacer. Hay una guerra en el futuro, una guerra por la esclavitud, y un millón de muchachos morirán, en América y en las colonias de la Corona e incluso en Nueva Inglaterra antes de que acabe. Mi trabajo es asegurarme de que esos muchachos no mueran en vano, asegurarme de que cuando acabe los esclavos sean libres. Por eso murió mi madre, para liberar a un esclavo. Yo no voy a escoger sólo a uno, voy a salvarlos a todos, si puedo —miró ferozmente a los hombres que la observaban con los ojos muy abiertos—. He hecho mi último sacrificio por Alvin Smith... ya no necesita mi ayuda.

Con esas palabras se encaminó a la puerta exterior.

—Así es —murmuró Alvin, pero ella no le oyó, y entonces se marchó.

—Es el colmo —dijo Mesura—. ¿Por qué no te enamoras de una tormenta,

Alvin? ¿Por qué no te declaras a una ventisca?

—Ya lo hice.

Verily se acercó a la puerta de la celda.

—Voy a entrevistarme con Ramona esta noche por si cambias de opinión, Alvin.

—No lo haré.

—Estoy seguro, pero aparte de eso no hay nada más que yo pueda hacer.

Pensó en callarse las siguientes palabras, pero decidió que no merecía la pena. ¿Qué tenía que perder? Alvin iba a ir a la cárcel y el viaje de Verily a América iba a resultar en vano.

—Debo decir que pienso que tú y la señorita Larner sois la pareja perfecta. Entre los dos debéis de tener más del setenta por ciento de la estúpida cabezonería de todo el mundo.

Ahora le tocó a Verily el turno de dirigirse a la puerta exterior. A su espalda oyó que Alvin les murmuraba a Mesura y Arturo:

—Ése es mi abogado.

No estaba seguro de si Alvin se burlaba o de si hablaba con orgullo. Fuera lo que fuese, sólo aumentó su desesperación.

El testimonio de Billy Hunter resultó bastante nocivo. Estaba claro que le caía muy bien Alvin y que no tenía ningún deseo de hacerlo quedar mal. Pero no podía cambiar lo que había visto y tenía que decir la verdad: había mirado dentro de la celda y no había ningún sitio donde Alvin y Verily pudieran haberse escondido.

Verily usó el turno de preguntas simplemente para dejar claro que cuando Vilate entró en la celda Alvin estaba decididamente allí, y que la tarta que ella dejó sabía muy bien.

—¿Alvin no la quiso? —preguntó Verily.

—No, señor. Dijo... dijo que se la había prometido a una hormiga.

Hubo algunas risas.

—Pero le dejó llevársela.

—Supongo que sí, sí.

—¡Bueno, creo que eso demuestra que Alvin no es digno de confianza, si no cumple la palabra dada a una hormiga!

Hubo algunas risas en respuesta a la broma de Verily, pero eso no consiguió evitar el hecho de que la acusación había abierto una brecha en la credibilidad de Alvin, y bastante profunda por cierto.

Entonces le tocó el turno a Vilate. Marty Laws preparó el terreno, y llegaron al tema clave.

—Cuando el señor Hunter miró dentro de la celda y no les vio a usted y a Alvin, ¿dónde estaban?

Vilate hizo grandes aspavientos, reacia a hablar. Le alivió ver, sin embargo, que era bastante mejor actriz que Amy Sump, quizá porque Amy medio se creía sus propias fantasías, mientras que Vilate... bueno, no era ninguna colegiala, y aquéllas

no eran fantasías de amor.

—Nunca tendría que haber dejado que me convenciera, pero... he estado sola demasiado tiempo.

—Sólo responda a la pregunta, por favor.

—Me llevó a través de la pared de la cárcel. Atravesamos la pared. Yo sostuve su mano.

—¿Y adónde fueron?

—Fuimos rápidos como el viento... sentí como si estuviera volando. Durante un rato corrí junto a él, tomando fuerzas de su mano mientras sostenía la mía y me guiaba; pero luego fue demasiado para mí, y, sin fuerzas, no pude seguir. Él lo sintió y me cogió en brazos. Fue como si me barrieran.

—¿Adónde fueron?

—A un sitio donde nunca había estado.

Hubo algunas risitas, lo que pareció hacerla vacilar un poco. Por lo visto no se daba cuenta del doble sentido... o quizás era mejor actriz de lo que Verily pensaba.

—Junto a un lago. No muy grande, supongo... podía ver la otra orilla. Había aves acuáticas nadando, pero en la orilla donde nos... reclinamos... éramos los únicos seres vivos. Este hermoso joven y yo. Estaba tan lleno de promesas y de palabras de amor y...

—¿Podemos decir que se aprovechó de usted? —preguntó Marty.

—Señoría, está guiando a la testigo.

—No se aprovechó de mí —dijo Vilate—. Fui partícipe de todo lo que sucedió. El que ahora lo lamente no cambia el hecho de que no me forzó en modo alguno. Por supuesto, si hubiera sabido entonces que había dicho las mismas cosas y hecho las mismas cosas con esa chica de Iglesia de Vigor...

—Señoría, no tiene ningún conocimiento personal de...

—Aprobada —dijo el juez—. Por favor, limite sus respuestas a las preguntas formuladas.

Verily tuvo que admirar su habilidad. Se las apañó para hacer creer que estaba defendiendo a Alvin en vez de intentar destruirlo. Como si lo amara.

Capítulo 16.

VERDAD

Cuando le tocó a Verily el turno de interrogar a Vilate, permaneció sentado un momento contemplándola. Era la imagen de la perfecta confianza, con la cabeza levemente ladeada hacia la izquierda, como si sintiera un poco (sólo un poco) de curiosidad por oír lo que le iba a preguntar.

—Señorita Franker, me pregunto si puede decirme... cuando pasaron a través de la pared de la cárcel, ¿cómo llegaron al nivel del suelo?

Ella pareció momentáneamente confusa.

—Oh, ¿está la cárcel bajo el nivel del suelo? Bueno, supongo que cuando atravesamos la pared, nosotros... pero no, por supuesto que no. La cárcel está en el primer piso del juzgado, y hay una caída de unos tres metros hasta el suelo. Ha sido muy listo al intentar engañarme.

—No ha contestado a mi pregunta —dijo Verily—. Debe haber sido una caída muy repentina, atravesar la pared hasta la nada.

—No tuvimos problema. Nosotros... flotamos hasta el suelo. Fue parte de lo asombroso de la experiencia. Si hubiera sabido que quería tantos detalles, lo habría dicho desde el principio.

—Así que Alvin... flota.

—Es un joven muy notable.

—Me lo imagino. De hecho, uno de sus notables talentos es la habilidad para ver a través de hechizos de ilusión. ¿Lo sabía usted?

—No, yo... no —parecía desconcertada.

—Por ejemplo, él ve a través del hechizo que usted utiliza para impedir que la gente note eso que hace con la dentadura postiza. ¿Lo sabía?

—¡Dentadura postiza! —estaba lívida—. ¡Cómo puede decir una cosa tan terrible!

—¿Lleva usted o no dentadura postiza?

Marty Laws se puso en pie.

—Señoría, no veo qué relevancia puede tener una dentadura postiza en el caso que nos ocupa.

—Señor Cooper, esto parece un poco fuera de lugar —dijo el juez.

—Su Señoría ha permitido a la acusación ir mucho más lejos en su intento de acabar con la credibilidad de mi cliente. Creo que la defensa tiene derecho a la misma libertad para intentar poner en duda la credibilidad de aquellos que sostienen que mi cliente es un mentiroso.

—Llevar dentadura postiza es una cuestión personal, ¿no le parece? —dijo el juez.

—¿Y acusar a mi cliente de seducción no lo es?

El juez sonrió.

—Protesta denegada. Creo que la acusación ha abierto la puerta para tales preguntas.

Verily se volvió hacia Vilate.

—¿Lleva usted dentadura postiza, señorita Franker?

—¡No!

—Está usted bajo juramento —dijo Verily—. Por ejemplo, ¿dejó usted caer la dentadura superior ante Alvin al decir que era un joven hermoso?

—¿Cómo puedo dejar caer una dentadura que no llevo? —dijo ella.

—Ya que es su testimonio, señorita Franker, ¿estaría dispuesta a comparecer ante este tribunal sin esos cuatro amuletos que lleva, y sin el chal con los hechizos cosidos?

—No tengo que estar aquí sentada y...

Alvin se inclinó hacia delante y tiró de la toga de Verily. El abogado quiso ignorarlo, porque sabía que Alvin iba a prohibirle que continuara en esa tónica. Pero no había manera de fingir que no notaba un gesto tan amplio que el tribunal entero lo vio. Se volvió hacia Alvin, ignorando las protestas de Vilate, y dejó que Alvin le susurrara al oído.

—Verily, sabes que no quería...

—Mi deber es defenderte en lo posible y...

—Verily, pregúntale por la salamandra que lleva en el bolso. Haz que la saque, si puedes.

Verily se sorprendió.

—¿Una salamandra? ¿Pero de qué servirá eso?

—Haz que la saque. Que la ponga sobre una mesa al descubierto. No se escapará. Aunque el Deshacedor la posea, las salamandras siguen siendo estúpidas. Ya verás.

Verily se volvió hacia la testigo.

—Señorita Franker, ¿sería tan amable de mostrarnos el lagarto que lleva en el bolso?

Alvin volvió a tirarle de la toga. Le susurró al oído:

—Las salamandras no son lagartos. Son anfibios, no reptiles.

—Usted perdone, señorita Franker. Un lagarto no. Un anfibio. Una salamandra.

—No tengo ninguna...

—Señoría, por favor advierta a la testigo de las consecuencias de mentir estando bajo...

—Si hay una criatura así en mi bolso, no tengo ni idea de quién la ha puesto ahí o de cómo ha llegado —dijo Vilate.

—¿Entonces no pondrá pegas si el alguacil busca en su bolso y saca toda criatura anfibia que pueda encontrar?

Superando su incertidumbre, Vilate respondió:

—No, en absoluto.

—Señoría, ¿a quién se está juzgando aquí? —preguntó Marty Laws.

—Creo que nos estamos ocupando de la sinceridad —respondió el juez—, y encuentro fascinante este ejercicio. Hemos visto cómo nos presentaba usted escándalos. Ahora me interesa ver un anfibio.

El alguacil rebuscó en el bolso, luego dejó escapar un grito y saltó hacia atrás.

—¡Discúlpeme, Señoría, me está corriendo por la manga! —dijo, tratando de mantener la compostura mientras se rebullía y daba vueltas.

Con gesto teatral, Verily barrió los papeles de la mesa de la defensa y plantó ésta en medio de la sala.

—Cuando coja al animalito —le dijo—, colóquelo aquí, por favor.

Alvin se arrellanó en la silla, las piernas extendidas, los tobillos cruzados, con el aspecto de un político que acaba de ganar unas elecciones. Bajo su silla, el arado esperaba dentro del saco.

La única persona en toda la sala que no prestaba ninguna atención a la salamandra era Vilate. Simplemente permaneció sentada, como en trance; pero no, no era así. No, permanecía sentada como si estuviera en una reunión en la que se hubiera dicho algo poco delicado, y fingiera ignorarlo.

Verily no tenía ni idea de lo que saldría de aquel asunto con la salamandra, pero ya que Alvin no le dejaba seguir otra línea de actuación para desacreditar a Vilate o Amy, tendría que apañárselas.

Alvin había observado a Vilate durante su declaración. La había observado atentamente, no sólo con los ojos, sino con su visión interna, estudiando el funcionamiento del mundo material. Una de las primeras cosas que notó fue que Vilate ladeaba la cabeza un poquito antes de responder, como si estuviera escuchando algo. Así que envió su poder y lo dejó descansar en el aire, buscando cualquier vibración sonora. Desde luego, había algunas, pero de una clase que Alvin nunca había visto. Normalmente, el sonido se extendía a partir de su fuente como las ondas que una piedra produce en un charco, en todas las direcciones, rebotando y reverberando, pero también desvaneciéndose y haciéndose débil con la distancia. Este sonido, sin embargo, estaba canalizado. ¿Cómo se producía?

Durante un rato estuvo a punto de concentrarse demasiado en aquella cuestión concreta y olvidarse de que lo estaban juzgando y de que aquella mujer era el testigo más peligroso contra él pero posiblemente también el más débil. Por fortuna, se dio cuenta de lo que estaba pasando con mucha rapidez. El sonido procedía de dos fuentes, muy juntas, que se movían en paralelo. Cuando las ondas de sonido se entrecruzaban, interferían, convirtiendo el sonido en una simple turbulencia. Si Alvin escuchaba con atención, podía oír el leve siseo de aquel ruido caótico. Pero en una dirección, las ondas sonoras eran perfectamente paralelas, y no sólo no se interferían, sino que potenciaban el sonido. El resultado era que, para alguien sentado

exactamente en la posición de Vilate, incluso el más leve susurro podía ser audible; pero el resto de los presentes en la sala no oían ningún sonido.

Alvin encontró esto curioso. No sabía que el Deshacedor usara el sonido para hablar con sus sicarios. Había supuesto que, de algún modo, hablaba directamente a sus mentes. En cambio, el Deshacedor usaba dos fuentes de sonido, muy juntas, para hablar. Luego Alvin no pudo menos que sonreír. El viejo dicho era verdad: «El mentiroso habla con ambos lados de la boca».

Al mirar con su poder dentro del bolso de Vilate, Alvin en seguida encontró la fuente del sonido. La salamandra estaba encaramada en lo alto de sus pertenencias, y el sonido procedía de su boca... aunque las salamandras no tenían ningún órgano capaz de reproducir la voz humana. Si al menos pudiera oír lo que decía...

Bueno, si no estaba confundido, eso podía arreglarse. Pero primero necesitaba que la salamandra quedara al descubierto, donde toda la sala pudiera ver de dónde venía su discurso. Fue entonces cuando volvió a prestar atención a los procedimientos... sólo para descubrir, con gran alarma, que Verily estaba a punto de desafiarle y de revelar el hermoso disfraz de Vilate. Extendió la mano, tiró de la toga de Verily, y le susurró una orden tan suavemente como pudo. Fue entonces cuando le dijo que sacara a la salamandra del bolso.

Ahora, con la salamandra aterrada, atrapada en la manga oscura del alguacil, Alvin tardó unos instantes en introducir su poder dentro de la criatura y empezar a calmarla, a refrenar los latidos del corazón, a hablarle de paz. Naturalmente, no notó ninguna resistencia por parte del Deshacedor. Eso no le sorprendió. El Deshacedor era siempre expulsado por su capacidad de Hacer. Pero podía sentirlo, acechando, temblando al fondo, en los rincones de la sala, esperando volver a la salamandra para hablar de nuevo con Vilate.

Era un buen signo que el Deshacedor necesitara la ayuda de una criatura para hablarle a Vilate. Eso sugería que ella no estaba completamente consumida por el ansia de poder o de Deshacer, y que el Deshacedor no podía hablarle directamente.

En realidad Alvin no sabía mucho sobre el Deshacedor, pero con años para especular y razonar al respecto, había llegado a unas cuantas conclusiones. Ya no consideraba al Deshacedor una persona, aunque, a veces, mentalmente todavía lo llamaba «él». Alvin siempre lo había visto como una vibración del aire, como algo que se retiraba hacia su visión periférica; ahora creía que ésa era la verdadera naturaleza del Deshacedor. Mientras una persona estuviera Haciendo, mantenía al Deshacedor a raya; y, de hecho, la mayoría de la gente no era particularmente atractiva para él. Sólo le atraían los más poderosos Hacedores... y los más orgullosos destructores (o los más destructivamente orgullosos; Alvin no estaba seguro de que hubiera alguna diferencia). Se sentía atraído por Alvin en el esfuerzo de deshacerlo a él y a todas sus obras. Se sentía también atraído hacia otros, como Philadelphia Thrower y, al parecer, Vilate Franker, porque proporcionaban las manos, los labios, los ojos que permitirían al Deshacedor hacer su trabajo.

Lo que Alvin suponía, pero sólo suponía, era que la gente a la que el Deshacedor se aparecía más claramente tenía una especie de poder sobre él. Que el Deshacedor, tras haber sido atraído, no podía librarse sin más de ellos, sino que representaba el papel que su aliado humano le había asignado. El reverendo Thrower necesitaba la visita de un ángel iracundo... y en eso se convirtió el Deshacedor para él. Vilate necesitaba algo más. Pero el Deshacedor no podía obtenerlo de ella. No podía captar que corría el peligro de ser descubierto a menos que Vilate notara también ese peligro. Y como Vilate ni siquiera sabía que hablaba con una salamandra (algo que Alvin sabía por el informe de Arturo Estuardo), había bastantes posibilidades de que el Deshacedor pudiera ser revelado a toda la sala, siempre que Alvin tuviera cuidado y cogiera a Vilate por sorpresa.

Así que esperó a que el alguacil se sacara por fin a la salamandra ya tranquilizada (bueno, algo más tranquila al menos) del cuello de la camisa, donde se había escondido, y la colocara con cuidado sobre la mesa.

Gradualmente, Alvin retiró su poder de la criatura, para que el Deshacedor pudiera volver a poseerla. ¿Vendría? ¿Le hablaría de nuevo a Vilate, como esperaba?

Lo hizo. Lo haría.

La columna de sonido volvió a brotar.

Todo el mundo vio que la boca de la salamandra se abría y se cerraba, pero por supuesto no oyeron nada y lo achacaron a los movimientos aleatorios del animal.

—¿Ve usted a la salamandra? —le preguntó Verily.

Vilate parecía aturdida.

—No comprendo la pregunta.

—En esa mesa, delante de usted. ¿Ve la salamandra?

Vilate sonrió débilmente.

—Creo, sinceramente, que está usted intentando jugar conmigo, señor Cooper.

Un susurro se alzó en la sala.

—Lo que intento hacer —dijo Verily—, es determinar lo digna de confianza que es usted como observadora.

Daniel Webster intervino.

—Señoría, ¿cómo sabemos que no se trata de un truco de la defensa? Ya sabemos que el acusado tiene poderes notables.

—Tenga paciencia, señor Webster —dijo el juez—. Ya habrá tiempo suficiente para rebatirlo en su turno de preguntas.

Mientras tanto, Alvin había estado jugando con la doble columna de sonido que procedía de la salamandra y se dirigía hacia Vilate. Trató de encontrar algún medio de doblarla, pero por supuesto no pudo, ya que el sonido tenía que viajar en línea recta... o al menos doblarlo estaba más allá del poder y los conocimientos de Alvin.

No obstante, pudo emplazar una contraturbulencia justo en la fuente de una de las dos columnas de sonido y dejar que la otra fuera perfectamente audible, ya que no había ninguna interferencia de la columna que Alvin había bloqueado. El sonido

seguiría siendo débil; Alvin no sabía si la gente lo podría oír con la suficiente fuerza para entenderlo. Sólo había una forma de averiguarlo.

Además, quizás esto fuera la cosa nueva que tenía que Hacer para pasar el lugar oscuro de su fuego interno en el que Peggy no podía ver.

Bloqueó una de las columnas de sonido.

—Señorita Franker —estaba diciendo Verily—, ya que en la sala todo el mundo menos usted es capaz de ver esta salamandra...

De repente, se oyó una voz procedente de una fuente inesperada, aparentemente en mitad de una frase. Verily guardó silencio y escuchó.

Era una voz de mujer, alegre y animosa.

—Tú quédate sentadita, Vilate; este bufón inglés es pan comido para ti. No tienes que decirle nada a menos que quieras. Ese Alvin Smith tuvo su oportunidad de ser tu amigo y te rechazó, así que ahora le demostrarás un par de cosas sobre las mujeres despechadas. No tenía ni idea de tu astucia, de tu inteligencia.

—¿Quién es? —preguntó el juez.

Vilate le miró, un tanto sorprendida.

—¿Me lo pregunta a mí?

—¡Sí! —repuso el juez.

—No lo comprendo. ¿Quién es qué?

La voz de la mujer dijo:

—Algo va mal, pero sigue tranquila, no admitas nada. Échale la culpa a Alvin, sea lo que fuere.

Vilate inspiró profundamente.

—¿Está haciendo Alvin algún tipo de hechizo que afecta a todo el mundo menos a mí? —preguntó.

—Alguien acaba de decir: «Échale la culpa a Alvin, sea lo que fuere.» —respondió bruscamente el juez—. ¿Quién ha dicho eso?

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! —exclamó la voz de mujer, que obviamente procedía de la boca de la salamandra—. ¡Ah! ¿Cómo puede oírme? ¡Sólo hablo contigo! ¡Soy tu mejor amiga, Vilate; tuya, de nadie más! ¡Están tratando de engañarte! ¡No admitas nada!

—Yo... no sé a qué se refiere —dijo Vilate—. No sé qué está escuchando.

—La mujer que acaba de decirle que no admita nada —dijo Verily—. ¿Quién es? ¿Quién es esa mujer que dice que es su mejor amiga y de nadie más?

—¿Mi mejor amiga? —preguntó Vilate. De pronto todo su rostro se convirtió en una máscara de terror... menos su boca, que seguía sonriente. El sudor le bañaba la frente.

Impulsivamente, Verily se acercó a ella y agarró su chal.

—Por favor, señorita Franker, parece usted acalorada. Deje que le sostenga el

chal.

Vilate estaba tan confundida que no se dio cuenta de lo que le estaba haciendo. En el momento en que el chal se separó de sus hombros, la sonrisa de su boca desapareció. De hecho, la cara que todo el mundo conocía tan bien desapareció, sustituida por el rostro de una mujer de mediana edad, algo arrugado y quemado por el sol; y, lo más asombroso: en la boca, completamente abierta, la dentadura superior chasqueaba, subiendo y bajando, como si la estuviera moviendo con la lengua.

El murmullo en la sala se convirtió en un rugido.

—Verily, maldita sea —dijo Alvin—. Te había dicho que no...

—Lo siento —contestó Verily—. Veo que necesita el chal, señorita Franker.

Rápidamente, se lo devolvió.

Consciente ahora de lo que le había hecho, ella se arrebujo en el chal. La chasqueante dentadura postiza fue inmediatamente sustituida por la misma sonrisa encantadora de antes, y su rostro fue de nuevo delgado y joven.

—Creo que nos hacemos una idea de la credibilidad de esta testigo —dijo Verily.

—¡Están ganando, cretina estúpida! —gritó la salamandra—. ¡Te han atrapado! ¡Te han engañado, cabeza de chorlito!

Vilate perdió la compostura. Parecía asustada.

—¿Cómo puedes hablarme así? —susurró.

Vilate no era la única asustada. El mismo juez estaba encogido en el rincón de su espacio tras el estrado. Marty Laws estaba sentado en el respaldo de la silla, con los pies sobre el asiento.

—¿A quién le está hablando? —preguntó el juez.

Vilate apartó la cara tanto del juez como de la salamandra.

—Mi amiga —dijo—. Mi mejor amiga, creía —luego se volvió hacia el juez—. Todos estos años, nadie más oía su voz. Pero ahora usted la oye, ¿verdad?

—La oigo.

—¡Les estás diciendo demasiado! —chilló la salamandra. ¿Estaba cambiando su voz?

—¿Puede verla? —preguntó Vilate, la voz débil y temblorosa—. ¿Ve lo hermosa que es? Me enseñó a ser hermosa también.

—¡Cállate! —chilló la salamandra—. ¡No les digas nada, perra!

Sí, la voz era decididamente más grave, pastosa, rechinante.

—No puedo verla, no —dijo el juez.

—Pero no es mi amiga —dijo Vilate—. No de verdad.

—Te abriré la garganta, tú... —la salamandra dejó escapar una sarta de epítetos que los dejó a todos boquiabiertos.

Vilate señaló al animal.

—¡Ella me obligó a hacerlo! ¡Me dijo que contara todas esas mentiras sobre Alvin! ¡Pero ahora veo que es realmente odiosa! ¡No es hermosa en absoluto! No es hermosa, es fea como... ¡como una salamanquesa!

—Salamandra —la corrigió el juez.

—¡Te odio! —le gritó Vilate a la salamandra—. ¡Apártate de mí! ¡No quiero volver a verte!

La salamandra se dispuso a moverse... pero no para apartarse de ella. Más bien parecía que pretendía saltar de la mesa, recorrer la distancia que la separaba de Vilate, y atacarla como había amenazado con su insidiosa voz.

Alvin estaba explorando cuidadosamente el cuerpo de la salamandra, tratando de encontrar dónde y cómo la controlaba el Deshacedor.

Pero la forma en que lo hacía, fuera cual fuese, no dejaba ninguna evidencia física que Alvin pudiera ver.

Advirtió, sin embargo, que eso no importaba. Había formas de liberar a una persona del control de otra... un hechizo zafador. ¿No funcionaría con la salamandra, si se hacía correctamente? Alvin señaló mentalmente los puntos exactos de la mesa donde el hechizo tendría que ser marcado, el orden de las marcas, el número de lazos que tendrían que unir un punto con otro.

A continuación envió su poder a esa parte del cerebro de la salamandra donde residía su sentido de la libertad. Libertad, susurró, como hacía para que los animales le entendieran, no con palabras, sino con sensaciones, con imágenes. La salamandra buscando comida, pareja, chapoteando en el lodo, entre las hojas y la hierba, por frías grietas cubiertas de verdín. Libre para hacer lo que quisiera en vez de vivir en un bolso seco. La salamandra ansió todo aquello.

Hazlo, simplemente, dijo Alvin en silencio a la mente de la salamandra. Y le mostró los lazos que tenía que dibujar para la primera marca.

La salamandra estaba preparada para saltar de la mesa, pero sin embargo ejecutó la pauta entrelazada. Tocó con una pata el punto exacto; Alvin se encargó de que la pata penetrara en la madera lo suficiente para dejar una marca, aunque ningún ojo humano podría haberla visto, tan sutil era. Vuelta, lazo, marca, y marca otra vez. Seis diminutos arañazos en la superficie de la mesa, y luego un lazo en el centro del hechizo.

Y el Deshacedor desapareció.

La salamandra corrió a lo loco, demasiado rápida para seguirla con claridad; corrió, luego se detuvo en el centro de la mesa.

Y luego, de repente, la inteligencia pareció desaparecer de sus movimientos. Ya no miraba a Vilate. Ya no miraba a nadie en particular. Olisqueó la mesa. Sin saber todavía si el hechizo que dominaba a la criatura había desaparecido o no, nadie se le acercó. Corrió por la pata de la mesa, y luego hacia Alvin. Bajo la silla, olfateó el saco que contenía el arado. Se escabulló dentro.

La consternación se adueñó de la sala.

—¿Qué está pasando? —exclamó Marty Laws—. ¿Por qué se ha metido en ese saco?

—¡Porque fue engendrada en ese saco! —chilló Webster—. ¡Ahora pueden ver que Alvin Smith ha sido la fuente de todo este engaño! ¡He visto la cara del diablo y está sentado tan tranquilo en esa silla!

El juez dio un golpe de maza.

—No es el diablo —dijo Vilate—. El diablo tiene una cara mucho más hermosa que ésa —entonces se echó a llorar.

—Señoría —dijo Webster—, ¡el acusado y su abogado han convertido este tribunal en un circo!

—¡Sólo después de que usted lo convirtiera en un cenagal de mentiras escandalosas y sucias insinuaciones! —rugió Verily.

Y mientras rugía, el público estalló en aplausos.

El juez volvió a descargar la maza.

—¡Silencio! ¡Orden, o haré desalojar la sala! ¿Me oyen?

Y, poco después, reinó el silencio.

Alvin se inclinó y rebuscó dentro del saco. Sacó el cuerpo flácido de la salamandra.

—¿Está muerta? —preguntó el juez.

—No, señor. Sólo está dormida. Está muy, muy cansada. La han hecho trabajar mucho, como si dijéramos. La han hecho trabajar mucho y no le han dado nada de comer. Ahora no es ninguna prueba de nada, Señoría. ¿Puedo dársela a mi amigo Arturo Estuardo para que cuide de ella hasta que recupere las fuerzas?

—¿Tiene el fiscal alguna objeción?

—No, Señoría —dijo Marty Laws.

Por su parte, Daniel Webster se puso en pie.

—Esta salamandra nunca ha sido prueba de nada. Es obvio que fue introducida por el acusado y su abogado y que ha estado siempre bajo su control. ¡Ahora han tomado posesión de una mujer sincera y la han destrozado! ¡Mírenla!

Y allí estaba sentada la hermosa Vilate Franker, con las lágrimas corriendo por sus lisas y hermosas mejillas.

—¿Una mujer sincera? —dijo ella en voz baja—. Sabe usted tan bien como yo que me dio a entender que necesitaba corroborar la historia de esa Amy Sump, que de tener alguna forma de demostrar que Alvin salió de la cárcel, entonces la creerían a ella y no a Alvin. Oh, suspiró y fingió que no me estaba sugiriendo nada, pero yo lo sabía y usted lo sabía, y por eso aprendí los hechizos de mi amiga y lo hicimos, y ahora está usted ahí sentado, mintiendo otra vez.

—Señoría —dijo Webster—, esta testigo está claramente trastornada. Puedo asegurarle que ha malinterpretado la pequeña conversación que tuvimos mientras cenábamos en la posada.

—Seguro que sí, señor Webster —dijo el juez.

—No la he malinterpretado —dijo Vilate, furiosa, volviéndose hacia el juez.

—Estoy seguro de que no lo ha hecho —dijo el juez—. Estoy seguro de que los dos son completamente sinceros.

—Señoría, con el debido respeto, no veo...

—¡No, no ve! —gritó Vilate, de pie en el estrado—. ¿Cree ver a una mujer sincera? ¡Yo le mostraré a una mujer sincera!

Se quitó el chal de los hombros. De inmediato la ilusión de belleza desapareció de su rostro. Luego se quitó los amuletos y las cadenas que le rodeaban el cuello. Su cuerpo cambió ante los ojos de todos. Ya no era alta y esbelta, sino de mediana edad y con un cuerpo algo grueso y maduro. Tenía los hombros encorvados y el pelo más blanco que dorado.

—Esto es una mujer sincera —dijo. Luego se hundió en su asiento y se echó a llorar.

—Señoría —dijo Verily—, creo que no tengo más preguntas para esta testigo.

—Ni la acusación tampoco —aseguró Marty Laws.

—¡En modo alguno! —gritó Webster.

—Señor Webster —dijo Marty Laws tranquilamente—, queda usted despedido de su puesto como co-consejero. El testimonio de la testigo que me ha traído resulta inadecuado para ser utilizado ante el tribunal, y creo que sería prudente que se retirara usted de esta sala sin tardanza.

Unas cuantas personas aplaudieron, pero el juez las hizo callar con una mirada fulminante.

Webster empezó a guardar sus papeles en el maletín.

—Si está insinuando que no me he comportado éticamente de alguna manera...

—Nadie está insinuando nada, señor Webster —dijo el juez—, sino diciendo que ya no tiene usted relación alguna con el fiscal del condado de Hatrack y que, por tanto, lo apropiado es que pase al otro lado de la sala y, en mi humilde opinión, al otro lado de la puerta.

Webster terminó de incorporarse, se metió la maleta bajo el brazo, y sin decir palabra recorrió el pasillo y salió de la sala.

En el camino se cruzó con una mujer de mediana edad que se dirigía hacia el estrado del juez. No, hacia el estrado de los testigos. Subió a él, pasó el brazo por encima de los hombros de Vilate Franker, y ayudó a la mujer a levantarse.

—Vamos, Vilate, has sido muy valiente, lo has hecho muy bien, estamos muy orgullosos de ti.

—Goody Trader —murmuró Vilate—. ¡Estoy tan avergonzada!

—Tonterías. Todos queremos ser hermosos, y en honor a la verdad, creo que lo sigues siendo. Sólo eres... madura, eso es todo.

Los espectadores contemplaron en silencio cómo Goody Trader acompañaba a su rival de siempre a la salida.

—Señoría —dijo Verily Cooper—, creo que debería quedar claro para todo el mundo que es hora de volver al verdadero tema de este juicio. Hemos sido distraídos por testigos ajenos al caso, pero el hecho en cuestión se reduce a Pacífico Smith y Hank Dowser por un lado, y a Alvin Smith por el otro. Su palabra contra la de ellos. A menos que la acusación tenga que llamar a más testigos, me gustaría comenzar mi defensa dejando hablar a Alvin, para que el jurado pueda por fin deliberar.

—Bien dicho, señor Cooper —dijo Marty Laws—. Ése es el verdadero tema, y lamento haberme apartado de él. La acusación da por finalizada su argumentación, y creo que todos deberíamos escuchar al acusado. Me alegra que vaya a hablar, aunque la constitución de Estados Unidos le permite negarse a declarar.

—Un buen sentimiento —dijo el juez—. Señor Smith, por favor levántese y preste juramento.

Alvin se agachó, recogió el saco con el arado dentro y se lo cargó al hombro tan fácilmente como si hubiera sido una barra de pan o una bolsa de plumas. Se acercó al alguacil, puso una mano sobre la Biblia y alzó la otra, con saco y todo.

—Juro solemnemente decir la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad, con la ayuda de Dios.

—Alvin —dijo Verily—, díganos cómo llegó a existir este arado.

Alvin asintió.

—Cogí el hierro que me dio mi maestro... eso es, Pacífico, que era mi maestro en aquella época, y lo fundí hasta la temperatura justa. Ya había hecho el molde para mi arado, así que vertí el hierro en él y dejé que se enfriara lo suficiente para sacarlo, y luego le di forma y a golpes de martillo eliminé todas sus imperfecciones hasta que tuvo la forma de arado más perfecta que pude conseguir.

—¿Usó algo de su don para Hacerlo?

—No, señor. Eso no sería justo. Quería ganarme el derecho a ser oficial herrero. Usé mi poder para inspeccionar el arado, pero sólo trabajé en él con mis herramientas y mis dos manos.

Muchos de los espectadores asintieron. Sabían algo de aquel asunto, o querían hacer algo con las manos sin usar los extraordinarios dones últimamente tan abundantes en el pueblo.

—¿Y cuando acabó, qué obtuvo?

—Un arado —dijo Alvin—. De hierro puro, bien formado y bien templado. Una buena pieza de oficial.

—¿De quién era ese arado? —preguntó Verily—. Se lo pregunto no como experto en la ley, sino más bien como el aprendiz que era en el momento en que lo terminó. ¿El arado era suyo?

—Era mío porque yo lo hice, y era suyo porque era su hierro. Es costumbre dejar que el oficial conserve su trabajo, pero yo sabía que Pacífico tenía derecho a quedárselo si quería.

—Y entonces al parecer decidió cambiar el arado.

Alvin asintió.

—¿Puede explicar a la corte su razonamiento?

—No sé si puede llamarse razonamiento. No fue racional, tal como lo habría definido la señorita Larner. Sólo sabía que lo quería, de verdad. No tenía nada que ver con pasar de aprendiz de herrero a oficial. Era más bien como pasar de aprendiz a oficial de Hacedor, y no tenía ningún maestro que juzgara mi trabajo, o si lo tengo, todavía no se me ha dado a conocer.

—Así que decidió convertir el arado en oro.

Alvin descartó la idea moviendo una mano.

—Oh, eso no habría sido difícil. Hace mucho tiempo que sé transformar un metal en otro... resulta más fácil con los metales por la forma en que las partes se alinean y eso. Es difícil cambiar el aire, pero es fácil cambiar un metal.

—¿Está diciendo que podría haber convertido el hierro en oro en cualquier momento? —preguntó Verily—. ¿Por qué no lo hizo?

—Considero que en el mundo hay la cantidad adecuada de oro, y la cantidad adecuada de hierro. Un hombre no necesita hacer martillos y sierras, hachas y arados de oro... necesita el hierro para eso. El oro es para cosas que necesitan un metal blando.

—Pero el oro le habría hecho rico.

Alvin sacudió la cabeza.

—El oro me habría hecho famoso. El oro me habría rodeado de ladrones. Y no me habría acercado ni un paso a aprender cómo ser un buen Hacedor.

—¿Espera que nos creamos que no siente ningún interés por el oro?

—No, señor. Necesito el dinero tanto como cualquier hijo de vecino. En esa época planeaba casarme, y no tenía ni un centavo mío, lo que no era un panorama muy halagüeño. Pero para la mayoría de la gente obtener oro representa un esfuerzo duro, y no veo por qué debería yo tener un oro que no procediera también de mi duro esfuerzo.

»No sería justo; y si una cosa es así de desequilibrada, entonces no está bien Hecha, no sé si me entiende.

—Y sin embargo transformó usted el arado en oro, ¿no?

—No fue más que un paso en el camino...

—¿En el camino hacia qué?

—Bueno, ya sabe. Hacia lo que los testigos dijeron que vieron. Este arado no es de oro corriente. Se mueve. Actúa. Está vivo.

—¿Y eso es lo que pretendía usted?

—El fuego de la vida. No sólo el fuego de la forja.

—¿Cómo lo hizo?

—Es difícil de explicar para aquellos que no tienen el poder de ver el interior de las cosas. No creé vida dentro de él... ya estaba ahí. Los pedacitos de oro querían mantener la forma que yo les había dado, esa forma de arado, así que lucharon contra

el fuego, pero no tenían fuerza. No conocían su propia fuerza. Y yo tampoco podía enseñársela. Y de repente se me ocurrió meter las manos en el fuego y mostrarle al oro cómo estar vivo, del modo en que yo estoy vivo.

—¿Meter las manos en el fuego? —preguntó Verily.

Alvin asintió.

—Me dolió bastante, se lo aseguro...

—Pero no tiene cicatrices.

—Estaba caliente, pero veré, era un fuego de Hacedor, y finalmente comprendí lo que debería de haber sabido desde el principio: que un Hacedor es parte de lo que Hace. Yo tenía que estar en el fuego junto al oro, para mostrarle cómo vivir, para ayudarlo a encontrar su propio fuego interno. Si supiera exactamente cómo funciona se lo enseñaría mejor a la gente. Dios sabe que lo he intentado, pero nadie lo ha aprendido bien todavía, aunque un par de ellos van avanzando, poco a poco. De todas formas, el arado cobró vida en el fuego.

—Así que el arado fue como lo hemos visto... o más bien como lo hemos oído describir aquí.

—Sí —dijo Alvin—. Oro viviente.

—Y en su opinión, ¿a quién pertenece ese oro?

Alvin miró a Pacífico, luego a Marty Laws, luego al juez.

—Se pertenece a sí mismo. No es esclavo de nadie.

Marty Laws se puso en pie.

—Supongo que el acusado no estará preconizando la igualdad de derechos para los arados de oro.

—No, señor —dijo Alvin—. Tiene su propio sentido de la existencia, pero no creo que ser miembro de un jurado o votar al presidente tenga nada que ver con ello.

—Pero está diciendo que no pertenece a Pacífico Smith y que tampoco le pertenece a usted —dijo Verily.

—A ninguno de nosotros.

—¿Entonces por qué es tan reacio a entregárselo a su antiguo maestro?

—Porque pretende fundirlo. Lo dijo a la mañana siguiente. Naturalmente, cuando le dije que no podía hacer eso, me llamó ladrón e insistió en que el arado le pertenecía. Dijo que la pieza de un oficial pertenece a su maestro hasta que éste se la da al oficial y, creo que dijo: «Y no pienso hacerlo». Luego me llamó ladrón.

—¿Y no tenía razón? ¿No era usted un ladrón?

—No, señor. Admito que el hierro que él me dio desapareció, y gustosamente le devolvería ese hierro, multiplicado por cinco o por diez, si eso me ordenara la ley. No es que se lo robara, se lo advierto, sino que ya no existía. En ese momento, desde luego, estaba enfadado con él porque estaba preparado para ser oficial hacía años y sin embargo me retuvo todos los años que el contrato estipulaba, fingiendo no saber que yo era ya el mejor herrero...

Pacífico se puso en pie de un salto entre los espectadores, y gritó:

—¡Un contrato es un contrato!

El juez descargó la maza.

—Yo también cumplí el contrato —dijo Alvin—. Trabajé todo el tiempo acordado, aunque fuera como criado, pues no había nada que pudiera enseñarme después del primer año más o menos. Así que en ese momento pensé que me había más que ganado el precio del hierro perdido. Ahora reconozco que era sólo un chico furioso el que hablaba. Comprendo que Pacífico estaba en su derecho, y con gusto le pagaré el hierro, o incluso le haré otro arado de hierro en lugar del que se perdió.

—Pero no le dará el arado que hizo.

—Si él me hubiera dado el oro para hacer un arado, le devolvería tanto oro como me dio. Pero me dio hierro. Y aunque tuviera derecho a esa cantidad de oro, no tiene derecho a este oro, porque si cayera en sus manos lo destruiría, y una cosa así no debería ser destruida, sobre todo no por aquellos que no tienen poder para volver a hacerla. Además, me acusó de ladrón sólo antes de ver moverse el arado.

—¿Lo vio moverse? —preguntó Verily.

—Sí, señor. Y entonces me dijo: «¡Sal de aquí! ¡Toma esa cosa y lárgate! ¡No quiero volver a ver tu cara por aquí!». Por lo que puedo recordar, ésas fueron sus palabras, y si dice lo contrario entonces Dios testificará contra él en el día del Juicio Final y lo sabe.

Verily asintió.

—Ya conocemos su punto de vista —dijo—. Ahora, respecto a Hank Dowser, ¿qué hay del asunto de cavar en otro lugar distinto al que le indicó?

—Sabía que no era un buen sitio. Pero cavé donde dijo, hasta que encontré roca sólida.

—¿Sin hallar agua? —preguntó Verily.

—Eso es. Así que cavé otro pozo allí donde sabía que tendría que haber cavado en primer lugar; tiene agua pura incluso hoy, según he oído.

—Así que el señor Dowser estaba simplemente equivocado.

—No se equivocaba en el hecho de que hubiera agua allí. Lo que no sabía era que había un obstáculo de roca y que el agua pasaba por debajo. La superficie está seca como un hueso. Por eso es un prado natural... allí no crecen árboles, ni entonces ni ahora, a excepción de algún matorral de raíces cortas.

—Muchas gracias —dijo Verily. Se volvió hacia Marty Laws—. Su testigo.

Marty Laws se inclinó hacia delante con los codos sobre la mesa y apoyó la barbilla.

—Bueno, no es que tenga mucho que preguntar. Tenemos la versión de Pacífico, y tenemos la suya. Podría preguntarle si hay alguna posibilidad de que no convirtiera el hierro en oro, alguna posibilidad de que encontrara el oro en el primer agujero que cavó y le diera forma de arado.

—Ninguna, señor.

—¿Así que no ocultó ese viejo arado de hierro para poder aumentar su reputación

como Hacedor?

—Nunca he buscado ninguna reputación como Hacedor, señor. Y en cuanto al hierro, ya no es hierro.

Marty Laws asintió.

—No tengo más preguntas.

El juez miró a Verily.

—¿Alguna pregunta más por su parte?

—Sólo una. Alvin, ya ha oído las cosas que dijo Amy Sump acerca de ella y usted y el bebé que espera. ¿Hay algo de verdad en eso?

Alvin sacudió la cabeza.

—Nunca he salido de la celda. Es cierto que me marché de Iglesia de Vigor en parte por las historias que estaba inventando sobre mí. Eran historias falsas, pero tenía que marcharme de todas formas, y esperaba que sin mí, se olvidara de sus sueños y se enamorara de alguien de su edad. Nunca le puse una mano encima. Estoy bajo juramento y lo juro ante Dios. Lamento que tenga problemas, y espero que el bebé nazca bien y fuerte y que sea un buen hijo para ella.

—¿Es un niño? —preguntó Verily.

—Oh, sí. Un niño. Pero no es hijo mío.

—Ahora hemos terminado —dijo Verily.

Era el momento de presentar las conclusiones finales, pero el juez no dio orden de empezar. Se arrellanó en la silla y cerró los ojos un buen rato.

—Amigos, ha sido un juicio extraño, y ha seguido derroteros desafortunados. Pero ahora mismo sólo hay unos cuantos asuntos pendientes. Si Pacífico Smith y Hank Dowser tienen razón, y el oro fue encontrado y no creado, entonces me parece justo decir que el arado es propiedad de Pacífico.

—¡Eso es! —gritó Pacífico.

—Alguacil, llévese por favor a Pacífico Smith bajo custodia —dijo el juez—. Va a pasar la noche en la cárcel por desacato al tribunal, y antes de que añada otra palabra le advierto que su sentencia aumentará otra noche con cada palabra que diga.

Pacífico estuvo a punto de estallar, pero no dijo ni una palabra más mientras el alguacil lo sacaba de la sala.

—La otra posibilidad es que Alvin hiciera el oro a partir de hierro, como dice, y que el oro sea algo llamado «oro viviente», y que por tanto el arado se pertenezca a sí mismo. Bueno, no creo que la ley permita que los aperos de labranza sean considerados entidades conscientes de sí mismas, pero diré que, ya que Pacífico le dio a Alvin cierta cantidad de hierro y que Alvin hizo desaparecer ese hierro, le debe a Pacífico el mismo peso en hierro o su equivalente en moneda de curso legal. Es lo que me parece en este momento, aunque sé que el jurado quizá vea otras posibilidades que se me escapan. El problema es que ahora mismo no sé cómo puede tomar el jurado una decisión justa. ¿Cómo pueden olvidar toda la historia de que Alvin mantenga o no relaciones ilícitas? En parte creo que debería declarar el juicio

nulo, pero en parte me parece que no sería justo que este pueblo tuviera que pasar por otro juicio por lo mismo. Así que esto es lo que propongo hacer. Hay un hecho que sí podemos probar. Podemos ir a la forja y hacer que Hank Dowser nos muestre el lugar donde dijo que se cavara el pozo. Luego podemos cavar allí y ver si hay restos de algún cofre del tesoro, y agua, o una capa de roca, como dijo Alvin, y ni gota de agua. Me parece que al menos así sabremos algo, mientras que en este momento no sabemos gran cosa, excepto que Vilate Franker, Dios la bendiga, lleva dentadura postiza.

Ni la defensa ni la acusación pusieron ninguna objeción.

—Entonces convoco a este tribunal en la herrería de Pacífico para mañana a las diez de la mañana. No, mañana no... es viernes, día de elecciones. No veo otra solución: tendrá que ser el lunes por la mañana. Me temo que pasará otro fin de semana en la cárcel, Alvin.

—Señoría —dijo Verily Cooper—. Sólo hay una cárcel en el pueblo, y con Pacífico Smith obligado a compartir una celda con mi cliente...

—Muy bien —dijo el juez—. *Sheriff*, puede usted liberar a Pacífico cuando encierre a Alvin.

—Gracias, Señoría —dijo Verily.

—Se levanta la sesión hasta el lunes a las diez.

La maza golpeó y el espectáculo terminó por ese día.

Capítulo 17.

DECISIONES

Calvin solía ser muy reservado en Iglesia de Vigor, así que se consideraba un solitario. Todo el mundo en Vigor que no estuviera en contra de Alvin resultaba un idiota cuando se le conocía. ¿Qué obtenía Calvin con bromas como meter mofetas bajo los porches o derribar los excusados? Alvin le había apartado de todo lo que importaba, y cualquier otro amigo que pudiera tener no contaba mucho.

En Nueva Amsterdam y Londres Calvin se encontró aún más solo, concentrado como estaba en su objetivo de conocer a Napoleón. Y lo mismo en las calles de París, cuando deambulaba intentando ganarse una reputación de curandero. Y cuando consiguió atraer la atención del Emperador, todo fue estudio y trabajo.

Durante un tiempo. Porque después de unas cuantas semanas quedó bien claro que Napoleón iba a darle largas todo lo posible. ¿Por qué iba a hacer lo contrario? En cuanto Calvin considerara que había aprendido suficiente se marcharía, y entonces Napoleón sería nuevamente víctima de la gota. Calvin jugueteó con la idea de presionar a Napoleón aumentando su dolor, y con esa idea en mente localizó el punto del cerebro del Emperador donde se registraba el dolor. Tenía la idea de utilizar su poder para hurgar directamente en ese lugar de pura agonía, y luego veríamos si Napoleón no se acordaría de enseñarle unas cuantas cosas que hasta ahora había pasado por alto.

Eso estaba bien como fantasía, pero Calvin no era ningún bobo. Podría usar aquel truco una vez, y conseguir un día de enseñanza, pero luego, cuando se quedara dormido, sería mejor que estuviera bien lejos de París, de Francia, y de cualquier lugar en la verde tierra de Dios donde los agentes de Napoleón pudieran encontrarlo. No, no podía forzar a Napoleón. Tenía que quedarse y soportar el ritmo terriblemente lento de las lecciones. Mientras tanto, observaba con atención, tratando de ver qué era lo que Napoleón hacía y él no comprendía. Nunca vio nada que tuviera sentido.

¿Qué le quedaba, pues, sino intentar las cosas que Napoleón sí le había enseñado para manipular a otras personas, y ver si podía averiguar más por pura experimentación? Eso fue lo que finalmente le puso en contacto con otras personas: el deseo de aprender a controlarlas.

El problema era que no tenía cerca más que a los miembros del personal, y todos estaban ocupados. Aún peor, estaban también bajo el control directo de Napoleón, y de nada le había servido que el Emperador notara que alguien más intentaba controlar a sus servidores. Podía sacar una conclusión equivocada. Podría pensar que Calvin trataba de socavar su poder, cosa que no era cierta. A Calvin no le interesaba ocupar el puesto de Napoleón. ¿Qué era un simple Emperador cuando había un Hacedor en el mundo?

Dos Hacedores, por cierto. Dos.

¿Con quién podría Calvin probar sus poderes recién aprendidos? Después de deambular un poco por el palacio y los edificios gubernamentales reparó en la existencia de otra clase de individuos. Ociosos y frustrados, eran los sujetos apropiados para Calvin: los hijos de los empleados y cortesanos de Napoleón.

Todos tenían más o menos la misma biografía. Mientras sus padres ascendían a puestos de influencia les enviaban a internados cada vez mejores; salían a los dieciséis o diecisiete años con educación, ambición, y ningún prestigio social, lo que significaba que la mayoría de las puertas les estaban cerradas. No les quedaba otro remedio que seguir los pasos de sus padres y depender completamente del Emperador. Para algunos de ellos, esto no suponía ningún problema; Calvin dejó tranquilas a aquellas almas trabajadoras y contentas.

Los que encontraba interesantes eran los frustrados estudiantes de leyes, los poetas y dramaturgos faltos de talento, los seductores chismosos que buscaban mujeres lo bastante ricas para ser deseables y lo bastante estúpidas para dejarse engañar por sus pretensiones. El francés de Calvin era mejor cuanto más conversaba con ellos; mientras seguía las lecciones de Napoleón y aprendía a averiguar qué impulsos movían a esos jóvenes para poder halagarlos y explotarlos y controlarlos, también descubrió el placer de su compañía. Incluso los más tontos eran entretenidos, con su lasitud y su cinismo, y de vez en cuando encontraba algunos compañeros verdaderamente listos y fascinantes.

Ésos eran los más difíciles de controlar, y Calvin se dijo que era el desafío más que el placer de su compañía lo que le hacía volver con ellos una y otra vez. Con uno más que con nadie: Honoré, un hombre delgado y pequeño con la dentadura prematuramente estropeada, un año mayor que el hermano de Calvin, Alvin. Honoré carecía de modales. Calvin descubrió pronto que no era porque no supiera comportarse, sino más bien porque deseaba molestar a la gente, mostrar su desprecio por sus maneras rancias; y sobre todo porque deseaba llamar su atención y, siendo levemente repulsivo todo el tiempo, conseguía el efecto deseado. Podía empezar con su desprecio o su repulsa, pero quince minutos después siempre los hacía reír con su ingenio, asentían a sus reflexiones con los ojos brillantes, deslumbrados por su conversación.

Calvin incluso llegó a pensar que Honoré tenía en parte el mismo don con el que había nacido Napoleón, y que estudiándolo podría aprender unos cuantos de los secretos que el Emperador seguía guardando.

Al principio Honoré ignoró a Calvin, no por nada en particular sino por lo mismo que ignoraba a todo el mundo que no tuviera nada que ofrecerle. Luego debió de oír que Calvin veía al Emperador todos los días, que de hecho el Emperador lo utilizaba como curandero personal. De inmediato Calvin se volvió aceptable, tanto que Honoré empezó a invitarlo a sus correrías nocturnas.

—Estoy estudiando París —dijo Honoré—. No, deja que me corrija... Estoy estudiando a la humanidad, y en París hay una muestra bastante amplia de la especie

para mantenerme ocupado durante muchos años. Estudio a toda la gente que se desvía de la norma, pues sus mismas anomalías me enseñan cosas sobre la naturaleza humana. Si las acciones de un hombre me sorprenden es porque he aprendido, a lo largo de los años, a esperar que los hombres se comporten de un modo diferente. Así que aprendo no sólo la rareza de uno, sino también la normalidad de muchos.

—¿Y cómo soy yo de raro? —preguntó Calvin.

—Eres extraño porque escuchas mis ideas en vez de mi ingenio. Eres un estudiante ansioso de genio, y casi sospecho que también tú puedes tener un poco.

—¿Genio? —preguntó Calvin.

—El espíritu extraordinario que hace grandes a los grandes hombres. Es la piedad lo que convierte a los hombres en santos o ángeles, ¿pero qué hay de los hombres que son indiferentes a la piedad pero inteligentes o sabios o perceptivos? ¿En qué se convierten? En genios. ¡Los santos patronos de la mente, del ojo, del ojo de la mente! Que los santos se queden con las oraciones de aquellos que necesitan milagros —ladeó la cabeza y miró a Calvin—. Eres demasiado alto para ser honrado. Los hombres altos siempre dicen mentiras, ya que suponen que los hombres bajos como yo nunca verán con suficiente claridad para contradecirlos.

—No puedo evitar ser alto.

—Qué mentira —dijo Honoré—. Querías ser alto cuando eras joven, igual que yo quería estar más cerca de la tierra y ver los detalles que se escapan a los hombres altos. Aunque espero ser gordo algún día, ya que la gordura significaría que tengo más que suficiente para comer, y eso, mi querido yanqui, sería un cambio delicioso. Es una idea extendida que los genios son unos incomprendidos y que nunca se hacen famosos ni ganan dinero con su brillantez. Creo que es una completa estupidez. Un verdadero genio no sólo será más listo que todos los demás, sino que será tan listo que sabrá cómo atraer a las masas sin comprometer su brillantez. Por tanto, escribo novelas.

Calvin casi se echó a reír.

—¿Esas historias tontas que leen las mujeres?

—Las mismas. Herederas que se desmayan. Maridos cornudos. Amantes peligrosos. Terremotos, revoluciones, incendios y tías molestas. Escribo bajo varios *noms de plume*, pero mi secreto es que aunque soy un maestro en el arte de ser popular y por tanto rico, también utilizo la novela para explorar el verdadero estado de la humanidad en este enorme tanque experimental conocido como París, esta colmena con una reina imperial que se rodea de zánganos como mi pobre padre, el séptimo secretario del turno de la mañana... Le dejaste cojo una vez, miserable bromista; lloró toda la noche de la humillación y juré que te mataría un día, aunque supongo que probablemente no lo haré... Nunca he cumplido todavía una promesa.

—¿Cuándo escribes? Estás siempre aquí —Calvin hizo un gesto para englobar los edificios gubernamentales.

—¿Y tú cómo lo sabes, si no estás aquí siempre? Me paso las noches en los

grandes salones de la flor y nata de la sociedad y en los mejores burdeles jamás creados por la escoria de la tierra. Y por las mañanas, cuando tú estás tomando lecciones de *Monsieur Bonaparte*, me encierro en mi miserable cuarto de poeta (donde la casera de mi madre me trae pan fresco cada día, así que no llores por mí, no hasta que pille la sífilis o la tuberculosis) y escribo furiosamente, llenando página tras página de brillante prosa. Una vez probé con la poesía, una obra larga, pero descubrí que imitando a Racine uno aprende sobre todo a ser tan aburrido como Racine, y estudiando a Molière uno aprende que Molière era un genio solitario que no hay que molestar con patéticos imitadores jóvenes.

—No he leído a ninguno de los dos —dijo Calvin. En realidad nunca había oído hablar de ellos y sólo dedujo que eran dramaturgos por el contexto.

—Ni has leído mi obra, porque en realidad todavía no es genial, es sólo trabajo periodístico. A veces me temo que tengo la ambición de un genio, el ojo y el oído de un genio, y el talento de un deshollinador. Bajo al sucio mundo, salgo negro, esparzo las cenizas de mi investigación sobre el papel, ¿y qué obtengo? Papel con manchas negras —de repente agarró a Calvin por la camisa y tiró de él hasta que estuvieron cara a cara—. Me cortarían la pierna por tener un talento como el tuyo. Por poder ver dentro del cuerpo y curar o dañar, dar dolor o aliviarlo. Me cortarían ambas piernas —entonces soltó la camisa de Calvin—. Por supuesto, no renunciaría a mis partes más frágiles, pues eso sería una decepción demasiado grande para mi querida señora De Berny. Serás discreto, por supuesto, y cuando chismorrees sobre mi asunto con ella, nunca deberás admitir que he sido yo quien te lo ha contado.

—¿Me envidias de verdad? —preguntó Calvin.

—Sólo cuando estoy en mi sano juicio, cosa bastante rara porque no estropeas mi felicidad. No eres todavía una de las grandes irritaciones de mi vida. Mi madre... me pasé la infancia buscando alguna muestra de amor por su parte, alguna amable caricia de afecto, y en cambio siempre fui recibido con frialdad y reproche. Nada de lo que yo hacía le gustaba. Pensé, durante muchos años, que se debía a que yo era un mal hijo. ¡Luego, de repente, me di cuenta de que se debía a que ella era una mala madre! No era a mí a quien odiaba, sino a mi padre. Así que un año, cuando yo estaba en el colegio, se echó un amante... y eligió bien, es un buen hombre a quien admiro enormemente, y se quedó embarazada y dio a luz a un monstruo.

—¿Deforme? —preguntó Calvin, curioso.

—Sólo moralmente. Por lo demás es bastante atractivo, y mi madre lo adora. Cada vez que la veo admirándolo, alabándolo, riéndose con sus gracias, anhelo hacer como los hermanos de José y tirarlo a un pozo, sólo que yo nunca sería tan blandengue para sacarlo y venderlo como esclavo. Probablemente también él será alto y ella se encargará de que tenga pleno acceso a su fortuna, al contrario que yo, que me veo obligado a vivir de las migajas que me puede dar mi padre, los anticipos que puedo arrancar a mis editores, y los generosos impulsos de las mujeres para quienes soy el dios del amor. Después de haber reflexionado mucho, he llegado a la

conclusión de que Caín, como Prometeo, fue uno de los grandes benefactores de la humanidad, y por eso naturalmente debe ser torturado sin cesar por Dios, o al menos recibir esa horrible marca en la frente. Pues fue Caín quien nos enseñó que algunos hermanos son simplemente insoportables y que no hay más remedio que matarlos o hacerlos matar. Como soy un hombre de naturaleza perezosa, me inclino por la segunda opción. Además, en la cárcel no se puede llevar ropa elegante, y cuando te han guillotinado por asesinato, el cuello de la camisa nunca te queda bien; siempre se tuerce a un lado o a otro. Así que contrataré a alguien para que lo haga o me encargará de que le den trabajo en algún miserable despacho en una colonia lejana. Tengo en mente Reunión, en el océano Índico; la única pega es que ese punto del globo es tan grande que Henry tal vez no abarque de un solo vistazo el perímetro entero de la isla. Quiero que se sienta en prisión cada momento que esté despierto. Supongo que es poco caritativo por mi parte.

¿Poco caritativo? Calvin se echó a reír, deleitado, y regaló a Honoré a su vez con algunos relatos sobre su propio horrible hermano.

—Bueno —dijo Honoré—, entonces debes destruirlo, por supuesto. ¿Qué estás haciendo aquí en París, con un gran proyecto como ése a mano?

—Estoy aprendiendo de Napoleón cómo gobernar a los hombres. Para quitarle su Ciudad de Cristal a mi hermano cuando la construya.

—¡Quitársela! ¡Vaya idea! —dijo Honoré—. ¿Para qué quitársela?

—Porque él la construyó, o la construirá, y entonces tendrá que ver cómo yo gobierno sobre todo lo que ha construido.

—Piensas eso porque eres una persona desagradable por naturaleza, Calvin, y no comprendes a las buenas personas. Para ti, el fin de la existencia es controlar cosas; nunca construirás nada, sino que tratarás siempre de controlar lo que ya existe. Si le arrebatas el gobierno de la Ciudad de Cristal (cuando la construya), no habrás conseguido nada, pues él seguirá alegrándose de que exista, no importa quién la gobierne. No, no puedes hacer otra cosa sino dejar que construya la ciudad hasta su cima... y luego reducirla a un montón de escombros para que no pueda volver a alzarse.

Calvin se inquietó. Nunca había pensado así, y no le parecía bien.

—Honoré, estás bromeando, estoy seguro. Tú creas cosas... tus novelas, al menos.

—Y si me odieras, no me quitarías simplemente los derechos de autor. Mis acreedores ya lo hacen, muchas gracias. No, me quitarías mis libros, me robarías el derecho de publicación, y luego los revisarías una y otra vez hasta que no quedara en ellos nada de verdad o belleza o, más a mi favor, de mi genio, y luego continuarías publicándolos con mi nombre, haciendo que me avergonzara de cada ejemplar vendido. La gente los leería y diría: «¡Honoré de Balzac, qué idiota!». Así es como me destruirías.

—No soy un personaje de una de tus novelas.

—Peor para ti. Tus diálogos serían mucho más interesantes si lo fueras.

—¿Entonces piensas que aquí estoy perdiendo el tiempo?

—Creo que estás a punto de perder el tiempo. Napoleón no es ningún tonto. Nunca va a darte poder suficiente para desafiar el suyo propio. ¡Así que márchate!

—¿Cómo voy a marcharme, cuando depende de mí para que no le duela la gota? Nunca llegaría a la frontera.

—Entonces cúrale la gota como solías hacer con aquellos pobres mendigos... eso fue una crueldad por tu parte, dicho sea de paso, un acto miserable y egoísta. ¿Cómo crees que iban a dar de comer a sus hijos sin alguna herida supurante que conmoviera a los transeúntes y les proporcionara unos cuantos céntimos? Los que entonces éramos conscientes de tu mesiánica misión tuvimos que seguirte e ir cortando las piernas a tus víctimas para que pudieran continuar ganándose la vida.

Calvin se quedó anonadado.

—¿Cómo has sido capaz de hacer una cosa así?

Honoré soltó una carcajada.

—¡Estoy bromeando, pobre simplón americano de mente estrecha!

—No puedo curar la gota —dijo Calvin, volviendo al tema que le interesaba: su propio futuro.

—¿Por qué no?

—He intentado averiguar cómo se originan las enfermedades. Las heridas son fáciles. Y las infecciones también. Al menos si te concentras. Las enfermedades me han tenido ocupado semanas. Al parecer, las causan unas criaturas diminutas, tan pequeñas que no puedo verlas de una en una, sólo en *masse*. Puedo destruirlas con bastante facilidad, y curar la enfermedad, o al menos repelerlas un poco y dar al cuerpo una posibilidad de derrotarlas por su cuenta. Pero no todas las enfermedades son causadas por esas pequeñas bestias. La gota me tiene completamente desconcertado. No tengo ni idea de qué la causa, y por tanto no puedo curarla.

Honoré sacudió su enorme cabeza.

—Calvin, tienes talentos innatos, pero se te han otorgado de forma inmerecida. Cuando te digo que debes curar a Napoleón, por supuesto que no me importa si puedes o no curar la gota. No es la gota lo que le molesta, es el dolor de la gota. ¡Y eso ya lo curas todos los días! ¡Así que cúralo de una vez por todas, da las gracias a Napoleón por sus amables lecciones, y sal de Francia lo más rápido posible! ¡Acaba de una vez! ¡Vuelve a la obra de tu vida! Te digo una cosa... incluso te pagaré tu pasaje a América. No, haré más. Iré a América contigo, y añadiré el estudio de ese pueblo sorprendentemente burdo y vigoroso a mi vasto poso de conocimiento sobre la humanidad. Con tu talento y mi genio, ¿qué habrá que no podamos lograr?

—Nada —dijo Calvin, feliz.

Estaba especialmente contento porque, ni cinco minutos antes, Calvin había decidido que quería que Honoré le acompañara a América, y con pequeños gestos, con miradas y signos de los que Honoré nunca fue consciente, hizo que el joven

novelista le apreciara, que le excitara el trabajo que Calvin tenía que hacer, y que quisiera acompañarlo a América para participar en él. Lo mejor de todo era que Calvin lo había hecho con tanta habilidad que Honoré obviamente no tenía ni idea de que lo había manipulado.

Mientras tanto, la idea de Honoré de curar el dolor de Napoleón de una vez por todas le pareció atractiva. Ese lugar en el cerebro donde residía el dolor todavía le esperaba. Sólo que, en vez de estimularlo, todo lo que tenía que hacer era cauterizarlo. No sólo curaría a Napoleón de la gota, sino de todos los otros dolores que pudiera sentir en el futuro.

Así, tras haberlo pensado, tras haber decidido hacerlo, esa noche Calvin actuó. Y por la mañana, cuando se presentó ante el Emperador, vio de inmediato que éste sabía lo que había hecho.

—Me he cortado esta mañana, mientras afilaba una pluma —dijo Napoleón—. Sólo me he dado cuenta cuando he visto la sangre. No he sentido ningún dolor.

—Excelente —dijo Calvin—. Finalmente he encontrado la forma de acabar con el dolor de vuestra gota de una vez por todas. He tenido que cortar todo dolor para el resto de vuestra vida, pero me cuesta creer que eso os importe.

Napoleón apartó la mirada.

—A Midas le costaba imaginar que no fuese deseable que todo lo que tocara se convirtiera en oro. Podría haber muerto desangrado porque no sentía dolor.

—¿Me estáis reprendiendo? —dijo Calvin—. ¿Os doy un regalo por el que rezan millones de personas, vivir sin dolor, y me lo reprocháis? Sois el Emperador, asignad a un sirviente para que os vigile día y noche y se asegure de que no os desangráis sin darnos cuenta.

—¿Esto es permanente? —preguntó Napoleón.

—No puedo curar la gota: la enfermedad es demasiado sutil para mí. Nunca he pretendido ser perfecto. Pero podía curar el dolor, y así lo he hecho. Lo he curado, y para siempre. Si he hecho mal, os devolveré el dolor lo mejor que pueda. No será una operación agradable, pero me parece que puedo conseguir que sea como antes. Intermitente, ¿no? ¿Un mes de gota, y luego una semana sin ella, y luego otro mes?

—Te has vuelto cínico.

—No, señor, simplemente hablo mejor el francés, así que puedo manifestar con más claridad mi cinismo innato.

—¿Qué me impide expulsarte, o hacer que te maten, ahora que ya no te necesito?

—Nada os ha impedido hacer esas cosas —dijo Calvin—. Pero no matáis a nadie innecesariamente, y en cuanto a expulsarme... bueno, ¿por qué tomaros la molestia? Estoy preparado para marcharme. Añoro América. Mi familia está allí.

Napoleón asintió.

—Ya veo. Decidiste marcharte, y entonces curaste por fin mi dolor.

—Mi amado Emperador, me malinterpretáis. Descubrí que podía curaros, y entonces decidí marcharme.

—Todavía tengo mucho que enseñarte.

—Y yo tengo mucho que aprender. Pero me temo que no soy lo bastante listo para aprender de vos. Las últimas semanas me habéis enseñado y enseñado, y sin embargo sigo considerando que no he aprendido nada nuevo. Simplemente, no soy un alumno lo bastante inteligente para dominar vuestras lecciones. ¿Por qué debería quedarme?

Napoleón sonrió.

—Bien hecho. Muy bien hecho. Si yo no fuera Napoleón, me habrías engañado por completo. De hecho, probablemente hasta te habría pagado el pasaje a América.

—Esperaba que lo hicierais, de todas formas, en gratitud por una vida exenta de dolor.

—Los emperadores no pueden permitirse pequeñas emociones como la gratitud. Si te pago el pasaje no es porque te esté agradecido, sino porque pienso que sirve mejor a mis propósitos tenerte lejos y vivo que, digamos, aquí y vivo o quizás aquí y muerto o, la posibilidad más difícil, lejos y muerto —Napoleón sonrió.

Calvin le sonrió a su vez. Se comprendían mutuamente, el Emperador y el joven Hacedor. Se habían utilizado el uno al otro y ahora habían acabado y se descartarían... pero con estilo.

—Tomaré el tren para la costa hoy mismo, con vuestro consentimiento, señor.

—¡Mi consentimiento! ¡Tienes más que mi consentimiento! Mis criados han hecho tus maletas y sin duda están ya en la estación mientras hablamos —Napoleón sonrió, se tocó la frente en un saludo imaginario, y luego vio cómo Calvin salía de la habitación.

Calvin el Hacedor americano y Honoré de Balzac, el joven escritor molesto y ambicioso, los dos fuera del país en el mismo día. Y el dolor de la gota desaparecido.

Tendré que tener cuidado al meterme en el baño. Podría escaldarme y morir sin darme cuenta. Tendré que hacer que alguien se meta en el agua antes. Creo que conozco a la criada adecuada. Tendré que hacerla lavar primero, para que no me ensucie el agua. Será interesante ver cuánto del placer del baño procedía del leve dolor del agua caliente. ¿Era el dolor una parte del placer sexual? Sería indignante si el muchacho hubiese modificado también eso. Napoleón tendría que hacer que le persiguieran y le mataran si le había estropeado ese deporte.

El recuento de los votos tardó poco en Río Hatrack. A las nueve de la noche del viernes, los encargados anunciaron una victoria decisiva en todo el condado de Tippy-Canoe, el viejo Mano Roja Harrison. Algunos habían estado bebiendo durante todo el día; ahora el licor empezó a fluir en abundancia. Siendo sede del condado, Hatrack atraía a montones de granjeros de las colinas y otras aldeas más pequeñas para quienes era la metrópoli más cercana, puesto que ya tenía casi un millar de habitantes; su número se multiplicó por diez esa noche.

A medida que llegaban noticias de cada uno de los condados vecinos y del otro

lado del río anunciando que Tippy-Canoe también estaba ganando allí, empezaron a producirse disparos al aire y gritos que acabaron en trifulcas, y un montón de gente entrando y saliendo de la cárcel.

Po Doggly llegó a eso de las diez y media y le preguntó a Alvin si le importaría mucho darle su palabra de pasar la noche en la posada. Horace Guester respondía por él si prestaba solemne juramento etcétera etcétera, porque la cárcel era necesaria para meter a diez alborotadores borrachos por celda. Alvin prestó juramento y Horace y Verily lo escoltaron por callejuelas secundarias hasta la posada. En el salón de la posada se bebía en abundancia y se cantaba, pero no con la rudeza que prevalecía en otros sitios y en las calles, donde las carretas llenas de licor estaban haciendo un buen negocio. La fiesta de Horace, como siempre, era para los parroquianos más civilizados. Con todo, no le haría ningún bien a Alvin dejarse ver por allí y dar pie a los rumores, sobre todo porque sin duda habría alguien entre la multitud que infestaba Río Hatrack que no fuera amigo suyo. Aparte, siempre había amigos de cualquier cantidad de oro que pudiera obtenerse por medio de robos o de violencia. Alvin subió por las escaleras traseras, encorvado y con la cara cubierta y sin decir ni una palabra por el camino.

Una vez en el dormitorio del propio Horace, donde Arturo Estuardo y Mesura habían colocado ya sus jergones, Alvin recorrió la habitación, tocando las paredes, la cama blanda, la ventana, como si nunca hubiera visto ese tipo de cosas.

—Incluso estar encerrado aquí arriba —le dijo—, es mejor que estarlo en una celda. Espero no volver a ver nunca jamás un sitio así.

—No sé cómo lo has soportado tanto —dijo Horace—. Yo me habría vuelto majareta en una semana.

—¿Quién dice que no lo está? —comentó Mesura.

Alvin se echó a reír y le dio la razón.

—Sé que fui un loco al no dejar que Verily siguiera adelante con sus planes.

—No, no —dijo Verily—. Tenías razón, tuviste éxito en tu propia defensa.

—¿Pero y si no hubiera averiguado cómo hacer oír la voz de la salamandra? Pienso en eso desde ayer. ¿Y si no lo hubiera hecho? Ellos no paraban de decir que yo era capaz de cualquier cosa, como volar o hacer milagros en la luna sólo con pensarlo. Ojalá pudiera. A veces me gustaría que fuera posible. Pero todo está todavía en manos del jurado, ¿verdad, Verily?

Verily reconoció que así era. Pero todos sabían que ahora no era probable que lo declararan culpable de nada... suponiendo, claro, que el lecho de roca siguiera todavía en el lugar que Hank Dowser había señalado como indicado para el pozo. Su buen nombre era lo que habría resultado claramente perjudicado, eso y la Ciudad de Cristal, que ahora sería más difícil de construir por culpa de todas las historias que circularían sobre cómo Alvin Smith seducía a las jovencitas y a las mujeres mayores y atravesaba las paredes para llegar a ellas. No importaba que la historia hubiera resultado ser una sarta de mentiras y tonterías: siempre había alguien lo bastante

estúpido para decir: «Donde hay humo hay fuego»; cuando el dicho debería ser: «Donde hay mentiras escandalosas siempre hay maliciosos y chismosos que se las creen, a pesar de las pruebas».

Los gritos y las risas en las calles, con borrachos jóvenes o viejos que las recorrían a caballo a velocidad peligrosa, arriba y abajo, hasta que el *sheriff* Po Doggly o algún comisario podían detener el caballo o derribarlo de un tiro, garantizaba que nadie iba a dormir, no hasta tarde al menos. Así que todos estaban aún despiertos, incluso Arturo Estuardo, cuando otros dos hombres llegaron al salón de la posada, con aspecto cansado y sucio por el duro viaje. Esperaron en el mostrador y se tragaron cada uno una jarra de sidra, hasta que Horace bajó las escaleras para comprobar cómo iban las cosas y los reconoció de inmediato.

—Subid, está aquí, está aquí arriba —susurró Horace, y los tres subieron las escaleras velozmente.

—Soldado —dijo Alvin, saludándolo con un abrazo fraternal—. Mike —y Mike Fink recibió también un abrazo—. Habéis escogido una buena noche para regresar.

—Hemos escogido una noche condenadamente buena —respondió Fink—. Teníamos miedo de llegar demasiado tarde. Su plan era sacarte de la cárcel y ahorcarte como parte de las celebraciones de la noche electoral. Me alegra que el *sheriff* se les adelantara.

—Necesitaba sitio para los borrachos y alborotadores —dijo Alvin—. No creo que supiera de ningún plan.

—Hay veinte tipos aquí —dijo Fink—. Veinte al menos, todos ellos bien pagados y bebidos. Espero que tan bien pagados que estén tan borrachos que se caigan, vomiten y se vayan a dormir, y luego se marchen a casa a Cartago por la mañana.

—Lo dudo —comentó Mesura—. Me he visto envuelto en planes contra Alvin antes. Alguien me hizo trizas una vez.

Fink lo miró.

—No eras tan alto entonces —dijo—. Me avergüenza tanto lo que te hice... Es lo peor que he hecho en mi vida.

—No perdí la vida —dijo Mesura.

—No porque yo no lo intentara.

Verily no comprendía nada.

—¿Quieres decir que este hombre intentó matarte, Mesura?

—El gobernador Harrison se lo ordenó —dijo Mesura—. Y fue hace años. Antes de que me casara. Antes de que Alvin viniera a Río Hatrack como aprendiz. Y, si mal no recuerdo, Mike Fink era un poco más guapo en aquellos días.

—No de corazón —dijo Fink—. Pero no tenía nada contra ti, Mesura. Y después de que Harrison me obligara a hacerte eso, lo dejé, no quise más tratos con él. De nada sirve, pero es la verdad. No soy un hombre que deje que tipos como él me manden, ya no. Si pensara que eres de los que se desquitan, no huiría, te dejaría hacerlo. Pero no eres de éstos.

—Como decía, no me hiciste daño —respondió Mesura—. Aprendí algunas cosas ese día, igual que tú. Demos ese asunto por zanjado. Ahora eres amigo de Alvin, y eso te convierte en amigo mío mientras seas leal y sincero.

En los ojos de Mike Fink aparecieron lágrimas.

—El propio Jesús no podría ser más amable conmigo, ni yo merecerlo menos.

Mesura le tendió la mano. Mike la tomó y se la estrechó. Sólo durante un segundo, luego se acabó; lo olvidaron y continuaron a lo que iban.

—Descubrimos unas cuantas cosas —dijo Soldado de Dios—. Pero menos mal que Mike venía conmigo. No es que tuviera que recurrir a la violencia, pero en un par de ocasiones algunos tipos no se tomaron a bien las preguntas que les hacía.

—Tiré a uno a un abrevadero —dijo Fink—, pero no le metí la cabeza bajo el agua ni nada de eso, así que no creo que importe.

Alvin se echó a reír.

—No, supongo que no fue más que un juego.

—Hay algunos amigos tuyos detrás de todo esto, Alvin —dijo Soldado de Dios—. La Cruzada por los Derechos de Propiedad está formada principalmente por el reverendo Philadelphia Thrower y un par de empleados que abren cartas y envían más cartas. Pero hay gente de dinero detrás de él, y él está detrás de otra gente que necesita dinero.

—¿Como quién? —preguntó Horace.

—Uno de sus primeros y más espléndidos y más leales contribuyentes es un tipo llamado Cavil Planter, que una vez fue dueño de una granja en Appalachee y todavía conserva cierto sello como si fuera un lingote de oro —dijo Soldado de Dios, mirando a Arturo Estuardo.

Arturo asintió.

—Estás diciendo que es el hombre blanco que violó a mi mamá para hacerme.

—Lo más probable —dijo Soldado de Dios.

Alvin miró a Arturo Estuardo.

—¿Cómo sabes esas cosas?

—Lo oigo todo —dijo Arturo—. No olvido nada. La gente dijo cosas sobre eso cuando yo era demasiado pequeño para comprenderlas, pero recordé las palabras y me las dije cuando fui más mayor y pude comprenderlas.

—Maldición —dijo Horace—. ¿Cómo íbamos a saber la vieja Peg y yo que podría averiguarlo más tarde?

—No hicieron ustedes nada malo —dijo Verily—. No se pueden evitar los dones que tienen los niños. Tampoco mis padres fueron capaces de predecir lo que yo haría, aunque sabe el cielo que lo intentaron. Si el don de Arturo Estuardo le permitió saber cosas que eran dolorosas de saber, entonces yo diría también que su carácter fue lo bastante fuerte para que viviera con ello y creciera sin preocupaciones.

—No me preocupa, es verdad —dijo Arturo Estuardo—. Pero nunca le llamo padre. Lastimó a mi mamá y quiso hacer de mí un esclavo, y eso no es un padre —

miró a Horace Guester—. Mi mamá negra murió intentando traerme aquí, a un padre y una madre de verdad que ocuparan su lugar cuando muriera.

Horace palmeó la mano del niño. Alvin sabía que a Horace nunca le había gustado que le llamara padre, pero estaba claro que lo aceptaba. Tal vez era a causa de lo que Arturo acababa de decir, o tal vez porque Alvin se había llevado al niño durante un año y Horace se daba cuenta ahora de que su vida era más vacía sin aquel niño mulato como hijo.

—Así que ese Cavil Planter es uno de los hombres con dinero que andan detrás del grupito de Thrower —dijo Verily—. ¿Quién más?

—Un montón; no les sacamos más que unos cuantos nombres, pero son gente prominente de Cartago, y todos ellos esclavistas, ya sea de forma abierta o clandestina —contestó Soldado—. Y estoy seguro de en qué se invierte la mayor parte del dinero.

—Sabemos que una parte se usó para pagar a Daniel Webster —dijo Alvin.

—Pero mucho más fue para financiar la campaña presidencial de Asesino Blanco Harrison.

Todos se callaron, y en medio del silencio se oyeron más disparos, más vítores, más galopes de caballos y muchos más aplausos y aullidos.

—Tippy-Canoe acaba de ganar en otro condado —le dijo Horace.

—Tal vez no le vaya tan bien en el este —sugirió Alvin.

—¿Quién sabe? —comentó Mesura—. Puedo garantizaros que no sacó un solo voto en Iglesia de Vigor. Pero eso no es suficiente para darle la vuelta a la tortilla.

—Ahora no está en nuestras manos —dijo Alvin—. Los presidentes no duran eternamente.

—Creo que lo importante aquí —intervino Verily— es que la misma gente cuyo candidato a presidente acaba de ganar las elecciones está también dispuesta a matarte, Alvin.

—Yo me escondería durante una temporada —dijo Mesura.

—Me he estado escondiendo —dijo Alvin—. Ya he tenido todos los escondites que puedo soportar.

—Si estás en la cárcel saben dónde estás, eso no es esconderse —dijo Mike Fink—. Tienes que ir a donde no se les ocurra buscarte, o a donde, si te encuentran, no puedan hacerte nada.

—El primer lugar que se me ocurre que cumple esos requisitos es la cárcel, pero creo que no quiero ir allí todavía.

Llamaron suavemente a la puerta. Horace se acercó a ella y susurró:

—¿Quién es?

—Peggy.

Abrió la puerta y ella entró. Vio a los hombres allí reunidos y se echó a reír.

—¿Planeando el destino del mundo?

Demasiados de ellos recordaban lo sucedido la última vez que se reunieron para

que su tono casual fuera aceptado fácilmente.

Sólo Soldado y Fink, que no estaban en la celda de Alvin aquella noche, la saludaron de buena gana. Le informaron de todo lo que había pasado, incluyendo el hecho de que la victoria de Harrison se daba por hecha en la ruta entre Ciudad Cartago y Hatrack.

—¿Sabéis qué pienso que no es justo? —dijo Arturo Estuardo—. Que el viejo Mano Roja Harrison va por ahí goteando sangre y lo hacen presidente, mientras que Mesura tiene que medio esconderse y toda la otra buena gente no se atreve a salir de Iglesia de Vigor por culpa de la maldición. Me parece que la buena gente es castigada y la peor se marcha tan campante.

—Opino lo mismo —dijo Alvin—. Pero no puedo hacer nada.

—Tal vez sí y tal vez no —dijo Arturo Estuardo.

Todos le miraron como si fuera una mancha en el suelo.

—¿Qué podría hacer Alvin? —preguntó Verily.

—Ese jefe indio sigue vivo, ¿no? —dijo Arturo Estuardo—. Ese profeta rojo que echó la maldición, ¿cierto? Bueno, el que echa una maldición puede quitarla, ¿no?

—Nadie puede hablar ya con los pieles rojas —dijo Mike Fink—. Han cubierto de niebla el río y nadie puede cruzarlo. Ni siquiera hay ya comercio con Nueva Orleans, lo que casi me rompió el corazón.

—Tal vez nadie pueda cruzar el río —dijo Arturo Estuardo—. Pero Alvin puede.

Alvin sacudió la cabeza.

—No sé. No lo creo. Además, no sé si Tenskwa-Tawa va a ver las cosas igual que nosotros, Arturo. Podría decir que los blancos de América atraen la destrucción sobre sí mismos al elegir como líder a Asesino Blanco Harrison, pero que la gente de Iglesia de Vigor se salvará de esa destrucción porque respeta la maldición que les impuso. Así que dirá que la maldición es realmente una bendición.

—Si dice eso —dijo Mesura—, entonces no es tan buen hombre como creía.

—Ve las cosas de forma diferente, eso es todo —respondió Alvin—. Sólo estoy diciendo que no podéis estar seguros de lo que dirá.

—Entonces tú tampoco puedes estar seguro —dijo Soldado de Dios.

—Estoy pensando una cosa, Alvin —intervino Mesura—. La señorita Larner, aquí presente, nos dijo algo sobre cómo ella y Arturo se han dado cuenta de que hay un montón de gente con dones notables en este lugar, tal vez atraídas porque tú naciste aquí, o porque hiciste aquí el arado. Y luego está toda la gente a la que estuviste enseñando allá en Vigor, personas que tal vez no tienen un don tan notable pero que saben las cosas que les enseñaste, que saben vivir con ellas. Y yo también tengo mi propia idea de que tal vez la maldición nos obligó a vivir juntos allí, así que tuvimos que llevarnos bien no importaba a qué precio, tuvimos que aprender a hacer las paces entre nosotros. Si se retirara la maldición de la gente de Iglesia de Vigor, ellos querrían venir aquí y enseñar a los que tienen los dones. Y enseñarles también a vivir juntos en armonía.

—O la gente de aquí podría ir allí —dijo Alvin—. Aunque no se retirara la maldición.

Mesura sacudió la cabeza.

—Hay unas cien personas o más en Iglesia de Vigor que ya intentan seguir los modos del Hacedor. Nadie aquí sabe nada al respecto. Así que si le dijeras a la gente de Vigor, por favor, venid a Hatrack, vendrían; pero si le dices a la gente de Hatrack, por favor, venid a Vigor, se reirían.

—Pero el río sigue cubierto de niebla —dijo Mike Fink—, y la maldición sigue vigente.

—En cuanto a eso —dijo la señorita Larner—, hay otra forma de hablar con Tenskwa-Tawa sin cruzar el río.

—¿Tienes una paloma mensajera que sepa el camino hasta el wigwam del Profeta Rojo? —preguntó Horace, burlón.

—Conozco a una tejedora —dijo la señorita Larner—, que tiene una puerta que da al oeste, y conozco a un hombre llamado Isaac que usa esa puerta.

Miró a Alvin, y él asintió.

—No sé de qué habláis —dijo Mesura—, pero si crees que puedes hablar con Tenskwa-Tawa, entonces espero que lo hagas.

—Lo haré por vosotros —dijo Alvin—. Por tu bien y por el bien de mi familia y de mis amigos de Iglesia de Vigor. Se lo pediré aunque temo que la respuesta será peor que no.

—¿Qué podría ser peor que no? —le preguntó Arturo Estuardo.

—Podría perder a un amigo —contestó Alvin—. Pero cuando sopeso a ese amigo contra la gente de Vigor y la esperanza de que pudieran ayudar a otra gente a ser Hacedores y ayudar a construir la Ciudad de Cristal... entonces veo que no tengo elección. Pero era un niño cuando fui a la casa de la tejedora —guardó silencio un momento—. La señorita Larner sabe el camino. Si quiere guiarme hasta allí...

Fue su turno de mirarla, esperando. Tras un momento de vacilación, ella asintió.

—De una forma o de otra, dejarás este lugar en cuanto termine el juicio —dijo Verily Cooper.

—Gane o pierda —respondió Alvin—. Gane o pierda.

—Y si alguien intenta detenerlo o hacerle daño, tendrán que tratar conmigo primero —dijo Mike Fink—. Voy contigo, Alvin, adondequiera que vayas. Si esa gente tiene al presidente en el bolsillo va a ser mucho más peligrosa, y tú no vas a ir a ninguna parte sin mí detrás para guardarte las espaldas.

—Ojalá fuera más joven —dijo Soldado de Dios—. Ojalá fuera más joven.

—No quiero viajar solo —repuso Alvin—. Pero hay trabajo que hacer, sobre todo si se levanta la maldición. Y los hombres casados tenéis también responsabilidades. En realidad sólo los solteros son libres de vagabundear como yo tendré que vagabundear. Sea lo que fuere lo que averigüe en casa de la tejedora, pase lo que pase si hablo con Tenskwa-Tawa, aún tendré que aprender a construir la Ciudad de Cristal.

—Tal vez Tenskwa-Tawa pueda decírtelo —apuntó Mesura.

—Si lo sabe, entonces podría habérmelo dicho cuando tú y yo éramos niños y le acompañábamos.

—Yo soy soltero —dijo Arturo Estuardo—. Voy contigo.

—Eso —dijo Alvin—. Y Mike Fink, me alegrará tener también tu compañía.

—Yo tampoco estoy casado —dijo Verily Cooper.

Alvin le miró de un modo extraño.

—Verily, eres ya un querido amigo, pero eres abogado, no leñador o buhonero ambulante o rata de río o lo que quiera que seamos los demás.

—Tanto más motivo para que me necesites. Habrá leyes y tribunales, *sheriffs* y cárceles y edictos allí donde vayas. A veces necesitarás lo que Mike Fink tiene que ofrecer. Y a veces me necesitarás a mí. No puedes rechazarme, Alvin Smith. He venido hasta aquí para aprender de ti.

—Mesura sabe ya todo lo que yo sé. Puede enseñarte tan bien como yo, y tú puedes ayudarlo.

Verily se miró los pies un momento.

—Mesura ha aprendido de ti, y tú de él, ya que sois hermanos y habéis estado juntos mucho tiempo. Que no se tome como ofensa, os lo ruego, si digo que me gustaría tener una oportunidad para aprender directamente de ti, Alvin. No quiero menospreciar a nadie con eso.

—No es ninguna ofensa —contestó Mesura—. Si tú no lo hubieras dicho, lo habría hecho yo.

—Estos tres entonces me acompañarán en la larga marcha —dijo Alvin—. Y la señorita Larner me acompañará hasta casa de Beca Weaver.

—Yo también iré —repuso Soldado de Dios—. No todo el camino, sino hasta casa de las tejedoras, para poder llevar la noticia de lo que diga Tenskwa-Tawa. Espero que perdonéis mi presunción, pero me gustaría tener la oportunidad de ser el que lleve la buena nueva a Iglesia de Vigor, si son liberados.

—¿Y si no?

—También tendrán que saberlo, y por mí.

—Entonces nuestros planes ya están trazados —concluyó Alvin.

—Todos excepto cómo salir vivos de Río Hatrack, con todos esos matones y rufianes sueltos —dijo Verily Cooper.

—Oh, Soldado y yo ya hemos pensado en eso —sonrió Mike Fink—. Y si tenemos suerte no tendremos que machacar a nadie hasta convertirlo en pulpa.

Había tanta alegría en la cara de Mike Fink cuando lo dijo, que más de uno se preguntó si Mike pensaba realmente que sería buena suerte no tener que pulverizar a alguien. Tampoco ellos mismos estaban seguros de no querer aplastar unas cuantas cabezas, llegado el caso.

Fink y Soldado de Dios estaban a punto de bajar las escaleras con Horace, para refrescarse de su viaje antes de acostarse en el desván, un buen espacio limpio que

nadie alquilaba nunca, reservado para visitantes de última hora, cuando Mesura llamó:

—Mike Fink.

Fink se volvió.

—Hay una historia que tengo que contarte antes de que te vayas a dormir esta noche.

Fink tuvo un momento de desconcierto.

—Sobre Mesura pesa la maldición —le explicó Soldado de Dios—. Tiene que contártela o se irá a la cama con las manos ensangrentadas.

—Yo mismo estuve a punto de caer bajo la maldición —dijo Fink—. ¿Pero tú? ¿Cómo es posible?

—La reclamó para sí —dijo la señorita Larner—. Pero eso no significa que no se apliquen las reglas.

—Pero yo conozco ya la historia.

—Eso hará el relato mucho más fácil —dijo Mesura—. Pero tengo que hacerlo.

—Volveré cuando haya comido y meado —respondió Fink—. Usted perdone, señorita.

Allí se quedaron, pues, mirándose el uno al otro, Alvin y Peggy, una vez más con Verily Cooper, Arturo Estuardo y Mesura de por medio.

—¿No os cansáis, vosotros dos, de representar vuestras escenitas delante de la gente?

—No hay ninguna escena que representar —dijo la señorita Larner.

—Lástima —dijo Alvin—. Pensaba que ésta era la parte de la obra en que yo te digo lo siento, y tú me dices...

—Yo te digo, no hay nada que sentir.

—Y yo te digo, sí. Y tú me dices no. Sí, no, sí, no, hasta que los dos nos echamos a reír.

Con eso, ella se echó a reír.

—Yo tenía razón, no hacía falta que declararas —dijo Alvin.

La cara de ella se puso rígida de inmediato.

—Escúchame, por el amor del cielo, porque si nos ponemos a ello también tenías razón, no era cosa mía decirte si podías o no declarar. No es decisión mía que tú hagas un sacrificio u otro, o si merece la pena o no. Tú decides tus propios sacrificios, y yo decido los míos. En vez de darte órdenes tendría que haberte pedido que esperaras a ver si yo podía apañármelas solo. Y tú habrías dicho sí, ¿verdad?

Ella le miró a los ojos.

—Probablemente no —dijo—. Pero tendría que haberlo hecho.

—Así que tal vez no somos tan cabezotas después de todo.

—Mañana... no, pasado mañana, entonces no seremos tan cabezotas.

—Eso valdrá, si somos amigos hasta que nos relajemos un poco.

—Todavía no estás preparado para la vida de casado, Alvin —dijo la señorita

Larner—. Todavía tienes muchas leguas que viajar, y hasta que estés preparado para construir la Ciudad de Cristal, no me necesitas. No voy a quedarme sentada en casa haciendo calceta, y no voy a intentar seguirte cuando los compañeros que necesitas son hombres como éstos. Háblame cuando tu viaje haya terminado. Veamos si entonces nos necesitamos todavía.

—Así que admites que ahora nos necesitamos.

—No voy a discutir contigo, Alvin. No te daré ninguna razón, ni explicaré ni enmendaré las pequeñas contradicciones.

—Estos hombres son mis testigos, Margaret. Te amaré eternamente. La familia que creemos juntos será lo mejor que Hagamos, mejor que el arado, mejor que la Ciudad de Cristal.

Ella sacudió la cabeza.

—Sé sincero contigo mismo, Alvin. La Ciudad de Cristal se alzaré para siempre, si la construyes bien. Pero nuestra familia desaparecerá al cabo de unas cuantas generaciones.

—Así que admites que tendremos una familia.

Ella sonrió.

—Deberías presentarte a un cargo, Alvin. Perderías, pero los debates serían interesantes —se dirigió hacia la puerta y la abrió antes de que llamaran. Era Po Doggly, con los ojos desorbitados. Repasó la habitación hasta que vio a Alvin.

—¿Qué estás haciendo aquí sentado, y sin una sola pistola en la habitación?

—Yo no les estoy robando, ni ellos a mí —dijo Alvin—. No tenemos armas.

—Han irrumpido en la cárcel. Un hombre que decía ser el padre de Amy Sump congregó a una multitud y unos treinta hombres han entrado en el juzgado y desarmado a Billy Hunter y le han quitado las llaves. Han sacado a todos los prisioneros y han empezado a pegarles para que les dijeran cuál de ellos eras tú. He llegado antes de que mataran a nadie y los he obligado a marcharse, pero no irán muy lejos en una noche y no sé si alguien les dirá dónde estás; así que quiero que durmáis teniendo armas a mano.

—No se preocupe —dijo la señorita Larner—. No vendrán aquí esta noche.

Po la miró, luego a Alvin.

—¿Está segura?

—No ponga ni siquiera un guardia, Po. Sólo atraerá la atención hacia la posada. Los hombres contratados para matar a Alvin son en realidad unos cobardes, así que han tenido que beber para intentarlo. Dormirán la borrachera esta noche.

—¿Y se marcharán después?

—Asegúrese de que durante el juicio está bien protegido. Luego, si Alvin es declarado inocente, que se marche de Hatrack y se acabarán sus pesadillas.

—Irrumpieron en mi cárcel —dijo Doggly—. No sé quiénes son tus enemigos, muchacho, pero si yo fuera tú me libraría de ese arado de oro.

—No es el arado —dijo Alvin—. Aunque algunos probablemente piensan que sí.

Pero con arado o sin arado, los que me quieren muerto seguirán enviando a gente así tras de mí.

—¿Y realmente no quieres mi protección? —le preguntó Po Doggly.

Tanto Alvin como la señorita Larner coincidieron en la negativa.

Cuando Po se despidió y estaba a punto de marcharse, ella le cogió de la mano.

—Lléveme abajo, por favor, a la habitación que comparto con mi nueva amiga Ramona —ni siquiera miró a Alvin.

Mesura soltó una carcajada... cuando se cerró la puerta.

—Alvin, ¿te está poniendo a prueba? ¿Sólo para asegurarse de que no te convertirás en un golpea-esposas, no importa cuál sea la provocación?

—Tengo la impresión de que no ha habido ninguna provocación todavía —pero Alvin sonreía cuando lo dijo, y los otros tuvieron la impresión de que no le importaba la idea de pelear con la señorita Larner de vez en cuando... luchar con palabras, claro, palabras y miradas y guiños y sonrisas desagradables.

Cuando apagaron las velas y la habitación quedó a oscuras y en silencio, con todos ellos en la cama y deseando dormir, Alvin murmuró:

—Me pregunto qué querían hacerme.

Nadie preguntó a quién se refería; Mesura no tuvo que hacerlo.

—Pretendían matarte, Alvin. ¿Importa qué método usaran? Colgarte. Quemarte vivo. Una docena de balas de mosquete. ¿Te importa de verdad de qué forma mueras?

—Me gustaría ser un cadáver de aspecto decente para que con el ataúd abierto mis hijos puedan mirarme y decirme adiós.

—Entonces estás soñando —dijo Mesura—. Porque incluso ahora no sé qué esposa e hijos iban a querer mirarte, aunque me atrevo a decir que estarían dispuestos a decirte adiós.

—Espero que fueran a colgarme —dijo Alvin—. Si alguna vez ves que alguien quiere ahorcarme, no pierdas el tiempo ni arriesgues tu vida tratando de salvarme. Cuando hayan acabado conmigo, ven y llévame a casa.

—Así que no tienes miedo de la soga.

—Ni miedo a ahogarme o asfixiarme —dijo Alvin—. Ni a caer... puedo arreglar las roturas y hacer que las rocas se ablanden. Pero el fuego... El fuego y ser decapitado y demasiadas balas, eso sí puede eliminarme. Me vendría bien un poco de ayuda si ves que me atacan con eso.

—Trataré de recordarlo —dijo Mesura.

El lunes por la mañana, tras la herrería, todo el mundo se congregó a las diez; pero desde el amanecer, comisarios armados hasta los dientes vigilaban el lugar.

El juez dispuso las cosas para que todos los miembros del jurado pudieran ver, además de Marty Laws, Verily Cooper, Alvin Smith, Pacífico Smith y Hank Dowser.

—Se abre la sesión —dijo el juez en voz alta—. Ahora, Hank Dowser,

muéstranos exactamente el lugar que indicó.

Verily Cooper tomó la palabra.

—¿Cómo sabemos que indicará el mismo sitio?

—Porque sondearé otra vez —dijo Hank Dowser—, y el mismo lugar seguirá siendo el mejor.

Entonces habló Alvin.

—Hay agua por todas partes aquí. No hay un lugar que pueda escoger donde no haya agua si se cava suficiente.

Hank Dowser se volvió hacia él y lo miró con mala cara.

—¡Ya está! ¡No respeta el don de ningún hombre excepto el suyo propio! ¿Crees que no sé que hay agua por todas partes? La cuestión es, ¿es el agua pura? ¿Está cerca de la superficie? Eso es lo que yo encuentro... el pozo fácil, el agua limpia. ¡Y lo hago usando varitas de nogal y sauce! Donde el agua es más pura y está más cerca de la superficie. ¡Y marco este sitio, como hice hace más de un año! Dime, Alvin Oficial, si eres tan listo, ¿es éste o no es el mismo lugar que marqué, exactamente?

—Lo es —dijo Alvin, un poco avergonzado—. Y no pretendía dar a entender que no fuera usted un zahorí auténtico, señor.

—¡Pero tampoco dijiste exactamente lo contrario!

—Lo siento, señor —dijo Alvin—. El agua es más pura aquí, y está más cercana a la superficie, y usted encontró de veras dos veces el mismo sitio exacto.

El juez intervino.

—Así que después de esta poco convencional conversación, que parece adecuada para una sala de juicio tan poco convencional, están ustedes dos de acuerdo en que éste es el lugar donde Alvin dice que cavó el primer pozo y no encontró más que piedra impenetrable, y donde Pacífico afirma que no había tal piedra, sino un tesoro enterrado que Alvin robó y aprovechó para su propio uso mientras inventaba la historia de convertir el hierro en oro.

—¡Por lo que sabemos, pudo esconder mi hierro bajo tierra! —chilló Pacífico.

El juez suspiró.

—Pacífico, por favor, no me haga enviarle otra vez a la cárcel.

—Lo siento —murmuró Pacífico.

El juez llamó a la cuadrilla de trabajadores que había nombrado para cavar. Sus honorarios irían a cargo del presupuesto del condado, pero con cuatro hombres cavando no se tardaría mucho en demostrar quién tenía razón.

Cavaron y cavaron. La tierra revoloteaba. Pero era tierra seca, un poco húmeda a causa de las lluvias de hacía una semana; ni indicios de agua.

Y entonces: chink.

—¡El cofre del tesoro! —exclamó Pacífico.

Al cabo de un momento, después de limpiar y rascar, el capataz de la cuadrilla indicó:

—¡Roca sólida, Señoría! Hasta donde podemos ver. No es un peñasco tampoco...

parece un lecho de roca si alguna vez he visto uno.

La cara de Hank Dowser se puso escarlata. Se acercó al agujero y se deslizó por él. Con su propio pañuelo apartó la tierra de la piedra. Tras unos minutos de examen, se incorporó.

—Señoría, le pido disculpas al señor Smith, tan amablemente, espero, como él se disculpó ante mí hace un momento. No sólo es un lecho de roca (que no vi, pues nunca he encontrado agua bajo piedra sólida como ésta) sino que también veo marcas antiguas en la piedra, lo que me demuestra que es verdad que el aprendiz cavó en este sitio, como dijo, y encontró piedra, como dijo que había hecho.

—¡Eso no demuestra que no encontrara oro por el camino! —gritó Pacífico.

—¡Presenten sus conclusiones al jurado! —gritó el juez.

—En todos los casos que hemos podido probar —dijo Verily Cooper—, Alvin ha demostrado ser sincero y digno de confianza. Y todo lo que el condado tiene que reprocharle son las indemostradas e indemostrables especulaciones de un hombre cuyo principal objetivo parece ser poner las manos en el oro. No hay testigos, aparte del propio Alvin, de cómo el oro llegó a tener la forma de un arado, o de cómo el arado llegó a estar hecho de oro. Pero tenemos ocho testigos, por no mencionar a Su Señoría, a mí mismo y a mi respetado colega, por no mencionar al propio Alvin, que juran que este arado no sólo es de oro, sino que también está vivo. ¿Qué interés puede tener Pacífico Smith por poseer un objeto que claramente se pertenece a sí mismo y sólo tiene la compañía de Alvin Smith para su propia protección? Tienen ustedes más que una duda razonable... tienen la certeza de que mi cliente es un hombre honrado que no ha cometido ningún crimen, y que el arado debe permanecer con él.

Luego le tocó el turno a Marty Laws. Parecía que hubiese tomado leche agria para desayunar.

—Han oído a los testigos, han visto la prueba, son todos ustedes hombres sabios y pueden decidir bien sin mi ayuda —dijo Laws—. Que Dios les bendiga en sus deliberaciones.

—¿Ése es su resumen? —le preguntó Pacífico—. ¿Así se administra justicia en este condado? ¡Votaré a su oponente en las próximas elecciones locales, Marty Laws! ¡Le juro que no ha oído la última palabra sobre este asunto!

—*Sheriff*, arreste amablemente otra vez al señor Pacífico Smith, tres días, por desacato al tribunal; ya veré si lo acuso de intento de obstruir el curso de la justicia profiriendo amenazas contra un funcionario de la ley para influir en el resultado de un caso.

—¡Todos están conchabados contra mí! ¡Todos están juntos en esto! ¿Qué ha hecho, Señoría, sobornarle? ¿Ofrecer compartir con usted el oro?

—Rápido, *sheriff* Doggly —dijo el juez—, antes de que me enfade con ese hombre.

Cuando los gritos de Pacífico se apagaron lo suficiente para continuar, el juez preguntó al jurado:

—¿Es necesario volver al juzgado para someternos a horas de deliberación o debemos apartarnos un poco y dejar que resuelvan las cosas aquí?

El portavoz habló en voz baja con los otros miembros del jurado. Ellos le respondieron, también en susurros.

—Tenemos un veredicto unánime, Señoría.

—¿Qué dice, etcétera etcétera?

—No culpable de todos los cargos —dijo el portavoz.

—Hemos terminado. Felicito a ambos abogados por realizar un buen trabajo en un caso difícil. Y al jurado, mi enhorabuena por saber ver el árbol de la verdad en medio del bosque. Buenos ciudadanos todos. Este tribunal se disuelve hasta la próxima vez que alguien acuse a un hombre inocente, al menos eso es lo que me espero —el juez miró a la gente, que aún estaba allí de pie—. Alvin, eres libre de irte. Vámonos todos a casa.

Naturalmente que no se fueron todos; ni, estrictamente hablando, Alvin era libre. En aquel momento, rodeado por una multitud y una docena de comisarios, estaba a salvo. Pero cuando cogió el saco con el arado dentro, casi pudo sentir las miradas ansiosas que algunos hombres dirigían hacia aquel arado, aquel oro cálido y tembloroso.

Sin embargo, no pensaba en eso. Miraba a Margaret Lerner, cuyo brazo rodeaba la cintura de la joven Ramona. Alguien le hablaba a Alvin... era Verily Cooper felicitándolo o algo así, pero Verily lo comprendería. Alvin le puso una mano en el hombro, para hacerle saber que era un buen amigo aunque Alvin estuviera a punto de separarse de él. Y se acercó a la señorita Lerner y Ramona.

En el último momento le asaltó la timidez, y aunque no despegó los ojos de Margaret mientras atravesaba la multitud, fue a Ramona a quien habló cuando llegó allí.

—Ramona, has sido muy valiente al venir, y también honesta —le estrechó la mano.

Ramona sonrió, pero también estaba un poco trastornada y nerviosa.

—Creo que todo este asunto de Amy fue culpa mía. Ella me contaba esas historias sobre ti, y yo dudaba de ella, lo que sólo la hacía insistir más y más. Y lo repetió tanto que durante un tiempo creí que era verdad y entonces se lo conté a mis padres y así empezaron los rumores. Pero cuando ella se fue con Thatch bajo la tienda del espectáculo de rarezas y salió embarazada pero diciendo que fuiste tú quien le hizo el bebé, bueno, entonces tuve la oportunidad de enmendar las cosas, ¿no? ¡Y luego no llegué a declarar!

—Pero se lo dijiste a mis amigos —dijo Alvin—, y a la gente que más me importaba que supiera la verdad, y mientras tanto no tuviste que herir a tu amiga Amy.

Sin embargo, en el fondo Alvin tenía la amarga certeza de que siempre habría alguien dispuesto a creerse sus acusaciones, igual que estaba seguro de que ella nunca escarmentaría. Seguiría contando aquellas historias sobre él, y algunos al menos seguirían creyéndoselas y lo considerarían un canalla o algo peor, no importaba lo limpia que fuera su vida. Pero eso era leche derramada.

Ramona sacudió la cabeza.

—No creo que sea ya mi amiga.

—Pero tú eres su amiga le guste o no. Tan amiga suya que incluso prefieres lastimarla a ella que dejar que ella lastime a otra persona. Eso es algo, para mí.

En ese momento se acercaron Mike Fink y Soldado de Dios.

—¡Cántanos esa canción que nos enseñaste en la cárcel, Alvin!

De inmediato unas cuantas personas más pidieron la canción: era una especie de celebración.

—¡Si Alvin no quiere cantarla, Arturo Estuardo la sabe! —dijo alguien, y allí apareció Arturo tirándole de la manga y Alvin cantó con él. La mayoría de los miembros del jurado estuvieron presentes para escuchar la última estrofa:

*En la justicia había confiado
y me siento orgulloso del jurado.
¡Mañana a los caminos saldré
y tan fuerte mi canción entonaré
que una tormenta yo solito atraeré!*

Todo el mundo se rió y aplaudió. Incluso la señorita Lerner sonrió, y cuando Alvin la miró supo que aquél era el momento: ahora o nunca.

—Tengo otra estrofa que nunca le he cantado a nadie, pero ahora quiero cantarla —dijo. Todos se callaron de nuevo para oír:

*Ahora, sin tardanza, de este lugar me iré,
y con mis botas gastadas
mil tierras recorreré
hasta que decidamos echar raíces
yo y mi amada.*

Miró a Margaret con toda la intención que pudo, y todo el mundo rió y apladió.

—Te quiero, Margaret —dijo—. Te lo pedí antes, pero te lo diré de nuevo ahora. Vamos a viajar juntos durante un buen trecho, y no se me ocurre ningún buen motivo para que no sea nuestra luna de miel. Déjame ser tu marido, Margaret. Todo lo bueno que hay en mí te pertenece, si me aceptas.

Ella pareció azorada.

—Me estás avergonzando, Alvin —murmuró.

Alvin se acercó más y le susurró al oído.

—Sé que tenemos trabajos distintos que hacer, cuando dejemos la casa de las tejedoras. Sé que nos espera un largo viaje por separado.

Ella sostuvo su cara con las manos.

—No sabes qué puedes encontrarte en esos caminos. Qué mujer podrías encontrar y amar más que a mí.

Alvin sintió una puñalada de temor. ¿Era algo que ella había visto con su don de tea o simplemente la preocupación que sentiría cualquier mujer? Bueno, era su futuro, ¿no? Y aunque ella viera la posibilidad de que él amara a otra, eso no significaba que tuviera que dejar que se cumpliera.

Le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo hacia sí, y le habló suavemente.

—Ves cosas en el futuro que yo no puedo ver. Déjame pedírtelo como un hombre corriente, y respóndeme como una mujer que sólo conoce el pasado y el presente. Deja que mi promesa de ahora cuide del futuro.

Ella estaba a punto de poner otra pega cuando él la besó suavemente en los labios.

—Si eres mi esposa, entonces lo que haya en el futuro podré soportarlo, y haré todo lo posible para que tú también lo soportes. El juez está aquí mismo. Déjame empezar contigo mi vida de nueva libertad.

Por un momento, los ojos de ella parecieron cargados de tristeza, como si viera un dolor y un sufrimiento horribles en el futuro de Alvin.

¿O era en el suyo propio?

Luego lo descartó como si sólo fuera la sombra de una nube pasajera y el sol hubiera vuelto. O como si hubiera decidido vivir una vida determinada, no importaba cuál fuera el coste, y ahora ya no temiera lo que no se podía evitar. Sonrió, y las lágrimas le corrieron por las mejillas.

—No sabes lo que estás haciendo, Alvin, pero me enorgullece y me alegra tener tu amor, y seré tu esposa.

Alvin se volvió hacia los otros, y en voz alta gritó:

—¡Dice que sí! ¡Juez! ¡Que alguien impida que se marche el juez! ¡Le queda trabajo por hacer!

Mientras Peggy iba a buscar a su padre y le traía para que pudiera entregarla adecuadamente, Verily Cooper trajo al juez.

De camino hacia el lugar donde esperaba Alvin, el juez pasó un amable brazo sobre los hombros de Verily.

—Muchacho, tienes una mente aguda, una mente de abogado, y lo apruebo. Pero hay algo en ti que hace rechinar los dientes.

—Si supiera qué es, señor, puede estar seguro de que lo corregiría.

—Tardé un tiempo en darme cuenta. Y no sé qué puedes hacer al respecto. Lo que hace que la gente se enfade contigo desde el principio es que hablas de forma condenadamente inglesa y educada y fina.

Verily sonrió, y luego respondió en el acento vernáculo con el que había crecido, el acento que había pasado tantos años tratando de perder.

—¿Quié disir, señó, que si hablara como un tío corriente, le caería mejó a la gente?

El juez soltó una carcajada.

—¡Eso es lo que quiero decir, muchacho, aunque no sé si ese acento es mucho mejor!

Y con eso llegaron al sitio donde se había congregado el grupo nupcial. Horace se colocó junto a su hija, y Arturo Estuardo fue el padrino de Alvin.

El juez se volvió hacia el *sheriff* Doggly.

—Proceda con las amonestaciones, mi buen señor.

Po Doggly gritó de inmediato:

—¿Hay alguien aquí que sea tan insensato como para decir que existe algún impedimento para el matrimonio de este par de buenos ciudadanos? —se volvió hacia el juez—. Ni un alma que yo pueda ver, Señoría.

Así se casaron Alvin y Peggy, con Horace Guester a un lado, Arturo Estuardo al otro y todos de pie al aire libre delante de los terrenos de la herrería donde Alvin había pasado su aprendizaje. Justo encima de la colina estaba la casita donde Peggy había vivido disfrazada de maestra; la misma casita junto al arroyo donde veintidós años antes, cuando era una niña de cinco, vio los fuegos internos de una familia que cruzaba el río Hatrack en medio de una riada, y en el vientre de la madre de esa familia había un bebé con un fuego tan brillante que la deslumbró, pues nunca había visto antes ni vería después otro fuego semejante. Corrió, entonces, colina abajo, hasta la herrería, llamó a Pacífico Smith y a los otros hombres allí reunidos para que corrieran al río y salvaran a la familia. Todo empezó allí, en aquel sitio. Y ahora estaba casada con él. Casada con el muchacho cuyo fuego interno brillaba como la estrella más brillante de su memoria, y de toda su vida desde entonces.

Hubo baile esa noche en la posada de Horace, pueden apostar, y Alvin tuvo que cantar su canción cinco veces más, y la última estrofa tres veces cada vez. Y esa noche llevó a su Margaret (suya ahora, como él era de ella) en aquellos fuertes brazos de herrero a la habitación donde la propia Margaret había sido concebida veintiocho años antes. Él fue torpe y los dos fueron tímidos y no fue de gran ayuda que la mitad del pueblo estuviera celebrándolo ante la posada hasta el amanecer; pero eran marido y mujer, hechos de una sola carne como durante tanto tiempo habían sido de un solo corazón aunque ella había tratado de negarlo y él había tratado de vivir sin ella. No importaba que ella hubiera visto mentalmente la tumba de Alvin, y a ella misma y a sus hijos de pie, llorando. Esa escena era posible en todas las noches de boda; y al menos habría hijos; al menos habría una esposa amada para llorar por él; al menos habría el recuerdo de esta noche, en vez de dolorosa soledad. Y por la mañana, cuando despertaron, no fueron tan tímidos, ni tan torpes, y él dijo cosas que la hicieron sentirse más hermosa que nadie que hubiera vivido jamás, y más amada, y

no sé quién se habría atrevido a decir que en ese momento no era la pura verdad.

Capítulo 18.

VIAJES

Dos días más tarde estaban listos para partir. No llevaron en secreto que tenían a punto el carruaje que Soldado de Dios alquiló en Wheelwright para llevarlos al *ferry* en cuanto cruzaran el Hio. Eso sería suficiente para engañar a los estúpidos. En cuanto a los listos, bueno, Mike Fink tenía su propio plan, e incluso Margaret consideraba que podía salir bien.

Toda la tarde acudieron amigos a la posada para despedirse. Alvin y Peggy y Arturo eran bien conocidos por todos; Soldado de Dios tenía allí unos cuantos amigos, de sus viajes de negocios; y Verily tenía algunos amigos nuevos, pues había sido el representante de la parte vencedora en un emocionante juicio. Si Mike Fink tenía amigos en la localidad, no eran de los que aparecían por la posada de Horace Guester; como él mismo le confirmó a Verily Cooper, sus amigos eran básicamente los mismos hombres que los enemigos de Alvin habían contratado para matarlo y quitarle el arado cuando se pusieran en camino al día siguiente.

Cuando el último se marchó, Horace abrazó a su hija y a su nuevo yerno y al hijo adoptivo que había ayudado a criar, le estrechó la mano a Verily, Soldado y Mike, y luego se puso a hacer lo que siempre hacía: apagar las velas, poner un tronco en la chimenea, comprobar que todo estaba seguro. Mientras lo hacía, Mesura ayudó a los viajeros a bajar las escaleras y salir por la puerta de atrás; encontró el camino sin otra iluminación que la débil luz de la luna. Al principio se dirigieron hacia el excusado, para que si alguien los veía no sospechara su partida a menos que advirtiera las bolsas o mochilas que cada uno llevaba. Mientras tanto, Mesura vigilaba, por si alguien tenía la intención de capturar a Alvin esa noche mientras iba al retrete. Siguió de guardia, aunque Peggy Lerner (¿o era ahora Goody Smith?), le aseguró que ni un alma vigilaba la parte trasera de la casa.

—Todas mis enseñanzas están ahora en tus manos, Mesura —le susurró Alvin cuando estaba a punto de salir a la noche por el porche trasero—. Te dejo una vez más, pero sabes que emprendemos el verdadero viaje juntos como auténticos compañeros, y así estaremos siempre hasta el final.

Mesura le oyó, y se preguntó si Peggy no le habría susurrado algo que hubiera visto en su fuego interno, pues a Mesura le preocupaba que Alvin olvidara cuánto le amaba y quería acompañarlo en aquel viaje. Pero no, Alvin no necesitaba que Peggy le dijera que tenía un hermano más leal que la vida y más seguro que la muerte. Alvin besó a su hermano en la mejilla y se marchó, el último en salir.

Se reunieron todos en el bosque tras el excusado. Alvin caminó entre ellos, calmándolos con palabras suaves, tocándolos; y cada vez que los tocaba ellos podían oír un poco mejor una especie de zumbido suave, ¿o era el roce del viento, o la llamada de un pájaro demasiado lejano, o quizás un coyote distante murmurando en

sueños, o el suave roce de los pies de una ardilla en un árbol del siguiente risco? Era una especie de música, y al final no importó cuál era la fuente del sonido; todos entraron en su ritmo, cogidos de la mano, y encabezando la fila, Alvin. Se movían con rapidez y seguridad, al ritmo de la música, deslizándose con facilidad entre los árboles, creando nuevos sonidos, sin decir nada, maravillándose de cómo podían haber recorrido antes aquellos bosques sin imaginar que hubiera un sendero tan claro y bien marcado; sin embargo, cuando miraban atrás no había ningún sendero, sólo los matorrales cerrándose de nuevo, pues el sendero lo abría el avance de Alvin en medio del canto verde, y tras su grupo el bosque volvía a adoptar su forma habitual.

Llegaron al río, donde esperaba Po Doggly con dos barcas.

—Os lo advierto —susurró—. No soy *sheriff* esta noche. Sólo hago lo que Horace y yo hemos hecho tantas veces en el pasado, mucho antes de que me dieran la placa: ayudar a la gente que debe ser libre a llegar a salvo al otro lado del río.

Po y Alvin manejaron los remos de una de las barcas y Mike y Verily los de la otra, pues aunque el abogado no estaba acostumbrado a aquel trabajo ningún remo de madera habría dejado una sola ampolla en sus manos. Cruzaron el Hio en silencio. Sólo cuando llegaron a la mitad, Peggy, que llevaba el timón, se atrevió a susurrar a Alvin:

—¿Podemos hablar un poco ahora?

—En voz baja —dijo Alvin—. Y nada de risas.

¿Cómo había sabido que ella estaba a punto de echarse a reír?

—Hemos dejado atrás a una docena de hombres mientras atravesábamos el bosque, todos dormidos, esperando el amanecer. Pero no hay nadie en la otra orilla, excepto el fuego interno que buscamos.

Alvin asintió, e hizo una seña a los hombres del otro bote.

Bordearon la ribera en la parte de Appalachee a lo largo de un cuarto de milla antes de llegar al lugar que buscaban para desembarcar. Había un muelle para esquifes allí, antes de que la bruma roja del Mizzipy y los nuevos ferrocarriles frenaran y luego detuvieran la mayor parte del tráfico fluvial. Ahora vivía en el lugar una pareja mayor, sobre todo de la pesca y de un huerto que, aunque poco, todavía producía lo suficiente para cubrir sus necesidades.

El doctor Whitley Physicker esperaba en el patio delantero de la casa con su carruaje y cuatro caballos ensillados; había insistido en comprarlos o alquilarlos él mismo, y se negó a que se los pagaran. También compensó económicamente a los viejos que vivían allí por la molestia de tener visitas tan tarde.

Había un hombre con él. Arturo Estuardo lo reconoció de inmediato y lo llamó por su nombre. John Binder sonrió tímidamente y estrechó las manos de todo el mundo, igual que hizo el doctor Physicker.

—No soy muy bueno remando, a mi edad —explicó el doctor Physicker—. Así que John, que es un hombre más digno de confianza que ninguno, accedió a venir, sin hacer preguntas. Supongo que todas las preguntas que no hizo ya han quedado

respondidas.

Binder sonrió y se echó a reír.

—Eso creo, menos una. He oído decir que estabas enseñando a la gente a Hacer allá en Iglesia de Vigor, y esperaba que pudieras enseñarme aquí. Pero ahora te marchas.

Alvin lo tranquilizó.

—Mi hermano está en la posada. Nadie tiene que saber que está allí, pero si vas a ver a Horace Guester y le dices que te envío yo, te dejará subir y hablar con Mesura. Hay una dura historia que tendrá que contarte...

—Sé lo de la maldición.

—Muy bien —dijo Alvin—. Porque cuando acabe con eso, puede enseñarte lo que yo enseñaba en Iglesia de Vigor.

Po Doggly y John Binder separaron los botes de la orilla antes incluso de que los otros montaran en sus caballos o se sentaran en el carruaje; Whitley Physicker saludó desde el bote de Binder. Alvin les estrechó la mano a los dos ancianos, que se habían levantado de la cama para despedirlos. Luego subió al pescante del carruaje con Margaret; Verily y Arturo se sentaron detrás. Soldado y Mike montaron a caballo; la montura de Verily y la de Alvin y Arturo estaban atadas al carruaje.

A punto ya de ponerse en marcha, Mike acercó su caballo (que resoplaba y piafaba, porque Mike era un tipo pesado y no demasiado buen jinete) al carruaje y le dijo a Alvin:

—¡Bueno, este plan ha funcionado demasiado bien! ¡Esperaba darle un susto de muerte a algún matón antes de que acabara la noche!

Peggy se asomó desde el otro lado del asiento y dijo:

—Tu deseo se cumplirá a eso de una milla carretera arriba. Hay dos tipos que vieron llegar el carruaje del doctor Physicker esta tarde y se preguntaron qué hacía con cuatro caballos atados detrás. Sólo están vigilando la carretera, pero aunque no nos detengan, darán la alarma y nos perseguirán.

—No los mates, Mike —dijo Alvin.

—No lo haré a menos que me obliguen. No te preocupes, ya no soy tan desconsiderado con la vida de los demás —se acercó a Soldado, le entregó las riendas y dijo—: Toma, quédate con esta yegua. Este tipo de trabajo lo hago mejor de pie.

Desmontó y echó a correr.

Por lo que saqué en claro del relato de Mike Fink (y tenéis que comprender que un tipo que quiere que su historia sea fiel tiene que escuchar un montón de fanfarronadas antes de decidir qué hay de verdad en una historia sobre las heroicas hazañas de Mike Fink), aquellos dos matones tan listos estaban dormitando con la espalda apoyada en lados opuestos del mismo tronco de árbol cuando de repente les pareció como si les arrancaran los brazos y fueron arrastrados, agarrados por el cuello, y se dieron una trompada tan grande que las narices les sangraron y vieron las estrellas.

—Tenéis suerte de que haya hecho un juramento de no violencia —dijo Mike Fink—, o ahora mismo estaríais sufriendo auténtico dolor.

Ya que estaban sufriendo bastante, no quisieron averiguar qué entendía por dolor aquel tipo que deambulaba de noche. Así que le obedecieron y se quedaron muy quietos mientras les ataba las manos con un par de cuerdas, de modo que la mano derecha de uno quedó atada al extremo de la cuerda que sujetaba la izquierda del otro, con unos dos palmos de cuerda entre ambos; y lo mismo con las otras dos manos. Luego Fink los obligó a arrodillarse, cogió un tronco grande y lo dejó caer sobre las cuerdas que los unían. Se quedaron allí arrodillados como si estuvieran rezándole al tronco, con las manos demasiado separadas para soñar siquiera en soltar las ligaduras.

—La próxima vez que queráis oro —dijo Fink—, coged un pico y una pala y cavad, en vez de esperar por la noche a que pase un tipo inocente para robarle y matarlo.

—No íbamos a robar a nadie —farfulló uno de los hombres.

—Desde luego que no, porque todo aquel que quiera hacer daño a Alvin Smith tendrá que vérselas primero conmigo, y soy bastante duro, os lo aseguro.

Luego volvió corriendo a la carretera, llamó a los otros y esperó a que llegaran para montar en su caballo. Al cabo de un par de minutos cabalgaban hacia el sur por una serie de caminos que evitaban Wheelwright. El bonito carruaje, vacío junto al río, esperaba a que Horace Guester lo cruzara, subiera a él y lo utilizara para comprar mercancías en el gran mercado que era el orgullo y la alegría de Wheelwright. Fue entonces cuando los rufianes supieron que habían sido engañados. Oh, algunos de ellos se marcharon en busca del grupo de Alvin, pero les llevaba todo un día de ventaja, o casi, y ninguno encontró nada excepto un par de hombres arrodillados ante un tronco con el culo al aire.

A lo largo de todo el camino hasta la costa, Calvin esperaba que los soldados de Napoleón los atacaran y destrozaran el carruaje a tiros o le prendieran fuego o cualquier cosa por el estilo. No sabía por qué esperaba que Napoleón fuera desagradecido. A lo mejor se debía solamente a una sensación de inquietud general. Aquí estaba, sin haber cumplido todavía los veinte años, y ya había conocido los salones de Londres y París, había pasado horas a solas discutiendo un millar de cosas diferentes con el hombre más poderoso del mundo, había aprendido tantos secretos de aquel hombre poderoso como era posible, hablaba francés si no fluidamente sí competentemente, y mientras tanto había permanecido tranquilo, intacto, sin que el sueño de su vida hubiera cambiado. Era un Hacedor, mucho más que Alvin, que seguía en la ruda frontera de un burdo país nuevo que no podía llamarse a sí mismo nación. ¿A quién había conocido Alvin, excepto a otros palurdos como él? Sin embargo, a Calvin le atemorizaba vagamente la idea de volver a América. Algo

intentaba detenerlo. Algo no quería que fuera.

—Son los nervios —dijo Honoré—. Te enfrentarás a tu hermano. Ahora sabes que es un payaso provinciano, pero sigue siendo tu némesis, la vara con la que debes medirte. Además, viajas conmigo, y eres constantemente consciente de la necesidad de causarme buena impresión.

—¿Y por qué iba yo a necesitar impresionarte, Honoré?

—Porque voy a incluirte en una historia algún día, amigo mío. Recuerda que el poder último es mío. Puede que tú decidas qué hacer en esta vida, hasta cierto punto. Pero yo decidiré lo que los demás piensen de ti, y no sólo ahora sino mucho después de que hayas muerto.

—Si alguien sigue leyendo tus novelas.

—No lo comprendes, mi querido patán. Lean mis novelas o no, mi opinión sobre tu vida prevalecerá. Estas cosas adquieren una vida propia. Nadie recuerda la fuente original, ni a nadie le interesa.

—Así que la gente sólo recordará lo que tú digas de mí... y a ti no te recordará para nada.

Honoré se echó a reír.

—Oh, no sé, Calvin. Pretendo ser memorable. Pero claro, ¿me importa que me recuerden? Creo que no. He vivido sin el afecto de mi propia madre; ¿por qué debería querer el afecto de desconocidos que aún no han nacido?

—No se trata de que seas recordado —dijo Calvin—. Se trata de si cambiarás el mundo.

—Y mi primer cambio será éste: ¡Deben recordarme! —la voz de Honoré sonó tan fuerte que el cochero recorrió la trampilla y preguntó si querían algo de él—. Más velocidad —gritó Honoré—, y menos baches. Oh, y cuando los caballos descarguen menos olor.

El cochero gruñó y volvió a cerrar la trampilla.

—¿Pretendes cambiar el mundo? —preguntó Calvin.

—¿Cambiarlo? Un proyecto mezquino, falto de ambición y lleno de autodesprecio. Tu hermano quiere construir una ciudad. Tú quieres destruirla ante sus ojos. Yo soy quien tiene la visión, Calvin. Pretendo crear un mundo. Un mundo más fascinante, absorbente, hechizador, intrincado, hermoso y real que este mundo.

—¿Vas a superar a Dios?

—Él pasó demasiado tiempo con la geología y la botánica. Para él, Adán fue algo añadido a última hora... oh, por cierto, ¿se encuentra ya el hombre sobre la Tierra? No cometeré ese error. Me concentraré en las personas, y meteré la ciencia en las rendijas.

—La diferencia es que tus personas quedarán reducidas a ser diminutas marcas negras sobre el papel.

—¡Mis personas serán más reales que estas criaturas huecas que Dios ha hecho! También yo las crearé a mi imagen y semejanza (sólo que más altas), y la realidad de

las mías será más palpable, tendrán más vida interior, más conexión con el mundo que les rodea que esos campesinos cubiertos de barro o los calculadores cortesanos de palacio o los soldados tambaleantes y los presumidos hombres de negocios que tienen París a sus pies.

—En vez de preocuparme por si el Emperador nos alcanza, tal vez debería preocuparme de que no nos caiga encima un rayo —dijo Calvin.

Pretendía hacer un chiste, pero Honoré no se rió.

—Calvin, si Dios te quisiera muerto por algo, ya lo estarías. Yo no pretendo saber si Dios existe, pero te digo una cosa: ¡El viejo ya chochea! Habla con grandilocuencia pero ha pasado a la historia. ¡Ya no tiene el poder! ¡No puede detenernos! ¡Oh, tal vez pueda borrarlos de su testamento, pero labraremos nuestra fortuna y tendrá que dejarnos paso si no quiere que le salpiquemos cuando pasemos de largo!

—¿Has dudado alguna vez de ti mismo?

—Nunca —dijo Honoré—. Vivo en la constante certeza del fracaso, y la constante certeza del genio. Es una especie de locura, pero la grandeza no es posible sin ella. Tu problema, Calvin, es que nunca pones nada en duda. Como sientes, así es como hay que sentir, y por eso sientes así y todo lo demás será mejor que se aparte de tu camino. Mientras que yo consiento en cambiar mis sentimientos porque mis sentimientos siempre están equivocados. Por ejemplo, cuando aborda una mujer que le atrae, el tonto actúa según sus instintos y se agarra a un pecho ofrecido o hace alguna invitación que le procura una bofetada y lo aleja de las mejores fiestas durante el resto del año. Pero el hombre sabio mira a la mujer a los ojos y la lisonjea comentando su sorprendente belleza y su gran sabiduría y su propia incapacidad para explicarle cómo ella se merece un lugar en el centro exacto del universo. Ninguna mujer puede resistir eso, Calvin, o si puede, no merece la pena poseerla.

El carruaje se detuvo.

Honoré abrió la portezuela.

—¡Huele el aire!

—Pescado podrido —dijo Calvin.

—¡La costa! Me pregunto si vomitaré, y si lo hago, si el aire marino influirá en el color y la consistencia de mi vómito.

Calvin ignoró su burla deliberadamente soez y recogió el equipaje. Sabía bien que Honoré sólo era vulgar si no respetaba mucho a su interlocutor; en presencia de aristócratas, nunca murmuraba otra cosa que adulaciones y epigramas. Que el joven novelista le hablara así a Calvin era signo no tanto de intimidad como de falta de respeto.

Cuando encontraron un barco adecuado con destino a Canadá, Calvin le mostró al capitán la carta que le había dado Napoleón. Contrariamente a lo que se temía después de haber visto el montaje de un guión revisado y embellecido de *Hamlet* en Londres, la carta no instruía al capitán para que matara a Calvin y a Honoré de inmediato... aunque no había ninguna garantía de que el hombre no tuviera órdenes

de estrangularlos y tirarlos al mar cuando perdieran tierra de vista.

¿Por qué tengo tanto miedo?

—¿Así que el tesorero del Emperador me reembolsará todos los gastos a mi regreso?

—Ése es el plan —dijo Honoré—. Pero tome, amigo mío, sé lo poco generosos que son los burócratas imperiales. Tome esto.

Le tendió al capitán un fajo de francos. Calvin se sorprendió.

—Todas estas semanas has fingido ser pobre y estar de deudas hasta las orejas.

—¡Soy pobre! ¡Tengo deudas! Si no debiera dinero, ¿por qué me obligaría a escribir? No, simplemente le pedí prestado el dinero del pasaje a mi padre y a mi madre... No se hablan, así que nunca lo averiguarán. Y pedí un anticipo a dos de mis editores, prometiéndoles a cada uno un libro en exclusiva sobre mis viajes por América.

—¿Pediste prestado para pagar tu pasaje, sabiendo que el Emperador iba a pagarlo?

—Un hombre necesita dinero para sus gastos, o no es un hombre —dijo Honoré—. Tengo todo un fajo y la intención de ser generoso contigo, así que espero que no condenes mis métodos.

—No eres demasiado honrado, ¿no? —dijo Calvin, entre sorprendido y admirado.

—Me abrumas, me hieres, me ofendes, te reto a duelo y luego enfermo de neumonía para no tener que vérmelas contigo, pero te insto a seguir adelante sin mí. Recuerda que es porque yo tenía el dinero y que el capitán nos invitará a cenar en su camarote todas las noches que dure el viaje. Y en respuesta a tu pregunta, soy perfectamente honrado cuando estoy creando algo, pero por lo demás las palabras son meras herramientas diseñadas para extraer lo que necesito de los bolsillos o las cuentas bancarias de aquellos que lo poseen actual pero temporalmente. Calvin, has pasado demasiado tiempo entre puritanos... y yo demasiado entre hipócritas.

Fue Peggy quien encontró el desvío al valle Chapman, y lo encontró con facilidad a pesar de que no había ningún indicador y de que esta vez llegaba en dirección contraria. Alvin y ella dejaron a los demás en el carruaje, bajo el roble ahora pelado, delante de la casa de las tejedoras. Para Peggy, volver a aquel lugar era a la vez excitante y embarazoso. ¿Qué pensarían de como habían ido las cosas desde que la pusieron en ese camino?

Entonces, cuando alzaba la mano para llamar a la puerta, recordó algo.

—Alvin. Se me había olvidado, pero hay algo que Beca dijo cuando estuve aquí hace unos meses...

—Si se te olvidó, es que se te tenía que olvidar.

—Calvin y tú. Tienes que recuperar a Calvin, encontrarlo y recuperarlo antes de que se vuelva por completo contra la obra que estás haciendo.

Alvin sacudió la cabeza.

—Beca no lo sabe todo.

—¿Y eso qué significa?

—¿Qué te hace pensar que Calvin no era ya el enemigo de nuestra obra antes de nacer?

—Eso no es posible —dijo Peggy—. Los bebés nacen inocentes y puros.

—¿O envueltos en el pecado original? ¿Ésas son las alternativas? No puedo creer que nada menos que tú creas eso, tú que pones las manos sobre el vientre y ves los futuros en el fuego interno del bebé. El niño ya es como es entonces, en lo bueno y lo malo, dispuesto para salir al mundo y convertirse en lo que más quiera ser.

Ella le miró.

—¿Cómo es que cuando estamos solos, hablando de algo serio, no pareces un patán campesino?

—Porque tal vez he aprendido algo de lo que me has enseñado, aunque también sé que no quiero perder el contacto con la gente corriente. Ellos son los que van a construir la ciudad conmigo. Su lenguaje es mi lenguaje natal... ¿por qué debería olvidarlo sólo porque he aprendido otro? ¿Cuánta gente educada crees que va a dejar su bonito hogar y sus educados amigos para subirse las mangas y hacer algo con sus propias manos?

—No quiero llamar a esta puerta —dijo Peggy—. Mi vida cambia cuando entro en este sitio.

—No tienes que llamar —dijo Alvin. Extendió la mano y giró el pomo. La puerta se abrió.

Cuando se disponía a entrar, Peggy le cogió del brazo.

—¡Alvin, no puedes entrar así!

—Si la puerta no está cerrada, entonces puedo entrar. ¿No comprendes lo que es este lugar? Es el lugar donde las cosas son como deben ser. No es como el mundo de ahí fuera, el mundo que tú ves en los fuegos internos, el mundo de las cosas que pueden ser. Y no es como el mundo que tengo en mente, el mundo que podría ser. Y no es como el mundo tal como fue concebido por Dios la primera vez, que es el mundo tal como debería ser.

Ella le vio cruzar el umbral. No se oía ningún ruido en la casa, ni un solo sonido de vida. Le siguió. Por joven que fuera, aquel hombre al que había vigilado desde la infancia, aquel hombre cuyo corazón conocía más íntimamente que el suyo propio, aún era capaz de sorprenderla por lo que hacía de repente sin pensar, porque sabía que estaba bien y tenía que ser así.

La tela interminable seguía apilada, enlazada serpenteando sobre los muebles, los pasillos, arriba y abajo de las escaleras. Pasaron junto a ella.

—No tiene polvo —dijo Peggy—. No me di cuenta la primera vez. No hay polvo en la tela.

—¿Hay buenas amas de casa aquí? —preguntó Alvin.

—¿Limpian toda esta tela?

—O tal vez simplemente el tiempo no pasa por la tela. Siempre y para siempre existe en el momento del presente en que la lanzadera vuela de un lado a otro.

Mientras decía estas palabras, empezaron a oír la lanzadera. Alguien debía de haber abierto una puerta.

—¿Beca? —llamó Peggy.

Siguieron el sonido a través de la casa hasta la antigua cabaña de su centro donde una puerta abierta conducía a la habitación del telar. Pero para sorpresa de Peggy, no encontraron a Beca sentada allí, sino al niño, su sobrino, el que soñaba con eso. Movía la lanzadera adelante y atrás con habilidad.

—¿Beca ha...? —Peggy no se atrevía a preguntar por la muerte de la tejedora.

—No —dijo el niño—. Cambiamos un poco las reglas. No más sacrificio inútil. Es cosa tuya, ¿sabes? Viniste como juez... Bueno, se escuchó tu juicio. Yo hago mi turno y ella puede salir un rato.

—¿Así que ahora tenemos que hablar contigo? —preguntó Alvin.

—Depende de lo que queráis. No sé nada de nada, así que si queréis respuestas, no creo que pueda dáros las.

—Quiero utilizar la puerta que conduce a Ta-Kumsaw.

—¿Quién? —preguntó el niño.

—Tu tío Isaac —dijo Peggy.

—Oh, claro —indicó con la cabeza—. Es ésa.

Alvin se dirigió hacia ella.

—¿Has usado alguna vez una de esas puertas? —preguntó el niño.

—No.

—Bueno, pues entonces no seas estúpido y no te acerques a ella como si fuera una puerta corriente.

—¿En qué es diferente? Sé que conduce a las tierras rojas. Sé que conduce a la casa donde la hija de Ta-Kumsaw teje las vidas de los pieles rojas del oeste.

—Hay un truco. Cuando atraviesas la puerta, no puedes dejar que ninguna parte de ti toque nada más que aire. No puedes rozar el marco. No puedes dejar un pie en el suelo. No es como atravesar una puerta, es un salto.

—¿Y qué pasa si una parte de mí roza algo?

—Entonces esa parte te retiene un poco, te frena, te baja, y en vez de atravesar la puerta con un movimiento rápido, la atraviesas en un par de trozos. Y nadie podrá componerte después, señor Hacedor.

Peggy estaba anonadada.

—No pensaba que fuera tan peligroso.

—Respirar también es peligroso —dijo el niño—, si respiras algo que te hace enfermar —sonrió—. Vi que los dos veníais entrelazados. Felicidades.

—Gracias —dijo Alvin.

—¿Cómo te llaman ahora, mujer juez? —le preguntó el niño a Peggy—. ¿Goody

Smith?

—La mayoría sigue llamándome Peggy Lerner, aunque ahora dicen señora Lerner y no señorita.

—Yo la llamo Margaret —dijo Alvin.

—Pienso que estaréis realmente casados cuando ella empiece a pensar en sí misma por el nombre que tú le das, y no por el nombre por el que la llamaban sus padres —le hizo un guiño a Peggy—. Gracias por conseguirme el trabajo. Mis hermanas se alegran también, tenían pesadillas, ¿sabes? No les gusta el telar —se volvió hacia Alvin—. ¿Vas a entrar o qué?

En ese momento la puerta se abrió y un bulto de ropa atada salió de ella.

—Uf —dijo el niño—. Será mejor que os deis la vuelta. Beca va a entrar, y viaja completamente desnuda, ya que la ropa de las mujeres no puede atravesar la puerta sin rozar nada.

Alvin se volvió de espaldas, igual que Peggy, aunque al contrario que Alvin ella hizo trampa y se volvió a mirar de todas formas. Sin embargo, no fue Beca quien atravesó la puerta en primer lugar. Fue Ta-Kumsaw, un hombre a quien Beca nunca había visto en persona, aunque sí bastante a menudo en el fuego interno de Alvin. No iba desnudo, sino vestido con pieles de ciervo muy ajustadas al cuerpo. Los vio allí de pie y gruñó.

—El Niño Renegado vuelve a ver al más peligroso hombre rojo que jamás ha existido.

—Hola, Ta-Kumsaw —dijo Alvin.

—Hola, Isaac —dijo el niño—. Le advertí lo de la puerta, tal como me dijiste.

—Buen chico.

Les dio la espalda entonces, justo a tiempo para que Beca atravesara la puerta llevando sólo una fina y ajustada ropa interior. La cogió en brazos. Luego soltaron el bulto de ropa y sacaron un vestido, que ella se pasó por la cabeza.

—Muy bien —dijo Ta-Kumsaw—. Ahora está suficientemente vestida para ser una mujer blanca.

Alvin se dio la vuelta y la saludó. Hubo apretones de manos, e incluso un abrazo entre las mujeres. Hablaron sobre lo que había pasado en Río Hatrack en los últimos meses, y luego Alvin explicó sus propósitos.

Ta-Kumsaw no demostró emoción alguna.

—No sé qué dirá mi hermano. Sigue su propio criterio.

—¿Gobierna allá en el oeste? —preguntó Alvin.

—¿Gobernar? No es así como hacemos las cosas. Hay muchas tribus, y en cada tribu muchos hombres sabios. Mi hermano es uno de los más grandes, todo el mundo reconoce eso. Pero no hace la ley decidiendo lo que debe ser. No hacemos nada tan tonto como eso que vosotros hacéis de elegir a un presidente y concentrar demasiado poder en sus manos. Era bueno cuando había hombres buenos en el cargo, pero siempre que se crea un cargo sobre el que un hombre puede poner las manos, un

hombre malvado le pone algún día la mano encima.

—Lo que va a pasar el día de Año Nuevo cuando Harrison...

Ta-Kumsaw hizo una mueca.

—Nunca pronuncies ese nombre, ese nombre insoportable.

—No pronunciarlo no lo hará desaparecer.

—Mantendrá su maldad apartada de esta casa —dijo Ta-Kumsaw—, alejada de la gente que amo.

Mientras tanto, Beca había terminado de vestirse. Se acercó al niño y le dio un empujón con la cadera.

—Muévete, dedos gordos. Es mi telar lo que estás manoseando.

—El tejido más tenso de todos —repuso el niño—. La gente siempre sabrá qué partes tejí yo.

Beca se sentó en la silla y empezó a hacer bailar la lanzadera. La música del telar cambió completamente de ritmo y de melodía.

—¿Vienes con un propósito, Hacedor? La puerta todavía está abierta para ti. Haz lo que viniste a hacer.

Por primera vez Peggy miró de verdad la puerta, tratando de ver qué había más allá; y lo que había más allá era nada. No nebrura, pero tampoco luz del día. Sólo... nada. Sus ojos no podían mirarla; su mirada continuaba apartándose.

—Alvin —dijo—. ¿Estás seguro de que quieres...?

Él la besó.

—Me encanta cuando te preocupas por mí.

Ella sonrió y le devolvió el beso. Mientras él se quitaba la gorra y las botas, y el abrigo largo que podría rozar el marco de la puerta, no vio cómo ella metía la mano en la cajita que guardaba en un bolsillo de la falda ni cómo sostenía el último trozo de su placenta entre los dedos y luego contemplaba su fuego interno, lista para pasar a la acción en el momento en que él la necesitara, para usar su poder curativo incluso si, en alguna situación extrema, Alvin no podía o no se atrevía o no quería usarlo él mismo.

Alvin corrió hacia la puerta, saltó primero con el pie izquierdo, y su pie derecho dejó el suelo antes de que ninguna parte de él traspusiera la puerta. La atravesó con la cabeza encogida; no dio en el dintel por un pelo.

—No me gusta que la gente salte estirada de esa forma —dijo Ta-Kumsaw—. Es mejor saltar con los pies juntos y encogido en una pelota.

—Los hombres atléticos podéis hacerlo —dijo Beca—. Pero yo no me veo cayendo así al suelo y rodando. Además, tú mismo saltas la mitad de las veces.

—No soy tan alto como Alvin —dijo Ta-Kumsaw. Se volvió hacia Peggy—. Ha crecido mucho.

Pero Peggy no le contestó.

—Está viendo su fuego interno —dijo Beca—. Será mejor que la dejes tranquila hasta que él vuelva.

Alvin tropezó y cayó cuando golpeó el suelo al otro lado; quedó tendido en un montón de tela y oyó una risa. Se levantó y miró a su alrededor. Otra cabaña, pero más nueva, y la muchacha del telar era apenas mayor que él. Era mestiza igual que Arturo, pero medio india en vez de medio negra, y la combinación de Ta-Kumsaw y Beca era evidente en ella.

—Hola, Alvin —dijo. Él creía que su voz, como la de Ta-Kumsaw y Tenskwa-Tawa, tendría mucho acento cuando hablara en inglés, pero hablaba como Beca, de un modo un poco anticuado pero como una hablante nativa de la lengua.

—Hola.

—Has caído como una tonelada de ladrillos —dijo ella.

—He chocado contra ese montón de tela.

—No te preocupes. Por eso está ahí. Papá siempre choca con ella cuando entra como una bala de cañón.

Dicho eso, a Alvin se le acabó la conversación, y a ella también, así que se quedó allí mirándola mientras manejaba el telar.

—Ve a buscar a Tenskwa-Tawa. Te está esperando.

Alvin había oído hablar tanto de la niebla del Mizzipy que casi se le había metido en la cabeza que todas las tierras del oeste estaban cubiertas de bruma. Cuando abrió la puerta de la cabaña y salió, se encontró con que, no sólo no había niebla, sino que el cielo era tan claro que casi se podía ver la gloria a plena luz del día. Había montañas altas al este, y las vio tan clara y nítidamente que creyó distinguir las grietas del granito pelado de la cima y poder contar las hojas de los robles situados a medio camino de sus faldas. La cabaña se alzaba al pie de una colina que separaba dos valles, ambos con un lago. El del norte era grande, su final invisible a causa de la curvatura de la Tierra, no porque hubiera bruma en el aire; el lago del sur era más pequeño, pero aún más hermoso, y brillaba como una joya azul a la luz fría de finales de otoño.

—La nieve se retrasa —dijo una voz tras él.

Alvin se volvió.

—Hombre Resplandeciente —dijo. El nombre escapó de sus labios antes de que pudiera pensarlo.

—Y tú eres el hombre que aprendió a ser hombre cuando era un niño —dijo Tenskwa-Tawa.

Se abrazaron. El viento silbó a su alrededor. Cuando se separaron, Alvin volvió a contemplar el paisaje.

—Es un lugar muy descubierto para levantar una cabaña.

—Tenía que ser aquí —dijo Tenskwa-Tawa—. El valle del sur es Timpa-Nogos. Suelo sagrado, donde no puede haber casas ni guerras. El valle del norte es tierra de pastos, donde las familias que se quedan sin comida en invierno pueden cazar ciervos. Tampoco hay casas. No te preocupes. En casa de una tejedora siempre hace

calor —sonrió—. Me alegro de verte.

Alvin no estaba seguro de haber visto a Tenskwa-Tawa sonreír nunca.

—¿Eres feliz aquí?

—¿Feliz? —la cara de Tenskwa-Tawa se volvió de nuevo plácida—. Siento como si estuviera con un pie en esta tierra y el otro en el lugar donde mi pueblo me espera.

—No todos murieron en Tippy-Canoe —dijo Alvin—. Todavía tienes a gente aquí.

—También están con un pie en un sitio y el otro pie en otro —miró hacia un cañón que conducía a una abertura entre las montañas altísimas—. Viven en un valle alto. La nieve se retrasa este año, y se alegran por eso, siempre que no signifique poca agua para el año que viene, y poca cosecha. Ésa es nuestra vida ahora, Alvin Maker. Vivíamos en un lugar donde el agua saltaba del suelo cada vez que lo golpeabas con un palo.

—Pero el aire es claro. Podéis ver hasta el infinito.

Tenskwa-Tawa puso un dedo sobre los labios de Alvin.

—Ningún hombre ve hasta el infinito. Pero algunos hombres ven más lejos. El invierno pasado cabalgué una torre de agua en el cielo sobre el lago sagrado Timpanogos. Vi muchas cosas. Te vi venir aquí. Oí las noticias que me dabas y las peticiones que me hacías.

—¿Y oíste tu respuesta?

—Primero debes hacer realidad mi visión.

Así que Alvin le contó que Harrison había sido elegido presidente por presumir de sus manos ensangrentadas, y cómo se preguntaban si Tenskwa-Tawa liberaría de su maldición al pueblo de Iglesia de Vigor para que, los que quisieran, pudieran salir de sus casas y formar parte de la Ciudad de Cristal cuando Alvin empezara a construirla.

—¿Fue esto lo que me oíste pedirte?

—Sí —dijo Tenskwa-Tawa.

—¿Y cuál fue tu respuesta?

—No vi mi respuesta. Así que he tenido todos estos meses para pensar cuál sería. En todos estos meses, mi gente, la que murió en aquella colina, ha caminado ante mis ojos en sueños. He visto su sangre correr una y otra vez sobre la hierba y volver rojo el arroyo de Tippy-Canoe. He visto las caras de los niños y los bebés. Los conocía a todos por sus nombres, y aún recuerdo todos los nombres y todos los rostros. Veo a cada uno de ellos en sueños, y les pregunto, ¿perdonáis a esos asesinos blancos? ¿Comprendéis su ira y me dejaréis quitar vuestra sangre de sus manos?

Tenskwa-Tawa hizo una pausa. Alvin esperó también. No se metía prisa a un chamán mientras hablaba de sus sueños.

—Cada noche he tenido este sueño hasta que por fin anoche vino el último de ellos y le hice mi pregunta.

Otra vez, silencio. Otra vez, Alvin esperó pacientemente. No con la paciencia con

la que un hombre blanco espera mirando alrededor o moviendo los dedos o haciendo otra cosa para marcar el paso del tiempo. Alvin esperó con la paciencia de un piel roja, como si hubiera que saborear aquel momento, como si la incertidumbre de la espera fuera en sí misma una experiencia que anotar y recordar.

—Si uno solo de ellos hubiera dicho, no los perdones, no levantes la maldición, entonces no habría levantado la maldición —dijo Tenskwa-Tawa—. Si un solo bebé hubiera dicho, no los perdono por quitarme mis días de correr como un ciervo por las praderas, no levantaría la maldición. Si una sola madre me hubiera dicho, no los perdono por el bebé que había en mi vientre cuando morí, que nunca vio la luz del día con sus hermosos ojos, no levantaría la maldición. Si un solo padre hubiera dicho, la ira aún arde en mi corazón, y si levantas la maldición seguiré sin vengar mi ira, entonces no levantaría la maldición.

Las lágrimas corrían por el rostro de Alvin, pues ahora sabía la respuesta, y no se imaginaba a sí mismo siendo tan bueno como para perdonar a aquellos que le hubieran hecho algo tan terrible a él y a su familia, ni siquiera una vez muerto.

—También pregunté a los vivos —dijo Tenskwa-Tawa—, a aquellos que perdieron padre y madre, hermano y hermana, tío y tía, hijo y amigo, maestro y ayudante, compañero de caza, y marido, y esposa. Si uno solo de esos que viven hubiera dicho no puedo perdonarlos todavía, Tenskwa-Tawa, no levantaría la maldición.

Luego guardó silencio una última vez. Esta vez el silencio duró y duró. Era mediodía cuando Alvin llegó; el sol tocaba las cimas de las montañas del oeste cuando por fin Tenskwa-Tawa se movió de nuevo, meneando la cabeza. Como Alvin, también él había llorado, y luego había esperado lo suficiente para que las lágrimas se secaran, y luego había vuelto a llorar, todo sin cambiar la expresión de su rostro, todo sin mover un músculo del cuerpo mientras los dos hombres permanecían sentados uno frente al otro en la alta hierba seca de otoño, en el frío viento seco de otoño. Ahora abrió la boca y volvió a hablar.

—He levantado la maldición —dijo.

Alvin abrazó a su viejo maestro. No era lo que un piel roja hubiera hecho, pero Alvin había actuado como un piel roja toda la tarde, y por eso Tenskwa-Tawa aceptó el gesto e incluso lo devolvió. Al contacto de las manos del Profeta Rojo, su mejilla contra el pelo del anciano, la cara del anciano contra su hombro, Alvin recordó que una vez pensó en pedir a Tenskwa-Tawa que aumentara la maldición sobre Harrison, para impedir que diera mal uso a sus manos ensangrentadas. Eso le avergonzó. Si los muertos podían perdonar, ¿no deberían hacerlo los vivos? Harrison encontraría su camino a través de la vida, y su propio rumbo hacia la muerte. El juicio tendría que llegar, si llegaba, de alguien más sabio que Alvin.

Cuando se levantaron, Tenskwa-Tawa miró hacia el norte, hacia el lago mayor.

—Mira, viene un hombre.

Alvin vio lo que estaba mirando. No muy lejos, un hombre corría por un sendero

entre la hierba alta. No corría al estilo de los pieles rojas, sino de los hombres blancos, y no era joven. Su cabeza calva y destocada brilló momentáneamente con la luz del sol poniente.

—¿No es Truecacuentos?

—Los sho-sho-nay le invitaron a venir e intercambiaron historias con él —dijo Tenskwa-Tawa.

Sin hacer más preguntas, Alvin esperó con Tenskwa-Tawa hasta que Truecacuentos terminó de recorrer el sendero. Cuando llegó estaba sin aliento, como era de esperar. Pero cuando Alvin envió su poder al cuerpo de Truecacuentos, se sorprendió de la excelente salud del viejo. Se saludaron cálidamente, y Alvin le contó la noticia. Truecacuentos le sonrió a Tenskwa-Tawa.

—Tu pueblo es mejor de lo que pensáis —dijo.

—O más olvidadizo —respondió Tenskwa-Tawa con tristeza.

—Me alegro de haber estado casualmente aquí para oír esta noticia —dijo Truecacuentos—. Si vas a volver a través de la casa de la tejedora, me gustaría ir contigo.

Cuando Alvin y Truecacuentos regresaron a la cabaña de Beca, en el corazón de la casa de la tejedora, hacía dos horas que había oscurecido. Ta-Kumsaw había salido a invitar a Peggy y los amigos de Alvin a entrar y comer con la familia. La hermana de Beca y sus hijas y su hijo se les unieron; comieron asado de carne de bison, comida de piel roja cocinada al estilo del hombre blanco, una solución de compromiso como tantas otras cosas en aquella casa. Ta-Kumsaw se había presentado como Isaac Weaver, y Peggy tuvo cuidado de no llamarle por otro nombre.

Alvin y Truecacuentos los encontraron a todos tendidos en sus petates sobre el suelo del recibidor, a excepción de Peggy, que estaba sentada en una silla, escuchando a Verily Cooper contarles historias de su vida en Inglaterra y todos los subterfugios que había usado para ocultar su don a la gente. Se volvió hacia la puerta antes de que su marido y su viejo amigo la atravesaran; los otros también se volvieron, así que todos los ojos se clavaron en ellos. Supieron de inmediato, por la alegría en la cara de Alvin, lo que les había respondido Tenskwa-Tawa.

—Quiero ponerme en marcha esta noche y comunicarlo —dijo Soldado de Dios—. Quiero que sepan la buena noticia ahora mismo.

—Demasiado oscuro —objetó Ta-Kumsaw, que salió de la cocina, donde había estado ayudando a su cuñada a fregar los platos de la cena.

—Ya no hay más reglas, ahora la maldición se ha levantado —dijo Alvin—. Pero nos pide que hagamos una cosa. Que todos los que tuvieron sobre sí la maldición reúnan a su familia una vez al año, en el aniversario de la masacre de Tippy-Canoe, y que ese día no coman carne y cuenten la historia como se solía contar a los forasteros

que venían a Iglesia de Vigor. Una vez al año, a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos, para siempre. Pide que hagamos eso, pero no habrá castigo si no lo hacemos. Ningún castigo excepto que nuestros hijos olvidarán, y cuando olviden, siempre existirá la posibilidad de que pueda volver a suceder.

—Les diré eso también —dijo Soldado—. Todos jurarán hacerlo, puedes estar seguro, Alvin —se volvió hacia Ta-Kumsaw—. Puedes decirle a tu hermano de mi parte, la próxima vez que le veas, que todos prestarán el juramento.

Ta-Kumsaw gruñó.

—Se acabó lo de llamarse Isaac para ocultar quién soy yo de verdad.

—Nos hemos visto antes —dijo Soldado—, y aunque no fuera así, reconozco a un gran líder cuando veo a uno, y sabía a quién venía a ver Alvin.

—Hablas demasiado, Soldado de Dios, como todos los hombres blancos —dijo Ta-Kumsaw—. Pero al menos lo que dices no es siempre estúpido.

Soldado asintió y sonrió para agradecerle el cumplido.

A Alvin y Peggy les dieron un dormitorio y una buena cama, que Peggy sospechaba era de Ta-Kumsaw y Beca. Los demás durmieron en el suelo del recibidor. Durmieron lo mejor que pudieron, que no fue mucho, con toda la excitación y los ronquidos de Mike Fink y con Soldado que tenía que ir a orinar unas tres veces por hora según parecía hasta que Peggy escuchó actividad, despertó a Alvin, y éste hizo algo con su poder dentro del cuerpo de Soldado para que no notara la vejiga siempre a punto de estallar. Cuando amaneció, los hombres del recibidor durmieron un poquito más, y despertaron con el olor del desayuno campestre, con bizcochos y salsa y rebanadas de jamón ahumado fritas con patatas.

Luego llegó el momento de partir. Soldado de Dios se comportaba como un caballo ansioso, bufando y resoplando, hasta que por fin le dijeron que adelante. Montó y salió cabalgando del valle Chapman, agitando el sombrero y aullando como aquellos malditos locos la noche de las elecciones de la semana anterior.

La partida de Alvin y Peggy fue más complicada. Truecacuentos y ella cogerían el carruaje de Whitley Physicker y lo llevarían hasta el pueblo más cercano, donde ella alquilaría otro carro, y después Truecacuentos iría a Río Hatrack para devolverle al buen doctor el suyo. Desde allí, Peggy pretendía ir a Filadelfia.

—Espero volver algunos corazones contra los planes de Harrison, si estoy allí cuando se reúna el Congreso. Sólo va a ser presidente, no rey, ni emperador... tiene que obtener el consentimiento del Congreso para hacer cualquier cosa, y quizá todavía hay esperanza.

Pero Alvin sabía por cómo lo decía que tenía pocas esperanzas, que ya sabía por qué oscuros caminos conduciría Harrison el país.

Alvin casi se sentía igual de sombrío respecto a sus propios proyectos.

—Tenskwa-Tawa no pudo decirme nada sobre cómo Hacer la Ciudad de Cristal, excepto una cosa que ya sabía: que el Hacedor es parte de lo que Hace.

—Así que... tú buscarás, y yo buscaré —dijo Peggy.

Lo que ninguno de los dos dijo, porque los dos sabían que los dos lo sabían, era que ya había un bebé creciendo en el vientre de Margaret; una niña. Cada uno de ellos calculó nueve meses igual que el otro.

—¿Dónde estarás en agosto? —preguntó Alvin.

—Dondequiera que esté, seguro que lo sabes.

—Y dondequiera que estés, me aseguraré de estar allí.

—Creo que el nombre debería ser Beca —dijo Peggy.

—Estaba pensando en llamarla como tú. Pequeña Peggy.

Peggy sonrió.

—¿Beca Margaret, entonces?

Alvin sonrió a su vez, y la besó.

—La gente dice que los locos cuentan los pollos antes de que salgan del cascarón. Eso no es nada. Nosotros les ponemos nombre.

La ayudó a subir al carruaje, junto a Trucacuentos, que ya tenía las riendas en la mano. Arturo Estuardo le acercó a Alvin su caballo, y cuando montaba, el niño dijo:

—¡Hicimos una canción anoche, mientras estabais arriba!

—¿Una canción? Oigámosla pues.

—La compusimos como si fueras tú quien la canta —dijo Arturo Estuardo—. ¡Vamos, todos tenéis que cantar! Y al final yo canto el estribillo; compuse esa última parte solo, sin la ayuda de nadie.

Alvin extendió los brazos y aupó al niño tras él. Los brazos de Arturo Estuardo le rodearon la cintura.

—Vamos —gritó el niño—. Cantemos todos.

Mientras empezaban la canción, Alvin cogió los arneses del principal caballo del carruaje y abrió la marcha por el camino que dejaba atrás el valle Chapman.

*Un joven que comienza su andadura
debe dejar su casa con premura.
¡Mejor no andar vagando sólo
o puedes acabar devorado por un oso!*

*Soy lo bastante sabio para oír la melodía,
¿pero quién me hará compañía?
¡Si elijo por compañero a alguno más bien soso,
podría acabar devorado por un oso!*

*Llevaré conmigo a cierto niño mulato,
es pequeño, pero sabe un rato.
¡Tendré que vigilarlo, sería espantoso
si el crío acabara devorado por un oso!*

*Llevaré conmigo a este abogado
de suaves modales, refinado,
¡y lo convertiré en un explorador famoso,
para que no acabe devorado por un oso!*

*Y esa noble rata de río,
tan fuerte el hombre, y tan comprometido.
Es un gato montés peligroso...
¡No acabará devorado por un oso!*

*Y ahora nos vamos a donde queremos,
héroes somos, nos atrevemos
a desafiar mosquitos, avispas y raposos,
¡y no seremos devorados por un oso!*

Llegaron a la carretera principal y Peggy tiró hacia la derecha, en dirección norte, mientras que los hombres cabalgaron hacia el sur. Ella saludó desde el asiento del conductor, pero no miró atrás. Alvin se detuvo a contemplarla, sólo un momento, un buen momento, mientras Arturo Estuardo gritaba tras él:

—¡Ahora tengo que cantar la parte final que me inventé yo solo! ¡Ahora!

—Venga, cántala —dijo Alvin.

Y Arturo Estuardo cantó:

*¡Oso pardo, oso pardo,
corre y escóndete, oso bastardo!
¡Te quitaremos tu abrigo de pelo
y en ropa interior te asaremos!*

Alvin se rió hasta que las lágrimas le corrieron por el rostro.

Capítulo 19.

FILADELFIA

Cuando el barco de Calvin y Honoré llegó a Nueva Amsterdam, los periódicos sólo hablaban de la toma de posesión, que sería al cabo de una semana, en Filadelfia. Calvin recordó el nombre de Harrison de inmediato: ¿cuántas veces había escuchado la historia de la masacre de Tippy-Canoe? Recordó haber conocido al tipo de las manos ensangrentadas en las calles de Nueva Amsterdam, y se lo dijo a Honoré.

—Así que tú lo creaste.

—Le ayudé a sacar lo mejor de sus limitadas posibilidades.

—No, no. Eres demasiado modesto. Este hombre se creó a sí mismo como un monstruo que mataba gente por motivos políticos. Entonces ese profeta rojo lo destruyó con una maldición. Luego, a partir de la desesperanzada ruina de su vida, tú enderezaste de nuevo su rumbo hacia arriba. Calvin, finalmente me impresionas. Has conseguido, en vida, ese poder infinito que normalmente está reservado al novelista.

—¿El poder de utilizar enormes cantidades de papel y tinta para nada bueno?

—El poder de hacer que la vida de la gente dé las vueltas más inesperadas. Los padres, por ejemplo, no tienen ese poder. Pueden ayudar a sus hijos, o más probablemente, destrozan la vida de sus hijos como la madre de alguien hizo con su adulterio mientras abandonaba a su hijo a las tiernas atenciones del internado. Pero esos padres no tienen poder luego para curar al hijo que han herido. Tras haberlo hundido, no pueden levantarlo. Pero yo puedo hundir a un hombre, y luego levantarlo, y volverlo a hundir, todo con un golpe de pluma.

—Y yo también —dijo Calvin, pensativo.

—Bueno, hasta cierto punto —dijo Honoré—. Para ser sinceros, tú no lo hundiste, y ahora, tras haberlo alzado, dudo que puedas volver a hundirlo. El hombre ha sido elegido presidente, aunque sus dominios consistan principalmente en árboles y bestias que habitan en los árboles.

—Hay siete millones de personas en los Estados Unidos.

—A ellos me refería.

El desafío era demasiado grande para que Calvin lo resistiera. ¿Podría hundir al presidente de Estados Unidos? ¿Cómo lo haría? Esta vez no podría ser con palabras despectivas que lo indujeran a la autodestrucción, ya que las palabras de Calvin habían ayudado a resucitarlo de un vergonzoso olvido. Pero claro, Calvin había aprendido a hacer cosas mucho más sutiles que la simple charla en los muchos meses pasados desde entonces. Sería un desafío. Casi un reto.

—Vamos a Filadelfia —dijo—. A la toma de posesión.

Honoré se sintió completamente feliz de subir al tren y seguirle. Le divertía el tamaño y la novedad de los pueblecitos que los americanos llamaban «ciudades», y Calvin siempre tenía que estar atento mientras él practicaba su inglés, bastante pobre,

con la clase de americano burdo capaz de coger al pequeño francés y lanzarlo de cabeza a un río. Honoré, armado solamente con un bastón tallado que le había comprado a otro viajero, había recorrido tan tranquilo los distritos de emigrantes más miserables de Nueva Amsterdam y ahora de Filadelfia.

—Esos hombres no son personajes de novela —le dijo Calvin más de una vez—. ¡Si te rompen el cuello, lo harán de verdad!

—Entonces tendrás que curarme, mi talentoso amigo.

Mientras Calvin esperaba la toma de posesión, consideró muchos posibles planes. Nada que se basara sólo en palabras serviría. La elección de Harrison se había basado tan descaradamente en mentiras que era difícil imaginar cómo ahora podría revelarse nada sobre Harrison que sorprendiera o decepcionara a nadie. Cuando el pueblo elegía a un presidente como aquél, con una campaña como la que había llevado a cabo, era difícil imaginar qué clase de escándalo podría derribarlo.

Además, el don de Calvin iba ya más allá de las palabras. Quería entrar en el cuerpo de Harrison y hacer alguna travesura. Recordó a Napoleón y cómo sufría por la gota; jugueteó con la idea de debilitar el estado de Harrison. Lamentablemente, llegó a la conclusión de que estaba más allá de su poder tocar algo que causara dolor sin matar. Calvin tendría que esperar y observar para asegurarse de que lo que le hiciese no se curaba. Y además, el dolor no impediría a Harrison más de lo que la gota había impedido a Napoleón cumplir todas sus ambiciones.

Dolor sin matar. ¿Por qué se había impuesto tan ridícula limitación? No había ningún motivo para no matar a Harrison. ¿No había ordenado la muerte de su hermano Mesura? ¿No había masacrado a aquellos pieles rojas y causado que toda la familia de Calvin y sus vecinos estuvieran bajo una maldición? Nada hundía más a un hombre que la muerte. Seis palmos bajo tierra, eso era lo más bajo que caía uno.

El día de la toma de posesión, el primer día del nuevo año, hacía mucho frío, y mientras Harrison recorría las calles de Filadelfia hasta el estrado temporal donde prestaría juramento delante de varios miles de espectadores, empezó a nevar. Orgullosamente, se negó incluso a ponerse sombrero (¿qué era el frío para un hombre del oeste?), y cuando subió al estrado para pronunciar su discurso, a Calvin le alegró ver que la garganta del presidente estaba ya irritada, su pecho algo congestionado. Para Calvin fue muy sencillo enviar su poder dentro del pecho de Asesino Blanco Harrison y animar a los animalitos de sus pulmones a crecer, a multiplicarse, a extenderse por todo su cuerpo. Harrison, vas a ser un hombre muy muy enfermo.

El discurso duró una hora, y Harrison no eliminó de él ni una sola palabra, aunque al final tosía en el pañuelo después de cada frase.

—Filadelfia es más fría que el infierno —dijo Honoré en su inglés macarrónico cuando finalmente abandonaron la plaza—. Y tu condenado presidente es un maldito charlatán —entonces, en francés, preguntó—: ¿Lo he dicho bien? ¿He maldecido bien?

—Como un estibador —dijo Calvin—. Como una rata de río. Me siento orgulloso

de ti.

—Y yo también de ti —dijo Honoré—. Estabas tan serio, que me ha parecido que a lo mejor estabas prestando atención a su discurso. Pero luego me he dicho, no, el chico está usando sus poderes. Así que esperaba que le cortaras la cabeza mientras hablaba y se le cayera encima de los papeles. Que pusiera sus manos en eso a la hora de jurar su cargo.

—Habría sido una toma de posesión memorable —le dijo Calvin.

—Pero no habría sido bueno para ti quitarle la vida a otro hombre —dijo Honoré—. Bromas aparte, amigo mío, no es bueno para nadie probar la sangre.

—Mi hermano Alvin mató a un hombre —dijo Calvin—. Mató a un hombre al que había que matar, y nadie dijo ni mu.

—Peligroso para él, pero quizá más peligroso para ti. Porque ya estás lleno de odio... No lo digo como crítica, es una de las cosas que más me atraen de ti... estás lleno de odio, y por eso es peligroso que abras los grifos del asesinato. Es una corriente que tal vez no puedas parar.

—No te preocupes —dijo Calvin.

Se quedaron en Filadelfia unas cuantas semanas más, mientras el resfriado de Harrison se convertía en neumonía. Luchó, ya que era un tipo duro, pero al final murió, apenas un mes después de su toma de posesión, sin haber estado nunca lo bastante sano para nombrar siquiera gabinete.

Como era la primera vez que un presidente de los Estados Unidos moría en el cargo, había cierta ambigüedad sin resolver en la Constitución sobre si el vicepresidente actuaba como presidente en funciones o si ocupaba el cargo. Andrew Jackson lo resolvió entrando en el Congreso y poniendo la mano sobre la Biblia que tenían allí como recordatorio de todas las virtudes que tanto trabajaban para hacer creer a los votantes que poseían. En voz alta juró el cargo delante de todos ellos, retándolos a negarle el derecho a hacerlo. Hubo chistes sobre «Su Accidencia el presidente» durante un tiempo, pero Jackson no se andaba con chiquitas. Todos los amigos de Harrison se encontraron con el culo lleno de moratones tras caer por la escalinata del edificio George Washington donde el Ejecutivo tenía su sede. Fuera lo que fuese lo que Harrison tenía planeado para América, ahora no sucedería, o al menos no de la forma en que lo había planeado. Jackson no estaba en el bolsillo de nadie, más que en el suyo propio.

Calvin y Honoré estuvieron de acuerdo en que le habían hecho un gran servicio a la nación.

—Aunque mi contribución ha sido muy pequeña —dijo Honoré—. Una simple palabra. Una sugerencia.

Calvin sabía, sin embargo, que en el fondo Honoré se atribuía todo el mérito, o al menos todo lo bueno que resultase del asunto. Pero ese conocimiento apenas le molestaba. Ya nada le molestaba realmente, pues su poder había sido confirmado en su propio corazón. Derribé a un presidente y nadie se enteró. No he sido tan torpe ni

tan burdo como Alvin, que mató a aquel Rastreador con las manos desnudas. No sólo he aprendido a asentar mi don en el continente. He aprendido a ser sutil. Alvin nunca lo será; es un tosco hombre de la frontera y siempre lo será.

Qué fácil había sido. Fácil y sin riesgos. Un hombre tenía que morir, y todo cuanto había hecho falta era manipular sus pulmones y ya está. Bueno, eso y unos cuantos ajustes mientras el hombre yacía postrado en cama en su mansión presidencial. No habría servido de nada dejar que combatiera la infección y se recuperara, ¿no? Pero nunca tuve que tocarlo. Nunca tuve que hablarle siquiera. Ni siquiera tuve que mancharme los dedos de tinta, como el pobre Honoré, cuyos personajes nunca respiran de verdad a pesar de toda su habilidad y por eso nunca mueren realmente.

Calvin se permitió, en la última noche que Honoré y él pasaron en Filadelfia, estar tumbado en la cama imaginándose la muerte de Alvin. Una muerte lenta y agónica por alguna triste enfermedad como el tétanos. Podría hacerlo, pensó Calvin.

Luego pensó, no, no podría, y se quedó dormido.



ORSON SCOTT CARD es un escritor estadounidense conocido por sus novelas de ciencia ficción, con las que ha logrado grandes éxitos como *El juego de Ender* o *La voz de los muertos*.

Card estudió en la Universidad de Utah y profesa la religión mormona, debido a lo cual vivió dos años en Brasil como parte de su formación. La iglesia fue importante en los inicios literarios de Card ya que fue en la revista mormona *Ensign* donde publicó sus primeros trabajos en 1977.

El salto a la ciencia ficción llegó con *El juego de Ender*, que pasó de novela corta a novela en 1977 y con la que consiguió el premio más prestigioso del género, el Hugo, algo que también conseguiría con su continuación, *La voz de los muertos*.

A partir de ese momento, la prolífica carrera de Card se dispara con varias continuaciones de Ender y la creación de las sagas de Alvin Maker o La saga del retorno. Además, Card se ha dedicado a dar clases de Escritura Creativa, con la intención de aplicar nuevas técnicas de enseñanza.

A lo largo de su carrera, Card, además de varios Premios Hugo, ha sido merecedor de galardones como el Nebula, el John W. Campbell o el Locus.

Notas

[1] Calvin confunde *fencing*, «esgrima», con *fence*, «valla»; de ahí su estupor. (N. del T.). <<

[2] *Verily* significa «En Verdad», una expresión muy utilizada en los textos bíblicos.
(N. del T.) <<

[3] Los nombres significan, respectivamente, «No Derrocharás» y «No Desearás». (*N. del T.*). <<